

A woman with blonde hair in a bun, wearing a white, short-sleeved, high-waisted dress with a purple sash, is shown from the back and side, looking out over a lush green landscape. In the background, there are trees and a large, classical-style building with a portico, reflected in a body of water. The scene is bathed in the warm, golden light of a sunset or sunrise.

STEPHANIE  
LAURENS

*Cumpliendo  
su destino*

STEPHANIE  
LAURENS  
*Cumpliendo  
su destino*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2014 Savdek Management Proprietary Ltd.

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Cumpliendo su destino, n.º 259 - enero 2020

Título original: Loving Rose

Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Traductor: Amparo Sánchez Hoyos

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-1348-194-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Prólogo

1833

*Costas de la bahía de Bridgewater, Somerset*

Dolor.

Atroz, despiadado, arañaba sus sentidos y desgarraba su mente con sus garras de dedos de fuego. La agonía lo quemaba todo, cegadoramente brillante, en sucesivos relámpagos que devastaban, erradicaban toda capacidad para pensar, para saber, incluso para recordar.

Muerte.

La había elegido, aceptado, le daba la bienvenida.

Era un sufrimiento innecesario, el tormento que lo conducía por el camino hacia el infierno.

Pues no merecía otra cosa.

No podía moverse, no sabría decir siquiera si su cuerpo seguía allí, si él aún lo habitaba.

Su mente perdió su último asidero y se desmoronó, el pensamiento consciente era una cinta que se alejaba flotando lejos de su alcance.

Poco a poco, golpeado por la arremetida del constante dolor, sus sentidos, también, empezaron a fallar. A enredarse. Y entonces...

Frente a él estaba el olvido, un inmenso vacío de nada hacia el que se hundía.

Más allá encontraría las llamas del infierno, de la condenación eterna.

Esperó.

—Hermano Roland, ¡mira!

Roland, responsable de la enfermería del monasterio de Lilstock, sofocó un suspiro y se apartó del enredo de algas que estaba recogiendo. Como de costumbre en esa época del año, se llevaba con él a los novicios más jóvenes para que lo ayudaran a cosechar el botín medicinal que proporcionaba el mar. La tarea había que realizarla cada semana y se alegraba de poder contar con su ayuda, aunque en ocasiones se preguntaba si los beneficios merecían la pena. Los jóvenes novicios se distraían muy fácilmente.

Convencido de que iba a tener que enfrentarse a alguna oveja errante o, quizás, identificar alguna especie rara de ave, Roland levantó la cabeza y miró hacia la playa.

Lo que vio fue al grupo de novicios bajando a toda prisa por las dunas, directos hacia un montón de trapos mojados y revueltos, que el mar había escupido de algún naufragio, sobre la áspera arena.

Roland se fijó mejor en los trapos. Llevaba una década en el monasterio que había en la orilla sur, sobre la bahía del canal de Bristol, y supo enseguida qué era ese montón de trapos enredados.

—¡Esperad!

La orden vociferada hizo que todos se detuvieran en seco. Ninguno se había acercado a menos de dieciocho metros del cuerpo. Todos se volvieron perplejos hacia él.

Roland los ignoró. Con el hábito volando al viento, bajó ágilmente la duna sobre la que había estado trabajando. Por el bien de los aún inocentes novicios, sería mejor que él fuera el primero en ver ese cuerpo. Solo el Señor sabría en qué estado iban a encontrarlo.

El canal era una de las rutas navieras más concurridas del mundo. Los capitanes debían enterrar a sus muertos antes de entrar en Bristol y, en ocasiones, las tormentas les impedían hacerlo en alta mar. De modo que los susodichos capitanes celebraban el último rito en cuanto se adentraban en las aguas más calmas del canal. Pero el canal, aunque profundo, estaba lleno de fuertes y rápidas corrientes. Y los cuerpos solían aparecer con regularidad en las costas del sur.

Aparte de la inclinación, que proporcionaba su fe, de que todos los cuerpos fueran tratados con el debido respeto, también había que tener en cuenta el riesgo de enfermedades.

Y, sobraba decir, el enterramiento legítimo no era la única razón por la que un cuerpo era escupido a la orilla.

Corriendo por la arena, las botas resbalando sobre los granos, Roland estudió el arrugado montón de tela mojada, traje oscuro con un destello de marfil sucio, y se preguntó si el cuerpo pertenecería al segundo caso.

Para cuando se agachó junto al cuerpo estaba seguro de que efectivamente era así. Para empezar, el hombre, pues se trataba de un hombre, era casi seguramente inglés. Cabello rubio, aplastado y empapado, pero a pesar de todo bien cortado, pegado a una amplia frente y mejillas que sin duda habían sido angulosas y rectas, sello distintivo de la aristocracia.

Sin duda ese hombre era de noble cuna. Sin embargo...

Los ojos experimentados revisaron el imposible enredo de unas extremidades que sin duda habían sido elegantes, dibujando ángulos imposibles, y los huesos, también retorcidos obligados a mantenerse en posiciones que no podían, no debían, existir. Roland sintió nacer algo en él, lástima, horror, descarado espanto.

¿Qué clase de tormento había sufrido ese hombre?

El hombre estaba doblado por el estómago, la cabeza vuelta hacia el mar, los hombros descuadrados, la columna torcida, los brazos y piernas colgando como ramas muertas. Roland contempló el lado visible del rostro. Sin duda en una ocasión había sido hermoso, pero en esos momentos se le veía maltrecho, la piel pálida, con el plomizo color de la muerte.

A ese hombre lo habían destrozado, horribilmente, totalmente, antes de ser reclamado por la muerte.

Roland dibujó la señal de la cruz en el aire, murmurando instintivamente una oración por su alma. Estaba a punto de volverse para empezar a dar órdenes a los novicios cuando un susurro sibilante proveniente del mar le hizo detenerse.

Una hola, más grande que las anteriores, llegó a la orilla. La marea comenzaba a subir.

La ola alcanzó al hombre, rodeando su cuerpo, lamiendo las ropas empapadas. El agua se elevó lo suficiente como para cubrir brevemente los cuarteados labios y la nariz.

Roland no vio ningún motivo para impedirlo.

Pero de repente vio unas finas burbujas escapar de la boca del hombre.

—¡Dios santo! —exclamó mientras se ponía en pie. El corazón galopaba frenético.

Pero era el encargado de la enfermería.

El mar se retiró. Roland se volvió bruscamente hacia los novicios, reunidos en un grupo de

curiosos a unos quince pasos de él.

—Tú... Godfrey —Roland señaló al joven más enjuto y fuerte del grupo—. Regresa corriendo al monasterio y trae la camilla. Ned y Will, vosotros id también con él, y traed mi maletín, y la bolsa de tablillas y vendajes. En marcha. Ya. ¡Y corred!

No le hicieron falta más exhortaciones. Los tres muchachos salieron disparados como liebres, corriendo y saltando sobre las dunas, camino del monasterio en lo alto. Volviéndose hacia el desconocido, Roland se preguntó si estaría haciendo lo correcto, si existía alguna posibilidad, si tenía algún sentido. Si el resultado merecería la pena. Pero era un hombre de Dios y no tenía elección. Tenía que intentarlo.

El hecho de que no hubiera ninguna garantía de que el hombre fuera a vivir no tenía nada que ver. También era irrelevante el que viviera. Sin duda ese hombre no le iba a agradecer haberlo rescatado y llevado de vuelta a una vida de infinito dolor y miseria.

El hombre había sido literalmente arrojado a sus pies, una ruina, pero vivo. No se trataba de una cuestión que él pudiera juzgar o cuestionar. Era el responsable de la enfermería y sabía lo que debía hacer.

Sobre él recaía la tarea de salvar esa vida.

Concentrándose en ello, Roland hizo una rápida valoración antes de soltar el aire.

—No quiero arriesgarme a levantarlo hasta que hayamos estabilizado sus piernas —anunció en beneficio de los novicios. Para eso quería las tablillas y los vendajes. Hizo un rápido repaso mental de cuántas tablillas había en la bolsa y cómo usarlas—. Ben y Cam, ¿habéis traído vuestros cuchillos?

Los dos muchachos asintieron.

—Bien —Roland señaló hacia la playa—. Hay un arroyo que discurre paralelo al mar. Seguidlo un trecho corriente arriba y llegaréis a unos lechos de juncos. Cortad y traed todos los juncos que podáis, lo más rápido posible.

—Sí, hermano Roland —contestó a coro la pareja antes de marcharse a la carrera.

—Brian y Kenneth, recoged nuestras cestas y apiladlas a lo largo del camino al monasterio. Las recogeremos luego, de regreso. Después, volved aquí.

—Sí, hermano Roland.

Roland se volvió hacia los seis muchachos restantes.

—Todavía no podemos moverlo, pero debemos mantenerlo alejado del agua todo lo posible. Por tanto hay que construir un muro de arena para contener la marea hasta que los demás lleguen con los suministros y yo pueda colocarle los vendajes. Así que...

No tuvo más que señalar hacia dónde. Los novicios seguían siendo lo bastante jóvenes como para disfrutar construyendo un muro de arena.

Pensaba que ya habría atravesado las puertas del infierno, pero no. El dolor continuaba.

Estoicamente, encerrado en lo más profundo de una mente que, sorprendentemente, aún existía, aguantaba.

Esperó. Inmóvil. A que la muerte lo reclamara.

Mientras la agonía continuaba.

Aun así permaneció. Regresando fugazmente a la consciencia de vez en cuando. Distantemente consciente.

Aunque de qué, no tenía ni idea.

Poco a poco comprendió que seguía en el mundo de los mortales. Comprendió que su cuerpo físico aún existía, si bien bajo la única forma de un sordo dolor. Comprendió que su mente, atrapada en una cabeza que realmente no sentía, seguía funcionando.

Vivía. Todavía.

Por qué, no se le ocurría.

El dolor se había mitigado, no tanto desaparecido como convertido en parte integrante de su ser.

Una parte integrante de su nuevo ser.

Si su existencia, si esa no muerte, continuaba, llegaría un momento en que tendría que mover los ojos y averiguar qué había sucedido, pero, como el resto de su cuerpo, los párpados tampoco parecían estar realmente allí, no eran entidades físicas que pudiera gobernar.

De modo que esperó.

A lo que sucediera a continuación.

Por fin fue capaz de abrir los ojos. Solo una fracción, pero la luz resultaba cegadora, de modo que los volvió a cerrar rápidamente.

Había alguien allí, alguien que, comprendió, había estado allí a menudo, alguien a quien había sentido incluso a través de la nebulosa de dolor. Y ese alguien lo había visto.

Sus labios agrietados entraron en contacto con agua fresca. Él los abrió y sintió el reguero de agua deslizarse por su garganta, una sensación inimaginablemente intensa. Sus sentidos, tanto tiempo dormidos, tanto tiempo sin utilizar, despertaron bruscamente a la vida.

—¿Puedes oírme?

De modo que su oído también funcionaba. La voz era grave, masculina, resonante, el tono tranquilizador, preocupado. Pero solo consiguió batir las pestañas a modo de respuesta.

—Tu nombre. Si lo recuerdas, si consigues pronunciar palabra, no te pido más.

Su nombre... iban a necesitar uno para grabar sobre su lápida, por supuesto. Pero el hombre que había sido estaba muerto, incluso para él. Y ni siquiera muerto deseaba yacer bajo el nombre de esa persona.

Rebuscó en su mente, entre los recuerdos. Poco a poco el pasado empezó a definirse. Los recuerdos se solidificaron, lo que había hecho el hombre muerto, lo que había sucedido, y todo lo que había sucedido anteriormente en su vida...

Había otro nombre, un alter ego que había creado hacía mucho tiempo y que había utilizado intermitentemente hasta el final. Había matado al hombre que había sido, pero ese otro... se había olvidado de él.

Dado que se estaba muriendo, y dado el peso de sus pecados, no esperaba otro resultado, ¿quizás el destino estuviera ofreciéndole la oportunidad de atar hasta ese cabo suelto?

Nada como un buen plan.

—Thomas —contestó con voz ronca, más dura de lo que la recordaba, los tonos dulces arruinados por su calvario. Respirar hondo para poder hablar le exigía un considerable esfuerzo, y multiplicaba el persistente dolor. Sin embargo, al sentir que el hombre se acercaba a él, se obligó a humedecerse los reseos labios y hablar con más claridad—. Thomas Glendower.

El dolor le laceró un costado, la oscuridad envolvió su consciencia y se dejó arrastrar por la marea.



—¿Vivirá? —el prior Geoffrey, un anciano de cabellos grises, posó una mano sobre el hombro de Roland.

En la diminuta celda al final de la enfermería, sentado sobre una banqueta junto al estrecho camastro sobre el que el hombre al que habían rescatado llevaba semanas postrado, Roland levantó la mirada y contestó con sinceridad.

—No puedo decirlo, pero, dado que sigue vivo, padeciendo todo esto —señaló los numerosos entablillados, marcas externas de la larga lista de tratamientos que había tenido que administrar para recomponer a ese hombre y arreglar todo lo que había podido—, tengo que suponer que se recuperará, al menos todo lo posible.

Roland posó la mirada sobre el rostro del hombre herido y respiró hondo antes de verbalizar el asunto con el que batallaba su conciencia desde que lo encontrara en la orilla.

—Sigo sin saber si he hecho lo correcto, si salvarlo era lo que debía hacerse.

El prior Geoffrey no contestó de inmediato, pero sus largos dedos se cerraron sobre el hombro de Roland.

—Nosotros no conocemos los designios del Todopoderoso, hijo mío. Si Thomas Glendower vive, al menos tú podrás estar seguro de haber procedido como debías hacer.

Roland esperaba que eso fuera cierto.

Inclinó la cabeza en señal de aceptación y no pronunció una palabra más.

Thomas estaba sentado en el banco en el jardín de la enfermería de la abadía de Lilstock, la fachada de piedra calentándole la espalda, y contempló sin ver la gran abundancia de plantas que llenaban los ordenados arriates.

Sentía el sol sobre la cara, sentía la ligera brisa de verano. Olía el denso aroma de la tierra recién removida y el olor punzante de la fruta madurando en el huerto cercano.

Oía los suaves golpes y gruñidos de los dos monjes que trabajaban en el jardín, oía el trino de los pájaros en los árboles. Aunque tenía un párpado caído, y el ojo jamás volvería a su estado ideal, había recuperado una visión normal en ambos ojos y podía seguir el rápido vuelo de las golondrinas que cruzaban la extensión azul del cielo.

Sin embargo, no estaba seguro de si eso, la recuperación de sus sentidos y facultades, sería a la postre una bendición o una maldición.

Habían pasado meses desde la muerte del hombre que había sido.

Pero seguía vivo, algo que le resultaba incomprensible.

Había estado más que preparado para marchar, para dejar el mundo para siempre. Para librar al resto del mundo de su continua presencia.

Pero eso, al parecer, no iba a suceder.

Según el hermano Roland, el encargado de la enfermería, el hombre que lo había cuidado, que lo había salvado y que había evitado que el que era en ese momento muriera, estaba mejorando y seguiría haciéndolo con el tiempo.

Podía moverse con ayuda y era capaz, al fin, de pensar.

Todavía sufría un dolor constante, pero aunque lo sentía, ya no le prestaba atención. El dolor se había convertido en su compañero inexorablemente insistente y dado que no le hacía caso, ya no le distraía, ya no interfería en su capacidad para funcionar.

Oyó pisadas sobre la grava y por la firmeza del paso supo quién se acercaba antes de que Roland apareciera bajo el arco del patio del priorato.

Roland miró a su alrededor, descubrió a Thomas y se acercó al banco.

Thomas consiguió ofrecerle una sonrisa torcida y esperó mientras Roland, que le había correspondido al saludo con una inclinación de la cabeza, se recogía el hábito y se sentaba a su lado.

Durante varios minutos contemplaron el jardín en silencio, saboreando la tranquilidad de la escena, antes de que Roland preguntara con su habitual sencillez y sin rodeos.

—¿Y bien? ¿Quién es Thomas Glendower?

Thomas sintió curvarse sus labios. Era una pregunta esperada, y sabía que, tarde o temprano, se la iba a hacer.

Y porque le gustaba Roland, estuvo preparado para ofrecerle una respuesta.

Roland era la clase de hombre que Thomas reconocía, un hombre que casi con toda certeza compartía un pasado similar al suyo, pero que había tomado un camino totalmente diferente. Había muchas cosas en Roland que Thomas entendía y que, con su nuevo entendimiento, nacido de la muerte, era capaz de apreciar y admirar.

—Nací en el seno de la baja nobleza —contestó Thomas sin apartar la mirada de la vegetación y las flores—, pero mis padres murieron en un accidente cuando yo contaba seis años. No tenía ningún pariente cercano, de modo que pasé al cuidado de un tutor, un amigo de mi padre de elevada posición social y económica, pero que no era una buena persona. Bajo su tutelaje evolucioné de un modo que, quizás, no habría hecho de haber sido él otra clase de hombre. Pero, dado que se suicidó cuando yo llegué a la mayoría de edad, viví enteramente por mi cuenta durante el resto de mi vida anterior.

Thomas hizo una pausa para reflexionar antes de continuar, la voz rota aún gutural, pero clara.

—Por aquella época me advirtieron que tuviera cuidado, que fuera precavido, pero, como todos los jóvenes, yo creía saber más que nadie y me dispuse a explorar todo lo que la vida podía ofrecerme. En términos materiales, prosperé, pero permanecí básicamente solo, por decisión propia, pues no sentía ninguna necesidad de establecer conexiones personales. Eso, más que nada, supuso mi caída. Porque no pensaba en los demás y causé dolor a muchas personas. Más aún, les llevé desolación, incluso muerte. Hice que otros murieran. Y por eso... yo morí.

—¿Has matado a personas? —preguntó Roland tras permanecer un rato en silencio.

—Sí.

—¿Tú mismo?

Mentir era tentador, pero a Roland le debía la verdad.

—No. Jamás maté a nadie personalmente, pero sí hice que los mataran.

Roland frunció el ceño y lo miró de reojo.

—¿Ordenaste a otros que los mataran?

Habría sido más fácil mentir, reflexionó Thomas.

—No —contestó mientras apoyaba la cabeza contra la pared—, pero las órdenes que di fueron la causa de sus muertes —habiendo llegado tan lejos y percibiendo la absoluta confusión de Roland, se sintió obligado a explicarse—. No fui honesto. Deseé cosas, varias cosas, a lo largo de los años, y ordené a otros que lo arreglaran, que me consiguieran esas cosas. Lo de las muertes llegó al final. De haberlo pensado bien... pero no lo hice, ¿entiendes? Jamás pensaba en los demás, y ese fue mi defecto. Actuaba como si mis acciones no tuvieran ningún impacto sobre los demás, pero me equivoqué por completo, pues sí la tuvieron. Y, cuando al fin lo comprendí, decidí

acabar con aquello.

—Thomas Glendower no es el nombre con el que naciste, ¿verdad? —insinuó Roland tras reflexionar durante un instante.

—El nombre con el que nací murió con el hombre que fui —Thomas asintió e hizo una pausa mientras se reafirmaba interiormente en lo correcto de su decisión—. El hombre que fui está muerto y resucitarlo no produciría ningún bien, y sí mucho daño a otros. Y estoy dispuesto a jurarlo sobre la Biblia del prior.

Roland soltó una exclamación.

Thomas se limitó a esperar, con una paciencia que le habían enseñado los últimos meses, a averiguar cuál sería su destino tras haber admitido los crímenes de su pasado.

Al final, con la mirada fija, al igual que la de Thomas, en el jardín, Roland se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre los muslos, juntando las manos entre las rodillas.

—Durante un tiempo, sobre todo durante los primeros días que estuviste aquí, no esperaba que fueras a sobrevivir. Tuve que romper huesos y estirar tendones para volver a colocarte las articulaciones, tuve que administrarte medicación para evitar infecciones, tuve que mantenerte sedado para que no sintieras dolor. Tuve que estirar tu columna mientras rezaba para no matarte en el proceso. Todo ese tiempo estabas inconsciente, yo no sabía si deseabas vivir o morir. De modo que me mantuve al margen. No recé para que murieras, pero tampoco para que vivieras.

Roland apretó las manos con fuerza entre las rodillas y continuó.

—El prior Geoffrey tenía otra opinión. Según él, tu supervivencia era probable, incluso estaba asegurada, porque, a sus ojos, el hecho de que hubieras sido puesto en mis manos, sobre todo en el estado en el que estabas, era una señal de la intervención divina.

—Eso no puede ser —Thomas parpadeó.

—Después de lo que acabas de contarme —Roland soltó un bufido—, entiendo que pienses así, pero... conozco a Geoffrey desde hace años. Fue mi mentor cuando yo era novicio. Es increíblemente agudo y clarividente, sobre todo cuando se trata del prójimo y sus debilidades — hizo una pausa antes de continuar—. Estoy empezando a pensar como él.

—¿Qué? —sobresaltado, Thomas dejó al descubierto su cinismo—. ¿Cree que, por mi intento de pagar por mis pecados, el buen Dios me ha perdonado?

Roland rio por lo bajo con ironía y, volviéndose hacia Thomas, lo miró a los ojos.

—No, por eso no. Geoffrey cree que has sido salvado por alguna razón. Con algún propósito. Cree que Nuestro Señor tiene alguna tarea en mente para ti, algo que solo tú puedes realizar, y que has sido salvado para que puedas acometerla.

Thomas vio la certeza cristalizada en la mirada de su sanador.

Y, como si quisiera confirmar la intuición de Thomas, Roland asintió.

—Y, después de lo que acabas de contarme, me siento aún más inclinado a coincidir con Geoffrey. Da igual lo que puedas pensar, Nuestro Señor no ha terminado contigo.

Thomas no sabía qué pensar. Se sentía tentado a señalar que no era religioso, que ni siquiera estaba seguro de creer en alguna deidad. En el destino, quizás, pero ¿en Dios? No se atrevía a reclamar esa convicción.

Sin embargo, sentado al sol, mirando a Roland a los ojos... tuvo que pensar en hacerlo, aunque elevó ligeramente un hombro, el menos dañado, antes de contestar.

—Bueno, sin duda ya lo veremos.

Pasaron meses antes de que Thomas, apoyándose en unas muletas, consiguiera manejarse lo bastante bien como para llegar a la biblioteca del monasterio. Allí descubrió, tal y como había esperado, que la prensa de Londres llegaba todas las tardes, aunque no sabía para quién, pues en aquel lugar nadie más que él parecía interesado en leerla.

Un mes más tarde solicitó al prior Geoffrey que le permitiera hacer algo por el monasterio asistiéndoles en sus inversiones. Geoffrey, tan astuto como Roland le había descrito, accedió y, por primera vez en mucho tiempo, Thomas empezó a tener la sensación de vivir, y no solo de existir.

Tal y como le explicó a Geoffrey, si había sido salvado por algún motivo, seguramente se haría evidente a su debido tiempo. Hasta entonces, sería de utilidad llevando los libros del monasterio. La única habilidad que poseía era la de ganar dinero, tomar dinero y convertirlo en más dinero.

Aparte de pedirle que jurara que cualquier acción que realizara fuera totalmente legal, Geoffrey había accedido con entusiasmo, mostrándole personalmente los archivos y libros de cuentas del monasterio.

Al cabo de unos meses, las inversiones del priorato aumentaban regularmente.

Sentado en lo que se había convertido en su puesto habitual, en un extremo de la mesa de la biblioteca, iluminado por la luz invernal que se colaba por las ventanas, Thomas estudiaba los detalles de una propuesta que el agente de inversiones del monasterio, tremendamente revitalizado desde que alguien lo animaba en su función, le había remitido, cuando Roland entró en la biblioteca y lo vio.

Con una sonrisa benevolente dibujada en su rostro, el hombre se acercó, sacó la silla más cercana a él y se sentó.

Thomas se limitó a enarcar una ceja a modo de saludo y continuó trabajando con los números hasta llegar al final.

Momento en que alzó la mirada y la posó sobre los templados ojos grises de Roland. Como de costumbre el clérigo, de anchos hombros y tan alto como él, aunque más robusto y fuerte, de cabellos oscuros, frente a los rubios de Thomas, que estaba convencido de que su amigo clérigo tenía sangre francesa entre sus ancestros, apoyó los antebrazos sobre la mesa, las manos grandes y bien formadas, entrelazadas frente a él. Reclinándose en la silla, Thomas enarcó de nuevo la ceja, en esa ocasión a modo de interrogación.

Durante una fracción de segundo, la sonrisa de Roland se hizo más profunda.

—Cuando te pregunté tu nombre, estabas en el límite, apenas consciente y casi desquiciado de dolor, y aun así respondiste. Hasta que me lo aclaraste, yo estuve convencido de que te llamabas Thomas Glendower. Has respondido a ese nombre sin dudar un instante desde hace meses. De modo que... —Roland estudió fijamente los ojos color avellana de Thomas—. ¿Tengo razón al suponer que Thomas Glendower existe realmente?

—Así es —Thomas asintió—. Es —gesticuló con el brazo, algo que por fin podía hacer con razonable elegancia—, mi alter ego, uno que me inventé antes de alcanzar la mayoría de edad, pero que apenas había utilizado, al menos no para las estrategias que fueron la pérdida de mi otro ser —hizo una pausa para reflexionar antes de continuar—. Si se me concede la gracia de vivir lo suficiente para cumplir con lo que el destino, o la deidad, me tenga reservado, necesito una identidad, y Thomas es... no perfecto, ni completamente libre de pecado, pero sí resucitable y de utilidad, al menos, para este propósito.

Roland asintió.

—Mencionaste que tú, al menos el que eras antes, tenía tendencia a no pensar en los demás, a

no ser consciente del impacto de sus acciones sobre los demás —el monje clavó la mirada en los ojos de Thomas—. Por eso me siento obligado a preguntarte, ¿tiene Thomas a alguien que dependa de él? ¿Alguien para quien su, tu, desaparición y prolongada ausencia, pueda crearle serias dificultades?

Thomas parpadeó y se irguió lentamente en el asiento.

—No de manera inmediata, ni siquiera después de todo este tiempo. Pero con el tiempo... sí.

—Entiendo —continuó Roland—. Considera esto un pequeño empujón. Aunque puede que hayas elegido permanecer aquí, recluso, esperando la iluminación que te indique hacia dónde dirigirte, ya no tienes problemas para escribir —con la cabeza señaló hacia la pluma que Thomas había dejado sobre la mesa—, y deberías restablecer el contacto con esas personas que dependen de ti, para tranquilizarlas y poner tus asuntos en orden.

—Gracias —contestó Thomas, mirando a Roland a los ojos, tras meditar sobre sus palabras.

—Tú decides —el otro hombre sonrió antes de apartar la silla de la mesa—. Si deseas enviar una carta, no tienes más que dejarla sobre la bandeja que hay sobre la mesa junto al estudio de Geoffrey.

Thomas asintió.

Mientras Roland salía de la biblioteca, Thomas reflexionó antes de tomar una hoja de papel.

Media hora después, apoyando todo su peso sobre las muletas, avanzó con esfuerzo hacia el pasillo que conducía al estudio del prior. Casi sin aliento se detuvo ante la mesa apoyada contra la pared y, tras respirar hondo, dejó las dos cartas, que aferraba con una mano, en la bandeja. Las dos llevaban escritas sendas direcciones de Londres. La primera era para Drayton, el agente comercial de Thomas Glendower, y la segunda para Marwell, el abogado de Thomas.

Haciendo equilibrios sobre las muletas, Thomas contempló ambas cartas apiladas sobre un pequeño montón. Era su primera incursión de regreso al mundo fuera del monasterio, un paso cuya magnitud, estaba seguro, era del agrado de Roland.

Pero, desde luego, también era algo que había que hacer. Las cartas debían ser escritas, el paso debía ser dado.

Agarrando con fuerza las muletas, Thomas se dio media vuelta y se alejó.

A medida que pasaron los meses, la biblioteca se convirtió en su lugar de trabajo. Pasó el invierno y llegó la primavera, acompañada del abad de la abadía a la que pertenecía el monasterio. Tras haber visto los informes financieros que le había mostrado el prior Geoffrey, el abad deseaba preguntarle a Thomas si estaría interesado en realizar un milagro semejante con los fondos de la abadía.

Thomas aceptó encantado el desafío. Gestionar más fondos lo mantendría ocupado, mantendría su mente concentrada y agudizaría sus facultades. También le obligaría a tratar con más personas, y empezaba a darse cuenta de que necesitaba practicar un poco las relaciones sociales, o pensar en los demás, tal y como se lo había expuesto Roland con su clara sencillez.

Para él no era algo que surgiera de manera natural, y seguía sin hacerlo. Tenía que recordarse a sí mismo que debía pensar en sus acciones y en las ramificaciones que tendrían desde el punto de vista de las demás personas implicadas.

Dado que seguía sin tener la menor idea de cuál era el propósito para el cual había sido salvado, aceptaba que, para poder permanecer en paz con el mundo encerrado dentro de las paredes del priorato, debía aprender a vivir con los demás sin, inadvertidamente, causarles daño

con su habitual egocentrismo.

El monasterio era benedictino y, para su sorpresa, se descubrió acomodándose al horario monástico, hallando un consuelo en el régimen. Roland seguía siendo su amigo más cercano, aunque también pasaba bastante tiempo con Geoffrey. Los dos tenían mentes que, si no idénticas a la suya, sí estaban lo bastante cerca para promover una apreciación mutua.

Lentamente, su cuerpo fue sanando. La cara jamás volvería a recuperar su aspecto y portaría las múltiples cicatrices durante el resto de su vida, pero uno a uno, los diversos entablillados y vendajes que Roland había colocado para realinear sus huesos y sujetar las destrozadas articulaciones, fueron retirados para siempre. Dos años después de que Roland lo encontrara en la orilla ya era capaz de caminar recto, simplemente con la ayuda de un bastón.

A pesar de su suplicio, su salud, que siempre había sido de hierro, no lo había abandonado. A medida que pasaron los meses, dedicaba las tardes a alguna actividad fuera de la biblioteca: ayudar en el jardín, los establos y los talleres, cuando se necesitaba una mano extra. Su fuerza aumentó y sus habilidades crecieron. Lo segundo supuso para él un placer casi cínico. En su anterior vida, jamás había tenido la ocasión de posar sus manos sobre una azuela, mucho menos un azadón. En cuanto a su fuerza, si había sido salvado para realizar alguna función, alguna tarea, entonces, razonó, iba a necesitar no poca fuerza para llevarla a cabo.

Tres años después de la llegada de Thomas al monasterio, Geoffrey falleció. Thomas se sorprendió en cierto modo al sentir pena, dolor y tristeza ante la muerte del anciano. No eran emociones que hubiera experimentado habitualmente con anterioridad, no hacia un simple conocido. Lo tomó como una señal de que, en efecto, empezaba a aprender a conectar con los demás.

Tras el entierro de Geoffrey, con su debida ceremonia, los demás hermanos se reunieron para elegir al siguiente prior. A Thomas no le sorprendió cuando los hermanos eligieron por unanimidad a Roland.

—Por ti, prior Roland —reclinado sobre el sillón a un lado de la chimenea en el estudio del prior, Thomas alzó su copa en un brindis por Roland, sentado en el sillón frente a él, el sillón en el que Geoffrey solía sentarse.

—Ojalá pudiera decir que estoy encantado —Roland torció los labios en un gesto mitad sonrisa, mitad mueca—, pero preferiría que Geoffrey siguiera aquí con nosotros.

Por primera vez, Thomas lo entendió.

—Desde luego.

Durante un buen rato, los dos permanecieron en silencio, hasta que Roland alzó la copa.

—Por los amigos ausentes.

—Por Geoffrey —los dos bebieron.

—Y, en cierto modo, por ti también —observó Roland volviéndose hacia Thomas—. Es a ti a quien mis compañeros y yo debemos agradecer la robusta salud financiera del priorato, tanto que, al parecer, no vamos a tener que preocuparnos por nuestra continuidad.

—Estaba aquí, aburrido —Thomas agitó una mano en el aire—, y lo tuyo era que os devolviera algo, a ti y al monasterio, por esto —señaló su cuerpo sanado—. Por cierto, ¿puedo esperar alguna mejora más o esta es toda la agilidad a la que puedo aspirar?

—Te pondrás más fuerte —Roland sonrió—, llevas meses poniéndote más fuerte. Pero descubrirás que tu fuerza se situará en zonas distintas. Por ejemplo, tus manos agarran con más fuerza, porque deben aguantar tu peso muy a menudo, y tus brazos y hombros también estarán más fuertes de lo que solían estar, pero tus piernas seguirán siendo más débiles de lo que eran. En

cuanto a tu agilidad —el tono de Roland se suavizó—, siempre caminarás con una ligera cojera, eso no lo pude arreglar, y seguramente también necesitarás el bastón para siempre, pero aparte de eso, como has podido ver tú mismo, puedes montar a caballo y, con el tiempo, podrás caminar distancias mucho mayores que ahora.

Posando la mirada sobre su débil pierna izquierda, Thomas asintió.

—Pero —continuó Roland con voz más contundente—, volviendo a la cuestión que estábamos tratando cuando tu locuacidad me apartó de ella.

Thomas sonrió con cinismo.

—Pues eso —Roland asintió—. Volviendo al tema, he encontrado mi lugar, el camino que me conduce al futuro. Al igual que Geoffrey, seré prior aquí hasta mi muerte. Yo mismo busqué activamente este camino, trabajé y me situé en una posición desde la cual, si mis compañeros querían, podría ser su prior y así conseguir la meta de mi vida. Tal y como Geoffrey hizo antes que yo. Pero ¿y tú, Thomas? Desde que te traje aquí has estado dejando pasar el tiempo, pero no eres la clase de hombre que vive la vida sin más. Eres como Geoffrey, como yo, en ese aspecto. ¿Cuál es tu meta, Thomas?

Thomas suspiró. Levantó la cabeza y la apoyó contra el respaldo del sillón de cuero. Tras unos segundos, miró a Roland a los ojos.

—Esperaba morir. Pero no lo hice. Si acepto la teoría de Geoffrey, tuya y de esta casa, entonces he sobrevivido por algún motivo, seguramente para cumplir con un propósito, uno para el que solo yo esté cualificado —extendió las manos—. Y aquí estoy, esperando al destino, o a Dios, o a lo que sea que decida lo que me vaya a acontecer, a lo que sea que me vaya a mostrar cuál es mi tarea.

Hizo una pausa, consciente de que Roland esperaba el resto.

—Mi intención era, y sigue siendo, contemplar mi muerte, la muerte verdadera y final del hombre que fui, como el ineludible pago por mis pecados, por los pecados que cometí siendo ese hombre. En ese contexto, el haber sido salvado para realizar una tarea que solo yo puedo realizar... encaja.

Thomas hizo una nueva pausa, apuró su copa y la soltó antes de continuar.

—Tengo la sensación de estar realizando un viaje de penitencia, casi muriendo, pero sin que se me permita abandonar fácilmente. Tal como lo veo, solo una vez que la tarea esté hecha conoceré la paz, pues habré pagado la penitencia por mis actos del pasado.

Roland lo contempló en silencio. Un minuto entero pasó antes de que hablara.

—Entiendo que pienses así, y no se me ocurre ningún argumento contra tu lógica. Tu punto de vista es muy parecido al mío si estuviera en tu lugar. Sin embargo, volviendo al aspecto de tu situación que aún permanece sin abordar, ya estás lo bastante bien como para buscar activamente tu camino, aquel en el que se encuentra tu tarea a completar. Pero mi impresión es que sigues esperando, pasivo, sin buscar activamente.

Thomas frunció el ceño y meditó varios segundos antes de contestar.

—Pensaba, suponía, que el destino o la deidad me encontraría cuando llegara el momento, cuando yo estuviera preparado. Supuse que solo tenía que quedarme aquí y esperar, y que mi tarea me encontraría.

—Podría ser —Roland frunció los labios—, pero el priorato es un universo muy reducido. Puede que tu tarea se encuentre fuera de estos muros, y puede que no la encuentres si no la buscas activamente.

Thomas permaneció en silencio, la mirada fija a sus pies.

—Abre tu mente a la pregunta —murmuró Roland tras varios minutos de silencio—. La claridad te llegará con el tiempo.

Aquella noche Thomas daba vueltas y más vueltas en el estrecho jergón de la última celda de la enfermería. Las palabras de Roland, lo que implicaban, que para completar su penitencia y encontrar la paz verdadera iba a tener que abandonar el priorato y la seguridad que proporcionaban sus muros, y buscar su cometido en el mundo más amplio, y las ramificaciones de todo ello, daban vueltas en su mente.

Sabía que era de la clase de personas a las que les gustaba estar al mando y, sobre todo, controlar su propio destino. Era manipulador, de una manera más o menos instintiva. Permanecer allí, supuestamente esperando, ¿no sería otra manera de intentar ejercer el control?

¿De intentar forzar al destino, o a Dios, para que jugara con sus reglas?

Si algo sabía más allá de toda duda era que odiaba lanzarse a lo desconocido. Siempre le había pasado.

Y seguía sin tener ni idea, ninguna pista, de cuál podría ser su cometido.

Aceptar el riesgo y simplemente partir, confiando en que su tarea lo encontraría, que, al buscar, la encontraría...

Tener fe en algo que no fuera él mismo nunca le había resultado fácil.

—Ha llegado la hora de abandonar el monasterio —apoyado en el bastón, Thomas se sentó en el sillón junto al fuego en el estudio de Roland.

Dejándose caer en el otro sillón, su amigo lo miró fijamente antes de asentir.

—Aquí ya has conseguido todo lo que pretendías.

—Hice un pacto conmigo mismo —Thomas asintió con gesto sombrío—. Que si, para cuando hubiese amasado la suficiente fortuna para que el monasterio y la abadía pudieran acometer las obras que tú y el abad queréis realizar, mi tarea destinada aún no me había encontrado, entonces aceptaría el veredicto y saldría a buscarla activamente. Y desde esta mañana, el momento ha llegado. Como muy bien has pensado siempre, mi tarea no está destinada a encontrarme entre estas cuatro paredes.

—Nunca he comprendido tu reticencia a regresar al mundo —Roland inclinó la cabeza y buscó el rostro de Thomas—. A fin de cuentas no puede decirse que te sea desconocido.

—No. Y, si te soy sincero, yo tampoco estoy seguro de comprender mi rechazo —Thomas hizo una pausa antes de continuar en un tono claramente despreciativo hacia sí mismo—. Solo puedo suponer que algún instinto de conservación profundamente arraigado preferiría que permaneciera en esta relativa comodidad en lugar de exponerme a los caprichos de la vida en un mundo en el que más de uno tiene sus motivos para odiarme, incluso para colgarme.

La mirada de Roland permaneció serena. Thomas sentía su peso, un peso que había aumentado a lo largo de los dos últimos años, a medida que Roland maduraba en su cargo de prior.

—Hay una cosa —dijo Roland al fin—, que siempre parece olvidar.

Dado que no siguió hablando, Thomas levantó la vista y enarcó las cejas en un gesto interrogativo.

—Ya no eres el hombre que el mundo conocía. Confía en mí, tu muerte, como dices tú mismo, y los años que has pasado aquí te han transformado sin posibilidad de volver atrás.



—Quizás —Thomas inclinó la cabeza—, y quizás eso sea, en parte, lo que me provoca tantas reticencias a la hora de marcharme, de arriesgar mi suerte en el mundo exterior.

—No te entiendo —Roland parpadeó perplejo.

—Te lo explicaré de manera sencilla. No sé quién es actualmente Thomas Glendower, y no sé cómo le irá fuera de estas cuatro paredes.

—Ahí está el desafío, ¿no? —los labios de Roland se curvaron en una mueca de ironía.

—En parte, supongo —Thomas enarcó las cejas—. Pero creo que tú y yo podemos estar razonablemente seguros de que reunir el valor para abandonar este lugar no es más que el preludio para la tarea que me ha sido destinada —pasó un instante antes de que concluyera más pensativo—, pero para abordar esa tarea, ahora está claro que necesito dar un paso al frente y salir en su busca o, más probablemente, permitir que me encuentre.

# Capítulo 1

*Marzo de 1838*

*Priorato de Lilstock, Somerset*

Thomas cruzó las puertas del monasterio mientras el sol arrancaba destellos de la hierba helada y brillaba en las gotas de rocío que decoraban las ramas aún desnudas.

El caballo era un ejemplar de color gris pálido que había comprado unos meses antes, durante un viaje que había hecho con Roland en una de las visitas a la abadía. La ruta les había hecho atravesar Bridgewater, y allí había encontrado al gris moteado. El caballo castrado era maduro, fuerte, ajustado a su peso, pero también equilibrado, una necesidad dadas sus limitaciones físicas. Ya no podía confiar en aplicar la suficiente fuerza con sus rodillas como para controlar al caballo en una situación de estrés.

Silver, así lo habían bautizado los novicios, estaba muy lejos de estresarse. Si algo no le agradaba, se limitaba a pararse, lo cual, dadas las circunstancias, era totalmente aceptable para Thomas, que no albergaba el menor deseo de que lo derribara.

Sus huesos ya habían sufrido suficientes fracturas para cinco vidas.

Mientras cabalgaba por la carretera hacia Bridgewater, repasó instintivamente sus dolores y males. Siempre iba a sufrirlos, pero, en general, habían quedado reducidos a un nivel que podía ignorar. Esos dolores, o quizás sus sentidos, se habían adormecido, los nervios habituados al constante desgaste.

Desde hacía un mes había montado a diario para prepararse para el viaje, para aumentar su fuerza y convencerse de que, efectivamente, iba a poder viajar a caballo durante los cuatro o cinco días necesarios para completar el trayecto hasta su destino.

La primera colina se iba acercando y la sensación de estar dejando atrás algo precioso aumentaba cada vez más. Insistentemente.

Tiró de las riendas para detener al caballo, lo giró y contempló el camino que había recorrido ya.

El monasterio destacaba con sus muros de piedra gris hundidos en el verde promontorio, con el cielo azul y el color plata del canal más al fondo. Thomas lo contempló todo mientras recordaba las horas que había pasado con Roland, con Geoffrey y con los demás monjes, que lo habían acogido sin preguntar, sin juzgar.

Ellos, más que él mismo, le habían concedido esa oportunidad, la de partir y completar su penitencia, y así hallar por fin la paz.

Por cortesía de Drayton, llevaba dinero en los bolsillos, y en las alforjas todo lo necesario para alcanzar el domicilio elegido e instalarse en él.

Por fin lo estaba haciendo, dando los primeros pasos por el camino que le conduciría a su

destino.

En efecto, se estaba rindiendo al destino, ofreciéndose libremente a lo que le aguardara.

Thomas contempló los muros del monasterio unos instantes más antes de hacer girar a Silver y seguir su camino.

El camino lo llevó a través de Taunton, un lugar de recuerdos, y de personas que podrían reconocerlo a pesar de las heridas que le desfiguraban el rostro. Atravesó la población y siguió su marcha, durmiendo en el pequeño pueblo de Waterloo Cross y levantándose al amanecer para continuar en dirección oeste.

A última hora de la tarde del cuarto día desde que saliera del monasterio, llegó a Breage Manor. Había atravesado Helston y continuado por la carretera hasta Penzance, después había girado al sur junto al sendero que llevaba a los acantilados. La entrada al camino era de lo más corriente, una sencilla avenida de grava que discurría entre los raquíuticos árboles y luego atravesaba un corto trecho de terreno abierto y ascendente que terminaba en la puerta de entrada de la mansión.

Había comprado la propiedad hacía años, por puro capricho. Le había llamado la atención y, por una vez en su vida, había cedido a un impulso y la había comprado. Se trataba de una residencia sencilla, aunque sólida, propia de un caballero y situada en las profundidades de Cornwall. En sus cuarenta y dos años, era la primera casa de su propiedad, el único lugar que se imaginaba llamando hogar.

La casa, un bloque rectangular sólido, pero anodino, construida de ladrillo local en tonos de rojo, ocre y amarillo, contaba con dos plantas, además de la buhardilla bajo el tejado. Las ventanas de las habitaciones principales daban al sur, sobre el acantilado junto al mar.

Mientras conducía a Silver por el sendero de entrada, Thomas examinaba la casa, encontrándola tal y como la recordaba. No había regresado desde hacía años, muchos más de los cinco que había pasado en el monasterio. Era evidente que los Gatting, la pareja que había contratado como vigilante y ama de llaves, había seguido cuidando de la casa como si fuera suya. Los cristales de las ventanas resplandecían, los escalones de la entrada habían sido barridos, e incluso de lejos se percibía el brillo de la aldaba de latón.

Thomas detuvo a Silver en el punto en el que el camino al establo se encontraba con el de la casa, pero, en deferencia a la pareja a la que no había informado de su inminente llegada, condujo al caballo hasta la puerta delantera y desmontó. A pesar de las lesiones del lado izquierdo de su cara, y todas las demás, los Gatting lo reconocerían sin problema, pero no había motivo para asustarlos entrando sin avisar por la puerta trasera.

Ni cojeando, como sería el caso.

Recuperó el bastón, sujeto a la silla con un elemento especial ideado por el monje encargado de los establos, y soltó las riendas de Silver. Vio al robusto caballo gris alejarse unos pasos del camino y agachar la cabeza para comer la áspera hierba. Satisfecho al comprobar que el caballo no parecía que fuera a alejarse mucho más, Thomas se dirigió a la puerta delantera.

Al alcanzar el pequeño porche delantero fue consciente del cansancio en sus piernas, nada sorprendente dada la distancia que había recorrido, junto con el esfuerzo físico adicional al tener que sobrellevar sus lesiones. Pero al fin estaba allí, el único lugar que consideraba su hogar, y por fin iba a poder descansar. Por lo menos hasta que el destino lo encontrara.

La cadena de la campana colgaba junto a la puerta. Agarrándola con fuerza, tiró de ella.

De las profundidades de la casa le llegó el sonido del timbre. Thomas se irguió, enderezando la espalda y ajustando la mano sobre el pomo de plata del bastón, preparándose para volverse a encontrar con Gattling.

Unas rápidas y ligeras pisadas se acercaron a la puerta. Y, antes de que tuviera tiempo de interiorizar la extrañeza, la puerta se abrió.

En la entrada apareció una mujer que lo miró con firmeza.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo?

No había visto a esa mujer en su vida.

—¿Quién es usted? —Thomas parpadeó y frunció el ceño.

Aunque las palabras que habían acudido a su mente habían sido más bien, «¿Quién demonios es usted?», cinco años en el monasterio le habían enseñado a cuidar su lenguaje.

La mujer levantó ligeramente la barbilla. Era de elevada estatura para ser mujer, apenas medía una cabeza menos que él mismo. Y, desde luego, no era lo bastante joven, ni lo bastante tímida, para ser una doncella.

—Yo diría que esa pregunta debería formularla yo.

—Pues lo cierto es que no, es mi pregunta. Soy Thomas Glendower, y soy el dueño de esta casa.

La mujer parpadeó sin que su mirada titubeara, aunque sí agarró con más fuerza la puerta. Tras varios segundos de profundo silencio, carraspeó antes de hablar.

—Dado que me temo que no lo conozco, necesitaré alguna prueba de su identidad antes de permitirle la entrada a la casa.

Thomas no había dejado de fruncir el ceño. Intentó mirar por encima del hombro de la mujer, hacia las sombras del vestíbulo.

—¿Dónde están los Gattling? La pareja que dejé al cuidado de la casa.

—Se retiraron, hace dos años ya. Yo les estuve ayudando durante dos años antes de eso, y me hice cargo de todo tras su marcha —una expresión de sospecha que, comprendió él, llevaba allí desde el principio, se acentuó en su mirada—. Si de verdad fuera el señor Glendower, ya lo sabría. Todo fue arreglado adecuadamente con... con su agente en Londres, sin duda él le habría informado del cambio.

Había sido lo bastante lista como para no darle ningún nombre. La mujer hizo ademán de cerrar la puerta y Thomas se apresuró en responder, con no poca acritud.

—Si se refiere a Drayton, sin duda no consideró el cambio lo bastante importante como para molestarme con eso —tras agitar la mano en el aire, se señaló el maltrecho cuerpo—. Durante los últimos cinco años, he estado más pendiente de otras cosas.

Al menos con eso consiguió que ella no le cerrara la puerta en las narices. En realidad lo observó detenidamente, con expresión contrariada. Y los labios, bastante bonitos por cierto, dibujaron una fina línea.

—Me temo, señor, que, independientemente de ello, necesitaré alguna prueba de su identidad antes de poderle permitir la entrada en esta casa.

«Intenta verlo desde el punto de vista de la otra persona». Todavía le costaba hacerlo con los hombres. Y ella era mujer. Imposible conseguirlo. Thomas la miró fijamente y ella le devolvió la mirada. No iba a moverse ni un milímetro. De modo que puso su mente a trabajar y la solución llegó con facilidad.

—¿Limpia el polvo de la biblioteca?

—Sí —contestó ella tras parpadear.

—El escritorio, está frente a la ventana que da al jardín lateral.

—En efecto, pero cualquiera podría haberlo visto asomándose por la ventana desde fuera.

—Cierto, pero, si limpia el polvo del escritorio, sabrá que el cajón del medio está cerrado con llave —Thomas levantó una mano para impedirle contestar que solía ser así con muchos escritorios como ese—. Si se coloca con la espalda apoyada contra ese cajón, y mira a su derecha, verá unas estanterías con libros, y en la que está... —estudió detenidamente el cuerpo de la mujer—, más o menos a la altura de su barbilla, en el rincón más cercano a la mesa, verá un reloj de carruaje. En la cara delantera de la base de ese reloj hay un pequeño panel rectangular. Si lo presiona ligeramente se abrirá. En el hueco oculto del interior, encontrará la llave del cajón central del escritorio. Abra el cajón y verá un cuaderno con tapas de cuero negro. En la primera hoja verá escrito mi nombre junto con la fecha, 1816. Las siguientes páginas contienen cifras que reflejan el tonelaje mensual del mineral proveniente de las dos concesiones de las minas locales que poseía por aquel entonces —Thomas hizo una pausa y enarcó una ceja—. ¿Bastará eso para probar mi identidad?

La mujer mantuvo los labios apretados, y la mirada firme, antes de contestar con encomiable calma:

—Si tiene a bien esperar aquí, comprobaré su identificación.

Y sin más cerró la puerta.

Thomas suspiró antes de oír deslizarse el pestillo, pasando a sentirse claramente ofendido.

¿Qué se había creído esa mujer? ¿Pensaba que iba a forzar la entrada?

Y, como si quisiera subrayar su incapacidad para hacer tal cosa, la pierna izquierda comenzó a dolerle. Necesitaba descargarla del peso de su cuerpo durante unos minutos para que el dolor no se volviera palpitante. Bajó de nuevo los tres peldaños del porche y se dejó caer, estirando las piernas y apoyando el bastón contra la rodilla izquierda.

Ni siquiera había averiguado su nombre, pero todavía se sentía insultado al saber que lo consideraba una amenaza para ella. ¿Cómo podía pensar algo así? Ni siquiera era capaz de correr tras ella. Aunque lo intentara, esa mujer no tenía más que arrojar algo a su paso y él caería de bruces.

A algunas personas les resultaba difícil contemplar un rostro desfigurado, pero, aunque ella por fuerza había visto las cicatrices, no había dado la sensación de fijarse en ellas, y desde luego no se había compadecido de él a causa de sus lesiones. Y lo cierto era que su aspecto no era tan malo. La parte izquierda de su cara estaba maltrecha, el párpado caído, el pómulo ligeramente hundido, y una fea cicatriz cruzaba la mejilla de ese lado, pero el lado derecho había sobrevivido con tan solo algunas pequeñas cicatrices, por eso no le cabía duda de que los Gattings le habrían reconocido nada más verlo.

El resto de su cuerpo era el mismo rompecabezas de zonas cubiertas de profundas cicatrices y otras casi libres de daño, pero todo ello quedaba oculto bajo la ropa. Las manos habían salido bastante bien libradas, al menos después de que Roland hubiera terminado con ellas, y pasaban por normales. Las señales externas más obvias de sus lesiones eran su pierna izquierda, rígida de cadera hacia abajo, y el bastón que necesitaba para mantener el equilibrio.

Intentaba contemplarse a sí mismo a través de los ojos de la mujer, y ciertamente, seguía siendo capaz sexualmente, pero, ¿cómo podía verlo como una amenaza?

Estaba en ese punto de sus infructuosas meditaciones cuando se dio cuenta de que lo vigilaban. Mirando hacia la derecha vio a dos niños, un chico de unos diez años y una niña varios años menor, que lo miraban desde la esquina de la casa.

Dado que no recularon cuando él los descubrió, Thomas dedujo que tenían derecho a estar allí... y que seguramente eran el motivo de la actitud tan precavida de la cuidadora de la casa.

La niña siguió mirándolo descaradamente, pero el niño desvió la mirada hacia Silver.

Incluso desde esa distancia y ángulo, Thomas percibió el anhelo en el rostro del niño.

—Puedes acariciarlo, si quieres. Es viejo y está acostumbrado a las personas. No morderá ni se quejará.

El niño miró a Thomas, los ojos, toda la cara, iluminados de ilusión.

—Gracias —dijo mientras salía de la casa y se acercaba despacio a Silver, que lo vio, pero que, tal y como había supuesto Thomas, no hizo ningún movimiento brusco y permitió que el chico le acariciara el largo cuello, cosa que hizo con la debida reverencia.

Thomas observó a la pareja pues, por supuesto, la niña se había apresurado a seguir a su hermano. Estaba casi seguro de que eran hermanos, dadas las semejanzas en sus rasgos. También se había fijado en la claridad de la dicción del muchacho, que encajaba con la de la mujer que había abierto la puerta. Quienquiera que fueran, estaba claro que no eran de la zona.

—Ni tampoco —murmuró—, vienen de una sencilla choza.

Por supuesto podría haber muchas razones para ello. El empleo de ama de llaves de un caballero del estatus del señor Thomas Glendower sería un puesto apetecible para una dama de buena familia caída en desgracia en los tiempos difíciles.

Oyó pisadas acercándose a la puerta, pero más lentas que la primera vez. Thomas recogió el bastón y se ayudó con él para ponerse en pie. Se volvió hacia la puerta en el mismo instante en que la mujer la abría. Llevaba el cuaderno en la mano, abierto por la primera página.

Rose contempló al hombre que le había dicho la fecha que encontraría escrita en el cuaderno de tapas de cuero negro que encontraría en el cajón cerrado con llave del escritorio de su empleador, un cajón que ella sabía que no había sido abierto en los años que llevaba allí. Suspirando para sus adentros, cerró el cuaderno y lo utilizó para hacerle una señal mientras abría la puerta del todo.

—Bienvenido a casa, señor Glendower.

Los labios de Thomas amenazaron con dibujar una sonrisa, pero se limitó a inclinar la cabeza, sin recrearse descaradamente.

—Quizás podríamos empezar de nuevo, señora...

—Sheridan —Rose dejó caer la mano y alzó la barbilla—. Señora Sheridan. Soy viuda —mirando hacia donde Homer y Pippin acariciaban al caballo de Glendower, continuó—. Mis hijos y yo nos instalamos aquí con los Gatting hace cuatro años. Yo buscaba trabajo y los Gatting estaban mayores y necesitaban ayuda.

—Cierto. Calculando el tiempo transcurrido me doy cuenta de que era probable que sucediera. Hace tiempo que no venía por aquí.

«¿Y por qué había tenido que regresar?». Sin embargo, Rose sabía bien que no tenía sentido pedirle cuentas al destino. No había otra opción más que permitirle entrar en la casa, permitirle reclamar su propiedad, a fin de cuentas era suya. Ya no le cabía ninguna duda, aparte del detalle del cuaderno, jamás habría encontrado el compartimento secreto del reloj si no se lo hubiera contado él. Había tocado muy a menudo ese reloj, cada vez que limpiaba el polvo, y nunca había visto nada que le diera la impresión de que allí pudiera haber un compartimento secreto. El reloj llevaba allí desde hacía al menos cuatro años, ¿cómo podría haberlo sabido él? No, desde luego era Thomas Glendower, tal y como había asegurado ser, y ella no podía impedirle la entrada a su propia casa. Además, la situación podría haber sido mucho peor.

Rose dio un paso atrás y abrió la puerta del todo mientras, apoyándose en el bastón, él

conseguía subir el último peldaño y entrar en la casa.

—Homer, mi hijo, traerá su equipaje y guardará el caballo en el establo.

—Gracias —Thomas alzó la cabeza y se detuvo frente a ella.

Rose contempló esos ojos, una mezcla de marrón y verde, y un escalofrío le recorrió la columna. Los pulmones se le encogieron. ¿Por qué? No estaba segura. En cualquier caso, de lo que sí estaba bastante segura era de que tras esos ojos habitaba una mente incisiva, observadora y agudamente inteligente.

No ayudaba mucho, pero Rose no percibió ninguna amenaza, a ningún nivel. Se había acostumbrado a fiarse de su instinto en lo concerniente a los hombres, había comprobado que ese instinto raramente se equivocaba. Y ese instinto le indicaba que la llegada de su, hasta entonces, ausente jefe no era el desastre que había temido al principio que sería.

A pesar de los daños visibles en su rostro, su aspecto era bastante agradable. De hecho, el lado intacto de su cara resultaba casi angelical en la pureza de los rasgos. Aparte de esas heridas, y de las evidentes restricciones en sus movimientos, su fuerza era aún palpable. Quizás fuera un arcángel lastimado, pero seguía teniendo poder.

Reprendiéndose mentalmente por hacer tal analogía, Rose soltó la puerta, que se quedó entornada.

—Si me permite unos minutos, señor, le prepararé la habitación. Supongo que querrá que le caliente agua para lavarse el polvo del viaje.

Thomas inclinó la cabeza. Entró más en la casa mientras la puerta se entornaba a su espalda y tomó el cuaderno negro que ella seguía teniendo en la mano. Sus dedos se rozaron y Rose, quedándose sin aliento, soltó el cuaderno de inmediato.

De modo que... ¿la atracción que había notado momentos antes había sido real y no solo por su parte?

La idea asustó ligeramente a Thomas. No lo había esperado. Se irguió, levantó la cabeza, respiró hondo y... y detectó el frágil y sutil aroma a rosas.

Y el efecto que le produjo, inmediato e intenso, fue aún más aterrador.

Bruscamente dio cerrojazo a sus reacciones, no podía permitirse el lujo de asustar a la mujer. La necesitaba para que cuidara de la casa y no quería que huyera en mitad de la noche. Guardó el cuaderno en el bolsillo de su abrigo y habló con calma.

—Estaré en la biblioteca.

Una mirada a las escaleras había bastado para convencerle de que no podría subirlas hasta haber descansado un poco.

—Sí, señor —la nueva ama de llaves cerró la puerta del todo y de un modo rápido y directo le proporcionó más información—. La cena estará lista a las seis. Dado que no sabía que fuera a venir...

—No pasa nada, señora Sheridan —él comenzó a cojear hacia la biblioteca—, durante los cinco últimos años he estado viviendo entre monjes. Estoy seguro de que su cocina estará a la altura.

No se volvió hacia ella, pero apostaría lo que fuera a que la mujer había entornado los ojos a sus espaldas. Ignorando el detalle, y también la intriga del misterio que representaban ella y sus hijos, Thomas abrió la puerta de la biblioteca y entró, reclamando su espacio y esperando a que el destino lo encontrara.

Lavado y vestido con ropa limpia, Thomas bajó las escaleras hacia el saloncito, con cinco minutos de antelación. Se entretuvo examinando la estancia, que no había utilizado demasiado en el pasado. Pero, hasta donde lograba recordar, no había cambiado en nada.

La puerta se abrió y la señora Sheridan se detuvo en la entrada.

—Si me acompaña al comedor, la cena está lista.

Él asintió. Apoyando todo su peso sobre el bastón, pues subir las escaleras había supuesto todo un desafío que estaba decidido a superar, se dirigió hacia la puerta y, haciendo un gesto con la mano en el aire, le indicó a Rose que lo precediera, y la siguió al otro lado del vestíbulo. La lámpara del vestíbulo, y las del comedor derramaban una luz continua y uniforme, iluminando a su enigmática ama de llaves, y permitiéndole observarla con mayor nitidez. Mientras cojeaba hasta un extremo de la mesa y se sentaba, a través de los ojos entrecerrados la vio acercarse a la mesa lateral sobre la que estaban dispuestas varias fuentes. Llevaba un vestido marrón oscuro, de buena calidad, pero de un corte muy austero, recatado, con el cuello alto y las mangas cerradas. Los espesos y brillantes mechones de color avellana estaban comprimidos en un moño bajo.

Rose tomó una sopera y se volvió. Thomas bajó la vista a su plato. Ya se había fijado en que tenía los ojos de color castaño, bordeados de gruesas pestañas bajo unas elegantemente arqueadas cejas. Su piel era clara, de un color crema con un toque rosado en las mejillas. Sus rasgos eran delicados, el rostro en forma de corazón con una delicada barbilla redondeada.

Ya se había fijado en su nariz, recta y severa, y los carnosos labios de color rosa claro, pero cuando se inclinó para ofrecerle la sopera, comprobó que, igual que antes, esos labios dibujaban una tensa línea.

La visión le desagradó, lo cual, en cierto modo le resultó curioso. Casi nunca le importaba lo que sentían los demás, al menos no de manera espontánea.

—Gracias —tomando el cazo, se sirvió a sí mismo.

Mientras levantaba la cuchara, la señora Sheridan se llevó la sopera de vuelta a la mesa lateral antes de volverse y, juntando ambas manos, situarse al final de la mesa, preparada para servirle los siguientes platos.

Él se llenó la boca con una cucharada de sopa mientras reflexionaba sobre cómo expresar lo que le gustaría decirle.

—Esta sopa está deliciosa —le comunicó por fin—. Mis felicitaciones a la cocinera.

—Gracias.

—Si me permite una sugerencia, señora Sheridan, no hace falta que me sirva. Si coloca esas fuentes sobre la mesa, a mi alcance, puede retirarse y cenar con sus hijos —le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿Acierto si supongo que esos dos están ahora mismo cenando en la cocina?

Por la expresión de su rostro, Thomas supo que había acertado. Las seis de la tarde era la hora habitual para cenar en el campo, sobre todo en las mansiones. Y estaba casi seguro de que, tanto ella como sus hijos, habían nacido en una buena casa.

Rose pareció dudar y, por un instante, él se preguntó si su sugerencia habría sido recibida como una ofensa, pero enseguida se dio cuenta de que estaba debatiendo consigo misma.

—De verdad que no me importa —insistió Thomas sonriendo para sus adentros.

«Y me resulta desagradable tener a una dama de pie mientras yo estoy sentado». Por suerte evitó pronunciar la frase en voz alta aunque, comprendió, así era como se sentía. Resultaba muy revelador. Siempre había tenido una gran facilidad para calibrar a las personas, sobre todo su estatus social y, aunque quizás su habilidad estuviera algo oxidada por el desuso, era evidente que seguía funcionando.



—Si de verdad no le importa, señor...

—No lo habría sugerido de no ser así.

—Muy bien —Rose se volvió y tomó dos fuentes cubiertas, llevándolas a la mesa. Dos viajes más le proporcionaron a Thomas todo lo necesario, incluyendo los condimentos, y todo a su alcance.

Aun así permaneció allí, como si no estuviera segura de que fuera capaz de servirse a sí mismo.

Ligeramente irritado, pues estaría parcialmente tullido, pero no incapacitado, la despidió agitando una mano en el aire.

—Gracias, señora Sheridan. Eso será todo.

Ella se puso rígida ante el tono de voz. Empezó a girarse, pero pareció recordar algo y se detuvo para hacer una reverencia. Y a continuación se marchó...

Dejándole a él terminando lentamente la sopa, la mente ya jugueteando con diversos escenarios que podrían explicar su origen y su presencia allí, fingiendo ser un ama de llaves en una casa aislada en el campo.

Ya había terminado la sopa y se había servido el segundo plato, chuletas de cordero, cuando el relativo silencio comenzó a afectarle. Cada minuto que pasaba se sentía más inquieto, menos cómodo, menos a gusto. No estaba solo en la casa, y le bastaba con agudizar el oído para detectar algún sonido proveniente de la cocina, un tintineo, una frase pronunciada en voz baja. En cualquier caso, Thomas se descubrió pendiente de esas cosas, y le llevó cierto tiempo identificar el problema, comprender lo que iba mal.

La solución era obvia, pero aun así dudó, pues sabía cómo se habría comportado el hombre que había sido, claro que ya no era ese hombre y, al parecer, el hombre en el que se había convertido tenía otras necesidades.

Rindiéndose al insistente impulso y, además, no tratándose de los Gating, que se habrían escandalizado, reunió rápidamente el plato y todo lo que iba a necesitar para terminar la comida, lo colocó todo sobre la gran bandeja que la señora Sheridan había dejado sobre la mesita lateral y, llevando la bandeja sobre una mano, algo que había aprendido a hacer en el monasterio, y sujetando el bastón con la otra, se dirigió a la cocina.

Le oyeron llegar, por supuesto.

Thomas empujó la puerta de paño verde al fondo del vestíbulo principal y avanzó por el pequeño pasillo hasta la cocina. Cuando apareció en el umbral de la estancia de considerables dimensiones, vio la mesa colocada exactamente en el centro, y a los tres ocupantes sentados, tenedores y cuchillos en mano, vueltos hacia él con expresión de sorpresa y, al menos los niños, descaradamente curiosos.

La señora Sheridan, sentada en un extremo, soltó los cubiertos y empujó la silla hacia atrás, preparándose para levantarse.

—No —Thomas contestó la pregunta reflejada en su mirada y cojeó hasta el centro de la estancia—. No hay nada malo en la comida —se detuvo en el extremo más cercano de la mesa y depositó en ella la bandeja—. Lo cierto es que durante los últimos cinco años de convalecencia en el monasterio me he acostumbrado a comer en el refectorio, rodeado por un montón de monjes —levantó la mirada y la clavó en la de la señora Sheridan—. Y acabo de descubrir que me desagrada comer solo, y me preguntaba si les importaría que me acomodara aquí y comiera en su compañía.

Era la verdad, pero no toda la verdad, pues sentía una insaciable curiosidad hacia la pequeña familia que había descubierto viviendo bajo su techo.

Sentándose de nuevo en la silla, Rose lo miró y rápidamente consideró sus opciones. La petición de su señor resultaba extravagante, totalmente fuera de lo normal, pero era el dueño de la casa, ¿cómo iba a rechazarlo? Necesitaba el trabajo, poder vivir allí, la seguridad de esa casa, para ella y, sobre todo, para los niños. No iba a poner todo en peligro por una cuestión menor. Además, él había explicado el motivo de su necesidad de compañía, y lo había entendido perfectamente. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que ella había hablado con un adulto? Sí, entendía la necesidad de compañía, aun así... miró a los niños.

Llevaban cuatro años viviendo allí, y su historia ya era firme, consolidada. Homer, tres años mayor que Pippin, entendía lo suficiente como para mostrarse cauteloso, y Pippin sencillamente no recordaba lo suficiente como para que resultara arriesgado.

Volvió a mirar a Glendower, estudiándolo con disimulo, confirmando la presencia que, a pesar de sus dolencias, seguía destacando claramente. Seguía ejerciendo un impacto. Consultó a su instinto, pero, como anteriormente, lo encontró imperturbable. Independientemente de las circunstancias, no percibió ninguna amenaza. Así pues, asintió.

—Si así lo desea, es bienvenido a unirse a nosotros —se volvió hacia su hijo—. Homer, por favor trae una silla para el señor Glendower.

Con una deslumbrante sonrisa, Homer se levantó de un salto y retiró la cuarta silla de su lugar junto a la pared.

Glendower la tomó con una sonrisa y un asentimiento de agradecimiento, colocó la silla y se sentó, frente a ella.

—Te llamas Homer, ¿verdad? —le preguntó al niño.

—Sí, señor Glendower —contestó Homer satisfecho—. Ese soy yo.

—Dado que vamos a compartir la mesa, Homer, puedes llamarme Thomas —la mirada de Glendower viajó hasta Pippin, que se mostraba igual de excitada que su hermano, pero lo miraba con más timidez. Thomas sonrió con una dulzura que, a pesar de las heridas en un lado de la cara, resultó de un gran encanto—. ¿Y tú eres?

Rose aguardó expectante para descubrir si Pippin consideraba las palabras de Glendower merecedoras de una respuesta.

Tras contemplarlo durante varios segundos, durante los que Glendower se limitó a esperar, sin inmutarse por su escrutinio, Pippin tomó su decisión y su rostro se iluminó mientras su vocecilla aguda resonaba alto y claro.

—Soy Pippin, como las manzanas Pippin.

La sonrisa de Glendower se hizo más amplia, pero inclinó la cabeza con severidad.

—Encantado de conocerte, Pippin. Y, por favor, llámame Thomas.

—Así lo haré —le aseguró la niña.

La mirada de Glendower se trasladó hasta Rose. Antes de alcanzarla, ella observó ostensiblemente el contenido de la bandeja que había trasladado desde el comedor.

—¿Tiene todo lo necesario aquí? —alzando la mirada, la posó sobre los ojos de color avellana.

Con la expresión relajada inamovible, Thomas le sostuvo la mirada durante largo rato, pero la señora Sheridan no dio ninguna señal de titubear. Al parecer, entre ellos no había posibilidad de tutearse. Bajó la mirada al plato y asintió.

—Sí, creo que sí.

No le convenía molestarla o irritarla. Thomas comenzó a pasar los diversos platos y fuentes de la bandeja a la mesa, disponiéndolo todo en una clara invitación a Homer, Pippin, y la

curiosamente altiva y reservada señora Sheridan, para que participaran de la comida.

Todos devolvieron la atención a sus respectivos platos.

Thomas aguardó. La niña, Pippin, ¿tendría seis o siete años? Tenía el mismo color y textura de cabellos que su madre, y también unos ojos parecidos. Sus rasgos eran un eco más juvenil y entre las dos la semejanza era muy grande. El chico tenía cabellos más oscuros, y ojos de un azul oscuro dispuestos en un rostro más ancho, pero, si bien sus rasgos eran, en general, más robustos, la semejanza con su madre estaba ahí.

Thomas apenas se había relacionado con niños, pero sí recordaba cómo era ser uno de ellos. Apostó por Homer, y el muchacho no le defraudó.

—¿De verdad has vivido cinco años en un monasterio? —los grandes ojos azules de Homer desbordaban curiosidad.

La señora Sheridan abrió la boca, sin duda para reprender a su hijo por la pregunta.

Pero Thomas contestó antes de que pudiera hacerlo.

—Sí. En el canal de Bristol —hacía tiempo que había aprendido que la mejor manera de que otros le confiaran sus secretos era ofreciendo alguna información primero.

—¿Era viejo y estaba en ruinas, y tenía fantasmas? —preguntó Pippin.

—No —Thomas sonrió de manera alentadora—, fue construido hará unos treinta años. Los monjes llegaron desde Francia durante... —«El Terror», pensó—, durante la revueltas que sucedieron allí hace unos cincuenta años.

Las compuertas se habían abierto y los niños lo bombardearon con una pregunta tras otra sobre la vida en el monasterio. Ambos poseían lo que Thomas consideraba una sana curiosidad, y estuvo más que dispuesto a satisfacerla.

Todavía en alerta, todavía recelosa, Rose observó a su patrón seducir a los niños, pero nada en su comportamiento se le antojó digno de preocupación. En más de una ocasión, antes de contestar, se detenía a reflexionar unos instantes. Era algo que ella ya había advertido con anterioridad, sus respuestas solían ser bien meditadas.

En cuanto a los niños, dado que prácticamente los había animado a hacerle preguntas, no le importó que lo hicieran para así, de paso, satisfacer su propia curiosidad.

Pues sentía curiosidad, tanta o más que los niños.

Al abrirle la puerta había clasificado instintivamente su ropa, corte de pelo, porte, modales, dicción, y todo lo demás, como rasgos de clase alta, y le había colocado en la escala superior de la nobleza, quizás un caballero o un barón de la familia. Sus impresiones habían encajado con lo que había recopilado sobre Thomas Glendower. En esos momentos, sin embargo, mientras continuaba la conversación con los niños, tranquila y fluida, y ella disponía de tiempo para estudiar la ropa que se había puesto para cenar, su aspecto más cuidado, la impecable dicción ofrecida con esa voz ligeramente ronca, y la seguridad y maneras que parecían una parte intrínseca de él, no pudo por menos que preguntarse si sus orígenes no estarían uno o dos puestos más arriba en la escala.

En contra de lo que habría temido, la comida se desarrolló en un ambiente inesperadamente agradable.

Concluida la cena, Thomas selló la aprobación de Rose al ofrecerse, y luego insistir, aunque con consumada elegancia, en ayudarla a ella y a los niños a recoger la mesa, fregar los platos y recogerlos.

—Es lo justo si voy a compartir la comida con vosotros —comentó él a los niños, aunque mirándola a ella con expresión interrogante.

Ante la poca convicción reflejada en el rostro de Rose, Thomas añadió, con una sonrisa que daba a entender que la entendía perfectamente:

—Acháquelo a mis años en el monasterio, allí todo el mundo ayuda con las tareas.

Ante la atenta mirada de los niños era imposible negarse, de modo que los cuatro colaboraron en recoger, limpiar y ordenar la cocina.

Cuando todo estuvo hecho, los niños subieron a sus habitaciones para leer. Rose tomó el cesto de costura y lo dejó frente a la silla. Al levantar la vista, vio que Glendower la estaba contemplando y, en respuesta a su mirada, le ofreció una inclinación de cabeza.

—Estaré en la biblioteca si me necesita.

—¿Quiere que le lleve el té? —preguntó ella tras asentir.

—Más tarde —Thomas consultó la hora en el reloj de la pared—. ¿Podría ser pasadas las nueve?

—Se lo llevaré —Rose volvió a asentir.

Él se volvió y, apoyado en el bastón, se alejó cojeando hacia la puerta, pero allí se detuvo y se volvió de nuevo.

—Supongo que necesitaré un tiempo para habituarme a la vida fuera del monasterio. Le agradecería que no tomara en cuenta mis ocasionalmente excéntricos modales.

Ella lo miró a los ojos, sostuvo su mirada y respondió con la misma franqueza.

—Siempre que no supongan un peligro para mí o los niños, no veo motivo alguno para no llegar a un acuerdo.

Thomas curvó los labios en esa atractiva sonrisa que tenía. Tras otra inclinación de cabeza, se volvió y se marchó.

Intrigada, muy a su pesar, Rose lo observó alejarse y se preguntó por el enigmático señor Thomas Glendower.

El primer día de Thomas en la mansión demostró ser más interesante de lo que había esperado que fuera.

Apuró la taza de té que le había servido puntualmente la señora Sheridan, junto con dos deliciosas pastas, y recorrió con la mirada una vez más la pequeña biblioteca que había reunido hacía tiempo. No era muy extensa, pero todas las obras que consideraba indispensables estaban allí.

Dejó la taza vacía y miró por la ventana, aunque hacía una noche oscura y solo se vislumbraba el ligero resplandor de la luna, por lo que no pudo ver gran cosa.

Con la ayuda del bastón se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Las escaleras suponían todo un desafío. Tenía que pisar el escalón con el pie derecho y luego subir el izquierdo al mismo escalón antes de proceder de igual manera con el siguiente. Aun así, y tras haber realizado ese recorrido horas antes, le resultó algo más sencillo y requirió menos esfuerzo.

Al llegar al final de las escaleras hizo una pausa para recuperar fuerzas antes de cojear pasillo abajo hasta la puerta de su dormitorio. Era la habitación más grande de toda la casa, orientada al sur. Había dejado las cortinas descorridas y no se molestó en encender la lámpara, sino que se dirigió entre las sombras hasta la ventana y miró hacia el acantilado y la ondulante oscuridad del mar.

La luz de la luna descendía del cielo a su derecha, un haz plateado que bajaba a bailar con las

olas, produciendo una sobrecogedora luz fosforescente sobre el acantilado. Las nubes se agrupaban en grandes manchas contra la negra seda del cielo nocturno, bloqueando la débil luz de las estrellas.

Con frecuencia la costa en esa zona era tormentosa, turbulenta, el mar una masa revuelta de verde gris. Pero esa noche el viento estaba en calma y el mar sereno. Todo en paz.

Thomas contempló, vio y se embebió de esa paz.

Se había plegado al destino y había dado el siguiente paso, había salido al mundo y allí estaba.

«¿Y ahora qué?», era la pregunta alojada en su mente. Estaba allí, preparado, esperando, y dispuesto a lo que fuera que el destino decretara como su última acción de penitencia.

Aparte de estar allí, en el mundo, no sabía muy bien qué más podría hacer para hallar activamente su verdadero camino.

Pasados cinco minutos contemplando las vistas, durante los cuales no se le ocurrió nada más, suspiró y se volvió hacia la cama. Allí estaba a salvo y su inesperada ama de llaves y sus hijos ya supondrían un desafío bastante grande de momento.

Y, si podía hacer algo por ayudarlos, lo haría.

Mientras aguardaba la llamada del destino.

Tras hacer su habitual ronda nocturna de la casa, comprobando para su alivio que su señor se había retirado a su habitación, Rose subió a la última planta, bajo el tejado, donde se encontraban sus habitaciones y las de los niños.

Entró primero en la pequeña habitación de Pippin, luego en la de Homer y los arrojó a ambos. Los dos estaban profundamente dormidos, sus inocentes caritas de aspecto beatífico. Rose sonrió y los dejó durmiendo.

Poco antes, cuando había subido para meterlos en la cama, se los había encontrado hablando del señor Glendower... Thomas como lo llamaban. Ella, por su parte, no había juzgado buena idea abandonar el tratamiento formal y él, muy sensatamente, no había insistido. Pero los niños ya habían sobrepasado la etapa del «patrón distante», y tenían muchas preguntas para él, ninguna de las cuales, supuso ella, iban a colocarle en una situación incómoda. Además, tenía que reconocer que ella también sentía curiosidad.

Si alguien le hubiera pedido que se imaginara a su patrón ausente, jamás se habría figurado que sería así, tan complejo, tan fascinante.

Extrañamente, a pesar de lo evidentes, sus lesiones no habían influido, ni lo harían, en el modo en que ella o los niños lo contemplaban. Y eso, sospechaba, se debía a que él mismo no se veía como un ser maltrecho, incapaz, inferior por sus lesiones. Era a su autoconfianza y seguridad a lo que respondían los demás. Y eso había quedado meridianamente claro a lo largo de la noche.

Aun así, mientras se deslizaba dentro de la cama y se cubría con las mantas, Rose se obligó a dar un paso mental atrás y evaluar, con lógica y frialdad, si Thomas Glendower y su llegada podrían suponer una amenaza para su escondite.

Ya había desestimado la posibilidad de que supusiera una amenaza personal para ella o los niños. Poseía un instinto demasiado fino como para dudar de sí misma, y en cuanto a Thomas Glendower, ese instinto tenía razón. No suponía ninguna amenaza para ella o su familia.

Aparte de eso, sopesó todas las posibilidades, pensó y repensó todos los escenarios posibles y terminó por concluir que, si acaso, su presencia en la mansión, como dueño de la propiedad, alguien que, a pesar de haber estado ausente durante años, era conocido por su nombre y

reputación, solo podía mejorar su situación, nunca empeorarla.

En efecto, ese hombre le proporcionaba un escudo adicional, fortaleciendo, haciendo más impenetrable, la fachada que ella había construido y tras la que se escondía. Con él allí, aceptándola a ella y a los niños por lo que se suponía que eran, su disfraz resultaba aún menos transparente.

Rose reflexionó durante varios minutos sobre esa conclusión y, por fin, la aceptó por buena.

Satisfecha, rodó de lado y se acurrucó, tapándose hasta los hombros con las mantas.

El que Thomas Glendower hubiera regresado a la mansión podría ser, en efecto, algo muy bueno.

Y jamás habría esperado sentirse así ante el hecho de tener a un absoluto desconocido durmiendo bajo el mismo techo que ella y los niños.

Curvando los labios en una sonrisa cargada de ironía y ligeramente intrigada, Rose cerró los ojos y dejó que el sueño la tomara.

## Capítulo 2

A la mañana siguiente, antes de que Rose tuviera tiempo de prepararle una bandeja, su patrón apareció en la cocina y tomó asiento en un extremo de la mesa.

—Buenos días —Thomas asintió a Homer y a Pippin, quienes le devolvieron la sonrisa. A continuación alzó la vista hasta Rose, de pie frente al fuego—. ¿Qué hay para desayunar?

Rose recurrió veloz a su memoria y, en efecto, el señor Glendower había mencionado que tenía la intención de comer, todas las comidas, con ellos.

—¿Le gustaría empezar por un café? —preguntó mientras alargaba una mano hacia la cafetera.

Él asintió y Rose le sirvió una taza antes de llevársela a la mesa.

Thomas tomó la taza de sus manos con ambas manos. Sus dedos se rozaron y ella, una vez más, sintió un escalofrío de sensualidad, el cual aplastó sin piedad. Desarrollar cualquier grado de vulnerabilidad hacia su patrón desde luego no formaba parte de sus planes.

Sin darse cuenta del efecto que había producido, Thomas hundió la nariz en la taza y, aliviada, ella se retiró a su posición junto al fogón.

—En unos minutos tendrá unos huevos con beicon —ella lo miró por encima del hombro—. ¿Prefiere unos huevos revueltos o fritos?

—Revueltos —él miró a Homer y a Pippin—. ¿Y vosotros dos qué planes tenéis para hoy?

Los niños le explicaron con todo lujo de detalles sus actividades para el día mientras Rose ponía el beicon a freír y batía los huevos.

Tres minutos después, le sirvió en un plato una montaña de esponjosos huevos revueltos bien dorados, decorados con tres lonchas del beicon local.

—Qué buena pinta tiene —Thomas tomó el tenedor y el cuchillo y se dispuso a comer.

Rose sirvió a los niños sendas porciones más pequeñas y ellos, también, empezaron a comer en silencio.

Satisfecha, ella se sentó en su silla sumándose al desayuno. Sin embargo, permaneció alerta, con la sensación de que aquello estaba resultando demasiado fácil, y esperando descubrir la trampa, algún aspecto negativo, que sin duda se haría evidente en cualquier momento. Pero no fue así.

Lo cierto era que tenía que reconocer que el hecho de que Glendower comiera con ellos le facilitaría considerablemente tener que ocuparse de él.

Y como si quisiera demostrar que había más ventajas, en cuanto terminó de comer, Thomas apartó su plato tomó la cafetera, que ella había dejado sobre la mesa y se sirvió a sí mismo una segunda taza, tomó un sorbo, y fijó su mirada color avellana sobre Rose.

—Tengo que ir a Breage esta mañana, y luego a Helston. ¿Necesita que le traiga algo? ¿Más huevos, mantequilla, beicon?

—Me traen los víveres —ella parpadeó—, huevos y carne todas las semanas. El último pedido

fue entregado a principios de esta semana, pero... —no había sabido de su llegada, y acababa de consumir la mitad de los huevos—. Dadas las circunstancias, quizás podría prepararle una lista, solo para estar bien abastecidos hasta el siguiente pedido. Cuando venga, aumentaré las cantidades.

Thomas le sostuvo la mirada durante unos segundos, lo bastante como para que ella reflexionara sobre sus palabras, preguntándose si no habría dicho algún inconveniente. Pero al rato él asintió y se apartó de la mesa.

—Por favor, hágame llegar esa lista de extras urgentes, pero también puede preparar otra con los proveedores de sus pedidos habituales. Les haré una visita, repasaré los pedidos y aumentaré las cantidades como corresponda. Así la semana que viene ya llegará todo lo necesario —Thomas hizo una pausa y su mirada se volvió momentáneamente distante antes de volver a fijarla sobre el rostro de Rose—. Si no recuerdo mal, dispuse que todos los comerciantes enviaran las facturas a Drayton. ¿Sigue utilizándose ese sistema?

Rose asintió mientras buscaba el modo de hacer la pregunta que la conversación había despertado.

Los labios de Thomas volvieron a curvarse y ella supo que había comprendido. Le había leído la mente.

—No sé cuánto tiempo permaneceré aquí, podrían ser semanas o incluso meses.

—¿No tiene planes definitivos? —ella parpadeó.

—No —sin apartar la mirada, él sacudió la cabeza antes de volver a hablar—. Podría decirse que estoy esperando una especie de aviso, pero no sé cuándo llegará.

De modo que, en principio, estaría allí indefinidamente. Rose inclinó la cabeza en un gesto de aceptación. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Thomas se levantó de la silla y sonrió a los niños, saludando con la cabeza, antes de volver a mirarla a ella.

—Estaré unas horas en la biblioteca. La buscaré antes de marcharme.

Ella volvió a asentir y lo vio cruzar el umbral hacia el pasillo que conducía a la parte delantera de la casa. Todavía cojeaba, seguía utilizando el bastón, pero le pareció que ya no se apoyaba tan pesadamente sobre él como había hecho el día anterior.

Mientras los niños terminaban el desayuno y la ayudaban a recoger y limpiar, repasó la conversación.

Existía la posibilidad de que adivinara la verdad, o por lo menos que percibiera una parte de su disfraz. Era un hombre muy observador y, supuso ella, más que inteligente. Agudamente inteligente. Se notaba por su mirada, y eso bastaba para hacerle sentir recelo.

Los niños y ella podrían marcharse antes de que él descubriera demasiado, pero, por otra parte, los niños y ella estaban cómodamente instalados allí y, a pesar de todo, su instinto le decía que no había motivo para tenerle miedo, ningún motivo para suponer que, aunque lo averiguara todo, quisiera hacerles ningún daño.

Durante los últimos cinco años había vivido voluntariamente en un monasterio y se suponía que tendría una sana noción de lo correcto y lo incorrecto, del bien y del mal.

Tras secar y guardar los platos, Rose se volvió hacia los niños y sonrió a sus deslumbrantes caritas. Para ellos cada día seguía siendo una aventura.

—Vamos —les acarició las brillantes cabezas—. Vamos a empezar con las lecciones.

Hasta que tuviera algún motivo fundado para pensar de otro modo, seguirían viviendo como hasta entonces, pero, a pesar de lo que le dijera su instinto, permanecería en guardia.



Dos horas después, provisto de la lista, Thomas se acercó a su paso hasta el establo. La bonita estructura de ladrillo al final del camino parecía en buen estado. Sospechaba que sería uno de los cometidos de Homer.

Abrió la puerta de madera y entró dentro, deteniéndose en el pasillo central para evaluar la situación. El caballo gris lo miraba, plácido aunque expectante, desde el box más cercano a la puerta. El siguiente albergaba a un caballo más pequeño, más parecido a un poni, sin duda empleado para tirar de la trampilla de la luz al fondo del establo. El tercer cubículo estaba vacío en esos momentos, siendo su ocupante de invierno, seguramente, la vaca que había visto pastando en el pequeño prado más allá del jardín trasero de la mansión. El lado del establo opuesto a los boxes estaba abarrotado de balas de paja y heno, y algunos sacos de grano.

Fijándose en la zona de aparejos junto a la puerta, Thomas se acercó y encontró su silla sobre un caballo de madera. Recogió la silla con un brazo y descolgó las riendas y las bridas de un gancho antes de acercarse al caballo gris para ensillarlo.

Estaba colocando la silla sobre la ancha grupa del caballo cuando oyó el ruido de unas pisadas que se acercaban apresuradamente, seguido por la aparición de Homer que entró corriendo por la puerta. Se paró en seco frente a Thomas y el caballo gris.

El caballo relinchó y Thomas sonrió.

—Ma me ha enviado para que te ayude —balbuceó Homer con los ojos muy abiertos antes de erguirse y parpadear—. Pero ya lo has hecho tú solo.

—Así es —sujetándose contra el flanco del caballo, Thomas ajustó la cincha—. Como ves, soy perfectamente capaz de realizar estas tareas —miró al niño, que parecía algo decepcionado—. Pero dale las gracias a tu madre por su amabilidad, y gracias a ti por venir aquí corriendo a ayudarme.

—No me importó hacerlo —el rostro de Homer se iluminó y, acercándose a la cabeza del caballo, le dio una palmadita en el morro—. Me ha permitido salir fuera un rato.

Thomas reflexionó taciturno.

—¿Cuántos años tienes?

Había tenido cuidado de no hacer demasiadas preguntas, ni siquiera las más obvias, la noche anterior, al menos no delante de la desconfiada y vigilante señora Sheridan.

—Nueve —contestó el niño de inmediato—. Pippin solo tiene seis.

—¿Y por qué no vais a la escuela? —preguntó él tras dudar unos instantes—. Si no recuerdo mal, hay un colegio rural no muy lejos de aquí, a este lado de Breage.

—Ma nos enseña —contestó Homer sin inmutarse—. Consigue los libros cuando vamos a Helston o a Exeter —se encogió de hombros—. Nos ha ido bien, supongo, pero... —hizo una mueca—, estoy seguro de que podría aprender más cosas, como Geografía, Latín e Historia también. Incluso Aritmética. Ya soy tan bueno como ella en eso. Y me encantaría aprender Astronomía, sobre los planetas y los cuerpos celestiales.

Observando el rostro del niño, la ilusión en su mirada y el fervor en su tono de voz, Thomas comprendió que Homer no encontraba ninguna contradicción en ser el hijo de un ama de llaves y recibir lecciones de esas materias.

—¿Has echado un vistazo a los libros de la biblioteca? —señaló hacia la casa con la cabeza.

—No —Homer suspiró—. Ma no nos deja entrar ahí.

Recogiendo las riendas, Thomas condujo al caballo fuera del establo. El niño caminaba al otro lado del animal. Deteniendo a Silver, Thomas le pasó el bastón a Homer.

—Sujeta esto mientras me monto.

Homer tomó el bastón y observó con evidente curiosidad cómo Thomas se retorció para poder deslizar la punta de una de las botas de montar en el estribo y luego, mientras se agarraba a la silla, se elevaba, lanzando su rígida pierna izquierda sobre la montura y sentándose. El estribo de la izquierda estaba más bajo que el de la derecha, pero a no ser que alguien se fijara muy detenidamente, Thomas parecía montar con la misma facilidad que cualquier hombre.

—Gracias —Thomas alargó la mano para recuperar el bastón y lo deslizó en su compartimento antes de mirar a Homer—. Si quieres, cuando regrese, podría elegir algunos libros interesantes para que puedas leer.

—¿De tu biblioteca? —Homer resplandeció de felicidad cuando Thomas asintió—. ¡Eso sería maravilloso!

Thomas se descubrió devolviéndole la sonrisa. Recordaba cómo, siendo un niño, había tenido unas ansias igual de voraces por aprender. En su caso lo había logrado, más o menos, como parte de sus derechos de nacimiento. En el caso de Homer... él podría ayudar al niño a expandir sus conocimientos. Estaba más que cualificado para ejercer como tutor del pequeño. Pero sospechaba que debería hablarlo primero con la señora Sheridan antes de ilusionar a Homer.

Sin embargo, ya había decidido que, mientras estuviera en la mansión, haría todo lo posible para ayudar a los Sheridan, y permitir que Homer leyera algunos libros de la biblioteca sería sin duda una manera irreprochable de hacerlo.

El caballo se agitó, ansioso por arrancar. Thomas lo sujetó para poder asentir en dirección a Homer.

—Pues entonces hecho. Cuando regrese haré una selección de libros.

Soltó las riendas de Silver, que echó a trotar. Mientras lo guiaba por el paseo, Thomas oyó un grito de felicidad infantil que se desvanecía a sus espaldas.

Silver estaba preparado para salir y se acomodó a un medio galope por la carretera que conducía a Breage. Aunque la meta final de Thomas era Helston, y aunque podría haber llegado por un camino más directo, había elegido atravesar Breage... para ver.

Al parecer la panadería de elección de la señora Sheridan para adquirir la harina y productos similares estaba localizada en esa pequeña ciudad. Thomas se dirigió al establecimiento y dedicó varios minutos a mejorar sus encantos oxidados mientras modificaba el pedido habitual para la mansión.

Abandonó la tienda y se detuvo en la calle, mirando a un lado y otro, a varias pequeñas tiendas y la única taberna. La esposa del panadero con quien había hablado no había mostrado más que una natural curiosidad al conocer al largo tiempo ausente terrateniente, un hombre lleno de cicatrices y que caminaba con una pronunciada cojera. Hasta donde recordaba Thomas, nunca había hecho negocios con nadie de la ciudad, de modo que no debería haber nadie que pudiera recordarle de antes.

De la época, hacia el año 1816, cuando, siendo mucho más joven, había participado en una estratagema para asustar a algunos propietarios locales de concesiones mineras de estaño con el fin de que le vendieran esas concesiones. Se había limitado a esparcir rumores falsos, y ese había sido el único negocio no del todo legal en el que había participado Thomas Glendower. Los demás se habían llevado a cabo bajo su nombre de pila, el que iba asociado a su ser ya muerto.

Convencido de que no había ningún problema potencial, ni para él ni para los Sheridan,

agazapado en Breage, Thomas volvió a subirse al caballo y tomó la carretera hacia Helston.

Algo más de nueve relajantes kilómetros más tarde, sin que se produjera ningún incidente, Silver hizo resonar los cascos sobre el puente del río Cober, y Thomas hizo ascender al caballo por la empinada pendiente de la calle Coinagehall. El único lugar en Helston en el que, en 1816, había pasado el tiempo era el Blue Anchor, una taberna frecuentada por mineros. Pasó frente al edificio con tejado de paja y continuó su camino, entrando en el establo del hotel Angel, un establecimiento de categoría muy superior en la zona más elevada, y mucho más cercano a su meta final: la oficina de correos.

Dejó a Silver al cuidado del mozo de cuadra del Angel y cruzó la calle hasta la oficina de correos. Envío cartas a Londres para Drayton y Marwell, y también otra para Roland. Tras charlar un rato con el empleado del mostrador, se dirigió al estanco de al lado, donde pidió que se le entregara a diario en la mansión, y en cuanto llegaran de la capital, un ejemplar de los principales diarios financieros de Londres, además del *Times*. Dado que estaban en Cornwall, eso significaba que la primera edición de la mañana llegaría a última hora de la tarde. El retraso no era lo ideal, pero en el monasterio había sucedido lo mismo, y había aprendido a trabajar con las limitaciones.

Durante los últimos años había remodelado las inversiones de Thomas Glendower hasta el equivalente de un fondo principal filantrópico. A pesar de haber partido con la intención de hallar su destino, su última penitencia, no lo consideraba una excusa para dejar de lado su necesaria supervisión del fondo. Mientras esperaba a que el destino lo encontrara, todavía le quedaba mucho trabajo por hacer, y no tenía intención de esperar ocioso.

Además, la ociosidad en alguien como él invariablemente conducía a problemas.

Su mente nunca dejaba de pensar, de sopesar, de especular. ¿Y si hacía eso o aquello? ¿Cuál sería el resultado? ¿Dónde estaba la ganancia? ¿Sería tanta como había predicho? Se trataba de una actividad persistente con la que había aprendido a vivir hacía tiempo. En realidad, para él, esa constante actividad mental era la norma.

Y tal y como le había advertido una mujer bastante clarividente hacía muchos años, ahí residía el peligro. Su mente estaba demasiado habituada a idear esquemas destinados a la ganancia económica, pero, tristemente, sin las debidas consideraciones hacia la ley, estaba mucho menos inclinada hacia la moralidad. Siempre que las estrategias se mantuvieran dentro de su cabeza, no se produciría ningún daño, pero en cuanto se formaban, la tentación de dejarlas salir al mundo, de darles una oportunidad para demostrar si funcionaban... era el señuelo, la constante e insistente tentación contra la que había aprendido, mediante duras experiencias, que debía luchar.

Mantener su mente ocupada con empresas legítimas, incluso deseables, con las que ganar dinero era, para él, más una necesidad que una elección.

Se detuvo en la estrecha acera fuera del estanco, con un puñado de los periódicos del día anterior bajo el brazo, y sacó el reloj de bolsillo. Pasaban de las doce del mediodía. El impulso a regresar directamente a la mansión le resultó sorprendentemente fuerte, pero, para cuando llegara allí, la señora Sheridan y los niños sin duda ya habrían terminado de comer, y su llegada, hambriento y pidiendo comida, importunaría al ama de llaves.

Guardó el reloj en el bolsillo del chaleco y se irguió. Aferró el bastón con más fuerza y cruzó la calle hasta el hotel Angel, y su afamado restaurante.

Al día siguiente, Rose estaba recogiendo la cocina después del té de la mañana cuando, por la ventana sobre el fregadero, vio a Glendower caminando alrededor de la casa.

No se limitaba a pasear, sino que llevaba un cuaderno en una mano y de vez en cuando se detenía para contemplar la casa, con los ojos entornados.

Presa de la curiosidad, ella lo observó. Tras una parada para realizar una de sus detenidas observaciones, él sacó un lápiz del bolsillo de la chaqueta, alzó el cuaderno y escribió algo.

Llevaba pantalones y botas de montar, junto con una camisa blanca de lino, un pañuelo anudado de manera sencilla y, encima, una chaqueta, también de montar. Rose había supuesto que su intención sería la de montar de nuevo, pero no. Mientras observaba, una ligera brisa le revolvió los cabellos, los brillantes y dorados mechones entremezclados con los de color castaño era lo que le había llamado la atención, empujándola a mirar por la ventana.

De pie delante del fregadero, con un trapo en la mano, ella vaciló. Quería saber qué estaba haciendo, qué estaba planeando. Como guardiana de los niños, necesitaba tener conocimiento de cualquier cosa que pudiera suponer una amenaza potencial, que pudiera arriesgar su secreto, sacarlo a la luz. Pero también era lo bastante sincera como para admitir, al menos para sí misma, que, en contra de eso, su curiosidad hacia Glendower estaba alimentada también por un impulso más preocupante, incluso inquietante.

Nunca antes se había sentido atraída hacia un caballero. Medianamente intrigada, quizás, pero no atraída de ese modo.

Nunca antes se había sentido empujada a acercarse más, a descubrir si la emoción sensual que sentía ante el contacto de su mano, seguía allí.

Sabía que seguía, seguiría, allí cada vez que sus dedos la rozaran sin querer. La sensación le llegaba hasta la médula.

Pero no sabía si él sentiría algo en absoluto, y no podía afearle su conducta lo más mínimo. No había hecho ningún movimiento que pudiera ser tildado de inapropiado, ni por las mentes más calenturientas, mucho menos una insinuación.

Ese hombre no le había dado ningún motivo para creer que la deseaba, que la quería para sí, que pudiera suponer alguna amenaza para ella.

¿Estaba mal por su parte querer... ponerlo a prueba?

La noche anterior, después de la cena, cuando los niños se habían subido a sus cuartos, Thomas le había hablado de Homer, y se había ofrecido a buscarle libros adecuados de su biblioteca para satisfacer la floreciente necesidad de conocimientos del niño. Una necesidad que ella misma no podría saciar. Glendower lo había hecho parecer muy poca cosa, algo que podría hacer fácilmente, que no le causaría ningún trastorno, pero para Homer ya había supuesto una gran diferencia y, por tanto, para ella también. La expresión de Homer cuando, después del desayuno de aquella mañana, Glendower se lo había llevado a la biblioteca y llenado los brazos de varios tomos encuadernados en cuero, y luego lo había enviado al comedor para que se instalara en la gran mesa que él ya no utilizaba... esa expresión, había sido digna de ver.

Homer se había sentido exultante.

Y Rose se había sentido más que agradecida, aliviada, pero al llevarle la bandeja del té de la mañana a la biblioteca, había intentado agradecersele y él había tildado su actuación de insignificante, nada merecedora de la más mínima consideración.

No había hecho ningún intento de sacar provecho de su gratitud, de ninguna manera...

Rose se movió para no perderlo de vista mientras Glendower avanzaba hacia la parte trasera de la casa. De nuevo se detuvo, contempló la casa y anotó algo en el cuaderno.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Arrojando el trapo sobre el banco, se secó las manos con la falda y se alisó los cabellos,

confirmando que el moño seguía impecable, antes de agarrar el echarpe que colgaba del respaldo de la silla y dirigirse hacia la puerta de atrás.

El sol la recibió al salir, pero la ligera brisa era fresca. La primavera se acercaba, instalándose gradualmente, y aún no se había asentado del todo. Echándose el echarpe sobre los hombros descendió hacia el estrecho camino pavimentado, pero lo abandonó rápidamente para adentrarse entre la hierba y, alargando las pisadas, se dirigió hacia su presa que se aproximaba a la esquina más lejana de la casa.

Glendower la contempló mientras se acercaba, pero enseguida volvió a sus notas.

Deteniéndose a unos pasos, ella se colocó frente a la casa y observó la fachada, intentando ver qué había llamado la atención de su patrón.

Como si le hubiese leído la mente, y sin dejar de escribir, él murmuró:

—Los canalones. Hay que limpiarlos. Si mira de cerca, ahí arriba está creciendo la hierba.

Rose levantó una mano para usarla a modo de visera, miró y vio que él tenía razón.

—¿Es eso lo que está anotando? —le preguntó.

Glendower asintió.

—Estoy anotando todas las cosas que hay que hacer —él cerró el cuaderno y volvió a contemplar la casa.

Agarrando con fuerza el puño plateado del bastón que había dejado apoyado contra su muslo, Glendower continuó con su lento recorrido alrededor de la casa, examinando a su paso cada ventana, cada fragmento de canalón, y todo lo que tuviera un origen estructural.

Rose lo siguió.

—Hay un hombre que nosotros, los Gattings y yo, hemos contratado durante estos años —le indicó Rose cuando él se detuvo para comprobar la pintura de un alféizar—. Es de confianza y honesto. Si quiere, cuando haya terminado la lista, podría llamarlo.

Para su sorpresa, Glendower sacudió la cabeza.

—No, lo haré yo mismo —añadió, como si se le acabara de ocurrir.

Rose parpadeó. Pensó en lo alto que estaba el canalón, en lo rígidos que eran los movimientos de Glendower... y se preguntó por qué un caballero iba a querer hacer algo así él mismo.

Él se detuvo nuevamente, en esa ocasión para comprobar la solidez de un fragmento de celosía fijada a un lado de la casa.

Rose se detuvo a unos metros, su mirada en el rostro de Glendower, y se mordió el labio, preguntándose cómo verbalizar la pregunta que acababa de formarse en su mente.

Alejándose de la celosía, apoyando el bastón contra su pierna, él volvió a sacar el cuaderno y el lápiz.

Rose lo vio abrir el cuaderno, y vio sus labios curvarse, claramente con ironía.

—No —dijo, la mirada fija en la página sobre la que escribía—. Tengo dinero de sobra —hizo una pausa y, como si presintiera que hacía falta dar más explicaciones, prosiguió—. Necesito moverme para que no se me atrofien los músculos, para que no se debiliten de nuevo. Tengo que utilizarlos todo el tiempo, de muchas maneras diferentes.

—Está el ejercicio —contestó ella intrigada—, y está el trabajo duro.

El rio y guardó el cuaderno.

—Desde luego.

Parecía estarse divirtiendo realmente, en absoluto ofendido por lo que otro patrón habría considerado una osadía.

Tranquilizada, Rose mantuvo el paso mientras él proseguía su recorrido, doblando la esquina

de la casa para examinar la fachada delantera. Ella aguardó, deseando...

Glendower se detuvo y levantó la vista hacia la fachada.

—El monasterio era benedictino, todos estaban obligados a colaborar, incluso para echar una lechada, en los trabajos de mantenimiento y reparación del edificio, cada uno según sus capacidades —la contempló brevemente, pero lo suficiente como para que ella captara la expresión de desprecio hacia sí mismo que asomó a su mirada—. Cuando llegué allí, no poseía ninguna habilidad que fuera útil, no en ese sentido. Pero muchos de los hermanos sí, y se avinieron a enseñarme. Con el tiempo descubrí que poseía una inesperada aptitud para... supongo que podría decirse para fabricar y reparar cosas. Para trabajar con las manos para que los objetos físicos funcionaran.

Continuaron el recorrido y, después de un rato, él prosiguió con su explicación.

—Sé que no es habitual en el caso de un caballero, pero me produce una gran satisfacción, arreglar cosas y que funcionen.

Thomas oyó sus propias palabras, su primer intento de explicarle a alguien su afición por dichas actividades, y entendió la conexión, la similaridad esencial entre su ocupación habitual de las mañanas, invertir y gestionar fondos para crear dinero para arreglar cosas, y lo que se había convertido en su actividad favorita para rellenar las tardes. Dos caras de la misma moneda, una marcadamente cerebral, la otra sólidamente física.

Deteniéndose a nueve metros de la casa, en línea con la puerta delantera, se volvió para mirar a su ama de llaves.

—Por tanto —concluyó mientras contemplaba sus dulces ojos marrones—. Yo mismo haré las reparaciones necesarias.

Ella le sostuvo la mirada un instante antes de inclinar la cabeza. Deteniéndose también, contempló la casa.

—¿Tiene ya decidido por dónde va a empezar las reparaciones?

Él se volvió para colocarse de nuevo frente a la casa. Estaban muy cerca, apenas separados por treinta centímetros.

—La pintura debería esperar a que el tiempo mejore, de modo que, de momento, eso irá al final de la lista.

Ocupada en estudiar la fachada, ella no lo había visto acercarse y cuando se volvió para situarse frente a la casa, sus hombros se rozaron.

Y saltaron chispas. Así lo sintió él. La atracción mutua prácticamente crujía en el aire.

Sus músculos, aunque habitualmente tensos, más que los de la mayoría de los hombres, temblaron. Thomas se agarró con fuerza al puño del bastón, los nudillos palideciendo mientras luchaba contra el impulso de reaccionar, mientras aplastaba despiadadamente la instintiva urgencia de perseguir esa atracción. De perseguirla a ella.

Nada bueno podría surgir de algo así.

Por la rigidez que hizo presa de ella, por el hecho de que había dejado de respirar, él supo que su ama de llaves estaba sumida en una batalla similar a la suya, que ella también sentía el poder de la llameante conexión.

Y entonces, subrepticamente, Rose tomó aire, entrecortadamente, temblorosamente y se movió hasta que sus hombros ya no se tocaron.

—Bueno, pues —su voz surgió ligeramente falta de aliento— le dejaré con ello —afirmó con gran determinación mientras elevaba la barbilla un poco más.

Inclinó la cabeza y, sin mirarlo a los ojos, se dio la vuelta y se alejó.

Thomas la observó marcharse y se preguntó si, a pesar de sus mejores esfuerzos, la lucha acabaría siendo una batalla perdida.

Tras varios momentos reflexionando en esa línea, devolvió su mirada a la casa.

Si esa mujer era capaz de negar lo que estaba surgiendo entre ellos, si era capaz de seguir suprimiendo su reacción ante él, entonces él también podría, debería y haría lo mismo.

Transcurrida la primera semana tras el regreso del señor Thomas Glendower a Breage Manor, Rose se sentó en su silla a la mesa de la cena y escuchó atentamente la apasionada conversación entre Glendower, Thomas como le llamaban ambos niños, y Homer sobre la manera correcta de interpretar la teoría de alguien sobre que la luna orbitaba la tierra.

Pippin estaba ocupada comiendo, pero entre bocado y bocado, también escuchaba aunque, en el caso de la niña, Rose apostaría a que lo que llamaba su atención era la animación que desprendían tanto Homer como Thomas... Glendower.

Rose contempló su plato de sopa, probó una cucharada y devolvió la mirada a la mesa.

Ahí estaba, imponente, su patrón, un hombre que, independientemente de sus heridas, sus evidentes males, independientemente de las cicatrices que desfiguraban su rostro, conseguía llamar y mantener su atención e interés como una especie de piedra imán emocional, y aun así se sentía... asentada. Tranquila, segura, incluso serena, su instinto convencido, más allá de toda duda, de que la situación era... buena.

Su presencia en la casa parecía... sencillamente correcta.

Glendower había demostrado ser una criatura de hábitos, y se había acomodado a una rutina diaria. Después de desayunar con ellos, se encerraba en la biblioteca y trabajaba durante la mañana. Normalmente Rose lo encontraba allí todavía, analizando cifras y leyendo periódicos, cuando le llevaba el té de la mañana. Al final salía y, últimamente, solía pasar una media hora con Homer en el comedor, y aparecían juntos cuando ella llamaba a comer.

Después de ayudarla a recoger la mesa, solía salir a montar o a trabajar en el pequeño proyecto de la casa que tocara de la lista. Si bien esas acciones traslucían cierta arrogancia en el hecho de que era evidente que no le importaba lo que los demás pensarán de él, ella consideraba su actitud encomiable, y la apoyaba sin reservas.

Homer, por supuesto, se había dado cuenta. Desde la llegada de Glendower, había revisado su opinión sobre las tareas, como limpiar el establo, algo que siempre solía ser tema de discusión, y de repente parecía considerar esas actividades como perfectamente aceptables, ocupaciones aceptablemente masculinas.

Al principio Pippin, como era su costumbre, se había limitado a escuchar, o, con su muñeca en brazos, a seguir a Glendower alrededor de la casa, observándolo. Rose había supuesto que Glendower ignoraría a la niña, no de manera despectiva, pero simplemente por ser niña, pero no. Desde hacía días, Pippin regresaba a casa cargada de relatos sobre cómo Thomas le había dejado sujetar los clavos o pasarle el martillo, de cómo ella le había ayudado a completar cualquier tarea en la que él hubiese estado trabajando.

Rose no pudo evitar sorprenderse ante aquello, y también ante el hecho de que, a pesar de la atracción que, como el rayo, parecía recorrer sus nervios cada vez que estaban cerca, un padecimiento que sospechaba cada vez más que él había percibido, ambos habían conseguido relacionarse sin ningún incidente. Al menos sin ningún incidente que no hubieran podido ignorar o, por lo menos, fingir que no había sucedido.

No estaba del todo segura de cómo la hacía sentirse ese detalle, pero, en general, tras la primera semana de su presencia allí, se sentía inesperadamente contenta.

Incluso podía admitir que se alegraba de que estuviera allí.

En el otro extremo de la mesa, Thomas también estaba contento con su primera semana de logros. Sus días se estaban acomodando a un ritmo de trabajo financiero, aprendizaje intelectual y trabajo físico que le iba bien. Acudir a la mansión, y permanecer allí tras haber descubierto a sus inesperados nuevos cuidadores, había sido lo correcto. Podía permanecer allí, tranquilo y confortable, mientras esperaba a que el destino lo llamara para realizar su última penitencia. Si bien en lo más profundo de su alma ennegrecida residía cierta impaciencia sobre esa última tarea, la impaciencia de conocer su naturaleza, de realizarla y encontrar... lo que hubiese más allá, para su sorpresa las pequeñas distracciones del momento, de la casa, los niños y la atractiva señora Sheridan, parecían tener suficiente peso como para ahogar, suprimir esa sensación.

En ese lugar, en ese momento, Thomas solo era consciente de un día bien aprovechado, y de una relajante y soporífera sensación de calma.

Pippin rodeó la mesa a saltitos mientras retiraba los platos vacíos de la sopa. La señora Sheridan repartió los platos llanos y llevó una cacerola grande a la mesa.

Sentándose de nuevo, hizo un gesto para que Glendower se sirviera. Fue una de esas ocasiones en las que él habría deseado poder discutir, pero comprendió que ella preferiría que adoptara la actitud de menor resistencia. Su instinto le insistía en que ella, al fin y al cabo una dama, debía ser servida primero, pero... para mantener la paz se sirvió él, antes de pasarle el cucharón a Homer.

La carne estaba deliciosa. Thomas se había asegurado no solo de aumentar las cantidades, sino también la calidad de los cortes. La señora Sheridan, por supuesto, se había dado cuenta de ello, pero no había hecho ningún comentario, limitándose a ajustar los platos a los mejores ingredientes.

Mientras un agradable silencio, roto únicamente por el entrecocar de lo cubiertos contra la porcelana, y los murmullos de Pippin a Homer para que le pasara el cestillo del pan, envolvía la mesa, Thomas posó la mirada por encima de la mesa y se encontró con los bonitos ojos marrones de la señora Sheridan, que ya estaban posados en él.

Se sostuvieron la mirada durante un largo segundo, una fracción de latido más de lo correcto, antes de que ambos bajaran la vista a sus respectivos platos.

Thomas se resistió a la urgencia de revolverse en la silla. Sin duda ella se daría cuenta y... no. Era la única espina de la rosa de sus días allí, la atracción que, ni aliviada ni saciada, estaba creciendo en su interior. Era, lo sabía, la clase de atracción que no amainaría sin más, no mientras permanecieran bajo el mismo techo, tan cerca el uno del otro.

Sin embargo, hasta el momento ambos habían logrado suprimir cualquier manifestación, habían conseguido mantener la tapa sobre la cacerola que, lentamente, regularmente, inevitablemente, se acercaba a su punto de ebullición.

Su única esperanza era que, antes de que llegara a ese punto, el destino ya lo hubiera llamado.

La idea hizo que se centrara de nuevo en los otros ocupantes de la mesa. Miró a Homer y luego a Pippin. Solo formaría parte de sus vidas durante un breve periodo de tiempo, de sus vidas y de la de su madre y, aunque había reflexionado sobre la cuestión, con cada día que pasaba estaba cada vez más seguro de que su decisión de interactuar con ellos y de ayudarlos en lo que pudiera durante el tiempo que estuviera allí era el camino correcto.

El camino de enseñar a Homer, y también a Pippin, lo que pudiera y vivir mientras tanto con toda la normalidad posible mientras evitaba que prendiera lo que se estaba cocinando entre su



madre y él.

Con el plato vacío y su estómago agradablemente lleno, Thomas se reclinó en la silla y posó la mirada en la mesa.

—Una cena deliciosa, señora Sheridan. Mis felicitaciones a la cocinera.

Ella rio, produciendo un espontáneo sonido de placer y, si bien él consiguió mantener una expresión de relajada tranquilidad, algo en su interior se detuvo.

Cuando, tras compartir una sonrisa con los niños, ella lo miró, empujándolo a sonreír ligeramente, Thomas agachó la cabeza asegurándose de que los párpados y las pestañas ocultaran el hambre que se reflejaba en su mirada.

## Capítulo 3

Los días se convirtieron en semanas. Un día, cuando ya había pasado un mes de su llegada a la mansión, Thomas estaba sentado en la biblioteca, el trabajo financiero del día aún sin comenzar, el sillón de almirante girado de manera que su espalda daba al escritorio, a las cartas y periódicos que aguardaban amontonados, y miraba inquieto por la ventana.

La impaciencia aún perduraba en su alma, aun así, incluso después del tiempo transcurrido, sentía cierta calma, la relajante influencia de los sencillos placeres a los que se exponía a diario. Todos y cada uno de los días que pasaba en la mansión, aceptado como una parte del pequeño núcleo familiar.

No estaba seguro de si sería lícito disfrutar tanto. Con tan poco esfuerzo.

El hombre que había sido habría prestado atención a su creciente impaciencia, se habría rendido a ella y encontrado la manera de presionar. El hombre que había sido no habría dudado en seguir adelante y obligar al mundo a plegarse a sus deseos, obligando incluso al destino a ajustarse a su propia agenda.

Pero el hombre en el que se había convertido había aprendido algo de humildad, había aceptado que no era la persona alrededor de la cual giraba el mundo. Su futuro, sin duda, estaría muy al final de la lista del destino, o de Dios, de los asuntos a solucionar.

Ese destino, o ese Dios, ya lo alcanzaría a su debido tiempo.

Paciencia. Eso también parecía ser una virtud que necesitaba adquirir.

Quizás fuera la lección en esos momentos.

Reflexionó sobre esa conclusión. En cierto modo era egoísta, pero no se le ocurría ningún argumento en contra. Debía esperar a la aparición del destino y esa casa, estaba bastante seguro, era el lugar en el que debía esperar. Debía arreglar la mansión para que la señora Sheridan y los niños permanecieran a salvo y seguros cuando él se marchara. Enseñar a Homer y ampliar los horizontes de Pippin también.

Y continuar con su trabajo como Thomas Glendower.

Aceptando el veredicto, le dio la vuelta al sillón y volvió a concentrarse en los diversos documentos que lo esperaban apilados. Eligió las cartas y las clasificó antes de sacar un libro de cuentas y sumergirse en el trabajo, en tomar fondos y aumentarlos legalmente y luego utilizar los procedimientos necesarios para ayudar a quienes no podían mantenerse por sí mismos, a los débiles, a los desvalidos, a los más necesitados.

En sintonía con los pecados de su vida anterior, se había sumergido en esa tarea.

Y, de un modo totalmente inesperado, había encontrado una medida del equilibrio y de socorro, y de una paz libre de culpabilidad.

El día siguiente transcurrió de un modo muy parecido a los demás. Thomas pasó la mañana en la biblioteca, analizando la información financiera recibida de la prensa londinense del día anterior y cualquier comunicación de Drayton o de alguna otra de sus fuentes, y revaluó y decidió sobre cualquier ajuste necesario para los numerosos fondos que gestionaba, tras lo cual envió instrucciones a Drayton para que ejecutara esas decisiones.

Pero el mundo de las inversiones solía moverse despacio y la mayoría de los días no tenía ninguna carta que escribir.

Y ese era uno de esos días. Satisfecho con el estado de todos sus fondos, ordenó los papeles y se reclinó en el sillón. Tras un rato con la mirada en blanco sobre el escritorio, giró la silla y miró, igualmente en blanco, por la ventana.

Liberado de los rigores del análisis de inversiones, su mente, como era de esperar, se escoró hacia el otro rompecabezas más intrigante e inmediato... el ama de llaves y sus hijos.

La señora Sheridan estaba muy alejada de la típica ama de llaves de una mansión de campo, incluso de una mansión londinense. Era envarada, y la franqueza y agudeza mental que demostraba poseer no encajaban con una actitud de servidumbre.

Rose. A Pippin se le había escapado el nombre de su madre. Los niños solían llamarla «ma», lo cual también resultaba extraño. Dada su mal disimulada alta cuna, él habría esperado algo así como «mamá», pero no. Y los propios niños...

¿Qué hacía una pequeña familia de origen noble viviendo de ese modo? ¿Por qué había elegido Rose esa vida? Era evidente que debía de haber una razón de peso detrás de esa decisión.

Su empecinado aislamiento era otra rareza más. Ambos niños estaban en edad de asistir a la escuela, y la escuela local no estaba lejos, pero ninguno de los dos acudía. Peor aún, ninguno de los dos se relacionaba con otros niños, y, al parecer, no esperaban hacerlo.

Ciertamente Homer ya necesitaba unas enseñanzas de mayor nivel, algo que podría proporcionarle una buena escuela secundaria o un tutor privado, pero Pippin era pequeña y, según sospechaba Thomas, le habría gustado relacionarse con las demás niñas en la escuela local, salvo por su estatus social que, desde luego, no era rural.

A lo lejos oyó sonar la campana, que lo sacó de su ensoñación. Era el timbre de la cocina de Rose... la señora Sheridan, llamándolos a tomar el té de la mañana. Si no respondía y aparecía en la cocina, ella le llevaría una bandeja a la biblioteca.

Volviendo a girar la silla, alargó una mano hacia el bastón, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

Thomas llegó a la cocina justo detrás de Homer. El muchacho había estado estudiando en el salón, lugar que le había sugerido él mismo.

Homer se dejó caer en la silla y, con expresión hermética y extrañamente taciturna, tomó una rebanada de pan con mantequilla. Pippin ya estaba sentada, degustando feliz una rebanada de pan generosamente untada con mermelada de frambuesa.

Rose se volvió desde los fogones con la tetera en una mano y la jarra de leche en la otra. Al ver a Glendower, asintió a modo de saludo. Dejó la tetera y la jarra sobre la mesa y tomó la taza y el plato que ya había dejado sobre una bandeja, preparada para llevarla a la biblioteca, pues nunca estaba segura de si él se reuniría con ellos para el té de la mañana.

Dejó la taza y el plato frente a él y le sirvió el té, antes de llenarse su propia taza y luego sentarse en la silla.

Homer tomó la jarra de leche y se llenó el vaso antes de hacer lo mismo con el vaso de Pippin.

—¿Terminaste con esa Aritmética? —preguntó Rose a su hijo al percibir su estado de

descontento.

—Sí —el niño hizo una mueca típica de cualquier escolar—. ¡Pero la Aritmética es tan aburrida!

Rose abrió la boca, pero Thomas... Glendower, le dirigió una mirada significativa y ella se detuvo. Y escuchó las palabras de Glendower...

—En algunos aspectos sí, pero la Aritmética, todas esas cosas aburridas, son la base de todo lo que yo hago como inversor.

De golpe se había ganado toda la atención de Homer.

—Sin la Aritmética —continuó Glendower—, yo no podría ganar todo el dinero que gano. Cualquier terrateniente utiliza también la Aritmética a diario, al calcular el rendimiento de sus cosechas, los beneficios que producen sus hectáreas, los precios de los productos que vende. Sin la Aritmética ninguna clase de comercio podría funcionar. No habría bancos, ni tiendas, ni gobierno. Y sin la Aritmética no se puede construir nada, ni casas, ni ferrocarriles, ni barcos, ni siquiera carreteras, al menos no unas que sean adecuadas —tenía atrapada la mirada del muchacho—. Si esperas conseguir algo útil en tu vida, necesitarás dominar la Aritmética —concluyó.

Rose lo habría besado. Miró a Homer y vio su gesto contrariado.

—Pero yo ya sé sumar y restar, y me sé las tablas de multiplicar de memoria —Homer contempló a Glendower con expresión suplicante—. Tiene que haber algo más.

Glendower parpadeó antes de levantar la mirada hacia Rose, y volver a posarla en Homer.

—Y lo hay. Está la multiplicación y la división con cifras mucho más grandes que las que vienen en tus tablas, para eso necesitas saberte las tablas, para ayudarte. Primero vienen las tablas, luego la multiplicación y división con números grandes y luego más operaciones complicadas.

Rose se sintió desfallecer cuando tanto Glendower como Homer se la quedaron mirando. Ella ya había llegado al límite de su educación aritmética. Había esperado poder guiar a Homer durante, al menos, unos cinco años más, pero él ya la había superado en capacidad, al menos en cuanto a la Aritmética. Bajo la agudamente observadora, incluso penetrante, mirada de Glendower, se sintió encogerse, pero consiguió mantenerle la mirada e intentó reflexionar.

Como si hubiese visto lo suficiente para comprender, Glendower se reclinó en la silla, su mirada aún posada en el rostro de Rose.

—Creo que ya he mencionado que estoy esperando un encargo, y hasta entonces mi intención es la de permanecer aquí. Sin embargo, incluso contando con las inversiones y las reparaciones de la casa, me queda mucho tiempo libre, de momento —Thomas miró a Homer, que estaba pendiente de cada palabra—. Quizás, con su permiso, señora Sheridan, yo podría ampliar los conocimientos de Homer.

Thomas recordaba la sensación que había tenido de niño al superar los límites de la capacidad los tutores para expandir su horizonte y estimular su mente inquisitiva. Qué diferente habría sido su vida, cuántas personas seguirían vivas, si alguien se hubiera tomado algún interés en él y lo hubiera guiado en ese aspecto. En cambio, le habían dejado solo para que descubriera su propio camino, para que forjara su propio destino y, al final, no había salido bien ni para él ni para la sociedad.

Y ahí estaba Homer, en muchos aspectos muy parecido a él mismo de niño, llegando al mismo punto, pero a una edad incluso más temprana. Y él tenía el tiempo, y la capacidad, para conducir a Homer por el buen camino.

Thomas volvió a mirar al ama de llaves, con una expresión lo más clara que pudo ofrecerle, enarcando una ceja.

Ella no aceptó el ofrecimiento de inmediato, ofrecimiento que habría resuelto lo que sin duda ya suponía un problema para Rose. En cambio, buscó su mirada, escrutó su expresión. Thomas casi podía oír los pensamientos entrecrocando en su mente.

No quería estar en deuda con él. Pero, por otra parte, Homer y su bienestar eran lo principal para ella, algo por lo que estaba dispuesta a hacer sacrificios, por lo que ya los había hecho.

Thomas hizo una pausa antes de mostrar las manos, con las palmas hacia arriba, las muñecas apoyadas sobre la mesa, extendidas hacia ella.

—Sin condiciones —miró a Homer y quiso desviar la atención del muchacho de sus palabras—. Y no solo en Aritmética sino también en todas las demás materias, y tendrás que prometer que vas a trabajar duro.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, la expresión indicando que apenas se atrevía a tener esperanzas, Homer asintió con entusiasmo y, junto con Thomas, desvió la mirada hacia su madre.

Rose volvió a buscar la mirada de Thomas, y la sostuvo un instante.

—¿Está seguro de disponer de ese tiempo?

—Lo estoy —Thomas sonrió con confianza y miró a Homer, que apuraba la taza de leche y ya se había comido dos rebanadas de pan con mermelada—. ¿Estás preparado para enfrentarte a más Aritmética, y que sea más difícil? —preguntó mientras el niño dejaba la taza sobre la mesa.

—¡Sí! —exclamó Homer resplandeciente mientras se apartaba de la mesa.

Thomas asintió y se levantó también, siguiendo al entusiasmado niño de vuelta al comedor.

Allí, le pidió a Homer que le mostrara los últimos ejercicios que le había puesto su madre, básicos y aburridos, e ideó una serie de ejercicios progresivamente más complicados que llevarían al niño, paso a paso, a niveles más complejos de manipulación matemática.

Dejó a Homer trabajando sobre el primero y se dispuso a repasar las demás asignaturas que él mismo había estudiado a su edad. Recordó un libro que había despertado su interés por la Geografía y regresó a la biblioteca, buscó un ejemplar guardado en una estantería inferior y, triunfante, regresó con él al comedor.

Homer seguía ocupado, y así seguiría durante una hora por lo menos.

Thomas dejó el libro sobre la mesa y, cuando el niño levantó la mirada, lo señaló.

—Cuando yo tenía tu edad, solía leer esto, una historia de aventuras que se desarrolla en África. Puedes llevártelo a tu habitación, incluso sacarlo fuera de casa. No es realmente un libro de texto, sino más bien un libro que te hará querer aprender más.

Homer sonrió y se acercó el libro. Leyó el título y miró a Thomas con la cabeza ladeada.

—¿Aprendiste en casa, así como yo, o ibas a la escuela?

—Un poco de cada. Mis padres murieron cuando yo tenía seis años y, después de eso, viví con mi tutor. A tu edad tenía preceptores, pero poco después me enviaron a estudiar a Harrow, y luego a Oxford.

—¿Tú también eras huérfano? —Homer lo miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Era huérfano, sí —contestó Thomas tras fruncir el ceño para sí mismo y buscar la mejor manera de explicárselo—, porque perdí a mi madre y a mi padre, los dos murieron. Tú, por lo menos, sigues teniendo a tu madre.

Homer lo miró durante unos segundos antes de parpadear y asentir con la mirada en el vacío.

—Sí —contestó mientras se inclinaba sobre su cuaderno—. Por lo menos tengo a Ro... a ma.

Thomas, que seguía de pie, vio cómo el niño apretaba los labios. Un gesto muy sabio.

Contemplando la brillante cabecita, Thomas repasó la conversación que acababa de mantener. En el fondo, los niños no sabían mentir.

La tarde siguiente, Thomas tomó un hacha, se la apoyó sobre el hombro y se dirigió al huerto. Encerrado entre muros de piedra seca, el huerto estaba situado a un lado del jardín trasero, frente a los establos.

Todavía llevaba el bastón, pero más por costumbre que por necesidad. Apenas lo necesitó para cruzar el césped. El verano se acercaba inexorablemente y cada vez hacía más calor, lo que suavizaba el dolor en sus huesos y articulaciones, y la serie de ejercicios que había estado practicando desde su regreso a la mansión había ido fortaleciendo sus músculos y tendones.

Pasó por el hueco en la pared de piedra y se detuvo para contemplar el huerto. Los ocho árboles que había allí eran viejos, pero estaban bien cuidados y, por los brotes que empezaban a formarse en las ramas podadas, siete seguían sanos y seguramente iban a dar una buena cosecha ese año. Thomas recordaba vagamente que a Gating le habían gustado mucho esos frutales, y la señora Sheridan procuraba seguir con el trabajo de Gating.

Pero el tercer manzano de la fila de la derecha se había marchitado.

Con el hacha todavía al hombro, Thomas se acercó al árbol, pasando junto a los dos ciruelos damascenos e, ignorando el cerezo, los dos perales y el nogal de la otra fila.

Durante sus años en el monasterio, había pasado todo el tiempo posible al aire libre y, casi todo ese tiempo lo había invertido en trabajar en alguno de los jardines, el jardín de plantas medicinales, el de plantas culinarias, o el huerto. Había aprendido mucho, incluyendo cómo detectar la roya y cuál era el tratamiento más efectivo.

Deteniéndose ante el manzano, lo observó, fijándose en la mancha oscura de roya que, poco a poco, iba cubriendo la mayoría de las ramas.

Suspirando para sus adentros, dejó caer el bastón sobre la hierba y levantó el hacha del hombro.

Avanzó cojeando y se agachó bajo una de las ramas más bajas, desde la que tenía una buena posición para inclinar el hacha y hundirla en el tronco. Plantó los pies firmemente sobre el suelo, alzó el hacha y...

—¡No!

El grito le hizo bajar el hacha y mirar hacia la casa.

Pippin bajaba las escaleras a toda velocidad, las trenzas y el mandil revoloteando a sus espaldas.

—¡No! ¡Thomas, no! ¡No puedes cortar mi árbol!

El grito era angustiado. Thomas dejó el hacha en el suelo y se irguió.

La niña entró corriendo en el huerto. Thomas miró hacia la casa y comprendió que debía haberlo visto desde la ventana de su dormitorio.

Pippin interrumpió la carrera junto al bastón caído. Con la mirada suplicante y la expresión implorante, posó sus grandes ojos marrones en el rostro de Thomas.

—Por favor, Thomas, no puedes cortarlo, es mi árbol del nombre. Fue el que me dio mi nombre.

—Yo pensaba que te llamabas Philippa o algo así —él parpadeó.

—No, pero me gustan las manzanas —la niña sacudió la cabeza categóricamente—, y cuando tuve que elegir un nombre, elegí Pippin, como esa variedad de manzanas —señaló con la cabeza

hacia el árbol—. Por eso es mi árbol.

—Entiendo —entonces, ¿cómo se llamaba en realidad? ¿Y por qué había tenido que elegir otro nombre? Thomas la miró durante unos segundos más antes de volverse hacia el árbol. Era evidente que el tratamiento más efectivo, en ese caso, no iba a ser el mejor. Miró de nuevo a la niña—. Está enfermo.

Pippin, la carita muy seria, asintió y, acercándose, pasó una mano por una rama enferma.

—No está sano, ¿verdad?

—No, no lo está —Thomas sujetó el hacha boca abajo y se agachó bajo la rama para colocarse al lado de la niña—. Y, si no hacemos nada, seguirá enfermando y acabará por morir, seguramente a finales de este año.

Pippin lo miró de frente, los ojos castaños, tan parecidos a los de Rose, clavándose en los suyos.

—Pero no hace falta talarlo, ¿verdad? ¿No hay nada que podamos hacer para que mejore?

Thomas le sostuvo la mirada antes de suspirar y volverse de nuevo hacia el árbol, estudiándolo de nuevo y evaluando hasta dónde se había extendido la roya. Quizás hubiera una posibilidad de salvar el árbol con una poda selectiva. ¿Era mejor intentarlo y darle a esa niña, quizás, falsas esperanzas, o debería insistir en que había que cortar el árbol entero?

Echó un vistazo a los demás árboles.

—Los otros árboles parecen sanos, de modo que es probable que solo el manzano tenga roya — de nuevo observó detenidamente el árbol, consciente de la mirada de Pippin clavada en su cara, de la esperanza que brillaba en su mirada, y también la fe de que, si había algún modo de salvar su árbol, él lo encontraría.

—Si... —propuso Thomas, mirándola de nuevo— cortamos con mucho cuidado las ramas que están muriéndose, cada pedazo de árbol que muestre señales de estar afectado, y luego me llevo los pedazos cortados y los quemo, quizás podamos, y digo solo «quizás», salvar tu árbol.

Ella lo miró, le agarró una mano y la apretó.

—¿Podemos hacer eso, entonces? ¿Por favor?

«Podemos». A Thomas se le ocurrió que la niña se quedaría más tranquila si se le permitía ayudar. Y, si sucedía lo peor, por lo menos Pippin se quedaría con la sensación de que había hecho todo lo que había podido hacer.

—De acuerdo.

Ella aplaudió y gritó de felicidad. Por suerte, la expresión fue breve.

Reprimiendo una sonrisa ante la exuberancia de la niña, y preguntándose cuánto tiempo le iba a durar ante la tarea que tenían por delante, Thomas señaló hacia el establo con la barbilla.

—Acompáñame entonces. Volveremos a dejar el hacha y traeremos las tijeras de podar y el serrucho.

Pippin lo acompañó dando saltitos a su lado y él no pudo evitar sonreír.

Tras devolver el hacha a su lugar y recoger todas las herramientas que, pensaba, podían necesitar, junto con una vieja lona manchada de pintura, y permitiendo que Pippin llevara las tijeras de podar más ligeras, envolvió todo lo demás en la lona, se la colgó del hombro y regresaron al huerto.

Extendió la lona en el lado más alejado del árbol, sobre la pequeña pendiente que conducía al muro trasero, tomó dos serruchos y las tijeras de podar más pesadas y lo dejó todo a un lado, más cerca del árbol. A continuación, tomando las tijeras de podar pequeñas de manos de Pippin, anunció:

—Te voy a explicar cómo lo vamos a hacer.

Y le explicó que iba a cortar las ramas y pasárselas a ella para que las depositara sobre la lona. Su trabajo consistiría en asegurarse de que cada trozo de rama cortada acabara sobre la lona.

—Es muy importante que cada pedazo de madera enferma acabe en un montón sobre la lona, y no sobre la hierba de alrededor. Después, en cuanto hayamos cortado todo lo enfermo, llevaremos la lona al extremo más alejado del huerto y allí haremos un montón con la madera y lo quemaremos.

Pippin asintió y Thomas elevó las tijeras de podar, pero al alargar una mano para sujetar la primera rama, la niña se acercó al tronco del árbol. Agachándose junto a él, apoyó una mano sobre el suave tronco.

—Te prometo que vamos a hacer todo lo posible para que te pongas bien, y que puedas volver a crecer sano y darnos deliciosas manzanas para comer.

Tras darle una palmadita al árbol, se levantó y se colocó al lado de Thomas. Levantó la vista y clavó la mirada en la de él mientras asentía.

—Ya podemos empezar.

Con expresión completamente seria, él asintió y cortó la primera rama.

Rápidamente establecieron un ritmo y trabajaron sin parar alrededor del árbol, en cada recorrido adentrándose más bajo las ramas que en el anterior. Thomas perdió la noción del tiempo, pero, al final, cuando las ramas habían quedado reducidas a menos de la mitad de lo que habían sido, ya no vio más señales de roya.

Enderezándose, dio un paso atrás y realizó una nueva comprobación, solo para asegurarse. Pippin se colocó a su lado.

—¿Ves más zonas con roya? —preguntó él. Sin duda la vista de la niña sería mucho más aguda que la suya.

En su honor, ella no contestó de inmediato sino que estudió atentamente el árbol, buscando. Pero, al fin, suspiró satisfecha.

—No, creo que lo hemos quitado todo.

—De acuerdo entonces —Thomas asintió—. Ahora el siguiente paso. Tenemos que destruir la madera enferma.

—¡A la hoguera! —gritó la niña.

Comprendiendo por su expresión que le gustaban las fogatas tanto como a cualquier niño, él sonrió y se agachó para agarrar un extremo inferior de la lona.

—No —dijo cuando Pippin se dispuso a ayudarlo—. Tú colócate en el otro extremo y levanta el borde. Así, cuando yo arrastre la lona por la pendiente, ningún pedazo de madera caerá fuera.

—Ah —la expresión de ilusión no se borró del rostro de la niña—. Ya entiendo.

Juntos arrastraron la lona hasta el rincón más alejado del huerto, donde había mucho espacio despejado para hacer fuego. Soltando el extremo del que había tirado, Thomas rodeó la lona y se colocó junto a Pippin y, juntos, con una buena cantidad de risas de la niña, y silenciosas sonrisas de él, levantaron la lona y vertieron la madera sobre la tierra.

—Vamos a hacer un montón más apropiado para una fogata —sugirió Thomas tras observar el montón resultante y bastante desordenado—, luego deberíamos dejar las herramientas de nuevo en el establo y volvemos para encender la hoguera.

—¡Eso! —la niña se puso a bailotear y se apresuró a recoger las ramas sueltas y a colocarlas sobre el montón principal.

Con agilidad, Thomas recolocó algunas de las ramas más grandes para darle una mejor



estructura al montón y luego dejó que la niña bailara y se divirtiera.

Su alegría resultaba contagiosa.

Cuando la hoguera estuvo preparada, hicieron lo que Thomas había sugerido y llevaron las herramientas de vuelta al establo. Únicamente se detuvieron para recoger algo de yesca del cajón de la leña, y regresaron al extremo más alejado del huerto.

Llevaban un tiempo con clima despejado y, en la mayoría de las ramas que habían cortado, la savia aún no había subido del todo. Por tanto no fue difícil que prendiera el fuego.

Mientras las ramitas se quemaban y las llamas empezaban a chisporrotear y lamer la madera apilada, Thomas se hizo a un lado, comprobó que Pippin se mantenía a una distancia prudente del fuego, y observó arder la hoguera.

Poco a poco las glotonas llamas se extendieron hasta cubrir todo el montón de leña con un sordo rugido.

Pippin había ido reculando poco a poco. Y cuando el fuego empezó a devorar las ramas del manzano afectadas por la roya, se colocó junto a Thomas.

Y sin previo aviso, le tomó una mano en la suya.

Él miró hacia abajo mientras sus dedos se cerraban instintivamente en torno a la manita. No con demasiada fuerza, solo lo bastante para sujetarle la mano, para responder...

Pippin suspiró y se pegó a Thomas, apoyando la cabeza contra su costado.

Aquello conmovió a Thomas.

Tanta inocencia, tanta confianza incondicional... lo sacudió.

Respiró entrecortadamente y levantó la vista para contemplar las llamas.

Un minuto después oyó una voz a sus espaldas.

—¿Qué estáis quemando?

Thomas se dio la vuelta y vio a su ama de llaves, la madre de Pippin. Bajó la mirada hacia la niña, y ya no estuvo tan seguro.

Irguiéndose, Pippin apenas se volvió, permaneciendo a su lado.

—Thomas y yo estamos quemando las ramas enfermas de mi árbol —la niña señaló el manzano—. ¿Lo ves? Tuvimos que cortar y cortar hasta quitarle todas las ramas malas y, ahora —señaló la hoguera—, las estamos quemando para que mi árbol se ponga bien sin volver a contagiarse.

La niña miró a Thomas a los ojos, sonrió resplandeciente y devolvió su atención al fuego.

La señora Sheridan se acercó a ella y, por encima de la cabeza de Pippin, clavó su mirada en los ojos de Thomas.

Los contempló con atención, contempló su rostro, y luego hizo una inclinación de cabeza. En el fondo de sus ojos marrones se leía gratitud.

Eran los mismos ojos que compartía con Pippin, pero él se preguntó...

Rose permaneció silenciosa junto a Pippin, viendo arder el montón de ramas.

Se sentía conmovida, realmente agradecida por que Thomas... Glendower, hubiera sido tan amable, hubiera entendido los deseos de una niña, con sus sentimientos infantiles, hasta el punto de cambiar de opinión. Lo había visto cruzar el jardín trasero con el hacha, pero ella se había instalado en el salón de la parte delantera de la casa y, si bien había oído salir corriendo a Pippin, no se había imaginado que hubiera ido a reunirse con él.

No sabía que su intención había sido cortar al árbol enfermo.

Se levantó una ligera brisa que empujó el humo hacia ellos. Rose quería darle las gracias, pero no se le ocurría cómo.

—Ya está lo bastante bajo para que podamos irnos —Thomas agitó una mano hacia el fuego

antes de volverse y señalar la casa—. Deberíamos irnos —su mirada encontró la de Rose—. Debe de ser la hora del té.

—Sí, lo es —Rose sonrió y asintió tras respirar hondo—, y gracias, Thomas —antes de que ninguno de los dos pudiera reflexionar sobre el hecho de que se hubiera dirigido a él por su nombre de pila, ella miró a la niña y sonrió—. Hay bollos recién hechos, crema espesa y mermelada de mora para acompañar el té. Después de todo este trabajo, debéis de tener hambre.

Pippin soltó un grito de júbilo. Pero, en lugar de salir corriendo hacia la casa, tal y como había esperado Rose que hiciera, la niña corrió ladera arriba, recogió el bastón de Thomas, donde lo había dejado y regresó con él.

—Vamos, Thomas —Pippin esperó a que él tomara el bastón y luego le tomó la otra mano y, con la que le quedaba libre, tomó la de Rose, y solo entonces empezó a tirar de ellos hacia la casa—. ¡Vamos a tomar el té!

Rose miró a Thomas, su enigmático jefe, estudió el perfil del hombre que sonreía a su hija, y en silencio aceptó los planes de Pippin.

Curtis, el muy respetado dueño de la, posiblemente, más reputada agencia de investigación de Londres rodeó su escritorio. Sacó la silla y, tras mirar a su cliente, se sentó.

—¿Y bien? —quiso saber Richard Percival—. En su nota decía que hay noticias.

Elegantemente vestido, los aristocráticos rasgos dispuestos en una máscara de educado aburrimiento, una máscara que parecía a punto de resquebrajarse, los oscuros cabellos peinados a la moda, al estilo despeinado por el viento, con un oscuro mechón cayendo sobre la frente, a primera vista, Percival parecía el prototipo del adinerado vividor que una buena parte de la sociedad suponía que era. Sin embargo, Curtis conocía a Percival como un hombre obsesionado. Sabía muy bien cuántos años, y hasta qué extremos había llegado para encontrar a sus parientes desaparecidos.

Y Curtis también sabía por qué, y por eso no le había sorprendido la ansiedad y la esperanza que se escondía tras las secas palabras de Percival.

—Creemos que podrían haberse dirigido a Cornwall.

—¿Cornwall? —Percival entornó la mirada—. ¿Y por qué demonios iba a llevárselos allí esa mujer?

—¿No tiene ningún contacto en la zona? ¿Ningún pariente, una antigua niñera, algo así?

Richard Percival reflexionó antes de sacudir lentamente la cabeza.

—Nunca he oído nada de eso y, francamente, me sorprendería. Ella nació y creció en Leicestershire.

—Cornwall es —Curtis hizo una pausa antes de ofrecer una posibilidad—, más o menos lo más lejos que uno puede llegar desde Lincolnshire. Al huir de Seddington Hall, pudiera ser que se limitara a alejarse todo lo posible antes de detenerse.

Richard Percival hizo una mueca de desagrado y, tras una breve pausa, miró a Curtis.

—Dice creer que pueden haberse dirigido a Cornwall, ¿hasta qué punto está seguro?

—Una mujer, con dos niños, que encaja con su descripción, fue vista en Exeter, pero eso fue hace años, exactamente cuánto hace no lo sabemos con certeza. Estamos bastante seguros de haberla identificado, el hombre que tengo trabajando allí sabe lo que hace. Pero en cuanto a si siguen allí... —Curtis se encogió de hombros—. Con un rastro tan viejo es imposible saberlo.

La frustración consiguió abrirse paso a través de la máscara de Richard Percival.

—¡Maldita sea! Tiene que haber algún modo de buscar más exhaustivamente.

Sin inmutarse por el atípico estallido, Curtis hizo una pausa antes de apoyar las manos sobre el secante de la mesa.

—Sus instrucciones fueron, siguen siendo, que todo debía hacerse con la máxima discreción, sin levantar la más mínima sospecha —Curtis miró a los ojos azules de Percival—. ¿Ha cambiado algo al respecto? —dejó que pasaran unos segundos—. Porque sí, puedo insistir con más fuerza. Podría levantar un gran revuelo, si es eso lo que desea.

—No, no —Richard Percival dejó escapar el aire y, después de unos segundos, respiró hondo—. Fuera cual fuera el motivo que la llevó a llevarse a los niños y huir aquella noche... hasta que no los tenga de vuelta y pueda averiguar cuáles fueron esos motivos... —entornó los ojos y miró al vacío—. Siempre que sea posible, quiero que este asunto siga siendo estrictamente confidencial.

—En ese caso —Curtis asintió—, mañana enviaré más hombres. Tendremos que movernos lentamente y con sumo cuidado, pero nuestra información es que abandonó Exeter y se dirigió al oeste. A Cornwall.

Richard Percival permaneció sentado en silencio durante varios segundos antes de levantarse y asentir bruscamente.

—Envíe a sus sabuesos, y manténgame informado de cualquier cosa que descubran — volviéndose echó a andar hacia la puerta.

Curtis lo contempló. Incluso después de que la puerta se hubiera cerrado, siguió contemplando la hoja de madera. Luego suspiró, sacudió la cabeza y se puso a trabajar.

## Capítulo 4

Los días pasaron y, sin ninguna señal del destino llamando a la puerta, Thomas se descubrió buscando cosas que hacer, actividades para ocupar su cuerpo y su mente.

Recordó a los Gatting, que habían cuidado de la casa desde que la comprara en 1816, y que siempre se habían asegurado de que sus esporádicas estancias allí resultaran cómodas y tranquilas, reconfortantes en verdad, y decidió que debería hacerles una visita y agradecerles los años de servicio ejemplar.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le preguntó a Rose... poco a poco, y con naturalidad, habían empezado a tutearse, dónde vivía la pareja.

—En Porthleven, en una casita en Shute Lane. Está junto al puerto, antes de comenzar a subir la colina hacia el este. Su casita es la número cuatro.

Él asintió, visualizando mentalmente la ciudad tal y como la había visto la última vez. No podría haber cambiado mucho.

—Me acercaré allí esta mañana, en cuanto eche un vistazo a la prensa más reciente. Me gustaría hacerles una visita y desearles todo lo mejor.

—Estoy segura de que les gustará verte —la expresión de Rose era de aprobación mientras soltaba la taza, pero la frase quedó en suspenso hasta que se estremeció ligeramente y prosiguió—. Al menos les gustará saber que sigues vivo.

Rose acababa de darse cuenta de que el matrimonio recordaría a Thomas como había sido, no como era en esos momentos. Él sonrió con ironía, comprendiéndolo todo.

—Desde luego.

Rose se sonrojó ligeramente y alargó la mano hacia la tetera.

—Tampoco es que estés incapacitado. Fuera como fuera el accidente que sufriste, sobreviviste y sigues vivo. Sigues haciendo algo con tu vida.

Él la observó detenidamente, intentando decidir qué parte de su punto de vista lo confundía más, la aparente ceguera ante las cicatrices que desfiguraban el lado izquierdo de su rostro, su habitual cojera, o su confianza en que estaba viviendo activamente, forjándose una vida, una vida que merecía la pena vivir.

Él veía su vida como un paréntesis, existía más que vivía, mientras esperaba realizar el último pago por sus pecados del pasado.

¿Quién de los dos tenía razón?

¿Podrían tenerla ambos?

Apartando la distracción de su mente, Thomas miró hacia la izquierda, hacia Homer y, a continuación clavó su mirada en la de Rose.

—Me preguntaba si podría llevarme a Homer conmigo. De excursión —se había dado cuenta de que el muchacho casi no hacía ninguna actividad física—. Un día de ejercicio le iría bien.

Homer levantó la cabeza de golpe, la expresión más que ansiosa, y clavó sus ojos azules en Rose.

—Por favor, haré mis tareas, no me olvidaré de ellas.

Rose titubeó. No era inmune a la súplica en los ojos de Homer. Lo entendía, incluso compartía sus ansias de aventurarse más allá de los confines de la mansión. Más aún, reconocía que los chicos de su edad necesitaban salir más a menudo, pero ella no podía arriesgarse a ser vista en su compañía. Los dos juntos serían mucho más identificables que cada uno por su lado. Aun así, tampoco podía permitirle aventurarse por ahí él solo...

—De acuerdo —Rose asintió y desvió la mirada hacia Thomas.

Thomas se aseguraría de que Homer estuviera a salvo, no le cabía la menor duda. Permitirle a Thomas llevarse a Homer a pasar el día fuera de allí era la solución perfecta para sus problemas en ese aspecto. Caso de que alguien los viera, dada la manera que tenían de interactuar, Thomas con Homer y Homer con Thomas, cualquiera daría por hecho que eran padre e hijo.

Otro velo de distracción a añadir a su seguridad y la de los niños.

Homer soltó un grito de júbilo.

Rose miró a Pippin, que fruncía ligeramente el ceño y parecía a punto de hacer pucheros. Después miró a Homer.

—Considéralo una recompensa por trabajar tanto en tus estudios y, a fin de cuentas, falta poco para tu cumpleaños.

Homer sonrió abiertamente. Se metió el último pedazo de tostada en la boca y apuró la taza de leche antes de apartar la silla de la mesa.

—Voy a echar un vistazo a la vaca y el establo —miró a Thomas—. ¿Vas a tardar mucho?

—Puede que una hora —Thomas se volvió hacia Rose—. Comeremos allí y regresaremos para el té de la tarde.

Ella asintió secamente. Una mirada a Pippin le devolvió una imagen mucho más amigable y resignada. La mención al cumpleaños de su hermano había funcionado.

Homer corrió hacia la puerta trasera y salió de la casa.

Thomas apartó la silla de la mesa bajo la atenta mirada de Rose, que se dio cuenta de que había seguido su mirada hasta Pippin.

—Pippin —le dijo—, ibas a enseñarme el vestido que le has hecho a tu muñeca. Si quieres, podrías hacerlo ahora, tengo un poco de tiempo antes de que nos marchemos.

La carita de la niña se iluminó. Asintiendo, apuró lo que le quedaba de leche y sonrió a Rose mientras empujaba la silla hacia atrás.

—Voy a buscar a Dolly, sigue durmiendo.

—Estaré en la biblioteca —Thomas asintió solemnemente—, llévala allí para enseñármela.

Pippin salió corriendo, los zapatos repiqueteando contra el suelo.

—Eso ha sido muy... valiente por tu parte —Rose lo miró a los ojos desde el otro extremo de la mesa.

—Estoy seguro de que sobreviviré —él curvó los labios ligeramente.

Thomas se levantó y recogió los platos.

Ella lo imitó en ambas cosas, llevando los platos al fregadero.

Y él la siguió con los que faltaban.

Habían adquirido un pequeño ritual doméstico. Ella fregaba los platos y él los secaba y los guardaba.

Ella era muy consciente de que ninguno de los dos había nacido para realizar esas tareas, pero

las llevaban a cabo sin ninguna queja. Sus vidas, las decisiones que habían tomado, les habían llevado hasta allí.

Al menos sabía que era así en su caso e, intuitivamente, sospechaba que lo era para él también.

Pero esa mañana...

De pie delante del fregadero, los platos que ella había llevado desde la mesa ya en la pila, Rose esperó a que Thomas añadiera los que había recogido él.

Y Thomas lo hizo, y se detuvo, mirándola. Su mirada se posó en un lado de su rostro, Rose la sentía clavada sobre ella.

Y la conciencia se hizo evidente, el deseo sensual que ambos habían tenido tanto cuidado de ocultar, de suprimir.

Independientemente de ello, su mera existencia la hacía sentirse viva.

Viva como nunca antes se había sentido.

Aunque nada podría surgir de ello, aun así la dejaba sin aliento, aun así le hacía bullir la sangre.

Rose levantó la barbilla y miró hacia el jardín trasero, luchando contra el impulso de desviar la mirada hacia él, hacia su rostro, sus fascinantes ojos. Ojos que parecían tan claros, tan abiertos, dos portales con acceso ilimitado a su alma.

Sus pulmones casi se habían cerrado, pero consiguió llenarlos con el aire suficiente para poder hablar.

—Yo me ocupo de esto, hoy tienes prisa y será mejor que vayas a la biblioteca, de lo contrario Pippin se sentirá decepcionada.

Pasaron varios segundos antes de que Thomas hablara.

—Lo cierto es que no sé nada de muñecas.

—Pero sí sabes algo de vestidos —ella sonrió mientras lo miraba de reojo—. El truco consiste en fingir que la muñeca es una dama real y hacer un comentario apropiado.

—Ya entiendo —él asintió antes de inclinar la cabeza—. En ese caso será mejor que vaya a cumplir con mi deber.

Thomas se apartó y echó a andar hacia la puerta.

Pero, antes de que hubiera llegado, Rose se dio la vuelta y lo llamó.

—Thomas —cuando él se dio media vuelta, lo miró a los ojos—. Gracias. Por ellos y por mí —«sobre todo por mí».

—No hay de qué —él sonrió con cinismo—. De no haber querido hacerlo no me hubiese ofrecido, si no pensara que fuera a disfrutar con la compañía de Homer y él con la excursión.

Rose ya se había fijado en la costumbre que tenía Thomas de quitarle importancia a sus actos de amabilidad.

—¿Y lo de Pippin? —preguntó enarcando una ceja.

—Eso, creo yo, debería considerarse como un intento de mantener la paz —la sonrisa de Thomas se hizo más amplia mientras se volvía para salir de la cocina.

Ella soltó un bufido y sacudió la cabeza mientras retomaba sus tareas.

Varias horas más tarde, Thomas guio a Silver colina abajo hasta Porthleven con Homer trotando a su lado sobre el poni.

El trayecto desde la mansión, a lo largo de los acantilados, había transcurrido sin incidentes. Silver había querido arrancarse a medio galope, pero las patas más cortas del poni no podrían

haberle seguido el ritmo. De modo que Thomas había refrenado al caballo gris que, en esos momentos, se mostraba claramente contrariado, arrastrándose con una pose que podría calificarse como de «caballo enfurruñado».

Pero el empinado descenso hacia el pequeño pueblo costero les había distraído a todos, obligándolos a mirar a su alrededor, incluso a Silver.

El día había comenzado bien, pero se habían formado unas pocas nubes que bloqueaban intermitentemente el sol. Y en la costa la brisa era más fuerte, aunque nada importante.

Habían llegado al pueblo por el promontorio del oeste. El puerto y el pueblo se asentaban entre dos promontorios, donde la tierra descendía bruscamente hasta encontrarse con las olas del canal.

Edificios encalados bordeaban la carretera adoquinada que rodeaba el pequeño puerto. El malecón se extendía desde la costa oeste y recorría la bocana del puerto, protegiendo a los muchos barcos pesqueros y de recreo que se bamboleaban, anclados y protegidos, detrás del muro, de las ocasionalmente destructivas subidas del canal. Desde las tierras al este se extendía un rompeolas que creaba una barrera de protección a la entrada del puerto mismo. El hueco entre el final del malecón y el muelle bordeaba la costa este.

El pueblo había ido creciendo alrededor de esos muelles que bordeaban los tres lados del puerto, la mayoría de las casas desperdigadas por la ladera del promontorio oriental.

No fue difícil encontrar Shute Lane, al este, justo encima del puerto. Thomas y Homer detuvieron sus monturas frente al número cuatro, una pequeña casita de pescadores que lucía una jardinera con flores de brillantes colores en la ventana delantera.

Gatting respondió al golpe de nudillos de Thomas. Viejo y arrugado, y totalmente dependiente del bastón sobre el que se apoyaba, disimuló la impresión ante las heridas de Thomas. En cualquier caso resultó evidente que el hombre estaba encantado de verlo.

Thomas no había tenido intención de entrar en la casa, por miedo a imponer su presencia a la anciana pareja, pero Gatting no se lo permitió y cuando llamó a su esposa y ella se mostró igual de insistente, comprendió que no podía, no debería, rechazar su hospitalidad.

A veces todavía se le escapaba lo que debía y no debía hacer.

Y fue Homer quien tomó la iniciativa. Al ver cómo los Gatting recibían al muchacho, a quien conocían de los años que habían vivido juntos en la mansión, Thomas decidió que debería seguir al niño.

De modo que se sentaron en un pequeño y abarrotado saloncito y permitieron que los Gatting les sirvieran el té de la mañana. Homer y Gatting no pararon de charlar todo el rato y, de vez en cuando, el anciano se interesaba por los planes que tenía Thomas para la mansión. La aparición de la señora Gatting, todavía rolliza y con cara de querubín, portando una bandeja que contenía un plato con rebanadas de bizcocho, proporcionó la distracción que salvó a Thomas de tener que inventarse demasiado.

Acomodándose en un banco, la señora Gatting recriminó al destino que había permitido que resultara tan malherido, pero, al igual que la mayoría de la gente corriente, según la experiencia de Thomas, aceptó que la vida seguía y a partir de ahí dejó de prestarle atención a su aspecto y volvió a tratarlo como siempre había hecho, con una mezcla de deferencia y trato maternal debidamente contenido.

Con todo, la visita transcurrió placenteramente, con mucho más cariño del que Thomas se había esperado. Cuando se despidieron de los Gatting en la puerta de la casa, Thomas le ofreció una dádiva al hombre.

—Una pequeña muestra de mi reconocimiento por todo lo que hicisteis por la mansión, y por

tanto por mí, durante todos esos años.

Los Gatting sonrieron resplandecientes.

—Gracias, señor —contestó el anciano.

—Y que tenga mucha suerte —añadió la mujer.

Saludando a ambos, Thomas se volvió y siguió a Homer hasta el lugar en el que habían dejado los caballos. Tras montar, hizo girar a Silver hacia el puerto, fingió no haberse dado cuenta de la expresión que había asomado a los rostros de la pareja de ancianos al comprobar la cantidad que les había dejado, suficiente para vivir cómodamente el resto de sus vidas, y se dirigió a la ciudad.

Mientras montaban por el muelle adoquinado en la base del puerto, Thomas miró a Homer y vio los enormes ojos del niño clavados en los barcos que se balanceaban anclados en el puerto casi rectangular.

A pesar de no apartar la vista de Homer, el muchacho, más que absorto, ni lo miró. Mirando al frente, Thomas observó la curva de la carretera que ascendía por el lado oeste del puerto, su camino a casa. Nada más pasar el punto en el que el malecón sobresalía del promontorio occidental, se veía el edificio encalado de una posada, el Ship Inn.

Thomas volvió a mirar a Homer, que seguía con la mirada clavada en los barcos.

—Dejemos los caballos en el Ship Inn y demos un paseo por el pueblo antes de volver a la posada para comer.

Homer asintió feliz y guio al poni para que le siguiera el paso a Silver, que comenzaba a subir la calle hacia la posada.

No había gran cosa que ver en el pueblo. Thomas se detuvo en la tienda del herrero para comprar unos clavos y, fijándose en una pequeña sombrerería, se armó de valor y entró. Con la ayuda de Homer eligió un par de guantes de raso para Rose y una buena tira de lazo brillante para Pippin. Guardó los paquetes en el bolsillo de su chaqueta y siguió a Homer a la soleada calle.

Aunque el muchacho era demasiado educado para insistir, por el modo en que su mirada se desviaba constantemente hacia el puerto, hacia los barcos, no hizo falta más. Comprendiendo la fascinación que sentía, Thomas señaló con el bastón hacia la calle que desembocaba en el puerto.

—¿Por qué no nos acercamos al promontorio oriental antes de regresar a la posada?

—Sí —Homer lo miró y sonrió—. Eso.

Arrancaron con paso firme. Tras haber viajado a caballo, incluso el reducido trayecto hasta allí, Thomas agradeció la oportunidad de poder estirar las piernas. Caminar por una calle empedrada suponía un esfuerzo totalmente diferente al del suelo, menos uniforme aunque más blando, que rodeaba la mansión. Su manera de andar era distinta, y distintos los músculos que entraban en acción.

Al llegar al promontorio, las últimas nubes fueron arrastradas por el viento y el sol hizo su radiante aparición, cálida y acogedora. Hicieron una pausa para contemplar el puerto, desde los blancos muros y tejados plomizos del pueblo, sobre la verde ladera que ascendía al promontorio oeste y más allá, y hasta la vasta extensión del cielo y el mar. El sol brillaba en las olas bajo el constante y sibilante susurro del mar.

Thomas lo contemplaba todo, respirando hondo, sintiendo una inhabitual felicidad deslizarse sobre él. Miró a Homer, y descubrió que el crío, incluso en esos momentos, seguía con la mirada clavada en los barcos del puerto. La incansable obsesión le hizo sonreír.

—Vamos —sugirió mientras señalaba hacia la calle con su bastón—. Hora de comer.

Homer lo acompañó gustoso, aunque Thomas no habría sabido decir si su disposición se debía más a la mención de la comida o al hecho de que el camino que debían seguir les llevaría junto al



puerto y, una vez más, a los barcos.

Media hora después estaban sentados a una mesa pegada a una de las ventanas del Ship Inn, desde la que las vistas eran enteramente del puerto, y sus bamboleantes barcos.

Una gran porción de pastel de conejo y un vaso de limonada consiguió desviar momentáneamente la atención de Homer, pero, en cuanto hubo vaciado el plato, la mirada regresó de nuevo a la ventana, posándose en los barcos.

—¿Alguna vez has navegado? —preguntó Thomas, sonriente, mientras terminaba su porción de pastel—. ¿O tu interés responde únicamente a la fascinación por lo desconocido?

—No —Homer apenas apartó la mirada, clavada en la pequeña flotilla tras el malecón. Suspiró con el sonido del absoluto anhelo que solo podía sentir un niño—. Nunca he navegado, al menos no que yo recuerde, pero me encantaría hacerlo.

Pasados unos segundos, el niño miró a Thomas.

—¿Y tú? ¿Has navegado alguna vez? Me refiero en un barco pequeño.

—Solía navegar antes de sufrir el accidente —Thomas asintió mientras soltaba el tenedor.

—¿Sabes navegar? —los ojos de Homer se abrieron desmesuradamente—. ¿Sabes cómo se hace?

—Sí —con expresión divertida, Thomas tomó su jarra de cerveza—. Aprendí hace mucho tiempo, pero es algo que nunca se olvida.

—¿Podrías enseñarme? —suplicó el niño, las manos apoyadas sobre la mesa, los ojos clavados en él con expresión ansiosa—. ¡Por favor!

Thomas mantuvo la expresión neutra mientras sopesaba los pros y los contras de una situación que no había previsto.

La ansiedad de Homer aumentó mientras volvía a mirar hacia el puerto.

—Hay barcos que se pueden alquilar, he visto a algunas personas llevárselos. Solo para navegar... por diversión.

A Thomas no se le ocurría ninguna razón para no concederle el deseo y, en efecto, no le importaría navegar un poco con uno de los barcos más pequeños. Hacía mucho, demasiado, tiempo que no sentía la brisa del mar sobre su cara, que no experimentaba la felicidad de avanzar contra el viento. Sin embargo, intentó ponerse en el lugar de Rose, o de cualquier otro tutor, e intentó decidir si habría algún motivo por el que no debería aceptar. Pero no se le ocurrió ninguno.

—Y pronto será mi cumpleaños —la mirada de Homer se tornó suplicante—, podría ser tu regalo para mí.

Thomas reprimió una carcajada. Ese niño no dejaba escapar una ocasión. Y lo cierto era que, al no saber nada del inminente cumpleaños, no había previsto ningún regalo.

—De acuerdo.

De haber tenido la menor duda de lo mucho que ansiaba Homer navegar, la expresión de su rostro lo habría dejado claro. Transformado por la felicidad, el niño respiró hondo.

—¡Gracias! —contempló de nuevo los barcos y luego a Thomas—. ¿Podemos irnos ya?

En esa ocasión, Thomas sí rio y, retirando la silla se puso en pie.

Tras pagar la cuenta, caminaron de regreso al pueblo y hasta el muelle principal. Cinco minutos de animada conversación con uno de los hombres más mayores, que estaba sentado arreglando redes en un extremo del muelle, bastaron para que Thomas alquilara un pequeño barco de una sola vela. El hijo del viejo marinero se acercó remando su esquife hasta el barco, levantó el ancla y lo arrastró hasta los escalones que bajaban desde el muelle oeste.

A pesar de la pierna rígida, Thomas bajó a la basculante cubierta sin demasiadas dificultades.

Soltando el bastón le hizo una señal al niño para que lo acompañara. El muchacho no tardó ni un segundo en obedecer.

El hijo del marinero se mantuvo con su esquife cerca del barco, pero al oír las instrucciones que Thomas le daba a Homer sobre las nociones básicas para navegar un pequeño barco de una sola vela, sus preocupaciones desaparecieron. Con un rápido saludo, recogió los remos, y remó rumbo al muelle principal.

—Pues ya está —cuando hubo terminado de dar las instrucciones oportunas, Thomas se sentó en el banco—. Hay que sacarla a remo, al menos hasta la bocana del puerto. En cuanto estemos en el mar propiamente, podemos recoger los remos e izar la vela, pero primero hay que sacar el barco del puerto —Thomas dio una palmadita sobre el banco a su lado—. Tengo que remar con ambos remos, pero mi brazo izquierdo está débil, de modo que si te sientas aquí puedes manejar el remo izquierdo mientras yo guío el barco.

Homer estuvo más que dispuesto y enseguida agarró el remo. Thomas le enseñó dónde debía colocar las manos para ser más eficaz y, con el otro remo, alejó el barco del puerto.

Necesitaron un poco de tiempo para ajustar sus movimientos, pero pronto se coordinaron y, cinco minutos más tarde, pasaban por la bocana del puerto, bordeaban el malecón... y se enfrentaban al mar abierto.

—¡Oh! —exclamó el niño emocionado, los ojos, toda la cara, iluminados.

—Ahora recogemos los remos —Thomas subió rápidamente el remo derecho a bordo. Homer se apresuró a hacer lo mismo con el otro.

Tras sentarse en el banco trasero y agarrar con fuerza el timón con una mano, Thomas señaló el mástil.

—Hay que tirar de esa cuerda, con firmeza, pero de manera constante.

Homer obedeció y la vela ascendió lentamente, pero sin parar.

—Así basta —le indicó Thomas—. Ahora desátala como te he enseñado, y luego ven a sentarte conmigo, y ya veremos.

Había preparado la vela para que recogiera la cantidad exacta de fuerza de la brisa marina. La vela se hinchó, se llenó y el barco comenzó a moverse, limpiamente, suavemente cortando las olas, poco a poco aumentando la velocidad.

—¡Sí! —los ojos de Homer seguían brillando.

Thomas sonrió abiertamente, compartiendo el sentimiento del niño.

Era un día perfecto, simplemente perfecto, para navegar, con la cantidad justa de brisa para permitirles deslizarse sobre la superficie del cristalino mar. Las olas se habían calmado y el sol brillaba mientras se deslizaban por el interior de Mount's Bay hacia Treawavas Head.

No necesitaron palabras para compartir su mutua felicidad, bastaron las miradas que intercambiaron. La expresión en el rostro de Homer, la sorpresa y la felicidad, le aseguraron que había tomado la decisión correcta, desde luego, las reacciones del niño eran una brillante recompensa.

En cuanto pasó la primera oleada de felicidad sensorial, Thomas le mostró a Homer cómo realizar unos ajustes y otros, cómo girar el barco y cómo dejar que avanzara libre de nuevo. Viraron y navegaron con la brisa durante más de una hora, hasta que Thomas puso rumbo al puerto para regresar.

Para cuando devolvieron el barco, recogieron los caballos y se pusieron en marcha por la carretera del acantilado hacia la mansión, la tarde estaba muy avanzada, pero, siempre que no se entretuvieran, llegarían a tiempo para el té.

Homer no paró de hablar durante la mitad del trayecto de vuelta, pero de repente se quedó callado. Thomas lo miró, tranquilizado ante la felicidad distraída que seguía dibujada en la cara del niño. Había pasado de hablar a soñar despierto, nada más.

Los labios curvados en una sonrisa, mirando al frente, prosiguieron su camino.

Entraron en la cocina de la mansión en el preciso instante en que Rose se disponía a colocar la tetera sobre la mesa.

—Estupendo —ella levantó la vista y sonrió—, he preparado bollitos —señaló una fuente en el centro de la mesa—, y están mucho mejor recién horneados.

Pippin ya estaba sentada a la mesa. Sonrió a Thomas y a Homer antes de tomar un bollito.

Rose hizo una pausa y deslizó la mirada de Thomas a Homer, fijándose en los cabellos revueltos por el viento y la ropa algo húmeda. Su mirada se cruzó con la de Homer.

—¿Te has divertido?

Sin esperar respuesta se volvió para tomar su taza y el platito mientras el niño, con los ojos brillantes, se sentaba en su silla.

—¡Ha sido maravilloso! Thomas me llevó a navegar y nos lo pasamos maravillosamente bien.

—¿Qué? —Rose se giró bruscamente.

Sobresaltado, Thomas vio cómo sus mejillas se coloreaban.

La taza entrechocó con el plato. Rose la sujetó, todavía aturdida, y la dejó sobre la mesa. Su mirada era algo parecido a un absoluto horror, primero dirigido hacia Homer y luego a él, que ya se había sentado en su silla en un extremo de la mesa.

—¿Le has llevado en barco? —preguntó con voz ronca mientras agarraba con fuerza el respaldo de la silla—. ¿Un barco para navegar?

Thomas no sabía qué había de malo en ello. Requirió un esfuerzo consciente para suprimir su instinto de mentir, pero por lo menos en eso había mejorado.

—Sí —contestó con calma—. El día era perfecto para navegar, el mar estaba en calma y el viento era suave, y Homer me contó que nunca había navegado, y...

—¿Cómo has podido? —Rose se volvió hacia Homer. Su voz salía ahogada. Era evidente que estaba angustiada—. Sabes lo que opino de eso... y por qué.

Thomas miró al niño.

Lejos de apocarse, Homer miró a los acusadores ojos de Rose con una expresión firme e impenitente, los labios apretados con fuerza.

—Tenía que saber si me gustaba o no, y me gustó —concluyó poniendo un especial énfasis en las últimas tres palabras—. Me lo he pasado maravillosamente bien —repitió.

Thomas interpretó lo último como una invitación para que Rose comprendiera lo importante que había sido para él.

Sin embargo, ella respiró entrecortadamente y estalló.

—¡Esa no es la cuestión!

—Sí, lo es —Homer no estaba dispuesto a recular. Sus labios, toda su cara, tensos, la mirada clavada en la de Rose, la voz más dura de lo que Thomas la había oído jamás—. Yo no moriré como ellos, ¿sabes?

Silencio. Un silencio que se extendió por toda la cocina y los atrapó uno a uno. Thomas se dio cuenta de que había dejado de respirar. Un rápido vistazo a Pippin le indicó que la niña permanecía con la cabeza agachada. Los dedos que habían estado desmigando un bollito se habían

detenido. Congelados.

Miró a Rose, que miraba a Homer como si le hubieran crecido dos cabezas.

En cuanto al niño, la miraba a ella, testarudo, decidido.

Todo parecía sujetarse en equilibrio sobre el filo de una navaja.

Thomas suspiró para sus adentros. Apoyó los brazos sobre la mesa, miró de Rose a Homer y preguntó en tono neutro:

—¿Podría alguien por favor explicarme qué está pasando?

Su voz alcanzó los oídos de Rose. La mujer lo miró, parpadeó y respiró entrecortadamente.

—El padre de Homer y... un amigo, murieron en un accidente de barco —tomó aire, se irguió y devolvió la mirada al niño—. Por eso estoy tan alterada.

Thomas era consciente de haber oído una parte de la verdad, pero no creía que lo hubiera oído todo.

—Soy un marinero considerablemente bueno, con bastante experiencia, y el día ha sido extraordinariamente tranquilo. Ni Homer ni yo hemos sufrido el menor peligro.

Su intento de calmarla falló. Rose lo fulminó con la mirada.

—Y si hubieseis encontrado algún peligro, en mar abierto —agitó una mano en dirección al mar—, ¿estás completamente seguro de que habrías podido poneros a los dos a salvo? —su mirada se clavó en la atrofiada pierna, hombro y brazo del lado izquierdo.

Thomas se sintió conmocionado ante el efecto que le produjo el golpe, pero, en deferencia al evidente, aunque irracional, disgusto de Rose, se contuvo y se esforzó por mantener el tono de voz en calma al contestar.

—De haber pensado, en algún momento, a cualquier nivel, que podría haber algún peligro para Homer, peligro del que yo no fuera capaz de protegerle, no habría consentido en llevarlo a navegar.

Antes de poder añadir lo que, para él, era la observación más pertinente, que nada malo había amenazado con suceder, mucho menos sucedido, Homer empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Sé que tienes miedo de que salga a navegar —el niño sostuvo la mirada de Rose sin parpadear—, pero necesitaba hacerlo, para, por lo menos, intentar averiguar cómo es. Hoy he tenido esa oportunidad, y la he aprovechado. No voy a decir que siento haberle pedido a Thomas que me lleve en barco, porque no lo siento. Pero sí siento que sigas tan preocupada por este tema, cuando lo único que ha sucedido es que nos lo hemos pasado muy bien.

El niño se apartó de la mesa y se volvió. Su mirada reflejó una disculpa al mirar a Thomas, pero se dirigió hacia la puerta y abandonó la cocina.

Thomas elevó la mirada hasta el rostro de Rose y la vio, la expresión vacía, mirar a Homer.

Sus ojos estaban anegados en un confuso mar de emociones que no conseguía descifrar.

Pasó un segundo y Thomas miró a Pippin. Pasó otro segundo y alargó la mano hacia un bollito.

—¿Qué habéis hecho Dolly y tú hoy?

La niña lo miró de reojo antes de erguirse en la silla y acomodar a Dolly con firmeza en su regazo para disponerse a relatar los acontecimientos del día.

Rose respiró entrecortadamente y se dejó caer lentamente en la silla.

Unos segundos más tarde, se sirvió una taza de té.

Thomas le concedió unas horas a Homer antes de ir a buscarlo. Encontró al niño en uno de sus

lugares favoritos, sentado en la escalera apoyada en el muro del huerto, contemplando los campos, hacia el mar. Por lo menos ahora entendía la fascinación del niño con la distante vista de las ondulantes olas de Mount's Bay.

Agachándose bajo las ramas que empezaban a echar las hojas, se acercó al niño. Al llegar no dijo nada, limitándose a apoyarse contra el muro y desviar la mirada hacia las mismas vistas.

Al final, tal y como Thomas sabía que haría, Homer se movió. Se abrazaba las rodillas con los brazos y no apartó la mirada de los campos al hablar.

—Tenía que descubrirlo, ¿lo entiendes?

Y continuó explicando sus actos, exponiendo sus excusas.

Thomas escuchó sin interrumpirle, sus propias justificaciones de juventud ante diversas imprudencias resonando en sus oídos.

El niño concluyó sus explicaciones, apoyó la barbilla sobre los brazos y esperó la respuesta de Thomas.

Él se debatía internamente. Tratar con niños no era una actividad en la que tuviera experiencia. Al final decidió que lo único que podía ofrecerle era lo que consideraba la verdad.

—Tu deseo de navegar es lícito, pero el modo que elegiste para satisfacerlo no estuvo bien.

Después de unos segundos, Homer se volvió hacia él con expresión inquisitiva, ligeramente perpleja.

Sin esperar una invitación, Thomas intentó explicarse, con la irónica abnegación de quien había pasado por lo mismo.

—Manipular a los demás para conseguir lo que quieres, aprovecharte de la ignorancia de otros, aunque lo que les hagas hacer no produzca ningún daño ni a ellos ni a nadie más, está mal.

Los ojos de color azul oscuro de Homer miraron al vacío mientras digería lo que acababa de oír.

—Siento haberte manipulado —se excusó tras suspirar.

Thomas solo pudo maravillarse ante el hecho de que él mismo nunca hubiera sido capaz de pronunciar esas palabras. Y saberlo hizo que apreciara aún más la sencilla honestidad del niño. Asintió, pero titubeó mientras reflexionaba sobre sus siguientes palabras.

—Esta vez lo dejaré pasar, pero en el futuro no vuelvas nunca a intentar manipularme, ni a Rose ni, si eres lo bastante listo, a nadie.

Homer era lo bastante inteligente como para captar el matiz personal que encerraban las últimas palabras de Thomas. Y lo miró con expresión de curiosidad.

Los labios de Thomas se curvaron en una sonrisa. Apoyó los brazos sobre el muro y, después de unos segundos de reflexión, continuó.

—Si quieres algo, es perfectamente aceptable, incluso encomiable, que lo conviertas en tu meta. Perseguirlo obstinadamente, aunque lo tengas todo en contra, siempre que lo hagas abiertamente, sin disimulos o engaños. Siempre que seas dueño de tus objetivos. Si sigues ese camino, cuando consigas lo que desees, no te sentirás como un ladrón, no sentirás que, si bien has conseguido tu objetivo y deberías sentirte feliz, la victoria está en cierto modo manchada y tu logro ya no te proporcionará una alegría pura.

Homer reflexionó sobre ello durante varios minutos antes de que sus ojos se abrieran ligeramente y sus labios dibujaran una silenciosa «O».

—¿Entonces puedo seguir presionando a Ro... ma para que me deje navegar? —preguntó al fin.

Thomas sonrió, se irguió y revolvió los cabellos, ya revueltos, de Homer.

—Sí, pero, si eres listo, esperarás unos cuantos meses antes de volver a la carga.

A lo lejos oyeron la campana, la llamada de Rose para cenar.

—Vamos —él miró al niño—. Será mejor que nos lavemos y nos arreglemos un poco. Debemos mostrar nuestro mejor comportamiento hasta que Ro... ma nos perdone, lo cual, debería suceder pronto.

Homer sonrió a modo de respuesta y descendió hasta llegar al césped junto a Thomas. Durante un instante, titubeó antes de rodearle la cintura con los brazos y abrazarlo con todas sus fuerzas.

—Gracias.

Las palabras quedaron camufladas contra la chaqueta de Thomas, pero se oyeron bien. Durante un segundo él no supo qué hacer, pero enseguida se rindió al impulso y posó una mano sobre el hombro de Homer y lo apretó con delicadeza. Sujetándolo.

Tras un tenso instante, Homer respiró hondo y se soltó.

Thomas también le soltó, pero mantuvo el brazo ligeramente posado sobre los delgados hombros del chico.

Juntos caminaron de vuelta a la casa, Homer siguiendo con facilidad los inciertos pasos de Thomas.

Esperó hasta que los niños se hubieron acostado antes de dirigirse a su otro Waterloo.

Encontró a Rose en la cocina, sentada en una silla en el rincón de la chimenea, la cabeza inclinada sobre uno de los vestidos de Pippin mientras remendaba un desgarrón.

Se quedó parado en la entrada, pero ella no levantó la vista ni alteró el ritmo de trabajo con la aguja.

Apretando los labios, una mano en el bolsillo de la chaqueta y la otra agarrando el bastón, cruzó la estancia cojeando. Deteniéndose ante el fregadero, miró por la ventana sobre los oscurecidos campos, observando el brillo de la luz de la luna que teñía de plata cada hoja, cada brizna de hierba.

Había pensado en lo que iba a decir, pero las palabras no le habían resultado sencillas de imaginar. Y pronunciarlas era aún más difícil. Al final, sintiendo la mirada de Rose rozando su mejilla, respiró hondo y se decidió.

—Al igual que a Homer, me cuesta pedir disculpas por hacer algo que no tenía ningún motivo para no hacer. Dicho lo cual, siento profundamente que llevarlo a navegar te haya causado involuntariamente tanto disgusto. Esa nunca fue mi intención, la posibilidad ni siquiera existía en mi cabeza. Ahora me doy cuenta de que, quizás, debería haber sido más cuidadoso. Que quizás debería haberle preguntado a Homer si salir a navegar iba en contra de alguna norma que tú hubieras establecido, pero...

Hizo una pausa antes de continuar.

—No se me da bien tratar con personas. No suelo pensar en cómo afectarán mis acciones a los demás, en el impacto que ejercerán mis acciones sobre los demás. Tengo que obligarme a reflexionar sobre ello cada vez. Es un defecto y lo sé, de modo que intento detenerme y pensar las cosas antes de actuar. Y lo hice antes de preguntarle a Homer si quería salir a navegar. Sin embargo, carecía de la información que me habría impedido proponérselo, pues no sabía que tú se lo hubieras prohibido.

De nuevo hizo una pausa para reflexionar sobre sus palabras.

—Dicho lo cual, quería disculparme por nuestro revés de hoy, y quería asegurarte que la próxima vez que surja una situación parecida, no accederé a nada hasta que tenga la seguridad de

que estás de acuerdo con los deseos de Homer o de Pippin.

Thomas no sabía por qué esa opción, el que ella le permitiera seguir relacionándose con los niños, era tan importante para él, pero lo era.

Mantener a Rose en su órbita, reclamar su posición con su beneplácito, también figuraba en su lista como algo muy deseable, incluso imperativo.

La oyó suspirar, y luego oyó el crujido de la tela. Unos segundos más tarde, estaba de pie a su lado.

—Acepto tus disculpas —al igual que él, Rose miró por la ventana—, y también me disculpo —volvió a mirarlo de reojo a la cara, al lado lleno de cicatrices, deteniéndose un segundo antes de respirar hondo y volverse hacia él para continuar—. Debería saber que tú jamás organizarías algo así a mis espaldas. No podías saber lo que yo sentía ante la posibilidad de que Homer saliera a navegar y siento haberme enfadado contigo —hizo una pausa antes de continuar en voz más baja—. Y siento aún más mis imperdonables comentarios con respecto a tu capacidad para mantenerlo a salvo. Llevo semanas viéndote trabajar alrededor de la casa, y mi reproche estuvo totalmente fuera de lugar, fue injustificado.

Ante una nueva pausa, Thomas se preguntó si debería perdonarla por lo último que había dicho, que no había sido más que la verdad.

Pero, antes de poder decir nada, Rose levantó la cabeza y continuó.

—Homer y Pippin, como supongo que ya te habrás dado cuenta, lo son todo para mí. He dedicado mi vida a cuidarlos y... tengo tendencia a sobreprotegerlos. Pero sé que puedo confiar en ti, puedo confiar en ti para mantenerlos a salvo.

—De eso puedes estar segura sin ninguna duda —él asintió—. Jamás permitiría que les sucediera algo, a ninguno de los dos.

Ante su tono de voz, parte de la tensión abandonó a Rose. Sus hombros y espalda, hasta entonces rígida, se relajó.

—Y ya que hemos aclarado lo que sucedió, y sabemos cómo están las cosas, cuando hablé con Homer hace un rato junto a la escalera del huerto —estaba seguro de que ella los había visto—, le expliqué que, si bien su deseo de salir a navegar era legítimo, pues al final es él quien va a decidir sobre su vida, manipular a otros para conseguir ese deseo estuvo mal, y que, para el caso, intentar manipularme a mí, o a ti, o a quien sea, no sería buena idea.

Rose se volvió para mirarlo. A través de las suaves sombras arrojadas por la lámpara que ardía sobre la mesa de la cocina, sus miradas se encontraron y ella leyó sinceridad, honestidad, en la de él. Rememoró lo que acababa de decirle y, lentamente, inclinó la cabeza.

—Si bien no estoy de acuerdo con lo de navegar, agradezco tu argumento —le sostuvo la mirada durante unos segundos más—. Gracias por hablar con él.

Rose estaba totalmente segura de que Homer prestaría más atención a las palabras de Thomas que a las suyas propias.

Se dio media vuelta para alejarse, pero él la detuvo con una mano, un levísimo roce en el brazo.

—Entonces —sus miradas volvieron a fundirse—, ¿estamos de nuevo... en armonía?

Estaban muy cerca, ella sentía el radiante calor de su cuerpo, sutilmente reconfortante, una sensual distracción. A pesar de las cicatrices, su presencia quemaba como una llama, fuerte y contenida, inalterada por las imperfecciones físicas. En realidad, por algún extraño motivo, era más fuerte gracias a esas heridas.

De repente fue consciente de que el hecho de que a pesar de estar desfigurado, de sus lesiones, ese hombre la afectara como lo hacía, no hacía más que subrayar hasta qué punto era poderosa su

atracción. Podía superar cualquier barrera, su atractivo superaba sin esfuerzo los obstáculos y la atrapaba por completo.

La noción solo sirvió para aumentar su precaución respecto a él.

Y sustituir su anterior tensión por una de otra clase.

La respiración de Rose se había vuelto acelerada, pero le debía una respuesta. Se humedeció los labios, vio cómo él posaba su mirada sobre ellos, y asintió bruscamente.

—Sí —maldiciendo en silencio su falta de aliento, esperando que él no se hubiera dado cuenta, se obligó a introducir más aire en los pulmones y a volver a mirarlo a los ojos—. Sí, estamos en armonía, como antes.

—Bien —la solitaria palabra sonó profunda, casi como una caricia.

Rose no sabía nada de su pasado, pero el instinto le decía que tenía experiencia de sobra para saber el efecto que ejercía sobre ella.

En todas las ocasiones anteriores, él había reulado, pero en esa cocina en medio de la noche, separados únicamente por escasos centímetros, ella de repente no estuvo segura de qué deseaba que hiciera, recular o, por primera vez, dar un paso al frente.

Su fascinación por ese hombre rozaba el peligro.

La mirada de Thomas cambió y, de nuevo, hizo una pausa, reflexionando, comprendió ella. Ahí estaba la explicación de todas esas extrañas pausas suyas.

A continuación se apartó un poco, y algo dentro de Rose se desinfló, se apagó.

Expectación. Anticipación. Esperanza. Todas esas cosas.

Apartándose un poco más, él hundió la mano en el bolsillo y sacó dos pequeños paquetes.

—Esto es para ti y para Pippin —explicó mientras se los ofrecía.

—¿Por qué...? —ella los tomó sin apartar la mirada de su rostro.

—Homer y yo nos estábamos divirtiendo —Thomas se encogió de hombros—, mientras vosotras dos estabais aquí... me pareció lo justo —tomó el bastón y se dio media vuelta—. El rosa es para Pippin.

—Gracias —ella lo miró alejarse—. Se lo dejaré junto al plato del desayuno.

—Gracias —contestó él sin volver la mirada, la cabeza baja.

«No, gracias a ti». Una fugaz exasperación creció dentro de ella. Ese hombre nunca aceptaba un agradecimiento, no con facilidad, ni siquiera cuando la ocasión lo reclamaba.

Estaban deslizando un dedo por el borde del paquete verde que, por defecto, debía ser el suyo, cuando el golpeteo del bastón contra el suelo cesó. Levantó la vista y lo vio, dubitativo, en la entrada de la cocina que conducía al pasillo.

Como si notara su mirada, Thomas ladeó la cabeza y, sin mirar atrás, dijo:

—Existe un peligro inherente en el hecho de intentar contener, o tan siquiera limitar una mente como la de Homer —hizo una pausa que solo duró unos segundos—. A su edad, yo era muy parecido a él, rápido de mente, inteligente, siempre queriendo saber. Créeme cuando te digo que conozco, mejor que nadie, las dificultades de ser un muchacho con una mente muy inteligente e inquisitiva.

Rose parpadeó y esperó, pero Thomas no añadió nada más. Agarrado al bastón siguió por el pasillo. Las sombras lo engulleron, y desapareció, el sordo golpeteo del bastón ligeramente tranquilizador, mientras se dirigía hacia el vestíbulo principal y luego, lentamente, escaleras arriba.

Durante un buen rato Rose permaneció inmóvil, escuchando, su regalo en la mano y una preocupación formándose lentamente en su cabeza mientras repasaba las últimas palabras de



Thomas, su tono.

Y solo cuando oyó cerrarse la puerta de su dormitorio y se dirigió de nuevo a la silla, comprendió que esa preocupación de su mente no era por Homer, ni por ella, sino por él.

## Capítulo 5

Unos días más tarde, Thomas estaba en el borde del césped de la parte delantera, con un bloc de dibujo en una mano y el bastón apoyado contra el muslo, mientras dibujaba un plano de los nuevos parterres del jardín que, en su opinión, mejoraría el aspecto de la parte delantera de la casa, cuando a sus oídos llegó el traqueteo de unas ruedas sobre la grava del camino de entrada.

Levantó la cabeza y miró hacia el camino, frunciendo el ceño al recordar que no era día de reparto y, sobre todo, que esas ruedas no sonaban como las de la pesada carreta.

Bajó el bloc de dibujo y tomó el bastón con una mano mientras se volvía hacia el camino.

Del grueso grupo de árboles que ocultaban la mansión del camino surgió un coche ligero de dos plazas. Dos hombres se sentaban en el banco. Incluso antes de que el conductor hubiera detenido al caballo, parando el coche junto a él, Thomas ya había reconocido la clase de hombres que eran.

No solo había conocido a más de uno como ellos, sino que los había utilizado para sus propósitos. Sabía muy bien para qué servían.

—Buenos días, señor —el hombre que estaba más cerca, el pasajero, saludó a Thomas con el sombrero.

Tanto él como su compañero eran de mediana edad, sobrios en el vestir, la clase de hombre con el que uno podía cruzarse en la calle de cualquier ciudad sin prestarle la menor atención.

A no ser que uno los mirara a los ojos y percibiera la constante expresión de alerta, la vigilancia que, siendo su especialidad, pronto se convertía en un hábito arraigado.

Thomas le devolvió al hombre su cordial saludo, pero, siguiendo la costumbre de esa parte del país, se limitó a esperar para saber qué quería la pareja. Los hombres del oeste no desperdiciaban sus palabras.

Tras estudiarlo brevemente los dos hombres hicieron lo propio con la fachada de la mansión. El pasajero la señaló con la cabeza.

—¿Es el dueño?

Thomas esperó a que los dos hombres volvieran a fijar sus miradas en él.

—¿Y ustedes son?

El tono y los modos ya habían respondido a la pregunta y de una manera muy poco sutil les recordaba que no pertenecían a su misma clase y no tenían ningún derecho a pedirle nada. Ni siquiera saber su nombre.

—Le pedimos disculpas, señor —los hombres adoptaron de inmediato un actitud de respetuosa amabilidad—. Estamos buscando a unas personas y pensamos que usted, o alguien de aquí, podría saber dónde están —aclaró el conductor.

Tal y como Thomas había sospechado, se trataba de investigadores, hombres contratados por alguien para encontrar a otra persona, que, por algún motivo, no deseaba ser encontrada.

—Entiendo —contestó, moderando el tono y arqueando las cejas en expresión de curiosidad—.

¿Y a quién buscan?

—A una joven dama, bueno, al menos hace años era joven, aunque ya será algo más mayor, y dos niños. Un niño que tendrá nueve años y una niña algo más pequeña —el conductor poseía uno de esos rostros que invitaban a las confidencias—. Desaparecieron de Leicestershire hace cuatro años, y se cree que podrían haberse dirigido en esta dirección. Por lo menos hace unos cuantos años.

Thomas cambió de postura dando deliberadamente la impresión de que se había relajado. Una mentira silenciosa.

—¿Y por qué los buscan? —su tono no indicaba más que una inocente curiosidad.

—Al parecer el niño es el heredero de unas propiedades —contestó el pasajero—, pero es muy probable que no lo sepa.

—Intentamos encontrarlos para darles la buena noticia —añadió el conductor.

Thomas frunció el ceño como si estuviera haciendo memoria, como si se hubiese tragado una de las trampas más viejas del repertorio de los investigadores.

—Una dama acompañada de dos niños, venidos desde Leicestershire... —tras una prolongada pausa, sacudió lentamente la cabeza y volvió a fijar su atención en los dos hombres—. No puedo decir que conozca a nadie que encaje con esa descripción.

El conductor mantenía al caballo con la rienda corta y el animal intentó moverse.

Thomas observó en silencio cómo el hombre calmaba al caballo. De modo que esos dos no habían llegado hasta la mansión por casualidad, alguien les había hablado de su ama de llaves y los niños.

Controlado el caballo, el conductor le dedicó una mirada penetrante, claramente inquisitivo, pero su tono seguía siendo calmado y hablaba con deferencia.

—¿Y qué hay de su ama de llaves y sus hijos? Nos han dicho que podrían ser los que buscamos.

Thomas sonrió y se aseguró de que la expresión llegara a su mirada, que nada pudiera alertar a los hombres, observadores bien entrenados, de que el gesto no era sincero.

—Ya entiendo el error. Mi ama de llaves tendrá la edad de la mujer que buscan, y los niños también, pero ella es una viuda oriunda de por aquí, al igual que los niños. La familia proviene de la zona de Penzance y, hasta donde yo sé, nunca se han aventurado fuera del condado. Su esposo estaba en la marina, y ella está relacionada con mis anteriores guardeses y por eso se hizo cargo del puesto cuando ellos se retiraron.

Los hombres titubearon. La seguridad y confianza de Thomas había alterado la suya.

—Hemos oído que su dicción es excelente —insistió el pasajero tras una pausa—, esa ama de llaves suya, como una dama...

—Desde luego —Thomas asintió algo más bruscamente—. Nació entre la nobleza, pero se casó por debajo de su clase. Por tanto, ahora que ha perdido a su esposo, se aferra a los atributos externos típicos de su anterior estatus porque, por supuesto, eso mejora sus posibilidades de encontrar empleo, por ejemplo, como mi ama de llaves.

Thomas hizo una pausa, preguntándose si debería proponerles llamar a su ama de llaves, pero para un caballero de su nivel eso sería pasarse en su intento de resultar convincente.

—Si hubiera la menor posibilidad de que ella fuera la mujer que buscan, y su hijo ese heredero —agarró el bastón con ambas manos y se irguió—, la avisaría para que saliera a saludarlos, pero como sé que no es el caso, que su pasado no tiene nada que ver con el de las personas que buscan, no veo motivo alguno para molestarla.

Eso, pensó, acertaba plenamente en la diana.

Y los hombres, al parecer, pensaron lo mismo, pues se desinflaron ante sus ojos.

—¿Y no se le ocurre nadie de por aquí que pudiera encajar con la descripción, señor? — preguntó, resignado, el pasajero.

De nuevo él fingió reflexionar antes de sacudir la cabeza.

—No —contestó antes de hacer una breve pausa—. Supongo que alguien les habrá enviado para buscar a esas personas. Y esas personas, las que están tras la búsqueda, ¿están seguras de que la dama y los niños siguen en esta región?

—Por lo que he oído —el conductor levantó las riendas e hizo una mueca—, el caballero no sabía gran cosa, pero la agencia les siguió la pista hasta aquí, y no han sido vistos en ninguna otra parte desde entonces, de manera que... —se encogió de hombros antes de inclinarse educadamente la cabeza hacia Thomas—. Gracias por su ayuda, señor.

El pasajero también le ofreció una inclinación de cabeza.

Thomas se quedó parado observando cómo daban la vuelta al coche y se dirigían de regreso por el camino.

Había visto fugazmente a Rose observando a escondidas desde la ventana del salón, protegida por las cortinas. Pero no miró en su dirección.

Tras varios minutos de frenética reflexión, levantó de nuevo el bloc de dibujo y retomó su anterior ocupación.

No estaba seguro de que los dos agentes se hubieran tragado por completo sus mentiras. Creía que sí, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo, no quería arriesgar la seguridad de Rose, Homer y Pippin, haciendo algo que pudiera alertar a esos dos hombres, caso de que sospecharan lo suficiente como para detener el coche en el camino y regresar a pie, ocultándose tras los arbustos y árboles, para comprobar su reacción.

No, él estaba demasiado familiarizado con la manipulación, con la creación de ilusiones para que la gente le creyera e hiciera lo que él quería, como para no representar su papel hasta el final.

Permaneció en el jardín delantero durante media hora más, fingiendo trabajar en su proyecto.

Y durante ese tiempo dedicó cada instante a elaborar posibles explicaciones a la importante pregunta de quiénes eran realmente su ama de llaves y los niños, y por qué se escondían en la mansión.

No le sorprendió encontrar a Rose merodeando por el vestíbulo de la entrada.

Ella ni siquiera esperó a que cerrara la puerta para saltar sobre él.

—Esos hombres... ¿quiénes eran?

De espaldas a ella, Thomas se volvió y la observó detenidamente. Percibió la tensión que emanaba de su cuerpo, tensando sus rasgos, afilando su tono. Lentamente se acercó a ella, deteniéndose a menos de un metro.

—Eran investigadores —respondió en voz baja—. Iban de caza —y, conociendo a los de su calaña, la palabra era la adecuada—, buscan a una dama que huyó de Leicestershire con dos niños.

Todo vestigio de color abandonó el rostro de Rose.

—Les expliqué que —continuó él con calma—, si bien mi ama de llaves y sus hijos podrían encajar con la descripción de las personas que buscaban, estaba seguro de que mi empleada provenía de una familia de la zona de Penzance y que jamás había viajado fuera del condado, ni sus hijos tampoco.

Rose parecía a punto de desfallecer, toda seguridad, toda sensación de tranquilidad y confort, desaparecida. Ida. Apenas podía respirar mientras, con los ojos muy abiertos, escrutaba el rostro

de Thomas. Poco a poco sus palabras llegaron a su cerebro consumido por el pánico.

Había mentido para protegerlos.

La firmeza en los ojos color avellana, la mente aguda y observadora que se escondía detrás, bastaban para que, al menos, a tenor de la descripción de las tres personas que buscaban esos hombres, supiera ya la verdad.

—¿Y te han creído? —se obligó a preguntar tras tomar aire.

Él dudó y ella supo que estaba decidiendo hasta dónde podía contestar, decidiendo qué le convendría contarle.

—De momento —contestó al fin—. Por lo menos se han marchado.

Era la verdad, ni más ni menos.

—Gracias —Rose asintió tras obligarse nuevamente a llenar los pulmones de aire.

Pasó un momento. Sus ojos se clavaron en los de Thomas. Sabía que estaba esperando a que le contara más, a que le explicara... pero el relato no era suyo para contar. No era ella el objeto de la amenaza.

Al ver que ella permanecía de pie, delante de él, sin intención de añadir nada más, Thomas hizo una mueca e inclinó la cabeza.

—Todos tenemos nuestros secretos, señora Sheridan.

Y sin más pasó cojeando junto a ella, en dirección a las escaleras.

Dejando a Rose, perpleja, mirándolo.

Durante el resto del día, Rose repitió muchas veces en su mente la conversación mantenida con Thomas. El tímido alivio inicial al saber que los hombres habían creído lo que les había contado y luego se habían marchado se había visto rápidamente atemperado al comprender que, en algún momento, esos mismos hombres, u otros parecidos, volverían.

Regresarían para darle caza, a ella y a los niños y, la siguiente vez, quizás Thomas no estaría allí para confundirles.

Para ejercer de escudo protector para ella y los niños.

Le había contado que había regresado a la mansión solo para esperar un encargo que podría llegar en cualquier momento.

Con la mente ausente, pasó a trompicones por la comida, la cena y, por fin, consiguió acostar a los niños.

Después, caminó de un lado a otro de su dormitorio bajo el alero del tejado, reflexionando sobre qué hacer, sobre cuál debería ser su siguiente paso. Tiempo atrás, cada vez que se sentía amenazada por algún peligro, ante la primera señal, solía agarrar a los niños y huir. Incluso en ese mismo instante, un instinto profundamente arraigado le urgía a repetirlo, a huir en medio de la noche.

Pero en esa ocasión Thomas había intervenido y sus acciones le habían permitido ganar tiempo para poder pensar. Para idear un plan.

Iban a tener que abandonar la mansión. Había empezado a creer que no iba a tener que huir de allí, había empezado a tener esperanzas de que podrían vivir allí tranquilos hasta que llegara el momento de regresar a su mundo y enfrentarse a la batalla que les aguardaba, pero el juramento pronunciado largo tiempo atrás seguía resonando alto y claro en su mente, y no iba a arriesgar todo el esfuerzo dedicado, los sacrificios realizados durante los últimos cuatro años, por una incierta esperanza. Necesitaban marcharse, pero, gracias al incondicional apoyo de Thomas, no

iban a tener que hacerlo apresuradamente.

Y para aprovechar el regalo que les había hecho Thomas, debería idear alguna excusa para disfrazar su marcha de una buenísima idea, nada que mereciera la pena destacar, una simple mudanza debido a algún suceso mundano, y no algo movido por una reacción precipitada. Huir con los sabuesos tan cerca de su pista... no. Lo mejor sería elaborar un plan, utilizar la cabeza.

Se detuvo, verificó que la conclusión era sólida y se sintió más tranquila. Más segura. La decisión tomada, al menos en teoría, lo siguiente serían los detalles prácticos.

Pero antes...

Se acercó a la puerta, la abrió, se echó el echarpe por los hombros, anudándolo, y se dirigió a la habitación de Pippin para echarle un vistazo. Su rostro angelical reflejaba que estaba profundamente dormida.

Rose cerró la puerta de la habitación de la niña y se asomó a la de Homer que, también, estaba profundamente dormido. A continuación, totalmente decidida, bajó las escaleras del ático y fue en busca de Thomas.

Las escaleras del ático desembocaban en un extremo del pasillo de la primera planta. Apartándose de la escalera, Rose avanzó con paso decidido. No llevaba vela, pero, aunque era de noche y las sombras oscuras, la luna y las estrellas proporcionaban la suficiente luz, a través de los grandes ventanales de los extremos del pasillo, como para permitirle caminar con total confianza.

No podía explicárselo, por el bien de Homer debía guardar el secreto, pero necesitaba agradecerle adecuadamente a Thomas su apoyo incondicional. No quería ni pensar en qué situación se encontrarían los niños y ella en esos momentos si él no hubiese mentido con toda calma por ellos. Mentido y, por lo que había visto, sin titubear ni un segundo. Como mínimo le debía un agradecimiento y, dado que él sabía que guardaba un secreto, asegurarle que su motivo para negarse a confiárselo no era por desconfianza hacia él, sino porque el secreto no era suyo.

Casi había llegado a la escalera principal cuando a sus oídos llegó el familiar y repetitivo golpeteo del bastón. Aflojó la marcha antes de detener sus pasos y esperó a que Thomas subiera las escaleras.

Y lo hizo, echando a andar por el pasillo sin darse cuenta de que ella estaba allí.

Entorpeciendo su camino.

Aquello, decidió Rose, era mejor de lo que se había esperado. Mejor que hablar con él en la biblioteca. Abordarlo en una estancia en la que él tenía todo el espacio para moverse... no. La estrechez del pasillo jugaba a su favor.

Levantando la cabeza y apoyando las manos en la cintura, esperó en el sitio, en medio del pasillo, en un punto en el que un arcón a un lado y una mesa al otro estrechaban el espacio aún más.

Thomas la vio y se detuvo. Después de unos segundos se acercó. Por la intensidad de su mirada, que ella sentía incluso en la penumbra, estuvo segura de que él había comprendido que no iba a dejarle pasar hasta haber dicho lo que tuviera que decir.

Thomas se detuvo delante de ella, y Rose casi pudo oír su suspiro mental.

—¿Sí? —preguntó mientras enarcaba una ceja.

No había pronunciado ningún nombre, pero eso no la hizo flaquear. Fijando la mirada en sus ojos, Rose respiró hondo.

—Quiero darte las gracias, correctamente, por lo que hiciste hoy...

—Si no recuerdo mal —él la interrumpió agitando una mano bruscamente en el aire—, ya lo

hiciste.

—No, no lo hice. Adecuadamente no.

—El agradecimiento que manifestaste fue más que suficiente. No hay necesidad de...

—Hay una completa necesidad.

Sus miradas se fundieron. Rose sintió el peso de su voluntad, lo sintió aplastándola casi como una fuerza física, pero no estaba dispuesta a ceder. Se mantuvo en su posición y le devolvió la mirada con la misma intensidad, determinación contra tozudez.

Thomas apretó los labios. Tras una tensa pausa, respiró entrecortadamente.

—Señora Sheridan —su voz era fría, pero el tono hiriente que podría haberla acompañado no estaba. Quería obligarla a ceder, pero no quería hacerle daño—. Permítame aclararle que hoy no actué como lo hice para ganarme su agradecimiento. Lo hice porque era lo correcto, y ni necesito ni quiero su gratitud...

—¡Eres de lo más irritante! —al fin Rose perdió la compostura. A lo largo de las últimas semanas se había familiarizado con su constante abnegación, pero, en esa ocasión, no estaba dispuesta a aguantarlo—. ¿Nunca se te ha ocurrido que darte las gracias es algo que necesita hacer la otra persona, y que se supone que debes aceptar su agradecimiento con la debida elegancia, liberándole así de sentirse eternamente en deuda contigo?

Antes de que el eco de sus palabras desapareciera, ella recordó su confesión de días atrás, oyó sus palabras nítidamente en su mente: «No se me da bien tratar con personas. No suelo pensar en cómo afectarán mis acciones a los demás, en el impacto que ejercerán mis acciones sobre los demás».

Ella vio cómo la expresión de Thomas se quedaba en blanco antes de que su mirada se apartara de ella, y supo que había dado en el clavo. Lo cierto era que él no se había dado cuenta.

—Lo haces constantemente —la expresión de Rose se relajó y continuó hablando en voz más baja—, te niegas a aceptar siquiera la más leve expresión de agradecimiento. Las bordeas, las evitas, pero, aún más, le restas continuamente importancia a lo bueno que haces. Desprecias tus actos, le niegas su importancia, denigras las contribuciones que haces a las vidas de los demás —todo era cierto. Confusa, ella lo miró fijamente—. ¿Por qué?

Él no la miró de inmediato a los ojos, pero al cabo de unos segundos su expresión se endureció y clavó su mirada en la de ella.

—¿Has terminado ya?

Las palabras no resultaron frías, se notaba la emoción subyacente, arrolladora, aunque despiadadamente suprimida.

Cuando ella parpadeó, intentando comprender, intentando ver más allá, él apartó la mirada y se movió para seguir su camino.

—No —decidida, Rose se movió a un lado y le bloqueó el paso. El gesto los llevó a situarse cara a cara, cerca, la chaqueta de Thomas rozando el echarpe de Rose—. Aún no he terminado —en su sangre bullía la ira, contra él, debido a él, además de un sinfín de otras emociones—. Aún queda esto.

Rose elevó las manos y apoyó las palmas en las mejillas de Thomas, tiró de su cabeza hacia abajo y apretó sus labios contra los suyos.

¡Maldito fuera ese hombre, él no era un inútil!

Lo besó, apretó sus labios contra los suyos, decidida a expresar los sentimientos que él le negaba, su sentido agradecimiento, cierto, pero también para agradecer el alivio que le había llevado a su vida, y el agradecimiento de los innumerables pequeños gestos de amabilidad que les

había dedicado a ella y a los niños.

Quizás no supiera tratar con otras personas, pero lo estaba intentando, y no estaba fracasando.

Hasta ahí podía decirle y, dado que se negaba a escuchar sus palabras, se lo dijo con sus labios.

Ignorando la extraña sensación que producían las cicatrices contra la palma de su mano derecha, valientemente hizo algo que no había hecho en su vida, y derramó su corazón, su alma, en el beso.

Valiente, atrevido, pero, en muchos aspectos, necesario.

Y él respondió.

El corazón de Rose dio un brinco, literalmente saltando en su pecho, cuando sintió los labios de Thomas, inesperadamente suaves y generosos, acomodarse a los suyos.

Solo durante un instante.

Antes de detenerse, parar, controlarse.

Pero ella no estaba dispuesta a tolerarlo.

Con suave determinación, una decisión que él no podría ignorar, ella se pegó contra su cuerpo y lo besó con más pasión.

Y el dique se resquebrajó.

Y Rose se regocijó.

Y Thomas perdió todo contacto con la realidad.

Sorprendido, maravillado, él se vio arrastrado por una marea de sentimientos, de emociones mezcladas con una desesperada necesidad, una que ni siquiera se había dado cuenta de que habitara en su interior.

¿De dónde había surgido todo eso? ¿Cómo había liberado esa mujer todo aquello?

Thomas no conocía las respuestas. Lo único que sabía era que los dulces labios se movían contra los suyos, tocando los suyos, con una promesa de sirena de auxilio en medio de toda la desolación en que se había convertido su vida.

Sus labios, que ya no obedecían sus órdenes, se separaron. Sin esfuerzo, sin que mediara pensamiento o intención, mucho menos un ejercicio de voluntad consciente, Thomas tomó el control del beso, y la besó con todo el anhelo acumulado, la necesidad reprimida que había estado reteniendo durante los últimos meses.

Desde la primera vez que la había visto.

A lo lejos oyó un golpe sordo, y comprendió que era su bastón que había caído. Adónde, tanto daba. Por propia voluntad, o eso parecía, sus brazos se elevaron y se cerraron, suavemente aunque con firmeza, en torno a ella.

En torno a Rose.

Una ligera incertidumbre remanente le hizo preguntarse si ella se echaría atrás, pero no. Rose se apretó contra él, en él, idénticamente atrapada en la marea del momento.

En las pasiones, tan descuidadamente liberadas, que fluían desenfrenadas entre ellos.

Con un victorioso abandono, ella rindió su boca, y él la reclamó. Se deleitó. Comió y bebió y, ante la insistencia de Rose, se zambulló, y ella tomó, dio, incitó, sus manos agarrándose a él con fuerza, sujetándolo, guiándolo, conduciéndolo.

Sin aflojar, sin soltar, ni siquiera un instante.

Thomas ya había conocido el placer sensual en el pasado, pero eso era mucho mejor, elementalmente precioso.

Sus bocas se fundieron y Rose lo siguió a cada paso urgiéndole, cada vez que él intentaba parar, a saborear, pidiendo más, tomando más, llevándolos a ambos al más absoluto abandono.



El beso se volvió salvaje, fuera de control. La comunión física se inflamó, se expandió y les atrapó, ahogándoles en un inesperado calor.

Sus lenguas se enredaron y bailaron, se tentaron y desafiaron. Sus labios capturaron y jugaron.

Y el deseo estalló en llamas. La fuerza elemental surgida del interior, entrelazada con sus pasiones, se prendió fuego.

Las llamas florecieron dentro de él, dentro de ella.

Thomas estaba convencido de que había perdido hacía tiempo ese fuego fundamental, pero no, ahí estaba. Adormecido, reducido a meros rescoldos, hasta que ella había avivado el fuego.

Rose se apretó contra él y las llamas rugieron.

La conflagración consumió a Thomas, ríos de ardiente necesidad que corrían por sus venas. La abrazó con más fuerza y la atrajo completamente hacia sí, ladeando la cabeza para intensificar el beso. Más y más profundamente.

Tomándola de la mano metafóricamente, la condujo directamente al fuego.

Y Rose lo siguió ansiosa, ningún pensamiento capaz de sostenerse contra la felicidad de saber que ese hombre la deseaba. Eso ya no podía ponerse en duda, la dura roca de su erección apretándose contra su estómago, prueba de la realidad de su ardor.

Thomas la deseaba y, por Dios santo, ella no se había dado cuenta realmente de hasta qué punto lo deseaba a él. No se había dado cuenta de que su manera de reaccionar ante él no eran más que los síntomas de ese deseo ávido, voraz e impulsor.

Deslizando las manos hacia arriba, Rose hundió los dedos entre los cabellos de Thomas y, de puntillas, juntó su lengua con la de él, encantada y emocionada ante la unión sin restricciones. Eso era lo que deseaba realmente.

Esa cercanía.

Con él.

Calor y pasión, necesidad y urgencia, se mezclaban y la atravesaban como un torbellino antes de correr por sus venas. El deseo la consumía y redujo todo pensamiento a cenizas. El único impulso que permanecía intacto era «más».

En medio del rugiente tumulto de necesidades, Thomas no hallaba el equilibrio. La idea surgió de la nada y la resultante punzada de pánico, de hallarse desesperadamente fuera de control, lo sacudió fugazmente, momentáneamente, pero bastó.

Bastó para que un haz de claridad atravesara la niebla de su deseo mutuo y le recordara quiénes eran.

Él, desfigurado en muchos aspectos, y ella...

¿Sería su pasión, la pasión de Rose, tan cálida y libremente desatada, real? ¿O se estaba ofreciendo a él porque sentía que debía hacerlo, porque él era su señor? A cambio de su protección.

Una parte de su mente lógica y racional soltó un bufido ante la idea. Rose era la que le había cortado el paso, pero el resto de su tambaleante ser, mucho más vulnerable de lo que había sido jamás, no estaba, no podía estar, seguro.

Y esa incertidumbre, la posibilidad de que ella, en contra de lo que él había asumido, pudiera no sentir lo que él creía realmente, le hizo reflexionar. Le hizo darse cuenta...

Darse cuenta de la línea que ambos habían cruzado, la barrera que habían roto, prácticamente pulverizado.

Ambos habían quedado expuestos...

Respiró hondo e interrumpió el beso.

Obligó a sus labios a separarse de los de ella, se soltó de su abrazo y levantó la cabeza.

Rose parpadeó y abrió los ojos y, a través de la penumbra, encontró su mirada. Permanecieron íntimamente cerca, sus labios a escasos centímetros, sus alientos entremezclados.

Durante varios instantes él la miró a los ojos. Hasta que, incapaz de evitarlo, levantó una mano y delicadamente, sufriendo ante la necesidad de tocar, de saber, deslizó lentamente un dedo por su perfecta mejilla.

Y sintió.

Mucho más de lo que jamás había sentido. El estallido de emociones nada familiares lo sacudió.

Respiró entrecortadamente, el pecho hinchándose ante las lujuriosas curvaturas de sus pechos.

Incluso a medida que sus sentidos se estabilizaban, Thomas se sentía más que desequilibrado, como si algún amarre interno se hubiera desgarrado dejándolo a la deriva.

Todavía fuera de control.

Sin control.

Sabiendo que ya no era el hombre que había sido, sin saber qué hombre era.

También, al parecer, en ese terreno.

Pero lo que sí sabía era lo que debería ser, todavía tenía que cumplir su última penitencia y, hasta que no lo hiciera, su vida no sería suya.

Ni siquiera estaba seguro de si, después, tendría una vida que vivir.

No quería soltarla, pero... lentamente aflojó el abrazo y la depositó nuevamente sobre sus pies.

Y perder el calor de Rose lo volvió a sacudir, aunque contuvo el impulso, agudo e intenso, de atraerla de nuevo hacia sí.

Aturdida por el beso ella se lo había quedado mirando, insegura, sin comprender, pero en esos momentos vio cómo su mirada se llenaba de confusión.

Rose abrió la boca, pero él se le adelantó.

—Eso ha sido... inapropiado.

—Inapropiado —repitió ella tras una pausa, la voz extraña, parpadeando aún confusa.

—No por tu parte —Thomas comprendió que había vuelto a expresarse mal—, sino por la mía.

Ella buscó su mirada, la confusión creciendo aún más.

Cediendo a la urgencia, Thomas se llevó la mano a los cabellos, un gesto revelador de una gran debilidad, de incertidumbre y vulnerabilidad, de que su lado lógico estaba completamente horrorizado.

—No eres tú —bajó la mano y la agitó brevemente entre ellos dos—. Esto, lo que ha surgido entre nosotros —algo que ni siquiera él era ya capaz de negar— no puede ser. No puede llevarnos a ninguna parte, no por ti, sino por mí —tenía que añadir algo más—. Por culpa del hombre que soy.

Rose inclinó la cabeza sin que sus ojos abandonaran los de él. Después de unos segundos, y con la voz aún cargada de deseo, sensual y baja, preguntó:

—¿Y qué clase de hombre eres para que yo no lo pueda desear?

—Soy un hombre sin futuro —Thomas sabía que no podía titubear—, un hombre con el alma ennegrecida más allá de toda posibilidad de redención. Y, como tal, un hombre nada adecuado para ti.

Ella le sostuvo la mirada y sopesó sus palabras. Vio, sintió, en la firmeza de su mirada, en la inquebrantable expresión de su rostro, que había hablado con toda convicción, que era su verdad.

Pero no estaba tan segura de que fuera la de ella.

Hasta cierto punto Rose comprendía lo que estaba haciendo, que, a pesar de su mutua, claramente mutua, necesidad y deseo, él la estaba rechazando, y a ellos, por su bien.

Y dado que tenía dos niños a los que había jurado proteger, debía considerar debidamente esa postura.

Sin embargo... necesitaba saber.

—¿Ni siquiera eres adecuado para un ama de llaves? —preguntó mientras enarcaba una ceja.

—Los dos sabemos que tú no eres la típica ama de llaves —la mirada de Thomas se oscureció.

Aunque ya sospechaba que él lo había adivinado, la admisión hizo que Rose se estremeciera, y le recordó con más fuerza a los dos seres inocentes que estaban bajo su cuidado.

Y, como si le hubiese leído la mente, él continuó, con el mismo tono de voz oscuro, íntimo.

—Y, sobre todo, en tu caso, con dos niños que dependen de ti... no. Esto que hay entre nosotros no puede ser. Desde luego no soy el hombre adecuado para ti.

Thomas vio la comprensión reflejada en su mirada, comprendería que no era solo por ella por lo que pensaba que no podían tener una relación, y buscó dar por concluida la conversación.

—Tienes una vida que vivir y unos niños a los que proteger, mientras que yo...

La revelación lo golpeó con tal fuerza que solo pudo quedarse de pie, parado ante ella.

Y cuando Rose, cada vez más perpleja ante el repentino silencio, enarcó una ceja, se obligó a sí mismo a buscar las palabras.

—Yo tengo mi propio camino por encontrar —concluyó sin demasiada convicción.

¿Acaso ya lo habría encontrado? ¿Lo había tenido delante de sus narices todo el tiempo?

Thomas era incapaz de pensar, no mientras esa mujer estuviera allí, delante de él, mirándolo como si estuviera a punto de iniciar una discusión, mientras el deseo que sentía por ella siguiera murmurando en sus venas.

—Independientemente de mis razones —añadió con cierta brusquedad—, no voy a dejarme convencer —miró a su alrededor, localizó el bastón, se agachó y lo recogió antes de enfrentarse de nuevo a ella—. Y ahora, si me disculpas...

Ella no reaccionó de inmediato y Thomas rechinó los dientes.

—Por favor, apártate de mi camino —le rogó.

Rose percibió la sinceridad en la petición y, antes siquiera de considerarlo, ya se estaba apartando a un lado, permitiéndole pasar renqueando junto a ella.

Permaneció de espaldas a la pared del pasillo y lo vio llegar a su dormitorio, abrir la puerta y entrar.

La puerta se cerró con suavidad.

Aun así, ella permaneció parada en el sitio.

Y saboreó el calor, el deseo, la necesidad pura y sin adulterar que seguía recorriendo sus venas. Saber que él sentía lo mismo era un potente inductor que la empujaba a un comportamiento aún más imprudente. Sin embargo, Thomas había hecho bien recordándole que su vida no era, por elección propia, enteramente suya.

Tenía que pensar y, a pesar de la inflexible declaración de Thomas, tenía la impresión de que él también podría beneficiarse de cierto tiempo para reconsiderar la situación.

Después de varios segundos más mirando la puerta, se volvió y se obligó a recorrer el pasillo y bajar las escaleras hasta la cocina.

Después de una hora de costura junto a la estufa cada vez más fría por fin consiguió que su

calor interno se disipara.

Rose apagó la lámpara y regresó a su dormitorio, negándose siquiera a desviar la mirada hacia la habitación de Thomas al cruzar el pasillo. Había hecho bien al echarse atrás, y ella necesitaba pensar.

Y para pensar primero tenía que esperar a que se aclarara su mente, a que se disipara la niebla del deseo.

Se desvistió y se puso el camisón, tras lo cual repitió el ritual de todas las noches del cepillado de sus largos cabellos. Una vez concluido, dejó el cepillo, se acercó a la cama, levantó las mantas y se deslizó en su interior.

Tumbada de espaldas, tapándose hasta la barbilla, fijó la vista en el techo, y solo entonces le permitió a su mente centrarse en el tema que tenía entre manos, aliviada al descubrir que, por lo menos ella, había conseguido distanciarse lo suficiente como para ver la cuestión con cierto desapasionamiento.

Pero esa medida de desapasionamiento era, sospechó, lo único a lo que iba a poder aspirar pues, dadas las circunstancias, un completo desapego y una fría racionalidad, no parecía que fuera a concedérsele.

¿Por dónde comenzar? Le pareció apropiado empezar por él y sus argumentos. Tras unos minutos de reflexión, decidió que no debería sorprenderle que él hubiera marcado la línea que había marcado, que hubiera asegurado, claramente convencido, que no era un caballero adecuado para ella. Esa afirmación era completamente consistente con el hombre que ella sabía que era.

Lo que él no parecía comprender era que su posición hacía que le resultara más atractivo, a su juicio más apropiado para ella, no menos. Ciertamente su constante, no abnegación, sino más bien negación del yo, su habitual autodesprecio, le resultaba irritante aunque esa reacción, ¿no sería debido a lo que sentía por él? ¿No se debería a que le molestaba que no se valorara a sí mismo como ella sentía que debería?

Como lo valoraba ella...

Rose no se había dado cuenta antes, pero sí, era la verdad. Su irritación solo existía porque sentía algo por él. A cierto nivel, en cierto modo, esa conexión emocional ya estaba allí.

Ciertamente que ella siempre había pecado de una actitud excesivamente protectora, le pasaba con las personas que le importaban. Como los niños. Y, al parecer, Thomas se había unido a ese exclusivo círculo, le gustara o no.

Con la mirada clavada en el techo, aunque sin ver, sintió que sus labios se curvaban en una mueca de ironía. Estaba claro que a él aquello no le gustaba, ni lo deseaba, pero la decisión no era suya.

Liberada, su mente pasó a reevaluar todo lo que sabía de él, todo lo que había visto de él, todo lo que habían revelado sus acciones. La vida le había enseñado que, al juzgar la naturaleza humana, debía fijarse más en las acciones que en las palabras del otro. Y las acciones de Thomas... quizás le hiciera falta pensar primero en cómo responder ante los demás, pero, en cualquier caso, sus acciones con respecto a ella y los niños habían sido, desde la primera hasta la última, inspiradas por el apoyo y el cariño. Y un sentido de protección.

Esa costumbre que tenía de anteponer a los demás, no era algo que una mujer como ella pudiera infravalorar. Ella, más que nadie, necesitaba tener la certeza absoluta de que cualquier hombre que se le acercara sintiera por los niños al menos lo suficiente como para apoyarla en su cuidado.

Y no le cabía duda de que Thomas lo haría. Estaría a su lado, los defendería.

En caso de buscar mantener una relación con él, Rose no tendría que temer que, al hacerlo,

podiera poner en peligro a los niños. En realidad sería lo contrario.

«Buscar mantener una relación con Thomas». Esa era la gran pregunta. ¿Debería o no?

Su juicio sobre él le indicaba que era libre para intentarlo. El deseo que aún recorría sus venas, el susurro de la tentación que oía cada vez que pensaba en él, el recuerdo de sus labios sobre los suyos, eran poderosos incentivos para seguir adelante.

Era un completo inadaptado. Por lo que había visto, era de tan noble cuna como ella. Su riqueza, su seguridad mundana, su educación, todo le señalaba como un hombre de su misma clase. Ambos habían, por razones personales, decidido apartarse de su verdadero círculo social y ahí tenían otra cosa en común, el haber sido arrancados de su medio natural, el haber tenido que abrirse paso en un mundo más amplio sin poder apoyarse en la comodidad y protección que les habría brindado su verdadera clase habiendo, por el contrario, tenido que confiar en su agudeza mental, su inteligencia y sus encantos naturales.

Aparte de la atracción física, cosa que compartían, y la claridad y determinación que eso había provocado.

No tenía ni idea de cómo la veía él, pero, independientemente de ello, lo cierto era que la conocía, a su verdadero ser, de un modo en que ningún otro pretendiente había logrado jamás. Thomas había visto a la mujer, ni siquiera a la dama, mientras que todos los demás simplemente habían visto en ella un instrumento que poder utilizar para mejorar sus ambiciones sociales.

Por su parte, él era el primer hombre en el que se había fijado nunca, al que había visto de verdad, observado sus defectos, y deseado. Nunca antes había deseado a ningún hombre, ni siquiera vagamente, ni siquiera durante los años que había vivido entre la alta sociedad, supuestamente buscando marido.

Pero ¿qué había de su pasado? Ese pasado, según él, había ennegrecido su alma, al parecer irremediadamente, o al menos eso creía él. Dada su costumbre de menospreciarse, Rose no estaba dispuesta a aceptarlo sin más, como un hecho incuestionable y, en general, ella creía en la rehabilitación, en que la gente podía, fueran cuales fueran sus pecados, corregirse y cambiar.

Siempre que lo intentaran de veras. Y Thomas lo estaba intentando. Sus acciones con los niños, con los Gattings, con ella —incluso le había comprado unos manguitos de raso, simplemente porque había estado disfrutando mientras ella trabajaba—... todo apuntaba hacia un intento de hacer el bien.

Cierto que su pasado seguía siendo un secreto, y podría ser tan oscuro como él lo había dibujado, pero ella también tenía su secreto y, más concretamente, tanto ella como él tenían que enfrentarse con el aquí y ahora, con el hombre que él era en esos momentos y con la mujer en la que ella se había convertido.

Una mujer de veintinueve años que deseaba lo que nunca había conocido.

La experiencia que, cuando al fin regresara a su otra vida, no tendría ninguna oportunidad de conocer.

Durante largo rato Rose reflexionó sobre sus sentimientos, por una vez liberando los reprimidos anhelos de su alma, los sueños que había dejado atrás a cambio de proteger a los niños. Jamás lamentaría haberlo hecho, pero...

Alejó esos pensamientos de su mente y volvió a centrarse en la decisión a la que se enfrentaba.

Cuando todo hubiese terminado, tendría una sencilla elección que hacer. Los hombres que habían aparecido aquella mañana eran, sin lugar a dudas, la avanzadilla. En algún momento llegarían más. Era posible que, en un futuro no muy lejano, los niños y ella tuvieran que marcharse de allí, y entonces Thomas y ella se separarían.

Esperaba que la situación no llegara hasta ese punto, pero tenía que reconocer que era posible.

De modo que no iba a esperar para actuar, aprovecharía la oportunidad para explorar la intimidad física con el único hombre hacia el que se había sentido atraída en ese sentido, más aún, con el único hombre que había despertado tan potente y visceral deseo que le bastaba con pensar en él para que el deseo inundara su cuerpo.

La otra opción sería dudar, y ver cómo la oportunidad se le escapaba de entre los dedos, y pasar el resto de su vida lamentándose por lo que jamás conocería.

Y, si algo le había enseñado el pasado, y bien que se lo había enseñado, era que no podía confiar en el mañana, que su mejor opción siempre sería la de tomar lo que pudiera en el momento en que se presentara.

Así pues respiró hondo, soltó el aire, y sintió que la certeza se instalaba en su interior.

Acababa de tomar otra decisión. Con respecto a Thomas, aprovecharía el hoy y dejaría que el mañana se ocupara de sí mismo.

## Capítulo 6

Tras el encuentro en el pasillo de la primera planta, Thomas había esperado un cierto grado de incomodidad ente Rose y él. Sin embargo cuando a la mañana siguiente se encontró con ella en la cocina para desayunar, ella le sonrió exactamente igual que siempre había hecho y, aunque permaneció en alerta durante el resto del día, no detectó la menor señal de que hubiera surgido ninguna reserva por ese desaconsejable beso.

Y no estaba muy seguro de qué pensar al respecto.

Todavía estaba reflexionando sobre los caprichos de la mente femenina cuando cayó la noche y se retiró a sus aposentos para irse a la cama.

Tumbado de espaldas, esperando a que el sueño lo reclamara, obligó a su mente a apartarse de los imponderables, y se centró en su lugar en la revelación más crucial que había surgido de ese beso. Rose y los niños eran su propósito, el motivo por el que Dios, o el destino, o quizás ambos, le habían permitido sobrevivir. Fuera el que fuera el problema que los estuviera asediando, resolverlo y protegerlos era la tarea que se le había asignado como última penitencia.

Y qué típico del destino era colocar su tarea justo delante de sus narices y luego esperar, riéndose, a que él se diera cuenta.

Pero por fin ya lo había hecho, y le parecía tan perfecto que ni se molestó en perder el tiempo cuestionándolo. Tenía que concentrarse en la tarea, en completarla. Ese era el camino para hallar definitivamente la paz.

El primer paso era averiguar cuál era el problema. Ante la aparición de los investigadores el día anterior, abordar directamente a Rose podría proporcionarle la información que necesitaba.

La puerta del dormitorio se abrió.

Thomas frunció el ceño y levantó la cabeza mirando desde la cama de cuatro postes hacia la puerta.

Que se cerró.

Impulsada por Rose, que, vestida con el camisón y una bata, y portando una vela, avanzaba hacia la cama, protegiendo la llama con una mano, como si fuera algo que hiciera cada noche.

La vela le iluminaba la cara, su expresión, una relajada seguridad cubriendo la acerada determinación que había visto en ella al principio.

Thomas reaccionó, en cuerpo, mente y alma, pero no de un modo que le permitiera protestar, pues la deseaba con una necesidad, una rugiente avidez, que lo dejaba sin aliento.

¿Cómo había podido surgir algo así, que lo había dejado en un estado completamente desvalido?

Incapaz siquiera de ocultar el ansioso deseo en su mirada, Thomas solo pudo limitarse a observarla acercarse, su mente inundada de múltiples posibilidades mientras, mudo, esperaba lo que fuera a suceder.

Rose sabía lo que hacía y estaba decidida a hacerlo. Tras alcanzar la cama, depositó el candelabro sobre la pequeña mesita de noche junto a la cabeza de Thomas, lo miró a los brillantes ojos color avellana y, tras agacharse, sopló la vela.

Moviéndose con suavidad, con serenidad, negándose a prestar atención a sus nervios a flor de piel, se desató la bata y la deslizó por los hombros, dejando que cayera al suelo. A continuación apartó las mantas. Thomas estaba tumbado en mitad del colchón.

—Hazte a un lado —le pidió antes de meterse en la cama.

Él se movió, un poco. El hombro de Rose chocó contra el suyo y él se tumbó de lado, sin dejar de mirarla boquiabierto, perplejo.

Rose casi era capaz de ver el tumulto en su interior, la batalla que debía estar librando entre protestar o no molestarse siquiera en hacerlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él al fin con voz ahogada.

—Lo que los dos llevamos todo el día pensando hacer —Rose también se colocó de lado, para poder mirarlo a los ojos con total descaro—, tú haciendo una lista de todos los motivos en contra y yo reuniendo todos los argumentos a favor —levantó una mano y le acarició la cabeza—. Y he decidido que mis argumentos ganan a tus motivos.

—Espera —él la agarró por los hombros, claramente decidido a apartarla.

Pero ante el contacto sus manos se detuvieron, y las cálidas palmas se curvaron alrededor de sus hombros. Y sus brazos, que ya habían dejado de obedecerle, la abrazaron, acunaron, en lugar de empujarla para apartarla.

Envalentonada, ella sonrió y continuó su avance, deslizando la mano sobre su hombro, cerrándola sobre la nuca, acercándose más, alineando su cuerpo contra el suyo. Aunque los torsos y las piernas permanecían separados por varias capas de camisón y camisa de dormir, el contacto de todos modos le provocó una sucesión de expectantes escalofríos, endureciendo sus pezones, calentándole la sangre, haciendo que el deseo comenzara a hervir a fuego lento bajo su piel, esperando recibir un refrescante alivio.

Thomas tampoco era inmune y la respiración salió en forma de siseo de su boca. Cerró los ojos fugazmente, la expresión endurecida, los labios apretados como si estuviera rezando para tener fuerza. Pero, cuando los abrió, no fue rechazo la expresión que vio Rose.

Y la confianza de Rose se afianzó.

—¿Por qué? —ella le sostuvo la mirada—. ¿Por qué vamos a esperar cuando los dos deseamos lo mismo y, al tomarlo, y al concedernos la satisfacción de nuestras necesidades, no hacemos daño a nadie?

El contacto con la piel de Rose le quemaba, prendía un fuego con la promesa inherente en su llegada a su cama, en la suave y tan femenina longitud de su cuerpo apretándose ligeramente contra él. Por primera vez en su vida, Thomas era incapaz de pensar. En absoluto. Su mente había sido abducida por el deseo, la lujuria y la pasión, junto a un torrente de sentimientos.

Algunos de los cuales resultaban tan poco familiares que deberían haberle hecho detenerse, pero nada, ni distracción ni consideración, parecía lo bastante fuerte como para competir con los impulsos, las compulsiones, que rugían en su sangre.

Clamando por ella, por su liberación, por una tregua.

Por todas las promesas que ella representaba.

En la penumbra, la mirada de Rose buscó la suya. Thomas no tenía ni idea de qué estaría leyendo en ella, pero sus labios se curvaron en una sonrisa, leve, una sonrisa que él equiparó al triunfo femenino. Rose se irguió y llevó sus seductores labios a los de él.



Y se detuvo a un milímetro de su boca.

—Te deseo. Deseo tu pasión, tu deseo, deseo todo lo que sientes por mí. Deja de retenerlo.

Y entonces lo besó.

No salvajemente. Ni siquiera de un modo exigente. De haber sido así, él podría haberse resistido.

Se demoró en la fusión de ambas bocas. y lo atrajo hacia sí. Él la siguió sin prisas, sin pausas, ella lo tentaba y él le entregaba todo lo que pedía. Todo lo que su corazón pudiera desear.

Las manos de Thomas se afianzaron y la atrajo hacia sí. Soltando los hombros tiró de ella hasta colocarla parcialmente sobre él para así poder deslizar las manos por su espalda, dibujando los contornos de la columna, la curvatura de la cintura, las curvas de su trasero.

Sus piernas se entrelazaron, piel contra piel a medida que la camisa de noche y el camisón se deslizaban hacia arriba. La sensación de las piernas suaves y elegantes contra las más rugosas y velludas le provocaron a él un estremecimiento.

Los dedos de Rose se enredaron en los cabellos de Thomas, hundiéndose en los espesos mechones antes de soltarse para recorrer a ciegas sus rasgos. Sus cicatrices.

Rose no dudó, ni sus caricias se volvieron más tímidas. Exploró las cicatrices con la misma curiosidad que había mostrado hacia el resto de su cuerpo. Trató sus caricias como otra parte más de él, otro rasgo, uno que tenía la intención de aprenderse junto con todo lo demás.

Esa caricia atrevidamente inquisitiva lo mató.

Thomas la tumbó de espaldas sin despegar el cuerpo del suyo, de manera que en ningún momento perdieron la gloriosa presión del cuerpo contra cuerpo. La nueva postura le permitió acariciar su largo cuello, deslizar los dedos hacia abajo y atrapar el firme montículo de su pecho, de cerrarse en torno al tenso pezón y apretarlo.

Ella dio un respingo, su cuerpo arqueándose contra el suyo. Apartando durante una fracción de segundos los labios de los suyos, susurró:

—Más. Enséñame todo.

Thomas no había pensado ni por un momento que Rose fuera a conformarse con menos, pero la exigencia, clara y rotunda, dispuso cualquier rastro de duda, y se dispuso a obedecer.

Beso devorador a beso devorador, caricia a caricia crecientemente desesperada, sucumbieron víctimas de las llamas, la intensidad pura de la ilícita intimidad que era, sencillamente, demasiado fuerte para ser negada.

Demasiado ardiente para siquiera imaginarse la posibilidad de apartarse de ella. El incendio aumentó, rugió y los devoró, reduciendo a cenizas todo pensamiento, toda voluntad, toda capacidad de oponerse a él.

De oponerse a la fuerza elemental que los empujaba a ambos.

Suaves susurros de ánimo murmurados en la oscuridad, los de ella, los de él, mientras, sin ninguna intención de resistirse a la recompensa que se les ofrecía, avanzaron juntos, alineados en sus intenciones, y sus manos curiosearon y encontraron, sus dedos apretaron y agarraron, sus palmas masajearon y acariciaron.

Él acarició cada hoyuelo, cada curva. Jamás se había sentido tan absorto, tan fascinado, tan obsesionado.

Y ella, su cuerpo, la promesa en los oscuros ojos, lo abrazaba embelesada. Voluntariamente atrapada.

Valiente y ansiosa, Rose le devolvió uno a uno todos los regalos, sus movimientos imitando los de él, su excitación en aumento, alimentando la suya.

La anticipación hundió sus garras en los dos.

Y arañó.

Y salió victoriosa.

Thomas respondió a la llamada, a la de ella y a la de la fuerza que los empujaba con firmeza.

Luchando con la suave tela, ayudado, instigado, por ella, él le arrancó el camisón y se detuvo, perdido, para saborear el momento. Para aprender de nuevo, con la vista y con el tacto, para conocer aún más íntimamente, para adorarla por completo.

Para rendirle homenaje.

Para trazar las desnudas curvas con sus labios, saborear su piel con la lengua, reclamar cada curva, cada hueco, y dejar que su embriagador sabor y olor lo reclamaran.

Rose no conseguía recuperar el aliento. No era la oscuridad la que le reducía la visión sino la necesidad, el centro de todos sus sentidos se había replegado a eso, a él, a ellos y su viaje. El paisaje de la pasión se abría ante ella, cobrando vida gracias a él, ofreciéndose en todas las deslumbrantes tonalidades de brillante deseo, una centelleante red de sensación creada por el hábil barrido de las manos de Thomas sobre su húmeda piel, por la presión de sus labios, la rugosidad de su lengua, el ardiente y húmedo calor de su boca al cerrarse sobre el pezón de un pecho, y succionar.

Rose gritó y arqueó el cuerpo. Thomas siguió jugueteando con sus sentidos, con sus nervios, un maestro dirigiendo una sinfonía de delicia, de un placer que la llenaba, que la atormentaba y excitaba.

Sus sentidos se habían expandido, bebiendo con avidez cada sensación, el calor del firme cuerpo de Thomas, la reverencia de sus caricias, el ansia todavía ardiendo en su mirada.

Aun así, y a pesar de la tensión forjada que vibraba a través de ambos, dejando los nervios tensos y temblando, él la trataba con una posesiva ternura que le desgarraba el alma.

Había más, mucho más, entre ambos de lo que ella había supuesto.

Muchísimo más en todo aquello que le estaba mostrando.

Enseñando.

De sí misma, desde luego, pero aún más de él.

De la devoción que tan evocadoramente le iba revelando mientras la acariciaba, la excitaba, la amaba.

La necesidad de devolver el sentimiento creció, se inflamó... hasta que ella ya no pudo negar más la compulsión.

Necesitaba más, necesitaba amarlo.

Requirió todo un esfuerzo convocar a su voluntad, pero lo hizo, lo consiguió y, por fin agarró los cabellos de Thomas, tiró hacia atrás hasta que él levantó la cabeza, apartó los labios de la suave piel de su estómago y la miró a los ojos.

—Me toca.

Thomas no estaba seguro de que fuera una buena idea. Su control era ya un hilo delgado y quebradizo y la pasión desatada podría dejarlo reducido a cenizas.

Él se irguió sobre Rose y delicadamente tomó sus labios con los suyos en un intento de distraerla con más caricias, pero bastaron unas pocas y concisas frases, algunas atrevidas caricias, para que ella dejara claro que no iba a permitirle ser el único suplicante. Con sus pequeñas manos y sus artes femeninas, insistió, persistió, hasta que, a regañadientes, pero incapaz de negarle nada, ni siquiera eso, ni siquiera llegados al punto en que la pasión se estremecía en el aire, viciosa y apenas contenida, él tiró de las riendas con una mano despiadada y se detuvo, respiró hondo y se

arrancó la camisa de noche.

Sinceridad. Era la línea a la que había jurado aferrarse, y poco más podía resultar más revelador que permitirle ver todas sus cicatrices.

Había anticipado cierta repulsión, por lo menos de duda.

Pero Rose, sin el menor asomo de rechazo en la mirada, contempló la maltrecha piel bajo el hombro derecho, y la masa de cicatrices, que asemejaban cuerdas, del costado izquierdo y que discurrían hacia el oscuro nudo de cicatrices sobre la cadera izquierda y continuaba por la débil pierna del mismo lado. Rose vio, estudió y alargó una mano para tocar.

La carne estaba dañada y él había supuesto que también insensible. Sin embargo sintió cada suave roce de la punta de los dedos sobre su destrozada piel.

Contuvo el aliento mientras, con una intención firmemente clara, ella reclamaba incluso esa parte, la más dañada, de su cuerpo.

A continuación Rose agachó la cabeza y besó. Dibujando adorablemente con los labios cada nudo y hendidura.

Las sensaciones lo atravesaron. Y Thomas cerró los ojos y se estremeció.

Rose continuó. Thomas se sentía verdaderamente perdido, la mente inundada de sensaciones, la voluntad barrida por el torbellino de emociones, ahogada por las agitadas mareas.

Mareas que ella provocaba, que juntos alimentaban.

Él nunca había experimentado nada parecido, pero el hombre en el que se había convertido nunca había estado con una mujer. Nunca se había abierto a tamaña gloria.

A tan desgarradora comprensión.

A una intimidad tan elemental que le llegaba al alma.

No tenía ni idea de que existiera, que pudiera existir jamás, una gloria tan deslumbrante.

Llegó un momento en que la mutua necesidad ardía con una fuerza excesiva para poder resistirse a ella. La compulsión en la sangre alcanzó una temperatura excesivamente alta para ser ignorada, para ser demorada.

Solía ser un acto sencillo, pero la cadera lesionada le hacía moverse torpemente. Sin palabras, simplemente con un toque y un ligero desplazamiento, ella lo compensó, curvando una flexible pierna sobre la parte trasera de sus muslos, por debajo de los glúteos, antes de urgirle a continuar, a entrar.

Incapaz de respirar, mucho menos pensar, él se hundió en el pozo de calor, en el estrecho abrazo de su cuerpo.

No lo comprendió, y por eso no pudo detenerse a tiempo, desgarrando la barrera que no había imaginado encontraría allí.

Lo que le quedaba de lucidez captó la impresión mientras ella, bajo su cuerpo, se arqueaba, tensaba y se cerraba en torno a él, en torno a la rígida erección hundida en las profundidades de su ser. Echando la cabeza hacia atrás, de los labios de Rose escapó un gemido de dolor mientras sus uñas se clavaban en los brazos de Thomas.

Rose no podía pensar, no podía respirar, solo era capaz de sentir. Tanto que se sentía completamente abrumada. Había supuesto... claramente, pero se había equivocado, aunque eso ya no importaba.

La sensación del cuerpo de Thomas, piel con piel con el suyo, le había supuesto un sobresalto táctil, que había absorbido la embriagadora y entrecortada anticipación. Su peso sobre ella le había parecido lo correcto, lo deseable. Totalmente prometedor.

Adoraba el calor, la febril humedad que el deseo había esparcido sobre la piel de ambos.

En cuanto a la rígida longitud de la erección, al cerrar su mano en torno a ella, Thomas había gemido, y eso la había hecho sentirse como una diosa.

Y lo había deseado dentro de ella, por fin comprendiendo la urgente necesidad que impulsaba a las mujeres a acostarse con hombres, el anhelo que se inflamaba con un gran vacío, un vacío que ardía en deseos de ser llenado.

Ella había ayudado, necesitada y desesperada con un ansia que, al parecer, solo él podía calmar.

Y así lo había hecho.

Rose lo había urgido a seguir y, con una fuerte embestida, él se había hundido en su cuerpo, llenándola.

Completamente, absolutamente.

La potente intrusión, el sorprendente estiramiento, el agudo dolor...

Rose no se había esperado nada de aquello, mucho menos la desgarradora intimidad. Por fin comprendía, como nunca había hecho, el significado de la palabra. Era esa intimidad en sus miles de aspectos la que había inundado su mente, la que la mantenía cautiva en esos momentos.

El dolor disminuyó, cambió rápidamente, superado por algo totalmente distinto.

Por un deseo diferente, una necesidad más aguda, por la sensación de estar tan cerca de aquello que se desea más que nada.

Lo sentía, duro e implacable, dentro de ella, sentía su calor, la atlética fuerza de su cuerpo, a su alrededor, atrapándola, sujetándola.

Fundiéndose con ella.

Pasaron dos intensos latidos antes de que ella se relajara. Un poco.

Y con un creciente asombro, relajó los músculos un poco más.

Encima de ella, tenso, cada tembloroso músculo paralizado, Thomas la miraba fijamente... sin ser capaz siquiera de pensar lo suficiente como para saber cómo se sentía.

Como si hubiese notado la mirada, ella abrió los ojos ligeramente, revelando unos ojos oscuros que brillaban con la pasión sin saciar.

Soltándole un brazo, Rose apoyó una mano sobre su mejilla.

—Después —susurró con voz ronca—. Por favor...

Y él supo lo que le estaba pidiendo, y no pudo negárselo. No pudo negar la palpitante necesidad en su propia sangre. Agachó la cabeza y rozó los labios de Rose con los suyos.

—Después —accedió antes de echarse hacia atrás para hundirse de nuevo en su interior, arrastrándolos a ambos a la hoguera.

Al calor que les aguardaba y el torbellino de placer.

A un éxtasis carnal como nunca antes había experimentado, y todo se debía a que la mujer que tenía en sus brazos era ella. Rose.

La intimidad nunca antes había sido tan física, tan capaz de incidir en cada chispa de conciencia, de reclamar hasta el rincón más oscuro de su alma. De desgarrar cada velo, dejándolo completamente desnudo, expuesto y vulnerable, sufriendo de necesidad, una necesidad a la que ella se había rendido, que ella saciaba con su pasión, con abierta claridad, sencilla sinceridad, su propia honestidad ofrecida a modo de recompensa a cambio de la suya.

Sus miradas se fundieron y ella juntó las manos detrás de su nuca, se irguió, uniéndose a él, pegándose a él, fundiéndose con él y compartiendo cada desesperado momento, espoleándolo, avanzando temerariamente.

Rose cubrió la desnuda necesidad de Thomas con su pasión, alimentó su hambre voraz con su

propio deseo.

Y él hizo lo mismo por ella, abiertamente, sinceramente, dando sin reservas ni dudas. Simplemente dando.

Ella lo siguió sin dudar, y dieron y tomaron y volvieron a dar con creciente abandono.

Hasta que no sintieron nada más que truenos en la sangre.

Hasta que la desesperación los inundó y se quedaron sin aliento, y lo tuvieron a su alcance, y se espolearon el uno al otro.

Hasta que la cima se alzó ante ellos, y saltaron por encima y más allá, los sentidos inundados de gloria, las mentes abrumadas, sobornados por un placer indescriptible.

Una última embestida, una profunda penetración, y se desató el éxtasis, una ola brillante y cortante que se estrelló contra ellos, cegando sus sentidos.

Él bebió el grito de culminación de Rose, sintió su gruñido de respuesta reverberar a través de los dos.

Y cayeron.

En un vacío de suma dicha donde nada existía salvo el latido de sus corazones.

Se agitaron, temblaron, mientras la intensidad del clímax disminuía poco a poco.

Pasaron los segundos llenos de respiraciones entrecortadas y el decreciente galope de sus corazones.

Al fin Thomas respiró hondo, se irguió liberándola de su peso y salió del calor de su cuerpo, dejándose caer a su lado.

Rose se acurrucó contra él, que solo dudó un segundo antes de atraerla hacia sí.

Y juntos degustaron la saciedad.

Poco después, la mente de Thomas despertó, pero sus sentidos le informaron de que ella seguía profundamente dormida, saciada. Todavía acurrucada contra él. Confiada.

Suya.

Un pensamiento errante cruzó su lánguida mente. ¿Formaría eso también parte de su penitencia?

No era tan estúpido como para caer en el autoengaño sobre qué fuerza había surgido entre ellos, guiando sus actos, llenando su intimidad con una fuerza cataclísmica. Pero sí se preguntó si todo aquello no formaría parte de su tarea.

¿Amar a Rose era parte de su expiación?

En cierto aspecto parecía más bien una conclusión conveniente. Pero...

Desde que la amaba, desde que sabía que la amaba, ¿qué iba a pasar, cómo iba a sentirse, cuando completara su penitencia y el destino, o Dios, emitiera un juicio sobre su alma?

La mente de Rose regresó al estado de consciencia lo justo para registrar el calor y la comodidad que la envolvía. Se deleitó un buen rato con las sensaciones, pero, poco a poco, su mente se irguió sobre las persistentes neblinas del sueño. Y recordó... dónde estaba, y con quién.

Y por qué.

Un torrente de emociones corría por sus venas, un río de plata y oro, memorias cristalizadas de los momentos compartidos, muchos de ellos tan dolorosamente frágiles, tan cargados de sentimientos que tan solo con recordarlos se conmovió. Se sintió maravillada.

Habían sucedido tantas cosas... Habían cambiado. tantas cosas...

Su cuerpo, desde luego, se sentía diferente, vibrante, completo, contento. Pero ese era el impacto menor, el efecto que no se desvanecía.

Jamás se habría imaginado que entre dos personas pudiera lograrse tal grado de sentimiento, tal profundidad de conexión.

Aun así lo había sentido claramente, en las caricias de ambos, en los ojos de él, lo había sentido crecer en su interior, apremiándola. Lo había oído en sus respiraciones entrecortadas.

Se habían fusionado física y emocionalmente, uniéndose de un modo que era innegable y a la vez inquebrantable.

Y, desde luego, no podía lamentarlo. Saber que había vivido para experimentar tal dicha la hizo alegrarse de la decisión de acudir a su dormitorio.

Pero después de haberlo tocado, después de haberlo conocido íntimamente, y causado que todo lo demás floreciera, retoñara y se convirtiera en una fuerza real, estable e inquebrantable, que Rose estaba bastante segura iba a continuar viviendo en ellos dos, una fuente de fuerza interior y, sin duda, superior a cualquier cosa que hubiera podido soñar...

No iba a dejar que eso, o él, se marchara.

Él y esa maravilla eran demasiado preciosos.

Instintivamente, apretó los brazos con más fuerza en torno a su cuerpo, como si quisiera aferrarse a él.

Thomas se giró y ella se dio cuenta de que no estaba durmiendo.

Rose lo sintió inclinar la cabeza para mirarla. Abrió los ojos y, entre las negras sombras de la noche, sus miradas se fundieron.

—¿De quién son Homer y Pippin? —preguntó él tras mirarla unos segundos.

—¿Cómo...? —Rose parpadeó, intentó fruncir el ceño y descubrió la expresión inmóvil—. Ah, claro —sus mejillas comenzaron a arder, pero se obligó a mirarlo a los ojos—. Dada mi edad, pensé que no resultaría tan obvio.

—¿El hecho de que fueras virgen? —Thomas enarcó las cejas lentamente. Al ver que ella apretaba los labios en un gesto de advertencia, soltó un bufido—. Resultó bastante obvio —hizo una pausa, mirándola de nuevo a los ojos—. Y ya que hemos llegado tan lejos con nuestras revelaciones, creo que ha llegado la hora de que me confíes el resto.

Rose le sostuvo la mirada y esperó a que su habitual furioso sentido de protección entrara en acción y lo dejara a él fuera, pero, en su lugar, descubrió que estaba de acuerdo con él. Thomas había protegido y cuidado de los niños en incontables ocasiones, y de muchas maneras, algunas no tan evidentes, y el día anterior había mentido descaradamente para protegerlos. Le importaban, de eso no le cabía ninguna duda. Y ella le había confiado, lo había demostrado esa misma noche, su cuerpo. Y, aunque él no lo supiera, ya le había confiado su corazón también.

—De acuerdo.

Hizo una pausa y Thomas aguardó.

Rose se tumbó de espaldas para acomodarse y comenzó a hablar.

—Son los hijos de mi madre y de mi padrastro —levantó la vista y lo miró a los ojos—. Mi madre y mi padrastro están muertos, asesinados, aunque dudo que haya mucha gente al corriente de ese último detalle.

Thomas prácticamente dejó de respirar.

—Empieza por el principio. ¿Cuál es tu verdadero nombre, quiénes fueron tus padres, y dónde naciste? ¿Cuándo volvió a casarse tu madre?

—Mi nombre completo —Rose suspiró, pero accedió a darle la información— es Rosalind

Mary Heffernan. Mis padres fueron Gareth y Corinne. Mi padre era de noble cuna, y mi madre también. Yo fui su única hija, y vivíamos felices en nuestra casa de Ashby Folville, en Leicestershire, hasta que mi padre murió inesperadamente de unas fiebres cuando yo tenía quince años. Mi madre lo lloró, pero aún era joven. Cuatro años más tarde volvió a enamorarse, y se casó con Robert Percival, vizconde de Seddington, de Seddington Grange, en Lincolnshire. A mí me gustaba Robert, y yo a él. Los tres nos llevábamos bien —ella hizo una pausa—. En ese aspecto no hay mucho más que decir.

—Has mencionado tu edad, dando a entender que eres mayor. ¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve —el suspiro fue más evidente—. Y, antes de que lo preguntes, sí, me pasearon por todos los salones de baile, como la hijastra del vizconde de Seddington, pero pronto aprendí que mi nacimiento, noble más que aristócrata, significaba que, en ese círculo social, mis posibles pretendientes me veían simplemente como un instrumento a través del cual garantizarse unos ingresos, además de una conexión con los Percival. Y no me gustó.

Rose no añadió nada más al respecto. Aceptando que esa parte de la conversación había concluido, Thomas pasó a la siguiente cuestión.

—¿Por qué crees que tu madre y tu padrastro fueron asesinados?

La mirada de Rose se perdió, parecía estar concentrada en algún punto lejano.

—Robert era un navegante entusiasta y ese día se había llevado a mamá a Grimsby. Mamá no era fuerte. El nacimiento de William había afectado a su salud, y el de Alice la empeoró. Robert hacía todo lo que podía por animarla, y a menudo la llevaba a dar un paseo. Por eso a nadie le sorprendió que fueran a Grimsby y, dado que Robert tenía allí anclado su yate, tampoco resultó extraño que saliera a navegar. Sin embargo —Rose miró fugazmente a Thomas—, que mamá también saliera a navegar sí lo era. Mamá sufría terriblemente de mal de mar. Apenas era capaz de poner un pie en un barco sin ponerse malísima. En cuanto me enteré de que habían sido hallados, ahogados, atrapados en las velas, en el yate que había zozobrado, supe que había algo raro, pero... con la impresión, la pena y el dolor, y los niños a los que debía consolar, no tuve tiempo de reflexionar largo y tendido sobre ello, mucho menos hacer preguntas y, aunque las hubiera hecho, sin mi madre y Robert allí, nadie me habría hecho caso. Habrían pensado que era producto de la histeria provocada por el dolor.

Thomas no dijo nada, esperando a que Rose continuara.

—Pero la noche del funeral, después de que William hubiese sido declarado pupilo del hermano de mi padrastro, Richard Percival, oí una conversación entre Richard y uno de sus secuaces. Le estaba relatando cómo había envenenado a mi madre y a mi padrastro, y luego lo había dispuesto todo para que pareciera que habían muerto en el accidente del yate —ella respiró hondo antes de continuar—. Siendo el hermano de Robert, su único hermano, Richard es el heredero de William. Y oí a Richard afirmar que su intención era matar también a William, para que no pudiera heredar las tierras.

Thomas percibió la tensión en Rose, que tragó nerviosamente.

—En la casa no había nadie, nadie a quien yo pudiera recurrir, nadie que me prestara atención, que no fuera a Richard con el cuento, nadie que no recurriera a él. Sus palabras habían dejado claro que no estaba dispuesto a esperar, que su intención era... atacar a William lo antes posible. Y por eso hui. Subí a la planta de arriba, vestí a los niños... William tenía cinco años y Alice solo dos, y me los llevé. Tuve que hacerlo para salvar a William. Y, en última instancia, a Alice también, pues sé que su dote es elevada.

—¿Y tú qué? —la mente de Thomas estaba asimilando los hechos, encajando cada pieza del

rompecabezas en su lugar.

—Mi padre era rico, yo dispongo de mi propio dinero, pero con Richard buscándonos, no podía arriesgarme a tocar mis fondos. El negocio familiar en ese aspecto está gestionado por un abogado, un tal señor Foley, de Londres, y no me cabe la menor duda de que se pondrá de parte de Richard. Dadas las circunstancias, habría resultado sorprendente que no lo hiciera.

—William y Alice... ¿Homer y Pippin?

Ella asintió.

—William Randolph Percival, cuarto vizconde de Seddington, de Seddington Grange, cerca de Market Rasen, y Alice Eileen Percival. Comprendí que iba a tener que mantenerlos ocultos durante un tiempo, al menos hasta que William sea lo bastante mayor para comprender los peligros a los que se enfrenta y pueda cuidar de sí mismo, hasta que sepa rodearse de personas que lo protejan. Sabía que Richard no nos dejaría vivir, y que nos haría buscar, por eso les pregunté a William y a Alice qué nombres les gustaría usar. William eligió el de su héroe del momento, Homero, y Alice... bueno, era muy pequeña, pero adoraba las manzanas, y ya había aprendido la palabra «*pippin*», que era su palabra favorita en ese momento, de modo que la eligió como nombre.

Thomas reflexionó sobre lo que ella le había contado, sobre sus ramificaciones.

—Los hombres que vinieron ayer dijeron que erais todos de Leicestershire, Seddington Grange está en Lincolnshire.

—Richard sin duda supuso que regresaría a casa —Rose asintió— o al menos a la zona que mejor conocía, cerca de donde nací, donde está la casa de mi padre, en Leicestershire.

—Pero tú eres demasiado lista para hacer algo así —Thomas la observó detenidamente.

—Sabía que allí sería donde empezaría a buscar —un simulacro de sonrisa afloró a los labios de Rose—, allí y en la carretera de Londres, y por eso me dirigí al oeste. La primera noche a Doncaster, luego a Manchester, y poco después a Chester. Tenía algo de dinero y pude pagar el alojamiento, pero sabía que al final íbamos a tener que detenernos y que el dinero se agotaría, de manera que empecé a buscar trabajo, un trabajo adecuado que me ayudara a tener a los niños conmigo todo el rato. Desde Chester me dirigí al sur, evitando en la medida de lo posible las ciudades grandes. Me llevó meses, pero al final llegamos a la costa sur, a Porthleven. Para entonces solo me quedaban unos pocos chelines y empezaba a desesperarme. Sin embargo, era día de mercado y me tropecé con Elsie, la hermana de la señora Gattling. Yo estaba preguntando si había trabajo, ella me oyó y me dijo que sabía que su hermana y su esposo necesitaban ayuda en una mansión.

Rose respiró hondo antes de continuar.

—Fue nuestro mayor golpe de suerte. Elsie me explicó cómo llegar a la mansión y vine caminando con los niños. En cuanto vi la casa... —volvió a suspirar—. Era perfecta. Aislada, aunque cómoda. Habría hecho cualquier cosa por quedarme aquí con William y Alice... y los Gattling se erigieron como nuestros salvadores, y parecía que habíamos encontrado nuestro hogar temporal.

Thomas la abrazó con más fuerza y apoyó una mejilla contra su cabeza.

—Cuando vi la mansión por primera vez, sentí lo mismo que tú, en cuanto posé la mirada sobre ella. Mi intención no era comprar una casa en absoluto, pero la compré siguiendo un impulso, en ese mismo instante —¿y si no lo hubiese hecho? ¿Y si se hubiese resistido a ese extraño impulso hacía años?

Roland había acertado. El destino, o Dios, o lo que fuera, actuaba de maneras asombrosas.



Y, si necesitaba que le convencieran más de que liberar a Rose y a los niños de la amenaza de Richard Percival era su tarea predestinada, la penitencia última por la que había salvado la vida, esa singular tarea que solo él podría llevar a cabo, Rose, con su relato, se lo había confirmado.

Y en cuanto a la duda de si amarla formaba parte de la penitencia... se había permitido a sí mismo caer, rendirse inintencionadamente al amor y, como recompensa, ella le había confiado su historia, le había confiado su vida y la de los niños.

Todo parecía encajar, una obra perfectamente ensamblada por la mano del destino.

—Y eso fue lo que nos trajo hasta aquí —Rose se volvió y lo miró.

«¿Y tú qué?». Ella no pronunció palabra alguna, pero Thomas leyó la pregunta en su mirada.

Él dudó, pero debía honrar la confianza que ella había depositado en él. Debía responderle con la misma confianza.

—Antes... yo era otra persona.

—Cuéntamelo —Rose enarcó las cejas y, tras observarlo detenidamente, se giró para mirarlo de frente.

Y lo hizo. Todo. Le habló del pasado de su anterior vida, del catálogo completo de los pecados cometidos contra otros, de sus transgresiones. De su arrogancia y orgullo, de cómo al final se había dado cuenta del demonio en que se había convertido. Y de su caída... y de la moratoria que le había concedido el destino.

—Fue... como si despertara de repente y, por primera vez, mis ojos estuvieran verdaderamente abiertos. Como si fueran verdaderamente capaces de ver, quizás porque me sentía cercano a esa pareja, me veía en él, o más bien lo veía a él como el hombre que yo podría haber sido, y así pude apreciar sus reacciones y, a través de sus ojos, fui capaz de verme a mí mismo, la clase de hombre que, aunque sin intención de ello, había causado las acciones que había puesto en marcha... Ellos me ayudaron a verme como era, en lo que me había convertido. Y en cuanto lo vi... supe que solo podría hacer lo correcto, dentro de mis capacidades —Thomas hizo una pausa antes de añadir con más calma—: No podía seguir como hasta entonces.

Se hizo un profundo silencio. Rose no se movió, ni presionó. Al final él respiró hondo y continuó con su relato. Y porque ella lo conocía como Thomas Glendower, un hombre que había pasado los cuatro últimos años en un monasterio, había empezado por ahí y le había contado su historia más o menos hacia atrás. Como si estuviese deshaciendo una larga madeja de lana, recorriendo su vida hacia atrás.

No omitió nada que tuviera importancia, pero, gracias al tiempo pasado en el monasterio, había aprendido que existía el pecado del autovanagloriarse. Por tanto se ciñó a la verdad y no hizo que su historia le hiciera parecer peor de lo que había sido, no fingió haber sido más importante de lo que había sido, y se aseguró de que Rose comprendiera que nunca había matado a nadie por su propia mano. De hecho, nunca había tenido la intención de que muriera nadie.

—Nunca he sido capaz de distinguir instintivamente el bien del mal, como hace la mayoría de la gente. Supongo que podría decirse que nunca he recibido el... marco adecuado. Eso, sospecho, fue por culpa de mi tutor, estuve bajo su protección desde que mis padres murieron cuando yo tenía seis años. Él, mi tutor, me enseñó que todo lo que quería tener... tenía derecho a tenerlo, y que resultaba totalmente aceptable hacer lo que fuera para conseguirlo. Eso hacía él, así vivió su vida.

—¿Qué le sucedió?

—Fue declarado culpable de crímenes horrendos y se mató de un tiro en la cabeza —Thomas hizo una pausa antes de continuar—. Pero, aun así, incluso bajo su influencia, yo no sabía, aunque

sí sospechaba, que mi manera de disponerlo todo para que todas las cosas resultaran tal y como yo las quería no era... exactamente cómo debería vivirse la vida. No era del todo aceptable moral o socialmente. Una vieja dama vio en mi interior y supo cómo era yo de verdad, ella había conocido a mis padres, y tenía una mejor visión de mis propensiones. Ella me advirtió, pero yo creía saberlo todo e ignoré sus palabras, palabras sabias que debería haber aceptado, pero que no acepté.

Desde esa primera época, Thomas regresó en el tiempo para narrar el nacimiento de Thomas Glendower. Para no omitir nada, le habló también de sus inversiones, enumerando todos los fondos y fundaciones que había creado y que administraba activamente, de cómo utilizaba sus talentos innatos para restituir todo lo que pudiera.

Contárselo todo le supuso una inesperada catarsis. Nunca había relatado su vida completa a nadie, pero confiar en la misericordia de Rose le pareció lo correcto.

Al final del extenso relato, ella lo contempló durante varios segundos.

—Pues desde luego ya no eres ese otro hombre —fue su única afirmación.

Había recibido la absolución, preciada y de una clase con la que jamás habría soñado.

Thomas cerró los ojos durante unos instantes antes de volver a abrirlos. Tenía más preguntas sobre el estado presente de ella y los niños, pero podrían esperar hasta el día siguiente. De momento ya tenía bastantes cosas que asimilar, que digerir y que considerar, pero...

—Espero que ahora que conoces mi historia, comprendas lo importante que es para mí ayudaros a ti y a los niños —le aseguró mientras la miraba a los ojos—, que comprendas por qué es imprescindible que te ayude a hacer frente a la amenaza contra la vida de William.

«Ayudaros a ti y a los niños es mi destino. Por favor no me niegues la salvación».

Rose lo miró a los ojos y comprendió que lo veía todo, todo lo que él era, hasta su alma. Y asintió, instintivamente al principio, pero con más firmeza después.

—Sí. Lo entiendo.

Mucho más de lo que hasta entonces había entendido a ese hombre tan complejo.

Thomas no era ningún santo, y nunca había pretendido serlo. Era quien era, y ese era el hombre junto al que ella se veía caminando en el futuro.

—De acuerdo —Rose asintió. Se acomodó de nuevo, acurrucándose más en el abrazo—. Mañana lo hablamos más, pero el resto de la noche —lo miró y alargó una mano para acariciarle el lado afectado de la cara. Desde que había averiguado el origen de esas cicatrices, de repente habían adquirido una belleza propia. Estirándose le rozó los labios con los suyos en un beso absolutamente tierno—. Durante lo que quede de noche, déjame dormir en tus brazos.

Thomas la miró mientras ella se acomodada, la vio cerrar los ojos.

Sintió que su corazón se inflamaba.

Y cerrando él también los ojos, se rindió... al destino, a ella, al calor que esa mujer había llevado a su fría vida.

A la promesa de la absolución.

## Capítulo 7

Thomas se obligó a sí mismo a realizar su habitual trabajo matutino, recordándose que había otras personas, aparte de Rose y los niños, que también tenían derecho al fruto de sus inversiones.

Se habían despertado temprano y él se había apresurado durante el desayuno. A las diez de la mañana ya estaba ordenando sus papeles. Tras dedicarle un rato a Homer... William, nombre que le encajaba mejor, y asegurarse de que el muchacho dispusiera de una cantidad suficiente de ejercicios de Aritmética para mantenerse ocupado, Thomas fue en busca de Rose.

Rosalind, aunque para él siempre sería Rose.

La encontró en la cocina, y la convenció para que regresara con él a la biblioteca.

De nuevo había temido cierto grado de incomodidad, al menos de timidez, resultado de la intimidad compartida, pero, de nuevo, no sucedió. Él la miró y ella clavó su mirada en sus ojos, devolviéndole la mirada con su habitualmente tranquila franqueza y... fueron uno. Completamente abiertos y seguros el uno del otro, como si al conocerse físicamente hubieran, de algún modo, llegado a conocerse en un sentido mucho más profundo.

Lo que hacía que avanzar resultara muy sencillo.

Thomas señaló una silla que había colocado frente a su escritorio, rodeándolo dejó el bastón apoyado contra la mesa y se sentó en el sillón almirante.

—Debemos evaluar nuestras opciones y decidir nuestro mejor camino.

Rose reprimió una sonrisa ante su frase en plural. Suponía la confirmación de su compromiso, y una afirmación de intenciones. Acercó la silla a la mesa y asintió.

—Esos hombres... aunque ellos no vuelvan, otros lo harán con el tiempo.

—En efecto —Thomas colocó una hoja de papel sobre el secante y tomó un lápiz—. Pero dado que no lo han hecho de manera inmediata, y dado lo que les dije, junto con el hecho de que muy pocas personas de por aquí te conocen, o conocen a los niños bien, sospecho que disponemos de unos pocos días, quizás incluso semanas, antes de que alguien regrese —la miró a los ojos—. En una situación como esta, lo mejor que podemos hacer para mejorar nuestra posición es conocer lo mejor posible al oponente, a nuestros enemigos. Y el primer paso será hacer una lista con todas las preguntas que se nos ocurran, de las cosas que necesitamos saber sobre ellos para, en primer lugar, evitarlos y, en segundo lugar, actuar en contra y anular la amenaza que suponen.

—En este caso —Rose se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre la mesa—, todas esas personas se reducen a una sola: Richard Percival.

—¿Qué puedes contarme sobre él? —Thomas asintió y anotó su nombre.

—No tanto como me gustaría —ella frunció el ceño—, mi madre y mi padrastro no lo animaban a venir de visita.

—¿No les gustaba?

—En su momento no pensé mucho en ello —Rose enarcó las cejas—, pero sí, eso debía de ser,

aunque yo siempre achacaba ese destierro a su fama de tarambana. Era un mujeriego, un tahúr, no la clase de caballero a la que uno animaría a pasar tiempo con una joven dama. Sobre todo si esa dama poseía una dote muy elevada —concluyó secamente.

—¿Entonces le hace falta dinero?

—Creo que todo el mundo estaría de acuerdo en eso —contestó ella tras reflexionar y dibujar una mueca—, aunque en realidad no conozco su situación financiera. Por ejemplo, nunca le he oído pedir, ni he oído a nadie hablar de que le hubiera pedido, dinero a Robert —hizo una pausa antes de continuar—. Por supuesto que podría haberse dado el caso sin que yo me hubiese enterado.

Thomas se reclinó en el asiento, la mirada fija en lo que había escrito.

Rose lo observó reflexionar y, por primera vez desde que hubiera huido de Seddington Grange en una noche oscura de Lincolnshire azotada por el viento, sintió esperanzas, verdaderas y sólidas. Esperanzas de que podría ver a William libre de amenazas, verlo instalado en la posición de su padre como cuarto vizconde de Seddington.

Le había prometido a su madre cuidar de los niños. Tenía veintidós años cuando nació William y, con una madre tan enfermiza tras el parto, Rose había dado un paso al frente convirtiéndose, de facto, en la madre del niño. Y con Alice había sucedido prácticamente lo mismo. Rose adoraba a los dos niños. Y el juramento hecho a su madre había fortalecido ese sentimiento. William y Alice eran lo único que le quedaba de su madre, y de Robert Percival, un hombre al que admiraba y que había abierto su corazón a la hija del primer matrimonio de su esposa.

Thomas se removió en el asiento y la miró a los ojos.

—¿Estabas presente en la lectura del testamento de tu padrastro? —cuando ella asintió, formuló la siguiente pregunta—. ¿Richard Percival fue declarado el tutor único de William?

—Sí... no —ella parpadeó—. Espera —tras unos segundos, dejó escapar el aire, cerró los ojos y permitió que su mente regresara a ese momento, a la reunión formal celebrada en la biblioteca después del funeral—, el abogado, el señor Foley —habló por fin, sin abrir los ojos— estaba de pie junto al escritorio y leyó el testamento... Richard fue nombrado el tutor «principal» —frunció el ceño—. Eso lo recuerdo bien, pero no recuerdo lo demás, lo que siguió a continuación, porque William tironeó de mi manga y yo me volví hacia él. Quería saber qué significaba la palabra, «tutor» —intentó recordar más, pero al final sacudió la cabeza y abrió los ojos—. No sé qué se entendió por «principal», porque no oí el resto de la lectura de esa cláusula.

—De acuerdo —Thomas hizo una mueca y se echó hacia delante—. Se me ocurren dos preguntas importantes, las dos primeras para las que necesitamos respuesta —dejó el lápiz y la miró a los ojos—. Pero incluso en eso debemos mostrarnos muy precavidos. De momento, nadie relacionado con Richard Percival tiene una idea clara de dónde estás y, según los dos que vinieron aquí, lo mejor que tienen es «posiblemente en Cornwall». Pero aunque yo pudiese, y lo haré, hacer las indagaciones a través de agencias que no estén conectadas de ninguna manera contigo, si Richard Percival descubre que alguien está haciendo esa clase de preguntas... bueno, si yo fuera él, sabría cómo seguir el rastro de las preguntas hasta quien las estuviera formulando. Hasta mí, aquí. Hasta ti y los niños.

—Estás diciendo que hay un riesgo incluso en intentar obtener la información que necesitamos para poder actuar contra Richard Percival.

Thomas asintió.

—Corrígeme si me equivoco —Rose reflexionó durante unos segundos—, pero, si no hacemos nada, si no nos esforzamos por contraatacar a Richard, entonces los niños estarán potencialmente,

al final, en un peligro aún mayor. Dado que Richard es el tutor de William y, presumiblemente, también el de Alice, en cuanto los encuentre, yo no podré hacer nada por mantenerlo apartado de ellos. Podrá llevárselos a donde quiera. Yo no podré estar con ellos, no podré protegerlos contra lo que él tenga pensado hacerles.

Thomas no contestó, pero le devolvió la mirada con firmeza.

Rose asintió, comprendiendo.

—Anota nuestras dos primeras preguntas, necesitamos empezar ya si queremos liberar a William de la amenaza de Richard Percival.

Ella lo vio inclinar la cabeza y anotar dos líneas de investigación.

—Por cierto —añadió—, ¿cuáles son esas dos preguntas tan fundamentales?

Thomas no levantó la vista, pero sus labios se curvaron.

—La primera, y más urgente, es si el reloj oficial ya está marcando la presumible muerte de William. Saber si alguien ya ha solicitado que sea declarado muerto, para que se ejecute el testamento. Si es el caso, confirmaría que alguien, seguramente Richard Percival, quiere heredar, que ese hecho es un factor clave en todo esto —hizo una pausa—. Tú huiste con William hace más de cuatro años, de modo que es posible que queden menos de tres para poder actuar. Sin embargo, el tiempo no es el problema, sino el hecho de que la petición oficial haya sido presentada, y quién la ha presentado. Para nosotros es fundamental saber eso para poder entender lo que está sucediendo.

Thomas se reclinó en la silla y repasó lo que había escrito mientras daba golpecitos sobre el papel con el lápiz.

—Nuestra segunda pregunta buscará la confirmación de exactamente quiénes son los tutores de William. «Tutor principal», sugiere que tu padrastro fue lo bastante sabio como para limitar los derechos de su hermano sobre el niño, porque quizás no se atrevió a tomar una decisión tan drástica, y potencialmente pública, que excluiría a Richard de una tutoría que toda la sociedad esperaría que recayese sobre él.

Thomas la miró a los ojos.

—¿Te parecería propio de tu padrastro? ¿Le crees capaz de intentar hacer lo mejor para sus hijos, pero, al mismo tiempo, evitar una declaración demasiado abierta de desconfianza hacia su hermano?

—Sí —Rose asintió—, Robert habría pensado de esa manera. Era muy consciente del honor de la familia, por así decirlo.

Thomas inclinó la cabeza y siguió escribiendo, tomando notas para las cartas que posteriormente iba a escribir y enviar.

—Si hay alguien más asignado como cotutor, un segundo tutor, al menos... ¿quién podría ser?

Rose reflexionó antes de hacer una mueca.

—El único miembro de la familia que se me ocurre es el tío de Robert, Marmaduke Percival, pero, como bien supondrás, ya no es joven y, que yo sepa, nunca ha mostrado el menor interés por los niños. En cuanto a alguien más... aunque no conozco bien a la familia Percival, conocí a todos los que asistieron a la boda de mamá y Robert y, por supuesto, a todos los que vinieron al funeral, pero son primos lejanos, la mayoría de ellos también mayores. Ninguno cercano.

—Con tu permiso —Thomas dejó de escribir y miró a Rose—, también intentaré averiguar si hay algún indicio de que los bienes de William hayan sido saqueados.

—¿Podría suceder? —ella parpadeó—. Yo había supuesto que todo permanecería intacto.

—Debería, pero... un tutor, o en ese caso, los dos tutores, podrían intentar aligerar los gastos

generados por la administración de los bienes de William en su ausencia —él se encogió de hombros—. O algo así. No es difícil inventarse una excusa que parezca creíble y, dependiendo del abogado, ese señor Foley en quien no confías, el patrimonio puede estar siendo ya esquilado.

—Nunca se me ocurrió... —Rose parecía ligeramente conmocionada, aunque su expresión rápidamente se calmó—. ¿Podemos detenerlo?

—Solo restituyendo a William a su lugar —Thomas volvió a mirarla a los ojos.

Rose le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de señalar las notas con una mano.

—En ese caso, ponte a escribir.

Thomas sonrió tímidamente, pero la expresión se borró al contemplar lo que había escrito. Tomó una nueva hoja de papel y cambió el lápiz por una pluma.

—Voy a escribirle a mi asesor financiero y, también, a mi abogado. Ambos son muy buenos, y están acostumbrados a responder a mis preguntas con absoluta discreción. Saben cómo evitar levantar sospechas al intentar obtener respuestas —consultó el reloj y luego miró a Rose—. Voy a escribir las cartas ahora mismo, y después de comer las llevaré a Helston y las echaré al correo. Llegarán a Londres mañana. Luego... ya veremos.

Rose asintió y se puso en pie.

Hizo una pausa y fijó la mirada en la cabeza rubia oscura de Thomas. La palabra «gracias», surgió en su mente, pero... una gratitud de esa clase lo apartaría de ella y los niños, y no era eso lo que deseaba que sucediera.

Estaban trabajando juntos, y él era parte de ellos.

Sintiéndose más animada de lo que se había sentido desde que hubiera recibido la noticia de la muerte de su madre y su padrastro, se dio media vuelta y dejó a Thomas ocupado en su tarea.

—¿Y bien? —exigió saber Richard Percival.

—Hemos encontrado algunas posibilidades —contestó Curtis con calma—, más de dos. Necesitamos a alguien capaz de identificarlos, por lo menos a ella y, si es posible, al chico —observó la expresión ansiosa asomar al rostro de su cliente—. ¿Puede enviarnos a alguien, sin olvidar que ese alguien debe actuar con la máxima discreción?

—Pues lo cierto es que sí —Richard Percival lo miró a los ojos—. El mayordomo de mi hermano. Aunque no necesito de sus servicios, lo mantengo como empleado. Él, desde luego, será capaz de reconocerla a pesar de los años transcurridos, y también debería reconocer al niño, a primera vista.

—Excelente —Curtis sintió activarse su instinto, como le sucedía siempre que se acercaba al final de una caza. Y esa caza había resultado ser inesperadamente larga y compleja. Su presa, al parecer, tenía más cerebro del que habían sospechado. Miró a Percival, y decidió romper su costumbre de nunca animar a un cliente hasta que tuviera a la presa en el saco. Pero ese hombre había aguantado mucho más de lo que él había esperado—. No quiero que se ilusione, pero esto empieza a tener buen aspecto. Creo que estamos llegando al final de la carrera, que estamos cerrando el cerco.

—Por Dios que eso espero —Richard Percival lo miró a los ojos, su rostro reflejaba una poderosa mezcla de emociones. Algo parecido a una rabia contenida le coloreó la piel—. No sé durante cuánto tiempo más voy a poder mantener a los buitres a raya.

Pasaron diez días antes de que Thomas recibiera respuesta a la primera tanda de cartas que había enviado. Le llegó de la mano del mozo al que había contratado para llevarle el correo cada tarde desde Helston.

Tomó las cartas de manos del chico en la puerta de entrada, le entregó su habitual moneda, y luego lo vio partir antes de volverse al interior de la casa. Al cerrar la puerta vio a Rose, que había salido de la cocina, secándose las manos con el delantal. Permaneció de pie al final del pasillo, observando, esperando.

Tomas miró hacia la puerta abierta del comedor. Homer —por cuestión de seguridad, Thomas y Rose habían acordado que William siguiera utilizando ese nombre— estaba leyendo sentado a la mesa.

Haciéndole un gesto a Rose con la mano, señalando la biblioteca, Thomas se dirigió pasillo abajo y la siguió al interior de la estancia, tras lo cual cerró la puerta.

—¿Son respuestas? —ella se volvió con la mirada clavada en las cartas que él sostenía en la mano.

—Eso parece —Thomas se dirigió al escritorio, apoyó el bastón contra el borde delantero, examinó las cartas y, tras dejar la de Drayton, su agente desde hacía años, abrió la de Marwell—. Esta es de mi abogado —desplegando la hoja, la leyó por encima antes de pasársela a Rose. Mientras ella leía, él le hizo un resumen—. William fue declarado desaparecido y dado por muerto al poco de su desaparición. Por lo que Marwell ha podido averiguar, antes de que se cumpliera un mes. De modo que, en efecto, Percival quiere la herencia lo antes posible.

Rose terminó de leer la carta y levantó la vista.

—Pero no podrá conseguirla hasta que William sea declarado oficialmente muerto, y eso no sucederá hasta que pasen siete años —ella frunció el ceño—. Es así, ¿verdad? recuerdo el caso de un soldado que desapareció durante la guerra, y su familia tuvo que esperar siete años.

Thomas asintió y, relajándose, se sentó en el borde del escritorio.

—Así es, a grandes rasgos, pero eso no quiere decir que Richard Percival no sienta la necesidad de encontrar a William para asegurarse de que no salga vivo de esta. En cualquier caso, o bien hace eso o, tras la reaparición de William, la herencia pasará al niño —Thomas hizo una pausa, le sostuvo la mirada a Rose y continuó—. Sin embargo, más concretamente, e independientemente de la regla de los siete años, si Richard Percival necesita dinero, podría querer asegurarse de que el cadáver del niño fuera encontrado lo antes posible, para así lograr acceso inmediato a la herencia.

Rose ni se inmutó ante las dolorosas palabras, no necesitaba que nadie la protegiera de la realidad. Volvió a contemplar la carta.

—Tu abogado, el señor Marwell, dice que Marmaduke Percival es el cotutor junto con Richard —ella hizo una mueca—. Dudo que acudir a Marmaduke sirva de algo. No se puede decir que sea especialmente sagaz, y Richard posee una personalidad mucho más fuerte. Marmaduke podrá ser un bravucón, pero jamás podría salir victorioso contra Richard.

La última línea de la carta la hizo suspirar.

—Y Foley sigue siendo el abogado de la familia, lo que significa que sigue controlando mis asuntos también.

—¿Hay algo concreto detrás de tu desconfianza hacia Foley, o es solo una sensación? —preguntó él tras observarla atentamente.

—Debo admitir que no es más que una sensación —Rose hizo una mueca—, a fin de cuentas he tenido muy poco trato con él. Pero es un tipo muy rígido y conservador, y le creo capaz de

cualquier cosa para proteger de un escándalo el buen nombre de la familia, y a Richard le creo aún más capaz de ser lo bastante listo como para utilizar una lealtad tan inquebrantable en su propio beneficio.

Thomas reflexionó durante unos segundos antes de tomar la segunda carta y romper el sello. Tras ojear su contenido, se la resumió a Rose.

—Drayton, mi agente, dice que, hasta donde ha podido averiguar, no existe ninguna prueba ni nada que sugiera que los fondos de la herencia hayan sido robados.

—Seguramente el hecho de que Marmaduke sea cotutor ha obligado a Richard a tomar precauciones a la hora de esquilmar la herencia.

Thomas no discutió. Recuperando la carta que Rose tenía en la mano, se levantó de la esquina y rodeó el escritorio.

—Escribiré de nuevo —consultó la hora mientras se sentaba—, y mañana llevaré las cartas a Helston —acomodándose, tomó una hoja de papel en blanco.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —Rose se hundió en la silla frente al escritorio.

—Primero daré instrucciones a Drayton para que empiece a investigar las finanzas de Richard Percival —Thomas levantó la mirada y la posó en los ojos de Rose—. Necesitamos alguna pista más concreta sobre el motivo por el que Richard habría matado a su hermano y a su esposa, antes de salir en persecución de William. Necesitamos saber, y ser capaces de demostrar, por qué necesita heredarlo todo —sus miradas se fundieron y él dudó antes de bajar el tono de voz—. También voy a pedirle a Marwell que compruebe la reputación de Foley.

—Tengo que organizar la cena —Rose enarcó las cejas antes de asentir y levantarse de la silla —, te dejo con ello.

Thomas la siguió con la mirada mientras ella salía de la biblioteca y luego volvió a tomar la carta de Marwell. La abrió y volvió a leer la referencia del abogado a Foley. Rose no se fiaba de Foley, pero, tras leer entre líneas las observaciones de Marwell, llamándole la atención el que un abogado de la excelencia del suyo no le hubiese intentado advertir contra él, Thomas sospechó que Marwell veía a su colega de una manera distinta a como lo veía Rose. Merecía la pena comprobar cuál de los dos puntos de vista era el correcto. Si lo había entendido bien, Rose solo había visto a Foley unas cuantas veces, la última cuando ella contaba veinticinco años, y siempre en presencia de otros varones de su familia. Foley, si de verdad era tan conservador como ella lo había dibujado, la habría ignorado por completo, o al menos lo habría intentado. Y eso podría explicar la opinión tan negativa que Rose tenía de él.

En cualquier caso, siendo abogado de William, Foley era un actor fundamental en la trama, y Thomas prefería saber todo lo que pudiera sobre todos los actores antes de mover ficha contra ellos.

Tomó la pluma y la mojó en el tintero antes de disponerse a escribir.

A la mañana siguiente, Thomas cabalgó hasta Helston con las cartas en el bolsillo, listas para ser enviadas por correo. Eran casi las once de la mañana cuando llegó a la ciudad. Dejó que Silver lo llevara por la larga y empinada cuesta de la calle Coinagehall, y luego giró para pasar bajo el arco de la cuadra del hotel Angel. Tras dejar el caballo al cuidado de los mozos de cuadra, que ya lo consideraban un cliente habitual, salió a la calle y se dirigió a la oficina de correos, situada a unos metros en la acera opuesta.

Un grupo de hombres, claramente investigadores, hacían corrillo fuera de la oficina de correos.



Sin alterar su renqueante marcha, Thomas se dirigió hacia la entrada principal del hotel Angel, comportándose como si esa hubiese sido su meta desde el principio. Al llegar al porche volvió a mirar hacia el corrillo al otro lado de la calle. Al menos diez agentes se arremolinaban alrededor de otro hombre, que iba vestido de manera totalmente distinta, y que tenía un porte también distinto. Volviéndose, Thomas recorrió con la mirada el alargado porche y vio a dos de los hombres más mayores, que solían acomodarse allí para pasar el día. La pareja ya estaba bebiendo sendas pintas mientras observaban la actividad al otro lado de la calle.

Apoyándose en el bastón, Thomas se acercó a ellos.

Los dos lo reconocieron de inmediato y asintieron a modo de saludo. Thomas tenía la costumbre de charlar ocasionalmente con los locales cada vez que iba a la ciudad, una vieja costumbre, pero que siempre le resultaba de gran utilidad.

Les correspondió con otra inclinación de cabeza y se detuvo en un lugar desde el que no interrumpiría la vista que tenían los otros dos de la reunión al otro lado de la calle. Apoyándose contra barandilla del porche, se unió a la silenciosa contemplación durante varios segundos, antes de señalar a los agentes con la cabeza.

—¿Saben de qué va todo esto?

—Al parecer han vuelto para seguir buscando a una muchacha y sus dos hijos —contestó uno de los hombres—. Hace una semana o así vino una pareja haciendo preguntas, pero se fueron con las manos vacías. Y esta mañana ha llegado este grupo y, según Fred, han traído a ese tipo con ellos para identificar a la dama y su hijo.

—Debe de haber robado algo muy valioso para que algún señor gaste tanto dinero —Fred gruñó.

—Así es —el otro hombre asintió—. Y sea quien sea el dueño de lo robado, parece decidido a recuperarlo. Allí hay hombres suficientes para armar un buen alboroto.

Unas palabras sabias... y ante la mención del «señor», Thomas comprendió de inmediato quién debía ser «ese tipo». Observó atentamente al hombre, tranquilo y reservado, pulcro y aseado, y se aprendió de memoria cada rasgo para luego confirmar su identidad con Rose.

Los agentes parecían dispuestos a partir, pero su atención parecía dirigida hacia el este, lejos de Breage.

—¿Alguna idea de hacia dónde se dirigen? —Thomas miró fijamente a Fred.

—Les oí mencionar Lizard —Fred se encogió de hombros sin apartar la mirada del grupo—. Al parecer allí hay una mujer con niños que podría ser la que buscan. Seguramente volverán aquí, pues tienen reservadas habitaciones para esta noche en el hotel, y mañana seguirán hacia el oeste, buscando a su paso.

Thomas sopesó la conveniencia de cumplir la tarea que lo había llevado allí. Entre el grupo de la calle no veía a los agentes que habían acudido a la mansión, pero esos dos podrían muy bien estar dentro de la oficina de correos. No quería que nadie lo reconociera y recordara que su ama de llaves y los niños encajaban con la descripción de las personas que buscaban, salvo por la afirmación suya de que eran originarios de allí, nacidos y criados allí mismo.

Ya tendría tiempo de enviar las cartas.

—Tiempos interesantes —murmuró mientras se erguía y agarraba el bastón.

Tras asentir hacia sus dos informantes, que le devolvieron el saludo, caminó por el porche hasta la puerta de entrada del hotel y cruzó el bar para salir por la puerta que conducía a los establos.

Thomas regresó a la mansión a tiempo para sentarse a la mesa de la cocina y comer con Rose y los niños.

No mencionó el inquietante descubrimiento que había hecho en Helston, y no permitió que la tensión que sentía se trasluciera en su rostro o sus movimientos.

Terminada la comida, dejó a Rose recogiendo la mesa y acompañó a Homer de vuelta al comedor. Pasó unos minutos poniéndole unas sencillas traducciones del latín y, en cuanto el niño se sumió en la tarea, regresó a la cocina.

Rose estaba de pie delante del fregadero, viendo cómo Pippin jugaba con sus muñecas en el jardín trasero. Acercándose, Thomas miró por encima de su hombro. Pippin estaba sentada con las dos muñecas frente a ella, y les pasaba pequeños cuencos... ¿platos de té?

Distraídamente, posó una mano en la parte baja de la espalda de Rose.

Ella se echó hacia atrás durante unos instantes, antes de suspirar, erguirse y volverse hacia él.

—¿Qué has descubierto en Helston que aún no me has contado? —preguntó, mirándolo a los ojos con firmeza.

No había creído ser tan transparente... mirándola a los ojos titubeó antes de contestar.

—Ha llegado otro grupo de investigadores. En esta ocasión son unos doce. Se estaban preparando para dirigirse hacia Lizard Peninsula hoy mismo para echar un vistazo a unas cuantas mujeres con dos niños y que podrían encajar —Thomas le sostuvo la mirada—. Llevaban con ellos a otro hombre que, por su aspecto, debía ser un ayuda de cámara —breve y detalladamente le describió a ese hombre.

Rose contuvo despiadadamente el impulso de entrar en pánico, ni ella ni los niños podían permitírselo y, en esa ocasión, tenían a Thomas de su parte. Tomó una silla y, lentamente, se dejó caer en ella.

—Por la descripción podría ser el ayuda de cámara de Robert.

Thomas tomó otra silla y se sentó enfrente de Rose, colocando el bastón entre sus piernas.

—¿Entonces, te reconocería?

—Desde luego —ella asintió—. Y sin duda alguna a William también —tras una pausa, ella miró a Thomas—. Has dicho que hoy estaban buscando por la península. ¿Y después?

—Esta noche regresan a Helston y, suponiendo que no hayan encontrado a su presa, y sabemos que no lo harán, su intención es hacer un barrido hacia el oeste a partir de mañana.

A pesar de los intentos de Rose, el pánico le agarrotó el pecho. Contuvo el impulso de levantarse de un salto, respiró hondo y afirmó:

—Entonces debemos marcharnos de inmediato.

Miró a Thomas que, muy serio, la miró a los ojos y asintió.

—Sí, así es. Debemos ir a Londres y resolver este asunto.

Rose parpadeó ante la utilización del plural, pero no pensaba discutir por eso. Por otra parte...

—¿Londres?

Él asintió con seguridad, decidido.

—Los niños y tú no podéis seguir huyendo de esto. Cuando no tenías ayuda, sin el apoyo y los recursos de la clase que yo puedo proporcionar, tu estrategia original era buena: mantener a William alejado de la órbita de Richard Percival durante todo el tiempo posible, hasta que William alcanzara la edad suficiente para hablar por sí mismo, y tuviera la oportunidad de ser escuchado. Dada la situación inicial, era lo mejor que podías hacer, pero las circunstancias han cambiado. Ahora yo estoy implicado, y estoy mucho más capacitado para aportar la clase de recursos necesarios para atacar a Richard Percival y su plan, para dejarlo al descubierto,

incluyendo el asesinato de tu madre y tu padrastro, eliminándolo de una vez por todas como amenaza para William.

—Pareces muy seguro —observó Rose tras clavar sus ojos en los de Thomas y no ver nada más que certeza en las profundidades color avellana.

—Y lo estoy —Thomas hizo una pausa—. No te digo que vaya a ser sencillo, pero desenmascarar a Richard y liberar a William es factible. Para conseguirlo, necesitamos ir a Londres.

Dado todo lo que él le había contado de su anterior vida, Rose no vio ningún motivo para dudar de su afirmación. Aun así, titubeó, aun así se cuestionó...

—Estoy segura de que te das cuenta de todo lo que podría implicar desenmascarar a Richard —respiró hondo y se obligó a sí misma a formular la pregunta—, ¿estás seguro?

—Sí, lo estoy —contestó él sin dudar ni un segundo. Y, si no me querías en tu vida, si habías decidido mantenerme apartado de todo esto, no deberías haber venido a mi cama aquella noche.

«Ni todas las demás noches desde aquella primera». Rose no necesitaba que le aclarara lo que quería decir. Sus emociones, todas, lo que sentía por ella y los niños, se reflejaban en su mirada.

Rose se sintió a la vez humilde e impresionada.

Debía admitir que él sabía exactamente a qué peligros se exponían, seguramente mucho mejor que ella, pero había tomado una decisión y estaba decidido a llevarla a cabo. Estaba comprometido con su causa.

Decidido a ser el héroe de ella y los niños.

Rose sabía que Thomas contemplaba ese papel como una especie de penitencia final, pero, en cualquier caso, no estaba dispuesta a darle la espalda a él y todo lo que veía en él. A todo lo que él le ofrecía.

—Entonces... a Londres —lentamente, ella asintió y, levantando la cabeza miró por la ventana, confirmando que Pippin seguía jugando feliz sentada en la hierba—. Si hay rastreadores, un montón, barriendo la zona, si están entre nosotros y Londres, y ni siquiera sabemos si el grupo que viste son todos los que hay, alquilar un coche y viajar con dos niños hasta Londres... —lo miró a los ojos—. Vendrán aquí, se darán cuenta de que nos hemos marchado, supondrán que somos los que buscan y nos perseguirán. Jamás lograremos llegar a Londres antes de que nos atrapen.

Para su sorpresa, Thomas asintió, pero no parecía desanimado. Más bien al contrario.

—En efecto —contestó él casi con ilusión—. Y si yo fuera Richard Percival, o quien sea que esté dirigiendo esta caza en su nombre, situaría hombres a lo largo de la carretera a Londres, para vigilar, por si acaso los agentes de aquí se descubrieran y nos hicieran huir —sonrió en un gesto de satisfacción—. Confía en mí, sé cómo evitar esa trampa.

—¿Cómo? —perpleja, Rose frunció el ceño.

—Iremos por un camino que él no esperará que tomemos y que, por tanto, no estará vigilado —la sonrisa de Thomas se hizo más amplia mientras tomaba el bastón y se ponía en pie—, un camino por el que, aunque descubra que lo hemos tomado, no podrá alcanzarnos fácilmente.

## Capítulo 8

Abandonaron la mansión en medio de la noche.

Después de que Thomas hubiese expuesto su plan, y Rose y él hubieran perfilado los detalles, Rose había llamado a los niños para tomar la merienda, y junto con Thomas les había explicado a Homer y a Pippin lo que iban a hacer.

Por supuesto, a los niños les pareció una gran aventura.

Dedicaron el resto de la tarde y parte de la noche a cerrar la casa y después a recoger todo lo que pudieran llevar en las alforjas y bolsos de viajes adecuados para llevar a caballo. En cuanto el equipaje estuvo hecho, Rose les dio de cenar y luego envió a los niños a acostarse y dormir todo lo que pudieran.

Thomas y ella recogieron la cocina y guardaron todo. A continuación, Thomas se retiró a la biblioteca para escribir más cartas con instrucciones a su agente y su abogado, cartas que enviaría por correo al día siguiente, junto con las dos que aún no había enviado. Rose le dejó tranquilo con esa tarea mientras ella se dedicaba a recorrer la casa, comprobando ventanas, corriendo cortinas y repasando mentalmente la lista de las cosas que había que hacer antes de emprender la marcha.

A la una de la madrugada despertaron a los niños y, con los bolsos en la mano, vestidos con sus ropas de viaje, se dirigieron a los establos.

Thomas y Homer, que estaba sorprendentemente despierto tras la breve siesta, ensillaron a Silver y al poni. Rose tomó al poni, montando a horcajadas, con todas las alforjas que era capaz de llevar el animal. Thomas montó a Silver, colocando el resto de las alforjas sobre la ancha grupa del caballo, y luego sentó a Pippin delante de él mientras Homer se montaba detrás, rodeando la cintura de Thomas con sus delgados bracitos.

Las miradas de Thomas y Rose se cruzaron bajo la luz de la luna, y se detuvieron en el pequeño patio frente a la puerta del establo.

—No tenemos prisa. Hoy solo vamos a recorrer veinticuatro kilómetros, y no resultará complicado, aun a paso lento.

—Adelante —Rose asintió—. Yo te sigo.

Thomas le sostuvo la mirada durante un instante más antes de hacer girar a Silver y poner al caballo al trote, primero por el camino de entrada y luego virando hacia el campo y continuando al este y un poco al norte, cabalgando por el campo moteado por la luz de luna.

Llegaron a Falmouth cuando la ciudad aún dormía. Habían avanzado a un buen ritmo, pues aún no eran las cuatro de la mañana cuando Thomas llamó a la puerta principal del hotel Seven Stars.

No era la primera vez que se alojaba allí. Se trataba de un hotel caro, pero se podía confiar en que el personal se desviviera por atender y acomodar a cualquier viajero dispuesto a pagar las

desorbitantes tarifas de la casa.

Tal y como había supuesto, los empleados se pusieron en marcha, prepararon las camas y calentaron leche para los niños. Los caballos fueron llevados a la cuadra. Thomas se tomó unos minutos para hablar con el mozo de cuadra y acordar que los animales permanecieran allí hasta que él regresara a por ellos, tardara lo que tardara.

Thomas los registró como una familia, esposo, esposa y dos hijos, y en pocos minutos estuvieron instalados en una suite en la parte delantera del hotel, con vistas al puerto.

Tras dar su aprobación a la habitación, Thomas despidió a los empleados. Rose se llevó a los niños a la habitación más pequeña de las dos que había. Mirando desde la puerta él la vio ayudar a los adormilados niños a desvestirse y a meterse en la cama.

Y le pareció que antes de que ella se hubiese dado media vuelta, los niños ya dormían.

Rose cerró despacio la puerta mientras él se volvía y la seguía al otro dormitorio.

Cerrando la puerta, Thomas la vio rebuscar en una de las alforjas y sacar el camisón y un cepillo.

Dejando ambas cosas sobre la mesita del tocador, ella empezó a retirar horquillas de su pelo, dejando suelta la brillante mata.

Cuando él se acercó movido, como siempre, por la promesa de su calor, ella suspiró y lo miró de reojo.

—Estoy cansada, pero no creo que pueda dormirme —retirada la última horquilla, sacudió los cabellos.

Thomas tomó el cepillo antes de que ella tuviera tiempo de alargar la mano.

—Deja de pensar —dejó a un lado el bastón y, apoyando el cepillo sobre su cabeza, lo deslizó hacia abajo—. Cierra los ojos y permíteme cepillarte el pelo. Después nos cambiaremos y nos iremos a la cama... para descansar.

Rose obedeció y sintió los hipnóticos tirones del uniforme cepillado.

Y después siguió obedeciéndole en todo lo demás. Al deslizarse bajo las sábanas, se volvió hacia Thomas, que la abrazó en silencio.

Fuera empezaba a amanecer, pero él había echado las cortinas. Rose permaneció tumbada, envuelta en su abrazo, la cabeza apoyada sobre su pecho. El lento latido de su corazón era un ritmo repetitivo y continuo que la arrullaba, la calmaba.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando lo sintió mover la cabeza. A continuación sintió sus labios rozarle la frente.

—Los niños y tú siempre estaréis a salvo conmigo. Duérmete —murmuró.

Y, una vez más, ella obedeció.

A última hora de la mañana siguiente, Thomas encargó un contundente desayuno, que consumieron en el salón de la suite, a salvo de miradas curiosas.

Después de que el personal hubiera retirado los platos y la mesita, él se puso el gabán, recogió el bastón y miró a Rose a los ojos.

—Primero me acercaré a la oficina naviera.

Debían intentar, si fuera posible, conseguir un pasaje en algún barco que zarpara ese mismo día.

—¿Puedo ir yo también? —Homer se puso de pie de un salto al oírlo, abandonando su juego en el suelo con Pippin.

Thomas y Rose volvieron a mirarse. Ya habían repasado los posibles peligros, y la tarea de ella

para la mañana consistía en entretener a los niños, mantenerlos ocupados y, sobre todo, a salvo... dentro de la suite.

La seguridad de los niños era uno de los motivos principales para elegir el Seven Stars. Nadie podía subir por las escaleras si no era cliente, y cualquier pregunta sobre los clientes de pago sería recibida con miradas en blanco. Además, un establecimiento tan caro como ese sería el último lugar en el que alguien buscaría a una otrora joven dama convertida en ama de llaves que huía despavorida con dos niños.

—He traído una baraja de cartas, Homer —Rose intentó llamar la atención del niño—, podemos jugar a lo que te apetezca.

—Pero... —Homer la miró, pero sus ojos volvieron rápidamente a posarse en Thomas.

Thomas percibió, y entendió, la ávida y urgente curiosidad reflejada en la mirada del muchacho. Pero... Se dejó caer en el sofá, al lado de Rose, para que sus ojos estuvieran casi al mismo nivel de los de Homer.

—Estamos intentando evitar a los hombres que te buscan, y también a Rose y a Pippin. Ninguna de esas personas me va a reconocer a mí, pero han traído a un hombre que podría reconocerte a ti, y no podemos estar seguros de que no nos estén siguiendo ya, o que casualmente pasen por aquí, de modo que necesitamos que te quedes aquí, a salvo, con Rose. Fuera de la vista de nadie —repentinamente inspirado, Thomas se volvió hacia Pippin, que lo miraba aún sentada en el suelo, y luego miró de nuevo a Homer—. Necesitamos que os quedéis aquí para ayudar a Rose, ¿de acuerdo?

Homer miró a Rose antes de suspirar y asentir.

—Pero luego podré ver los barcos, ¿verdad?

—Si consigo un pasaje para esta noche, vas a ver todos los barcos del puerto —Thomas sonrió mientras se erguía.

Satisfecho, el niño le devolvió la sonrisa antes de sentarse de nuevo en el suelo, retomando el juego de las tabas.

—Intentaré tardar lo menos posible —le informó Thomas a Rose—, pero también tengo que pasarme por la oficina de correos.

—Buena suerte —ella asintió.

Mientras salía de la suite, la vio dejarse caer al suelo junto a los niños.

Thomas bajó las escaleras y salió del hotel, apuró el paso por la calle hasta llegar a los muelles, saboreando la brisa del mar y el punzante olor a sal. No era la primera vez que estaba en Falmouth y sabía adónde iba.

Encontró lo que buscaba en la tercera oficina naviera en la que entró.

—Desde luego, señor —los ojos del dependiente estaban posados en los billetes que Thomas tenía en la mano—. Está de suerte, el camarote de popa del *Andover* está vacante. Lo cierto es que casi habíamos perdido la esperanza de alquilarlo. Zarpará con la marea de esta tarde, de modo que usted y su familia tendrán que embarcar dentro de unas pocas horas.

—La hora de embarque no supone ningún problema —Thomas sacó unos cuantos billetes más y los añadió al montón que ya había preparado—. ¿Cuánto tardará el *Andover* en llegar a Southampton?

—Estará remontando el Solent a primera hora de la mañana de aquí a cuatro días, señor.

—Excelente —Thomas concluyó la transacción y abandonó la oficina naviera con cuatro pasajes para Southampton, y el camarote de popa del *Andover*, y otro más pequeño adjunto, reservados para él y su familia.

Camino de la oficina de correos, se adentró en la ciudad sin dejar de mirar a su alrededor, aunque no vio señal alguna de agentes investigadores. La gente normalmente no se daría cuenta de su presencia, pero para él destacaban claramente. Llegó a la oficina de correos razonablemente seguro de que ningún miembro del grupo de caza había llegado a la ciudad.

Al abandonar la mansión como lo habían hecho, habían conseguido ganar un día, un día entero, pero a partir de ahí no tenía ninguna seguridad. No podía asegurar que los investigadores no fueran capaces de seguir el rastro de Silver y el poni por el campo hasta el puerto, pero cuando llegaran a las calles más abarrotadas de la ciudad ya no podrían seguir ese rastro tan fácilmente y, habiendo llegado de madrugada, pocas personas aparte de los discretos empleados del Seven Stars podrían haberlos visto. Con suerte, zaporían con la marea de la tarde sin que nadie se enterara.

Y, si la suerte estaba verdaderamente de su parte, pasarían días antes de que los investigadores comprendieran lo sucedido y, para entonces, Rose, los niños y él, su pequeña familia, habrían desaparecido en el anonimato de la capital.

Entró en la oficina de correos y se detuvo en uno de los mostradores para añadir las últimas instrucciones a las dos cartas que había escrito la noche anterior. A continuación las selló, las añadió a las cartas que había querido enviar en Helston y se acercó cojeando a la ventanilla.

Tras abonar el envío de las cartas y confiárselas al cuidado del jefe de correos, agarró el bastón y salió muy despacio a la calle. Deteniéndose en los escalones de la entrada, echó un vistazo hacia el puerto, hacia los múltiples barcos anclados allí. Segundos más tarde, satisfecho con las tareas resueltas de aquella mañana, se dirigió de vuelta al hotel.

Lo más peligroso de ese día sería el recorrido desde el Seven Stars hasta el *Andover*.

Aunque la distancia era corta, Thomas insistió en alquilar uno de los coches del hotel. Le dio al conductor una propina para que los llevara directamente hasta la pasarela del *Andover*, anclado en el embarcadero.

Por supuesto que una llegada como esa llamó bastante la atención, sobre todo de los ruidosos estibadores que, cargados con barriles y fardos al hombro, soltaban juramentos mientras esquivaban el carruaje a su paso.

Homer y Pippin miraban por la ventanilla, totalmente fascinados.

Rose miró a Thomas con una expresión de desolación cuya interpretación era evidente: «¿Esto ha sido una buena idea?», pero él se limitó a sonreír y apretarle la mano.

—Confía en mí. Esta llegada es propia de la aristocracia, no de un ama de llaves que está huyendo en compañía de dos niños.

La expresión que se dibujó en el rostro de Rose le hizo sonreír aún más.

El coche se detuvo y Thomas abrió la portezuela, y bajó al muelle. Hizo una pausa, la cabeza alta, mirando con frialdad a su alrededor antes de darse media vuelta y ofrecerle a Rose su mano. Mientras la ayudaba a bajar, miró a los niños a los ojos.

—Comportamiento impecable —les advirtió.

Ambos asintieron antes de bajarse del coche detrás de Rose.

Rose mantuvo la cabeza alta, levantó la falda y, con lo que juzgó debía ser una adecuada altivez, echando una mirada superficial a su alrededor, permitió que Thomas la condujera por la pasarela. Su abrigo, y los de los niños, eran lo bastante buenos como para pasar revista. Podrían muy bien haber sido la esposa y los hijos de Thomas, de haber sido Thomas algún vástago menor

de una familia aristócrata, lo cual, pensándolo bien, seguramente era el caso si había entendido bien su historia, .

Y aun así ni ella, ni él, ni los niños estaban, actuando sino comportándose como dictaban sus verdaderos orígenes, pues todos ellos habían vuelto a cumplir el papel que habían dejado a un lado años atrás.

Hizo falta muy poco esfuerzo recordar exactamente el tono adecuado para dirigirse al capitán del barco, un hombre afable y robusto que les esperaba en lo alto de la pasarela para darles la bienvenida.

Tras saludar a Thomas y a los niños, el capitán le hizo una nueva reverencia a Rose.

—Si fuera tan amable de acompañarme, señora, el sobrecargo la llevará a su camarote.

—Gracias, capitán —con una elegante inclinación de cabeza, Rose siguió su camino hacia donde le había señalado el capitán, hacia un hombre vestido pulcramente con el uniforme de la compañía naviera y que esperaba junto a una puerta que daba a unas escaleras.

El camarote de popa le produjo una agradable sorpresa, más espacioso de lo que había esperado, y con una puerta, en un rincón, que daba al camarote contiguo y más pequeño, que contenía dos estrechas literas. Los niños corrieron hacia las amplias ventanas de popa, subiéndose al asiento bajo la ventana para mirar al exterior, pero cuando Pippin descubrió las literas, soltó un grito de felicidad y corrió a reclamar la de abajo para ella.

Homer miró en su dirección, pero no la siguió.

—Yo me quedaré con la de arriba —anunció antes de devolver su mirada al mar y la multitud de barcos anclados en el puerto.

En cuanto los porteadores que les habían llevado el escaso equipaje se retiraron y cerraron la puerta, Rose soltó un suspiro. Hizo un ejercicio de introspección antes de buscar la mirada de Thomas, al otro lado del camarote.

—Tenía miedo de haber heredado el mal de mamá, pero me siento bastante bien.

—Pues estos dos parecen tan contentos —Thomas sonrió y miró a Homer.

El niño le devolvió la sonrisa antes de posar la mirada de nuevo en los barcos. Después de unos minutos, se giró y miró a Thomas primero, y luego a Rose.

—¿Podemos subir a cubierta y echar un vistazo?

Rose miró a Thomas.

—En cuanto hayamos zarpado y nos hayamos alejado del puerto —contestó él antes de meditarlo—, entonces podremos subir a cubierta. El capitán seguramente nos dejará pasar a la cubierta de popa —añadió mientras señalaba el techo del camarote—. Está justo encima de nosotros, y desde la barandilla se puede contemplar Falmouth cada vez más a lo lejos —miró por la ventana—. Teniendo en cuenta que ya es por la tarde, la vista debería ser buena.

Y eso fue exactamente lo que hicieron. Rose se apoyó contra la barandilla en la parte trasera de la cubierta de popa y, con William a un lado y Alice al otro, y Thomas por detrás, protegiendo con su cuerpo a Alice y a Rose del fuerte viento, contemplaron cómo Falmouth, y cualquier riesgo de ser perseguidos, empequeñecía por momentos.

Permanecieron en un agradable silencio hasta que la creciente neblina les bloqueó la vista.

—He pedido que nos lleven la cena al camarote —anunció Thomas mientras miraba a Rose a los ojos—. ¿Bajamos?

Sin nada más que ver, y el aire volviéndose cada vez más húmedo y frío, los niños estuvieron dispuestos a bajar. Iban por delante, mientras Rose tomaba a Thomas del brazo y le permitía conducirla hasta la escalera de bajada a la cubierta inferior.



El brazo era fuerte y sólido, firme. Sentir el calor y la fuerza de su cuerpo junto al suyo fue el broche final a la sensación de seguridad y confort que la inundaba. Toda ansiedad repentina la había abandonado, la tensión siguió el mismo camino a medida que Falmouth se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta desaparecer.

—Gracias —dijo ella mientras sus mejillas se teñían de color. Levantó la vista y miró a Thomas justo en el instante en que se disponía a hablar—. No, no digas nada —le sostuvo la mirada—. Solo, y por ahora, gracias.

Se dio media vuelta y lo soltó para que él pudiera precederla en las escaleras.

«Por ahora». Rose dudaba que Thomas hubiera entendido lo que le había querido decir, las ideas que se le habían ocurrido para agradecersele adecuadamente más tarde.

En cuanto el pensamiento, el concepto, hubo florecido en su mente, la atracción no hizo más que crecer.

Esperó hasta que se hiciera de noche. Hasta que hubo acostado a unos niños, agotados y que no paraban de bostezar, en su camarote, arrojándoles en sus literas. Después de las emociones del día, y del aire del mar, se quedaron dormidos en cuanto posaron la cabeza sobre la almohada.

Volviendo al camarote de popa, cerró despacio la puerta. Al otro lado de la habitación, Thomas estaba de pie junto a la amplia cama, fijada a la pared del camarote. Apoyó el bastón contra el asiento de ventana más cercano, se quitó el abrigo y lo dejó a un lado.

Ella se acercó, mientras él se quitaba el chaleco, y posó las manos sobre el pañuelo de cuello.

—Permíteme.

Deteniéndose, él la miró a los ojos y, acercándose un poco más, Rose deshizo el sencillo nudo mientras él le rodeaba la cintura con sus manos y buscaba los lazos con los dedos.

Rose le quitó la larga banda de lino y la dejó caer de sus dedos para que se reuniera con el abrigo y el chaleco. Las cicatrices que surcaban el lado izquierdo de su cara y cabeza, medio ocultas por el cabello que caía hacia ese lado, se extendían por ese lado del cuello. Atrapada, incapaz de resistirse a la atracción, levantó la mano y, lentamente, delicadamente, dibujó con un dedo esas cicatrices.

Él respiró hondo, el pecho expandiéndose, antes de girar la cabeza y besarle la palma de la mano.

Sus manos la sujetaron con más fuerza y la atrajo hacia sí.

Rose levantó la cabeza y deslizó una mano hasta la nuca de Thomas, se estiró y sus labios se encontraron.

El beso fue prolongado, sin prisas, confiado y seguro, saboreado por ambos.

Había dormido en su cama todas las noches desde la primera vez en que, tan osadamente, se había metido en ella. Y, si bien tenía la sensación de que cada noche él se había sentido consternado por permitirsele, de todos modos había accedido a sus deseos.

De todos modos había sucumbido a la tentación que ella, sabía, representaba.

Una noción afirmativa que cada vez le hacía sentir más confianza.

Rose se movía con él, deslizándose hacia la pasión, permitiendo que el deseo creciera y corriera por sus venas. La ropa cayó desperdigada, susurrante, al suelo. Había sobrepasado ya el punto de la modestia innecesaria, estaban a gusto con sus respectivos cuerpos, y con el suyo propio.

Pero cuando quedaron ambos desnudos, encerrados en un apasionado abrazo, y él levantó la

cabeza y se giró para llevarla a la cama, ella lo detuvo, la mano posada con firmeza contra el pecho.

—No. Me toca a mí.

Thomas la contempló detenidamente y enarcó lentamente las cejas.

—Mi turno para escribir el guion —murmuró Rose mientras sonreía con sensualidad.

Él no sabía muy bien qué pensar de aquello, buscando su mirada, tuvo la clara impresión de que ella tenía algún propósito en mente, pero... aquella noche estaban a salvo, el prolongado vaivén de la cubierta bajo sus pies era un tranquilizador recordatorio de que durante los siguientes días estaban fuera de peligro.

Viajaban a través de un inesperado paréntesis, la paz antes de la tormenta, pues en cuanto llegaran a Londres se sumergirían inevitablemente en el corazón de la acción, en el hervidero de lo que el futuro les hubiera deparado, y los peligros no harían más que aumentar.

Pero esa noche, los próximos días, estaban a salvo, libres.

Libres para permitirse lo que desearan, como más gustaran.

Con un fugaz asentimiento, él accedió.

—Entonces... —Thomas agachó la cabeza y rozó los rosados labios de Rose, inflamados por sus besos, con los suyos—. ¿Cuál es tu intención?

Ella sonrió con dulzura y superioridad, pero no contestó.

No con palabras.

En cambio, los párpados pesados, las largas pestañas ocultando los ojos cuya mirada hervía con una pasión que ella nunca había pretendido ocultar, Rose se acercó a él, pegándose a él, su sedosa piel y suaves curvas una potente distracción. Sus manos se cerraron con más fuerza en torno a él, los dedos hundiéndose en su carne, sobre las cicatrices. Agachó la cabeza y deslizó los labios por su hombro, dibujando la línea de la clavícula, desviándose de esa línea para lamer, deleitándose, antes de depositar un ardiente y húmedo beso sobre uno de los pezones.

Con las manos posadas sobre las caderas de Rose, Thomas cerró los ojos y permitió que sus sentidos se empaparan del placer que ella le procuraba. Con sus besos y caricias, tiernas y descaradamente posesivas, ella le abrió los ojos a otra dimensión de lo que había nacido, y seguía creciendo, entre ellos.

Rose le mostró su pasión, su posesividad.

Le mostró que sus deseos igualaban los de él.

Aumentaban los de él. Su reacción a la dedicación de Rose, a la aceptación y hambre que ella mostraba, permitiéndole infundir sus caricias, quemándole, marcándole, lo tomó por sorpresa. Lo abrumó y llenó su mente.

Thomas estaba más allá de toda protesta cuando ella se arrodilló ante él.

Más allá de todo pensamiento cuando sintió su aliento, cálido y lleno de promesas, envolver el extremo de su erección.

Agarrándole la cabeza, los dedos enredados en sus cabellos, Thomas cabalgó sobre la ola del placer sin adular que esa mujer le provocaba y que, con una lánguida aunque decidida caricia de sus dedos, una dolorosamente tierna caricia de sus labios, lo atravesó rugiente.

Rose cerró los dedos en torno la ardiente erección y, con respiración entrecortada, atrapada en el momento por la sensual magia que ella misma había invocado deliberadamente, tocó y acarició.

Y él permaneció inmóvil, prisionero, atrapado en la sensual tela de araña que ella había tejido.

Se sintió invadida por una sensación de absoluto triunfo, por un sentimiento muy femenino.

Envalentonada, lamió lentamente su sexo y saboreó su punzante sal. La sensación estalló como

el fuego en su sangre.

Rose agachó la cabeza y cerró la boca en torno al aterciopelado extremo y, lentamente, saboreando, lo introdujo más profundamente en su boca.

Thomas contuvo el aliento y se estremeció.

Echó la cabeza hacia atrás y le agarró el pelo con más fuerza. Cada músculo de su cuerpo, cada vena, se tensó.

Sonriendo para sus adentros, empapada de una sensación de femenina victoria, Rose se aplicó a la tarea, a su intención.

Agradecérselo con palabras no era gran cosa. A pesar de que tras la lección sobre cómo aceptar un agradecimiento con elegancia, él le había permitido pronunciar las palabras, aunque estuviera escuchando en esos momentos, no oía realmente. No creía realmente ser merecedor de tal gratitud, porque sus acciones, así pensaba él, estaban motivadas por su necesidad de expiar el pasado.

Rose comprendía que, en parte, fuera verdad, pero ¿era toda la verdad? ¿Era toda la verdad de Thomas?

¿O acaso una parte de su motivación por proteger y cuidarlos provenía de una fuente más pura?

En su corazón, en su alma, Rose sentía que eso último era cierto, y así se dedicó en cuerpo y alma a colmarle con toda la gratitud de la que le consideraba acreedor, por todos sus actos de bondad.

Por todas aquellas cosas que no eran importantes, que no afectaban a la salvación de William, pero que Thomas hacía de todos modos. Que se molestaba en hacer.

Porque le importaban.

Por todo eso le dio las gracias, de una manera que él no podía evitar sentir, absorber, asimilar.

—Suficiente —exclamó él con voz ronca al mismo tiempo que despegaba la boca de Rose con el pulgar, liberándose del calor de su aliento.

Rose se echó hacia atrás y se levantó lentamente mientras tomaba la mano que él le estaba ofreciendo y se acomodaba junto a él en la cama.

Llegaron juntos en medio del ardor y la pasión, con un deseo que ardía constantemente, y un hambre que ya no era tan voraz, ya no era tan descontrolada, pero que permanecía firme en su profundidad, en su amplitud, en su creciente compulsión.

Confiados, seguros, cabalgaron sobre las olas del placer antes de permitir que los arrastraran hasta la cima del deleite, hasta llegar al éxtasis.

Cayendo en el horno que los fundió, que hizo estallar sus sentidos, que fragmentó sus realidades antes de forjarlos de nuevo.

Dejándolos girando en el vacío hasta que, flotando sobre el dorado mar de la desvanecida dicha, quedaron flotando en el paraíso.

Un hombre y una mujer entrelazados, abrazados, agotados y saciados, contentos consigo mismos, en paz con el momento.

El coche entró traqueteando en Londres a primera hora de la noche. Impulsado por los vientos favorables, el *Andover* había remontado el Solent, llegando al puerto de Southampton antes de lo previsto. Thomas había alquilado un carruaje con cuatro caballos para el trayecto, y habían avanzado a buen ritmo por la carretera.

Los días en el mar habían transcurrido confortablemente y sin incidentes. Pippin se había

contentado con jugar en el camarote con sus muñecas, mientras que Rose y Thomas, liberados momentáneamente de sus preocupaciones, se habían relajado y habían paseado para tomar el aire fresco, charlando y aprovechando al máximo los momentos. Homer estaba en su elemento. Sus entusiastas preguntas y educados modales le habían convertido enseguida en el favorito de la tripulación y había pasado la mayor parte del viaje aprendiéndolo todo sobre la navegación en un barco moderno.

El último tramo del Solent y la entrada en Southampton Water, una de las rutas marítimas más concurridas del mundo, les había fascinado a todos. Había tantos barcos que ver, tantos estilos y tipos de velas diferentes, de un blanco resplandeciente contra el mar gris azulado, cubierto del brillo plateado de las primeras horas del día.

Nada más desembarcar, despedidos con reverencias por el orgulloso capitán, Thomas les había llevado hasta un hotel cercano, de nuevo el más caro que había. Tras contratar un carruaje para que los llevara a Londres, había sorprendido a Rose al reservar una habitación, dejar allí el equipaje y luego acompañarla a ella, a Homer y a Pippin de compras.

Tal y como había explicado Thomas, dado que iban a convivir con la sociedad londinense y, en algún momento, iban a dar un paso al frente y reclamar sus verdaderas identidades, necesitaban ropa que estuviera a la altura de esa reclamación. Rose no había pensado en ello, pero él sí.

Vestida con una favorecedora pelliza de color marrón oscuro, ribeteada de cinta dorada, Rose contemplaba las fachadas que bordeaban la calle Kensington High, y luego desvió la mirada hacia Hyde Park, visible desde la ventana del carruaje. Londres. Habían llegado hasta allí sanos y salvos, con todas las comodidades, y sin tener que enfrentarse a ningún peligro o desafío.

Y todo gracias a Thomas.

Ella lo miró, sentado a su lado, bamboleándose ligeramente al igual que ella con el movimiento del coche. Él también llevaba puesta ropa nueva, un abrigo de impecable factura en color gris claro sobre unos pantalones de un tono más oscuro, y un chaleco a rayas plateadas y grises.

Ante su pregunta, Thomas le había explicado que, en las cartas enviadas desde Falmouth, había dispuesto que les reservaran habitaciones para todos en un hotel de Londres. Pero no había mencionado ni el nombre del hotel ni su ubicación.

Dado que ella no conocía Londres muy bien, pues solo había pasado allí dos temporadas de baile, y durante ambas se había alojado en Seddington House, en Mayfair, no le había insistido en los detalles. Después de los últimos meses vividos, y sobre todo de la última semana, confiaba siempre en que tomara las mejores decisiones para todos ellos, sobre cualquier cuestión.

A su debido tiempo, el coche giró por Park Lane adentrándose en las tranquilas calles de Mayfair. Tras cruzar lentamente el lado norte de Grosvenor Square, el carruaje giró a la izquierda por la calle Duke, y ralentizó aún más la marcha, deteniéndose en la acera frente a dos grandes puertas acristaladas. Las letras doradas sobre las puertas anunciaban que aquella era la entrada al hotel Pevensy.

El hotel estaba a la altura de las expectativas de Thomas. Dominaba una decoración elegante, gruesas alfombras repartidas por los pulidos suelos, y el silencio dominante que inundaba el vestíbulo confirmaba la exclusividad del establecimiento.

Manteniendo a Homer y a Pippin pegados junto a ella, Rose miraba a su alrededor mientras Thomas, a su lado, firmaba el registro y obtenía del servicial gerente la llave de la suite reservada para ellos.

Encantado con las gestiones realizadas por Drayton, Thomas recogió las dos cartas que le habían estado esperando. Volviéndose del mostrador asintió a los lacayos del hotel que esperaban

una señal para llevar el equipaje a la suite, y luego condujo a Rose y a los niños hacia las escaleras. El gerente cedió el puesto tras el mostrador a un colega y siguió presto a los lacayos.

La suite estaba en la primera planta y daba a la calle Duke. Thomas inspeccionó rápidamente las estancias y se declaró satisfecho. Siguiendo las indicaciones de Rose, los lacayos dejaron el equipaje en sus habitaciones correspondientes y, por último, el gerente se despidió con una reverencia y salió de la suite.

La puerta se cerró. Thomas miró a Rose y enarcó una ceja.

—Sí —afirmó ella sonriente mientras se quitaba los guantes—, esto servirá.

Él titubeó, miró hacia la puerta del dormitorio más pequeño en el que ya habían desaparecido Homer y Pippin, y volvió a mirar a Rose.

—Aquí tienen fama de ser muy celosos de la intimidad de sus huéspedes, lo que significa que los niños y tú deberíais estar a salvo o, por lo menos, tanto como es posible. En cualquier caso, vuestros nombres no aparecen en el registro, de modo que a no ser que alguien te reconozca, o reconozca a Homer, no hay motivo para que nadie venga a buscarte aquí.

Rose asintió y se hundió en el sofá mientras miraba con expresión significativa las dos cartas que él aún tenía en la mano.

—¿Qué dicen?

Thomas se sentó a su lado, soltó una carta y rompió el sello de la otra.

—Esta es de Drayton, el que reservó la suite —Thomas leyó la carta—. Dice que ha empezado a investigar las finanzas de Richard Percival, pero que, de momento, no ha encontrado nada destacable. Sin embargo, tal y como afirma, todavía es pronto.

Dejó la carta y tomó la otra, rompió el sello y la leyó.

—Esta es de Marwell, mi abogado —hizo una pausa antes de continuar—, recordarás que le pedí que investigara a Foley.

—¿Y qué dice? —Rose lo miró a los ojos mientras asentía.

—Que Foley es de confianza, un rígido acérrimo del enfoque conservador de la ley. En opinión de Marwell, Foley es totalmente de fiar.

Cuando Thomas la miró con expresión interrogativa, ella hizo una mueca de desagrado. Durante unos minutos recordó las escasas reuniones que había tenido con el ya maduro abogado, pero concluyó negando con la cabeza:

—Puede que sea totalmente de fiar, pero eso no significa que no dé por cierto todo lo que le diga Richard Percival, y que opine que cualquier acusación contra Richard no sea más que una ridícula mentira.

—Por desgracia, en eso puede que tengas razón —Thomas asintió tras reflexionar durante unos segundos—. Por mi experiencia, los villanos pueden, en efecto, tomar la forma de hombres totalmente honrados.

Rose comprendió que le estaba hablando de su anterior personalidad y le apretó la mano con ternura.

El sonido de unos pies corriendo les hizo levantar la vista en el momento en que Homer y Pippin entraban en la estancia.

—¿Ya es hora de cenar? —preguntó Homer.

Poco a poco se instalaron en el hotel, que demostró ser todo lo confortable que Rose se había imaginado que sería.

Los niños tenían cada uno su cama en un dormitorio más pequeño y, al igual que en el barco, se quedaron dormidos en cuanto se acostaron.

Rose cerró la puerta despacio, cruzó el salón y se retiró con Thomas al dormitorio más grande.

Se desnudaron, él a un lado de la gran cama y ella al otro. Con el camisón puesto, ella se acercó al tocador y tomó el cepillo. Mientras se cepillaba los cabellos sonrió para sí misma, pues aún esperaba que el suelo se balanceara.

Dejó a un lado el cepillo, se volvió y descubrió que Thomas ya estaba en la cama, las mantas subidas a la altura del pecho, los brazos detrás de la nuca, la mirada, firme y algo pensativa, puesta en ella.

Con una tímida sonrisa, Rose se acercó a la cama, bajó la luz de la lámpara que ardía en la mesita de noche y se metió bajo las mantas.

Al volverse hacia él, Thomas abrió los brazos y la rodeó con ellos mientras Rose se acomodaba contra su cuerpo. Alzó el rostro y sus labios se encontraron y, juntos, se zambulleron en la siempre viva felicidad del beso, aunque... en esa ocasión la resistencia subyacente que había sentido desde el principio se intensificó.

Se hizo más manifiesta.

Cuando ella intentó pegarse a él, Thomas se apartó, y la mantuvo apartada. Sus piernas estaban entrelazadas, sus cuerpos en contacto, sus brazos abrazándose el uno al otro, pero de repente se abrió una brecha entre ambos.

Él la miró a los ojos. Incluso en la penumbra ella sentía el peso de su mirada. Thomas respiró hondo.

—Tenemos que hablar de esto —hizo una pausa, buscando su mirada—. Te deseo, eso ya lo sabes. Pero... —su mirada se apaciguó—, yo no tengo ningún futuro, ninguna certeza que ofrecerte —le apartó un mechón de cabellos de la mejilla y le tomó el rostro con la mano ahuecada—. Por mí te prometería la luna y las estrellas, un futuro juntos, una vida juntos, pero no puedo. Simplemente no puedo. No sé qué me tendrá preparado el destino... ¿y si te quedas embarazada?

Algo dentro de ella dio un brinco, su corazón se expandió, pero, al mismo tiempo sintió una opresión, y luego una oleada de emoción, de determinación y voluntad que la sostuvo y la calmó. Que la acogió y la fortaleció. Rose le sostuvo la mirada antes de tomarle el rostro con ambas manos, obligándolo a mirarlo a ella.

—Quiero que entiendas una cosa —habló lentamente, dejando que la determinación se trasluciera en su voz—. Me da igual —hizo una pausa para que cada palabra pudiera alcanzar a Thomas, para que él las asimilara—. Lo único que me importa es nosotros, esto, lo que ha surgido entre los dos —respiró hondo, preparándose para la admisión—. No sé adónde nos conducirá esto, pero estoy dispuesta a seguir adelante y descubrirlo, y aprovechar al máximo lo que venga. Y si eso significa que, al final, tendremos que separarnos, y no te equivoques: intentaré evitarlo con todas mis fuerzas, pero si tuviera que suceder, que no hubiera otra opción, y yo, por decisión del destino quedara embarazada, con un hijo tuyo y mío, atesoraré y amaré a ese niño hasta el día de mi muerte.

Rose hizo una pausa, sus palabras, pronunciadas con tal convicción, prácticamente rebotaron en las sombras. Aun así, le sostuvo la mirada e interpretó sus pensamientos.

—Tengo suficiente dinero como para que no tengas que preocuparte por mí. En cuanto recupere mi identidad podré vivir más que acomodadamente y cuidar de cualquier hijo que tengamos.

—Pero estarás sola —él no hizo amago de desviar la mirada.

—Siempre he estado sola —la respuesta fue inmediata—, hasta que apareciste tú.

Thomas había oído sus palabras, y todo lo que no había dicho. Había oído el deseo de Rose de vivir con él, su determinación de hacerlo, si era posible. Él no estaba en contra de eso, ¡al contrario! Vivir el resto de su vida con ella, envejecer junto a ella, tener hijos con ella, era su mayor sueño.

Un sueño que, estaba seguro, no vería convertido en realidad. Un sueño al que no se le iba a permitir aspirar.

Rose pareció comprenderlo pues, como sucedía a menudo, parecía poder ver más profundamente en su alma que él mismo.

Moviéndose, sin apartar la mirada de la suya, ella le tomó una mano, obligándolo a entrelazar los dedos con los suyos.

—Dame tu presente —se irguió para apoyarse sobre él. Con su cabeza por encima de la de Thomas, lo miró a los ojos—. Y si el destino se lleva tu mañana —susurró—, al menos habremos disfrutado de... esto —agachó la cabeza y rozó los labios de Thomas con los suyos antes de zambullirse en el beso.

Y él la siguió.

La sostuvo y la amó, y la siguió. Tomó su presente y dejó el mañana en manos del destino.

## Capítulo 9

Cuatro días después, Thomas se apoyaba contra la verja de una casa adosada en la calle Albemarle, observando la fachada al otro lado de la calle y dos puertas más abajo.

Giraba distraídamente el bastón, como si estuviera esperando a que algún amigo se reuniera con él, mientras repasaba, una vez más, los sucesos, o más bien la falta de algún logro significativo, de los últimos días. A pesar de los esfuerzos de Drayton, no había descubierto nada en las finanzas de Richard Percival que pudiera hacer pensar que constituía motivo suficiente para haber cometido un asesinato. Lo único que el propio Thomas había sido capaz de confirmar era que, si uno preguntaba en los círculos adecuados, era de conocimiento popular que Percival estaba, y llevaba años, apremiando para que cazaran a su sobrino.

Eso era, desde luego, cierto, y significaba que la amenaza contra William seguía muy presente.

Thomas no había logrado avanzar en sus pesquisas para descubrir a quién había contratado Richard Percival para efectuar la búsqueda, había un límite hasta dónde podía presionar sin alertar a quienes estaba investigando, y no tenía ninguna prisa para hacerlo. Tal y como estaban las cosas, si alguien sospechaba lo suficiente como para seguirlo, lo haría, y acabaría por conducirlo hasta William. Por supuesto tomaba medidas para asegurarse de que nadie lo siguiera, pero incluso él podía cometer un error.

Por el lado legal tampoco habían conseguido avanzar en nada, aunque Marwell estaba preparado para actuar siguiendo sus deseos.

Y lo que Thomas deseaba era no haber llegado a ese punto, aunque al reconocer la necesidad de trasladarse a Londres, siempre había sospechado que lo haría.

Apartándose de la barandilla miró a izquierda y derecha antes de cruzar la calle. Subió los escalones del número 24, se detuvo ante la puerta y llamó al timbre.

Un mayordomo, bajo de estatura y bastante rechoncho, abrió la puerta. Thomas se detuvo a inspeccionar su atuendo mientras el hombre lo observaba a él.

—¿Sí, señor?

—¿Se encuentra en casa el señor Adair?

—No estoy seguro, señor —el hombre no dudó ni un instante—, pero puedo preguntarlo. ¿Quién digo que le busca?

Thomas había decidido acudir a la casa a las diez de la mañana, lo más temprano posible para una visita de cortesía, y lo bastante pronto como para que el señor de la casa aún no se hubiese marchado. Hundió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita.

—Él sabe quién soy.

El mayordomo tomó la tarjeta y frunció ligeramente el ceño al reparar en el segundo nombre que Thomas había garabateado en una esquina. Sin embargo, dio un paso atrás y sujetó la puerta abierta del todo.



—Si tiene a bien esperar en el vestíbulo, señor, preguntaré.

La palabra «Honorable», escrita en una tarjeta de visita solía bastar para, al menos, conseguir llegar al vestíbulo. Inclinando la cabeza, Thomas entró en la casa y se detuvo a un lado de la elegante estancia. Con una reverencia, el mayordomo desapareció por un pasillo que daba a la parte trasera de la casa.

Sujetando firmemente el bastón, miró distraídamente a su alrededor, fijándose no solo en la elegancia del decorado sino también en los pequeños toques que, sin duda, eran contribución de la señora Adair. Aunque soltero cuando sus pasos se habían cruzado cinco años atrás, Adair, tercer hijo del conde de Cothelstone, se había casado con Penelope Ashford, hija del anterior vizconde de Calverton, hermana del titular en ese momento y conectada con el poderoso clan de los Cynster.

Sin embargo no eran los contactos sociales de Adair lo que le había llevado a su puerta, sino más bien la inusual relación de Adair con el inspector Basil Stokes, de Scotland Yard. Aparte de mantenerse al día en cuestiones financieras, Thomas también tenía por costumbre estar al tanto de la evolución de las vidas de las personas a quienes había conocido en su vida anterior, para poder evitarlas aunque, como sucedía en el caso presente, el destino le había hecho cambiar de intención.

Con el fin de poder descubrir a Richard Percival y eliminar la amenaza que pesaba sobre William, y así completar la tarea que el destino le tenía reservada, y que solo él podía realizar, necesitaba una clase de ayuda a la que no tenía acceso, pero a la que Adair sí, suponiendo que la prensa estuviera en lo cierto.

Y, si Thomas se había preguntado si Adair lo recordaría, el repentino repiqueteo de unas botas acercándose por el pasillo fue respuesta suficiente, aunque el otro repiqueteo, más ligero y corto, constituyó una sorpresa.

Adair, más envejecido y ligeramente endurecido, desde luego más maduro de lo que había sido, pero sin perder sus cabellos dorados y su cuerpo alargado y delgado, el mismo que Thomas recordaba, apareció a la entrada del pasillo sosteniendo la tarjeta de visita en una mano.

Incrédulo, Adair clavó su mirada en él.

Y al otro lado del vestíbulo, Thomas le sostuvo esa mirada desafiante con calma y serenidad.

Adair redujo el paso, la expresión de su rostro de absoluta confusión. Deteniéndose, leyó la tarjeta y luego miró a Thomas.

—Thomas Glendower, supongo —dijo tras un momento de estupefacción.

Thomas conocía a Adair lo bastante bien como para suponer que el hombre lo reconocería. Hizo una reverencia a medias, lo más que pudo lograr sin poner en peligro su estabilidad.

—En efecto.

Una dama de cabellos oscuros y pequeña estatura llegó siguiendo los pasos de Adair y se detuvo a su lado, agarrándole la manga, más para asegurarse de que su esposo la llevara con él que para intentar retenerlo. Su mirada iba de Adair a Thomas hasta que, soltando a Adair, dio un paso al frente con calma.

—Buenos días, señor Glendower —extendió una mano—. Soy la señora Adair.

Thomas miró a Adair, pero el hombre seguía mirándolo fijamente, no tanto con estupefacción, sino más bien como si su mente estuviera funcionando a toda máquina, y sin ninguna intención de mostrar algún gesto que pudiera interpretar. Así pues, Thomas clavó su mirada en los oscuros ojos de Penelope Adair, tomó la pequeña mano que le ofrecía y se inclinó sobre ella.

—Un placer, señora Adair. Pero es a su esposo a quien he venido a ver.

La mujer sonrió y él comprendió que la había juzgado mal. No solo había acero, sino también

hierro, detrás de esa sonrisa.

—Desde luego. Comprendo que quiere hacerle una consulta a mi esposo, en cuyo caso tendrá que hablar con ambos —descaradamente tomó a Thomas del brazo y lo hizo girar hacia la puerta a su izquierda—. Vamos al salón y nos pondremos cómodos, así podrá contárnoslo todo. Y luego decidiremos si podemos ayudarle.

Thomas aceptó mansamente el reproche y permitió que la mujer lo guiara hasta el salón, sentándose en un sillón a un lado de la chimenea.

Adair se entretuvo en el vestíbulo hablando con el mayordomo. Thomas no necesitó oír lo que le decía para imaginarse cuáles habían sido las instrucciones. A continuación los siguió al salón, un ligero gesto de contrariedad todavía asomando a su mirada, como era de esperar. Acababa de aparecer en su casa un hombre al que creía muerto desde hacía tiempo. Ciertamente estaba lesionado, quizás, pero desde luego estaba vivo.

En cuanto su esposa se hubo sentado, con un elegante crujido de faldas, en el sofá, Adair se dejó caer en el sillón enfrente de Thomas.

—¿A qué ha venido? —preguntó sin más mientras daba unos golpecitos con la tarjeta sobre el brazo del sillón.

—Estoy aquí para ponerme a su merced —contestó Thomas sin dejar de sostenerle la mirada.

—¿Por qué? —Adair frunció el ceño.

—Porque necesito su ayuda. No para mí, sino para tres personas que... me son queridas —no le había resultado sencillo admitir su debilidad, pero tenía la sensación de que no sería aconsejable guardárselo para sí mismo.

—Cuéntenoslo —Penelope Adair se inclinó hacia delante y clavó su oscura y aguda mirada en él.

Thomas reflexionó durante unos segundos antes de ordenar sus pensamientos y comenzar su relato.

—Hace dos meses, tras pasar cinco años en un monasterio en la costa de la bahía de Bridgewater, recuperándome de mis heridas —se señaló el rostro con una mano y siguió con el costado y la pierna—, regresé a una casa que yo, como Thomas Glendower, poseía. Una pequeña mansión en Breage, Cornwall, un poco al oeste de Helston. Había dejado allí instalada a una pareja mayor, como cuidadores, pero se retiraron y, cuando regresé a la mansión, me encontré con que tenía una nueva ama de llaves, una viuda con dos hijos. En el transcurso de las siguientes seis semanas o así, descubrí que la viuda no era tal, sino una dama llamada Rosalind Heffernan, hijastra del difunto Robert Percival, vizconde de Seddington, y los niños eran de Percival, por tanto hermanastros de Rosalind, un niño de nueve años, William Percival, cuarto vizconde de Seddington, y su hermana de seis, Alice.

—¡Qué fascinante! —observó Penelope Adair con expresión intrigada—. ¿Y por qué se ocultaban en Cornwall?

Thomas asintió en su dirección. Desde luego se trataba de la pregunta más pertinente.

—Hace cuatro años, Robert Percival y su esposa, Corinne, que no gozaba de buena salud, partieron para pasar el día lejos de Seddington Grange, que, según tengo entendido, está cerca de Market Rasen, en Lincolnshire. Al parecer se dirigían a Grimsby, donde Percival, que adoraba navegar, tenía anclado su yate. Al día siguiente, Percival y su esposa fueron descubiertos ahogados, sus cuerpos atrapados en las velas del yate que, al parecer, había zozobrado frente a Grimsby. Las muertes fueron atribuidas a un trágico accidente.

Thomas hizo una pausa antes de continuar.

—Rose, Rosalind, tiene veinte años más que William y, dado que la salud de su madre se había debilitado tras el nacimiento de William, y aún más después del de Alice, se había estado ocupando de los cuidados cotidianos de los niños. Con la noticia de las muertes, aturdida por el dolor, tuvo que consolar a los pequeños. El entierro pasó y, la noche que siguió al mismo, Rose oyó casualmente al hermano menor de Robert Percival, Richard Percival, presumir ante uno de sus amigos de haber organizado la muerte de Robert y de Corinne, y de sus planes de deshacerse de William para poder heredarlo todo.

—¡Vaya! —Penelope se reclinó en el asiento. Miró fugazmente a Adair, que había estado escuchando atentamente con expresión impasible—. Eso —declaró—, desde luego parece un caso a investigar.

—¿Qué hizo ella... Rose? —preguntó Adair sin apartar la mirada de Thomas.

—No había ningún miembro de la familia Percival viviendo en Grange en ese momento, nadie en quien Rose pudiera confiar. Siendo una jovencita de veinticuatro años, como era entonces, y no siendo ella misma una Percival, no tenía ninguna confianza en su capacidad para convencer al abogado de la familia y, desde luego, ninguna para que su palabra fuera tenida en cuenta frente a la de Richard Percival, que, en el testamento de su hermano, había sido nombrado tutor principal de William. Temía pues que en poco tiempo también fuera a perder a William y a Alice, los niños a los que había jurado ante su madre cuidar y proteger, a manos del hombre que había matado a sus padres. Además, la confesión de Percival explicaba una contradicción que Rose había advertido en el veredicto de muerte accidental por ahogamiento. Su madre, Corinne, sufría exageradamente de mal de mar, y no era capaz siquiera de poner un pie en un yate sin marearse terriblemente.

—Y supuesto que Corinne ya era de por sí enfermiza —intervino Penelope—, ¿por qué demonios iba su esposo a sugerir siquiera que saliera a navegar en su yate?

—Exactamente —Thomas hizo una pausa antes de clavar la mirada en los brillantes ojos azules de Adair—. Rose tomó a los niños y huyó. Esa misma noche. Tenía bastante dinero para sobrevivir un tiempo, pero sabía que Richard los seguiría. Y así fue. Sin embargo, ella evitó las zonas en las que sabía que los buscaría. Con el tiempo, llegó a Cornwall y tuvo la suerte de encontrar un trabajo como ayudante de mis viejos guardeses. Dos años después ellos se jubilaron y ella siguió como ama de llaves de la mansión. Esa casa era el refugio perfecto, está aislada y, dado que la otra pareja tenía establecido que las provisiones les fueran llevadas a la mansión, Rose, y mucho menos los niños, no tenían ninguna necesidad de acudir a los pueblos. Los locales sabían que ella estaba allí con los niños, pero, en esa parte del país, cada cual se ocupa de sus propios asuntos.

—Un refugio perfecto hasta la llegada del dueño, usted.

—Incluso entonces —Thomas sostuvo la mirada de Adair—, la mentira se mantuvo y ellos permanecieron a salvo... hasta que aparecieron los hombres de Richard Percival haciendo preguntas.

—Entonces, ¿los encontró? —Penelope se irguió.

—No, aún no. Al parecer ha contratado investigadores para darles caza —Thomas miró a Adair—. Ya conoce a esa gente —Adair asintió y él continuó su relato—. Yo mismo los he empleado en el pasado, y reconocí de inmediato a los dos que aparecieron en la mansión. Tras alejarlos de allí con una mentira creíble, una que, al menos, nos haría ganar un tiempo, Rose por fin se confió a mí. Posteriormente, utilicé mis propios contactos aquí, en Londres, para verificar la mayor parte de su relato. Las muertes de sus padres habían sucedido tal y como ella había dicho. Ella y los niños, en efecto, habían desaparecido la noche del entierro. Percival es quien está detrás de los

investigadores, y es el tutor principal de William, junto con el tío abuelo de William, un hombre mucho mayor y, al parecer, no muy eficaz —Thomas hizo una pausa—. Empecé a investigar las finanzas de Percival, buscando algún motivo tras su necesidad de conseguir la herencia. Pero entonces aparecieron más investigadores en Helston, una docena o así, y llevaron con ellos al ayuda de cámara de Robert Percival quien, según Rose, podría reconocerlos tanto a ella como a William.

—¡Por Dios santo! —Penelope casi dio un salto—. ¿Y cómo escaparon? Porque doy por hecho que así fue...

Thomas asintió.

—Había visto a los investigadores sin que ellos me vieran a mí, y supe que disponíamos de un día de gracia, pues el primer día partieron en dirección equivocada. De manera que Rose y yo acordamos que debíamos venir a Londres, enfrentarnos aquí al desafío, y resolver el tema, teníamos que poner al descubierto el plan de Richard Percival, el asesinato de Robert y Corinne Percival, y así eliminar la amenaza sobre la vida de William.

—Vaya, vaya... ¿asesinato y amenaza sobre la vida de una persona?

Thomas se volvió hacia la puerta, abierta, y la corpulenta y oscura figura del hombre que se recortaba en el quicio. Nunca había visto a Stokes e, instintivamente, alargó una mano hacia el bastón para ponerse en pie, pero Stokes agitó una mano en el aire, indicándole que permaneciera sentado. Sus ojos grises y gélidos, la expresión acerada, estaban clavados en él.

Y sin alterar en absoluto sus facciones, Stokes inclinó la cabeza.

—Señor Glendower —se acercó al sillón—. Me parece que asesinato y amenaza es lo mío. Al parecer necesita de mis servicios.

Thomas observó a Stokes asentir a modo de saludo hacia Penelope y Adair y, con la naturalidad concedida por la familiaridad, se sentó en el sofá al lado de la mujer. Ni Adair ni Stokes habían hecho amago de estrechar la mano de Thomas, ni él lo había esperado.

—Antes de que prosiga con su relato —intervino Adair—, permítame resumirle a Stokes lo que sabemos hasta ahora.

Thomas asintió y escuchó el breve y sucinto relato con el que Adair resumía lo que él les había contado hasta ese momento.

Y mientras lo hacía, su esposa se levantó del sofá, tiró de la campana y, cuando el mayordomo acudió, pidió que les llevaran el té.

Hacía mucho tiempo que Thomas no tomaba el té en el salón de una casa de la nobleza. Al aceptar la taza de manos de Penelope, se sintió en cierto modo, cínicamente, divertido. Pero así era, en efecto, cómo se trataban los asuntos en los círculos a los que pertenecían los Adair, con el debido civismo.

Al término del resumen, Adair enarcó una ceja en dirección a Thomas, evidentemente preguntando si había omitido algo importante.

—Sí, eso es todo —Thomas asintió antes de desviar la mirada hacia Stokes—. Tras decidir venir a Londres y perseguir a Percival, Rose y yo cerramos la mansión, nos llevamos a los niños en la madrugada del día siguiente, nos dirigimos a Falmouth y, desde allí, conseguí pasaje para un barco que zarpaba con la marea de la tarde, en dirección a Southampton. Embarcamos y, tras un viaje sin incidentes y otro posterior en carruaje, llegamos a la capital hace varios días.

—¿De modo que Percival no sospecha que usted, Rose y los niños están en la ciudad? —preguntó Stokes.

—No puedo asegurarlo del todo —Thomas hizo una mueca—, pero desde que llegamos a

Falmouth, he tenido cuidado de proyectar una imagen totalmente inconsistente con las personas a quienes buscan los agentes —miró a Stokes a los ojos—. Soy bastante bueno ocultando identidades... sé qué máscaras utilizar.

El inspector soltó un bufido y sostuvo la mirada de Thomas.

—¿Y por qué ha venido aquí en concreto? —inclinó la cabeza—. ¿Por qué ha acudido a Adair?

Thomas titubeó, no muy seguro de si estaba pisando o no arenas movedizas. Pero ya había decidido mostrarse completamente sincero. Curiosamente, había descubierto que con la mayoría de las personas era lo más aconsejable.

—Porque soy consciente de que, independientemente de lo que pueda descubrir sobre Percival, sus motivos, sus acciones pasadas, y sus intenciones hacia William, por culpa de mi pasado no estoy en posición de hacer nada con esa información, no podré descubrir a Percival y eliminarlo como amenaza para Rose y los niños —sostuvo la acerada mirada de Stokes—. Y esa es mi intención, asegurarme de que Rose y los niños estén a salvo. Para conseguirlo... estoy dispuesto a entregarme, como el hombre que solía ser, a usted, a la ley —hizo una pausa—. Lo único que pido es que retrase mi arresto hasta que la amenaza de Percival haya sido neutralizada y Rose y los niños estén a salvo.

Stokes miró al hombre al que nunca pensó que vería cara a cara. Su mente trabajaba frenéticamente, haciendo juegos malabares. Miró de reojo a Adair, y descubrió a su amigo pendiente de él. ¡Menudo golpe de suerte!

Habían sido Adair y él quienes habían buscado el cadáver de Malcolm Sinclair, ellos quienes habían encontrado la carta que había dejado en la casa en la que había estado viviendo, ellos quienes habían seguido el rastro que les había dejado, y les había conducido hasta el asesino al que había dejado, maniatado, en el sótano para que ellos lo encontraran, ellos quienes, en definitiva, habían seguido sus indicaciones hasta el testamento que había escrito y depositado en el despacho de un abogado de Somerset... hacía muchos años.

Adair y él conocían el contenido de ese testamento. Adair había sido fundamental a la hora de asegurar que sus disposiciones fueran aceptadas. Para ello había tenido que acudir a varios de sus contactos entre la nobleza, reclutándolos para la causa, y ellos, todos sin excepción, habían ayudado. Porque era lo correcto.

Y Stokes había hecho su parte, reuniendo pruebas que apoyaran su declaración formal de que ningún hombre podría haber sobrevivido a la muerte que Sinclair había planeado para sí mismo, que había ejecutado sobre sí mismo. La declaración de Stokes a ese efecto, que el honorable Malcolm Sinclair estaba indiscutiblemente muerto, había sido crucial a la hora de permitir la apertura del testamento.

Tanto Stokes como Adair, y Penelope, que había conocido los detalles posteriormente, sabían hasta dónde había ido Malcolm Sinclair para compensar por completo, y más allá, por los pecados que, si bien involuntariamente, había cometido.

Volviendo a mirar al hombre que, aunque no estaba en plena forma, sí parecía bastante sano y, sin lugar a dudas, respiraba sentado en el sillón frente a él, Stokes se resistió a la urgencia de frotarse la cara con una mano. Lo último que necesitaba era intentar arrestar a un hombre que ya estaba muerto... pero no veía ningún motivo para explicárselo a Thomas Glendower. Todavía no.

—Muy bien — Stokes respiró hondo y asintió en dirección a Glendower—. Dejaremos el tema del arresto para más adelante, y nos centraremos en Richard Percival y sus andanzas. Lo primero que voy a necesitar es hablar con esa tal Rose... la señorita Heffernan. Así que, ¿dónde mantiene escondidos a la mujer y los niños?

—En el hotel Pevensey —contestó él sin dudar—. Estamos en la suite número 5.

El inspector enarcó las cejas.

—Buena elección —Adair asintió y, cuando Stokes lo miró, añadió—, allí no podrían estar más a salvo. En este caso, discreción equivale a protección.

—Entiendo —Stokes asintió y volvió a centrarse en Thomas—. En cuanto tenga la declaración de la señorita Heffernan confirmando los detalles que nos acaba de referir, tendré una base sólida para investigar —hizo una pausa—. Doy por hecho que hasta ahora no ha descubierto nada que nos pueda proporcionar alguna pista sobre la urgencia que tiene Percival por heredar.

—Eso es lo primero de mi lista —Thomas sacudió la cabeza.

—Puede que nosotros dispongamos de más recursos para eso —Adair intercambió una mirada con su esposa—. Montague, de Montague e hijos, trabaja de vez en cuando con nosotros en algún caso que pueda beneficiarse de su experiencia.

—¿Montague? —Thomas enarcó las cejas—. ¿El asesor financiero de los Cynster?

—Ese mismo —Adair asintió—. Él también se interesa por la investigación.

—Junto con su esposa, Violet —Penelope sonrió ante la expresión de estupefacción de Thomas, de nuevo una sonrisa acerada y férrea—. Nosotras: yo misma, la esposa de Stokes, Griselda y Violet, todas... —agitó una mano en el aire—. Nos implicamos en las investigaciones en función de las necesidades. Por ejemplo, yo iré a visitar a Rose y a los niños esta tarde, para hacerle saber que puede acudir a mí, o a cualquiera de las nosotras, si necesita ayuda de una naturaleza más doméstica.

Thomas reflexionó sobre la sorprendente revelación antes de inclinar la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Gracias.

Lo cual le hizo recibir una amplia sonrisa.

Desviando la mirada hacia Adair, él continuó.

—Ya he puesto a mi agente, Drayton, a investigar las finanzas de Percival. Pero, de momento, no ha conseguido llegar muy lejos, aunque estoy seguro de que los tentáculos de Montague serán más... extensos. Le daré instrucciones a Drayton para que contacte con la oficina de Montague —hizo una pausa—. La pericia de Drayton no se solapará por completo con la de Montague, trabajando juntos deberíamos tener una mejor oportunidad de descubrir cualquier secreto oculto en las finanzas de Percival.

—En un caso como este —Adair asintió y miró a Stokes—, casi seguro que el motivo estará ahí. El principal beneficio que obtendrá Percival de la herencia será el acceso al dinero, tanto directamente como a través de créditos del estado.

—Solo hay otro posible beneficio, y es el derivado del título mismo —Penelope frunció el ceño—. Y el único motivo por el que podría importarle sería si buscara contraer matrimonio, aunque no he oído nada al respecto —miró a Stokes y luego a Thomas—. Pero preguntaré a las personas que podrían saberlo con seguridad.

—Hazlo —el inspector asintió—, así podremos ir eliminando algún motivo. Mientras tanto, creo que yo podría poner a unos cuantos agentes y un sargento para que vigilen al señor Robert Percival —enarcó una ceja en dirección a Thomas—. ¿Alguna idea de dónde vive?

Thomas sacudió la cabeza.

—Da igual —Stokes se encogió de hombros—. Averiguarlo podría ser la primera tarea del sargento.

—Dado que al parecer William se interpone en el camino de la incuestionable intención de

Richard Percival de heredar —Adair asintió—, y dado que William está ahora en la ciudad, es importante, a varios niveles, que mantengamos a Percival vigilado de cerca —miró a Stokes a los ojos—. Puede que descubramos qué agencia de investigación ha contratado, lo que por lo menos nos proporcionará más testigos de sus actos en contra de Rose y William.

—Así es. Sería fundamental conseguir testigos de sus actos —el inspector frunció el ceño antes de continuar—. La otra acción inmediata que se me ocurre es intentar hablar con su abogado —volvió a enarcar una ceja en dirección a Thomas.

—Foley —les ilustró él—. De Gray's Inn. Rose no confía en él, pero realmente no lo conoce. Mi propio abogado asegura que Foley es de confianza, un tanto estricto en su conservadurismo, lo que podría explicar el rechazo que le inspira a Rose.

—Tendré que pedir una orden judicial para obligar a Foley a hablar de los asuntos de su cliente, pero, en cuanto haya hablado con Rose, debería tener suficiente motivo para pedir esa orden.

—Yo te acompañaré cuando vayas a ver a Foley —intervino Adair—. Aparte de querer hacerle algunas preguntas, puede que mi mera presencia ya sirva de algo.

Stokes gruñó en agradecimiento.

Thomas dejó la taza y el plato sobre la mesita junto al sillón.

—Otra cosa: sé que aún es pronto, pero si demostramos que Richard Percival ha estado persiguiendo a William, que, debido a algún apuro económico, tiene motivos para querer ver muerto al niño para poder heredar él, y si tenemos el testimonio de Rose sobre lo que le oyó decir cuatro años atrás en relación a su participación en la muerte de su hermano y su esposa... —Thomas miró sucesivamente a Adair, Penelope y Stokes a los ojos—. ¿Será suficiente?

Nadie se ofreció voluntariamente a contestar, de modo que Thomas continuó.

—Puede que seamos capaces de probar el motivo, pero, aparte del testimonio de Rose, hasta donde yo sé, no tenemos nada que demuestre con claridad que Richard Percival es culpable de ningún crimen. Y el testimonio de Rose podrá ser fácilmente refutado tratándose de una joven de veinticuatro años, rota de dolor, que cree oír... algo que Percival insistirá en que no dijo. ¿Qué juez o tribunal lo declarará culpable?

—Tendremos que buscar en Lincolnshire algún testigo que pueda asociarlo con los asesinatos del yate —Stokes hizo una mueca.

—Suponiendo que exista tal testigo —contestó Thomas con calma.

—Por desgracia —Adair soltó un suspiro—, tiene razón. Cuatro años después del suceso... la pista debe de estar muy fría.

—Pero —intervino Penelope—, si dejamos a un lado los asesinatos, el punto en el que debemos centrarnos de inmediato es en que William sigue interponiéndose en el camino de Richard Percival y lo que él quiere —miró a Thomas a los ojos—. William es el objetivo actual de Richard, y eso significa que, llegado el caso, podríamos utilizar a William como cebo para tenderle una trampa a Richard —abrió los ojos desmesuradamente—. Incluso podría ser la manera más rápida de reunir pruebas concluyentes contra Richard Percival.

—No —contestó Thomas con expresión decidida—. Jamás permitiré que William sea utilizado como cebo. Es inteligente y capaz, pero solo tiene nueve años.

Para su sorpresa, la mujer le sonrió con una cariñosa condescendencia.

—Por supuesto que no, William no estaría físicamente allí. Haríamos que pareciera que estaba allí, el objetivo de Percival, a su alcance —miró a Stokes—. Eso, en mi opinión, bastaría.

—No será tan fácil, pero —el inspector gruñó e inclinó la cabeza—, debo admitir que, en

cuanto hallamos reunido toda la información posible, quizás tengamos que recurrir a eso —miró a Thomas—. Si Percival está buscando al niño con tanto ahínco como parece, entonces el rumor de que William ha sido visto en un lugar concreto desde luego hará que se apresure a acudir allí.

—Es una especie de trampa, nunca la mejor manera de avanzar, pero estoy de acuerdo —Adair hizo una mueca—. Llegado el caso podría ser la solución. No deberíamos cerrarnos del todo a la posibilidad —miró a Thomas—. Si lo preparamos bien, podríamos demostrar que las intenciones de Percival son lo bastante claras, hasta el punto de que, junto con las demás pruebas, ningún juez pueda desestimar nuestro caso.

Thomas no pudo impedir que el rechazo a la idea le coloreara el rostro, pero, a regañadientes, asintió.

—De acuerdo. Procederemos como han dispuesto y, lo primero de todo, reuniremos toda la información posible sobre Percival y sus circunstancias.

Apoyándose en el bastón se puso en pie, seguido de los otros tres. Thomas los miró a los ojos antes de hacer una inclinación de cabeza.

—Gracias.

Los tres le devolvieron un asentimiento a modo de respuesta y, acompañándolo, se dirigieron al vestíbulo.

Tras confirmar la hora de la visita al hotel para hablar con Rose y los niños, Thomas estaba a punto de darse media vuelta cuando, para su sorpresa, Stokes le ofreció su mano.

—Hasta dentro de unas horas —se despidió.

—Eso es —ocultando su sorpresa, Thomas estrechó la mano del inspector.

En cuanto Thomas soltó la mano de Stokes, Adair también le ofreció la suya.

—Allí estaré, junto con Stokes, Penelope y, si lo conseguimos, Montague. Quizás quiera advertir a la señorita Heffernan y asegurarle de que no somos peligrosos.

—Por supuesto que no —Penelope frunció el ceño fulminando a su esposo con la mirada antes de volverse resplandeciente hacia Thomas y ofrecerle su mano.

Glendower la tomó con la delicadeza debida mientras ella advertía que Stokes descolgaba su sombrero del perchero.

—Stokes, si tuvieras un momento, tengo algo que quiero que le lleves a Griselda.

Stokes asintió y permaneció en el sitio.

Penelope retiró la mano y sonrió encantada a Thomas Glendower.

—Que tenga un buen día, señor Glendower, nos vemos esta tarde.

Con una última inclinación de cabeza, Glendower se volvió hacia la puerta y, con otro asentimiento hacia Mostyn que le sujetaba la puerta abierta, bajó renqueante los escalones.

Penelope siguió a su visitante con la mirada, y sin alterar su sonrisa, antes de indicarle a Mostyn con un gesto que cerrara la puerta.

Durante unos segundos se deleitó con la sensación de la excitación que se acumulaba en su interior ante un nuevo y fascinante caso, regodeándose en la anticipación.

—¿Qué quieres que le lleve a Griselda? —Stokes se volvió hacia ella.

—Ah, eso —ella parpadeó y regresó a la realidad—. Era mentira. Quería retenerte para asegurarme de que tanto tú como Barnaby tuvieseis claro quién es realmente el señor Thomas Glendower.

Barnaby apoyó los hombros contra el quicio de la puerta del salón, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió.

—¿Y bien? ¿Quién es?



—Él —Penelope agitó una mano en el aire—. Casi no sé por dónde empezar. Es conocido por ser un caballero extremadamente adinerado, pero muy solitario. Nunca aparece en público. Está claro que ahora ya sabemos por qué. Pero es el creador y gestor de un fondo para nuestra fundación: Foundling House, el fondo más grande de que disponemos, y que representa casi un tercio de nuestros ingresos. Ahí fue donde oí su nombre por primera vez. Después supe que ha hecho lo mismo con ese hospital nuevo al sur del río, y luego descubrí que es el creador de... — pasó a enumerar detalladamente todas las fundaciones e instituciones a las que aportaba dinero, levantando un dedo por cada obra de caridad. Terminó con una mano, pasó a la siguiente y volvió a empezar con los dedos de la primera mano otra vez—. Y es el mayor benefactor individual del Museo Británico —concluyó.

Tras un momento de aturdido silencio, Stokes miró a Barnaby.

—Supongo que ya sabemos a qué ha estado dedicando su tiempo durante estos últimos cinco años.

—Aparte de lo impresionante que resulta eso —Barnaby Adair abandonó su sonrisa de condescendencia y se apartó del quicio de la puerta enarcando una ceja—, me pregunto qué opinará Montague del señor Thomas Glendower.

—Esta noche podrás averiguarlo —afirmó Penelope—. Cena aquí, a las siete, caballeros. Enviaré una nota a Griselda y a Violet, además de a Montague, de modo que no os retraséis.

A las tres de la tarde, en respuesta a un suave golpe de nudillos, Thomas abrió la puerta de la suite y se hizo a un lado para dejar pasar a Penelope, Adair y Stokes, junto con un hombre vestido de manera muy conservadora y que Thomas supuso que sería el gran Montague.

Ya le había hablado a Rose de su anterior reunión y le había advertido de su visita. Ella esperaba sentada en uno de los sofás y, poniéndose en pie, se alisó con cierto nerviosismo las faldas.

Penelope Adair, en lo que Thomas sospechó era su habitual estilo directo, se acercó a Rose con una cálida y sincera sonrisa dibujada en el rostro.

—Es un placer conocerla, señorita Heffernan. Y debo decir lo endeudada que estoy con usted y con el señor Glendower —agitó una mano en dirección a Thomas— por proporcionarnos un caso tan apasionante. Yo, por lo menos, agradezco la distracción.

Rose clavó fugazmente la mirada en los ojos de Thomas, al otro lado de la habitación y, tomando la mano que la otra mujer le ofrecía, murmuró—: por favor, llámame Rose.

—Y, tal y como ya habrás supuesto —las sonrisa de Penelope se hizo más amplia—, yo soy Penelope Adair... Penelope.

Thomas cerró la puerta, pero no le hizo falta continuar con las presentaciones, pues Penelope se ocupó alegremente de ello. Seguidamente miró a los niños, que los contemplaban sentados en sendas sillas a la mesa junto a la ventana en el rincón más alejado de la habitación.

—Y estos deben de ser...

Por fin, Penelope se detuvo y miró a Thomas.

—Permítanme que les presente —se ofreció él. Ante un gesto con la mano para que se acercaran, los niños, claramente curiosos, obedecieron prestos—. La señorita Pippin y el señor Homer.

Pippin les ofreció una torpe reverencia, pero la inclinación de Homer fue más firme.

—¿Estabais ocupados con vuestras lecciones? —Penelope les sonrió resplandeciente.

—Sí, señora —contestaron los dos al unísono.

—Eso es —Rose empujó a los niños de vuelta a los libros—. Thomas y yo les hemos prometido jugar con ellos después, en cuanto terminen.

La mención de la recompensa hizo que los niños volvieran a acomodarse ante la mesa.

Volviéndose hacia Rose, Penelope enarcó una ceja.

Con un gesto de la mano, Rose la invitó a que se sentara a su lado en el sofá, y mientras su visitante soltaba el sombrero y el bolso, y los caballeros se acomodaban en los sillones y en el otro sofá, les ofreció una primera explicación.

—Pensamos que lo mejor sería que siguieran utilizando los apodosos que eligieron hace cuatro años, cuando abandonamos Seddington Grange —miró a Stokes a los ojos—. Utilizar sus verdaderos nombres podría ser peligroso, y están muy cómodos con esos apodosos.

El inspector asintió mientras sacaba un cuaderno negro del bolsillo de su abrigo.

—No se conseguiría ningún beneficio con volver ya a los nombres anteriores —miró brevemente a todos los presentes y, por último, a Rose—. Si no le importa, señorita Heffernan...

—Por favor, solo Rose —ella sonrió con ironía—. Yo también me siento más cómoda ya con ese nombre.

Stokes asintió con una expresión tranquilizadora en la mirada.

—Rose. Me gustaría repasar los detalles de lo que sucedió hace cuatro años en Lincolnshire, pero sería de gran ayuda que comenzáramos desde algo antes... desde el matrimonio de tu madre con Robert Percival, cuando te trasladaste a vivir a Seddington Grange.

Rose enarcó las cejas fugazmente. Entendía por qué Thomas había elegido dar ese paso y, aunque aún no comprendía plenamente las ramificaciones, sí se daba cuenta de que asegurarse el apoyo de Stokes, Adair y Montague, era fundamental. Así pues asintió y echó la mente atrás en el tiempo.

—Yo tenía quince años cuando mi padre murió de unas fiebres, y diecinueve cuando mi madre se volvió a casar. Robert la estuvo cortejando durante varios meses, y yo me sentía a gusto con él. Era un hombre amable, atento, y yo me alegré de que mamá hubiese encontrado a alguien que se preocupara realmente por ella.

—De manera que su matrimonio no te disgustó.

—En absoluto. Sentí alivio —ella hizo una pausa antes de continuar—. Mamá no era fuerte físicamente, de modo que la aparición de Robert, y que se empeñara en acogernos bajo su amparo fue, bajo mi punto de vista, una feliz circunstancia.

—Diecinueve —repitió Penelope—. ¿Hiciste tu presentación en sociedad?

—Al año siguiente —Rose miró a la otra mujer y asintió—. Celebré dos temporadas, pero... —sus labios dibujaron una mueca—. Se podría decir que no lo conseguí —desvió la mirada hacia Stokes—. Pero entonces nació William, y mamá no se recuperó del todo. Yo la ayudaba con los cuidados del niño y, debo admitir, no era muy aficionada a las fiestas de la nobleza, a la temporada de baile, el mercado del matrimonio y todo lo demás. Utilicé la obligación de cuidar del niño, y luego de Alice, como excusa para evitar las reuniones sociales.

—Así pues —intervino Stokes—, ¿podría decirse que en el momento del accidente tú, los niños, tu madre y tu padrastro vivíais felices y contentos, sin acritud ni tensiones?

—Eso es —contestó Rose con firmeza—. Así nos sentíamos, y de repente... ya no estaban —le había resultado más sencillo contárselo a Thomas, pues no había tenido que referirle los detalles, no había tenido que revivir los recuerdos, devolviéndolos a la vida en su cabeza. Respiro hondo y, por suerte, Stokes no la urgió a continuar, pero ella sabía bien lo que el inspector necesitaba

saber—. Mamá seguía débil y a menudo pasaba el día entero tumbada. Pero la mañana que se fueron, ella tenía uno de sus días buenos, y a Robert se le ocurrió llevársela a pasar el día fuera, pues el aire fresco siempre le sentaba bien. Así pues, pidieron que en la cocina les prepararan un pícnic y nosotros tres —Rose señaló con la cabeza hacia los niños— les despedimos desde los escalones agitando una mano en el aire. Robert conducía la calesa y mamá reía, feliz.

Rose miró a Stokes que, con la cabeza agachada, estaba garabateando en su cuaderno.

—¿Cuándo te diste cuenta de que algo no iba bien? —preguntó él sin levantar la vista del cuaderno.

—Cuando no regresaron para la cena —ella hizo una pausa, recordando—. Fisk, el mayordomo, envió a un hombre hasta Grimsby. Robert había mencionado que irían en esa dirección.

—¿Y...? —la pregunta fue formulada por Penelope.

—No supimos nada hasta el día siguiente —Rose respiró hondo, entrecortadamente, y sacudió la cabeza—. Hacia las once de la mañana, el jefe de la policía de Grimsby llegó con la noticia. Unos pescadores que salían a faenar aquella mañana habían avistado el yate, y encontrado los cuerpos —levantó la vista y le imprimió más fuerza a su voz—. En ese mismo instante supe que algo no cuadraba, que, al menos, mamá no podría haberse ahogado, pues ni siquiera se habría subido al yate, pero... —respiró hondo una vez más—, tenía que ocuparme de William y de Alice —desvió fugazmente la mirada a los dos niños que, con las cabezas inclinadas, estaban ocupados con sus lecciones, y lo bastante lejos como para no oír nada—. No lo entendían, no muy bien, pero de algún modo supieron que no volverían a ver a sus padres nunca más, que se habían ido para siempre y estaban... desconsolados —hizo una pausa y, apretando las manos tomó aire—. Fueron unos días muy difíciles.

Un tremendo eufemismo. Rose había estado batallando con su propio dolor, agravada por su confusión, y teniendo que ocuparse de Alice, quien con tan solo dos años había sufrido una rabieta histérica. Rose apartó los recuerdos de su mente. Sintió las manos de Penelope apretando brevemente las suyas y le dedicó una débil sonrisa.

—¿Qué pasó con la calesa?

Lo había preguntado Adair. La pregunta le ayudó a Rose a volver a centrarse.

—La encontraron en el cabo, pero como el caballo vagaba sin rumbo fijo, no tenemos ni idea de dónde se detuvieron exactamente. Eso sí, se habían comido el pícnic.

—¿Alguien los vio zarpar en el barco? —preguntó Adair.

Rose sacudió la cabeza.

—Aunque no era extraño. Si salieron por la tarde, los pescadores ya estarían todos en alta mar y, al regresar por la tarde, quizás no vieran el yate zozobrado.

—Entonces —el inspector repasó sus notas—, lo siguiente fue el entierro —miró a Rose—. ¿Algo que destacar del servicio o la vigilia?

Ella hizo memoria y sacudió de nuevo la cabeza.

—No. Todo resultó muy sombrío. Nadie esperaba que murieran tan jóvenes. Todo el mundo estaba en estado de shock. Los dos eran muy queridos y, por supuesto, Robert había vivido allí toda su vida.

—¿Quién asistió por parte de la familia?

—Los Percival, Richard, hermano de Robert, y el tío de Robert, Marmaduke junto a su hijo, Roger Percival. Aparte de ellos había muchos parientes y primos lejanos, pero —Rose se encogió de hombros—, nadie a quien yo conociera realmente. Ninguno que decidiera quedarse en la casa,

salvo Richard y Marmaduke.

—Y el que ellos dos se quedaran tenía sentido —observó Thomas con calma—. Richard y Marmaduke eran los cotutores de William y Alice. Aunque Richard fue nombrado tutor principal, Marmaduke y él tendrían cosas que organizar y decisiones que tomar.

Stokes seguía tomando notas mientras asentía, y antes de mirar a Rose.

—Cuéntame qué hiciste después de que se hubieran marchado los invitados, con tantos detalles como consigas recordar.

Ella se irguió y levantó la cabeza, regresando de nuevo a aquel día.

—Pasé las siguientes horas con los pequeños en el cuarto de los niños. No sé quién se quedó a cenar, yo permanecí con los niños y no bajé. Después... me sentía intranquila. Era ya de noche, aunque no demasiado tarde, de modo que pensé en ponerme a escribir a los amigos lejanos de mamá, para informarles de su muerte —tragó nerviosamente y continuó—. Ella guardaba una libreta de direcciones en el cajón de un escritorio en la habitación que llamaban «estudio». Era una estancia contigua al saloncito. Robert nunca la utilizaba como estudio, prefería la biblioteca, porque cualquier conversación mantenida en el estudio sería fácilmente oída en el salón, porque las dos habitaciones compartían chimenea. Yo entré en el salón y me dirigía al estudio cuando oí voces... que salían de la chimenea —miró a Stokes a los ojos—. Provenientes del estudio...

El inspector asintió para animarla a continuar.

—La chimenea distorsionaba las voces, pero solo ligeramente, y lo oí todo claramente —respiró hondo—. Oí a Richard afirmar que él... —tuvo que parpadear y estabilizar su voz al recordar lo que había oído aquella noche—. Dijo que los había matado, a mamá y a Robert. Presumía de lo bien que lo había hecho para conseguir que pareciera un accidente, para que pareciera que se habían ahogado. Explicó detalladamente cómo había envuelto sus cuerpos con las velas para asegurarse de que fueran encontrados... —hizo una pausa y miró a Thomas—. En su momento no entendí el significado de aquello, pero ahora sí. Necesitaba que se encontraran los cuerpos, de lo contrario habría tenido que esperar siete años hasta que Robert fuera declarado muerto.

—Regresemos al momento —Stokes agitó el lápiz en el aire—, cuéntame exactamente qué oíste, exactamente qué hiciste.

—Si se me permite —interrumpió Adair, mirando a Rose—. ¿Con quién estaba hablando Percival?

—No lo sé —ella hizo una mueca—, pero habían llegado varios amigos desde la ciudad para asistir al entierro. Dado que no me reuní con ellos para cenar, no sé quién se quedó.

—Regresemos al momento —insistió el inspector y, cuando Rose lo miró, echó una ojeada al cuaderno—. Oíste a Richard alardear de haberse asegurado de que los cuerpos fueran encontrados envolviéndolos en las velas. ¿Y luego qué?

—Luego —contestó ella, las palabras resonando claramente en su cabeza a través de los años —, dijo que lo único que le quedaba por hacer era eliminar a William, esas fueron sus palabras exactas, eliminar, y así conseguiría la herencia, y su idea era hacerlo lo antes posible. Su amigo, quienquiera que fuera, soltó una carcajada y le deseó buena suerte —Rose observó a Stokes—. Para abandonar el estudio tenían que pasar por el salón. Y yo no podía arriesgarme a ser encontrada allí. Me di la vuelta y me marché en silencio. Dado que ninguno vino a por mí, supongo que nunca supieron que yo había estado allí, que lo había oído todo.

Stokes, que no había dejado de garabatear, levantó un dedo en el aire. Luego alzó también el lápiz y la miró.

—¿Cómo de bien conocías a Richard Percival?

—Pues lo cierto es que nada bien. Mamá me advirtió contra él y Robert, que estaba presente, estuvo de acuerdo, y con bastante convicción. En su momento yo supuse que me advertían porque me creían muy impresionable y capaz de sucumbir a sus encantos, o algo así. Era un famoso mujeriego. Pero haciendo memoria, pienso que, quizás, se trató de una advertencia más general —frunció el ceño y miró a Stokes—. En cualquier caso, dado que yo vivía con ellos no vi motivo alguno, ni sentía inclinación alguna, de contravenir sus consejos, nunca pasé mucho tiempo con Richard, ni en las reuniones familiares, ni en las sociales. En su honor diré que él nunca dio muestras de fijarse en mí.

Thomas frunció el ceño, su instinto advirtiéndole de algo, pero Stokes se adelantó con otra pregunta.

—Teniendo en cuenta lo poco que lo conocías, ¿estás segura de que fue a él a quien oíste hablar? No lo viste, y tú misma has dicho que la chimenea distorsionaba su voz.

En su honor, Rose dedicó unos momentos a reconsiderarlo antes de contestar.

—Eso es verdad, pero la distorsión no es tan grande como para disfrazar una voz. Por ejemplo, no habría confundido a Marmaduke con Richard y, como he dicho, los únicos miembros de la familia que habían decidido quedarse a pasar la noche en la casa eran Richard y Marmaduke. Y también, por supuesto, siendo el hermano de Robert, será Richard quien herede a William. Y teniendo en cuenta lo que oí, que lo único que le quedaba por hacer era eliminar a William para heredarlo todo... —Rose enarcó las cejas en dirección a Stokes—. Solo Richard podría haberlo dicho.

La expresión de Stokes se aclaró y sonrió con una satisfacción casi feroz.

—Esa es la respuesta perfecta. Solo Richard Percival podría haber pronunciado esas palabras —asintió—. Entonces, y a partir de ahora no hace falta que entres tanto en detalles pues ya te pediré más información si la necesito, cuéntame qué hiciste a continuación.

Rose se lo contó todo. Thomas la escuchó describir su huida de Seddington Grange y el viaje a través de la campiña con los niños, tal y como ya se lo había relatado a él.

Concluida la declaración, Stokes cerró el cuaderno.

—Ya está. Es un buen comienzo y —miró a los demás—, puedo confirmar que Richard Percival vive en una casa adosada en la calle Hertford, en el lado este. Tengo a tres hombres vigilando la casa, y tienen orden de mantenerlo bajo vigilancia y de seguirlo si se marcha a alguna parte.

Rose se mostró visiblemente aliviada.

Llegó el turno de Montague de preguntar, y empezó por verificar a los miembros de la familia Percival: Richard, Marmaduke y su hijo, Roger, todos los cuales vivían en Londres. Montague fijó la mirada en Thomas.

—Ya tengo a mi gente husmeando entre las finanzas de Richard Percival, pero tengo entendido que también ha realizado algunas gestiones en ese aspecto, ¿es así?

Thomas asintió.

Stokes y Adair habían unido sus cabezas para trabajar en los detalles de cómo abordar al abogado de la familia Percival, Foley. Al oír la pregunta de Montague, Adair levantó la vista.

—Quizás podamos añadir algo después de hablar con Foley. Intentaremos saber todo lo posible sobre quién lleva las riendas de la herencia —continuó explicándole los detalles a Montague—. El hombre de Glendower ya ha confirmado que la herencia parecer seguir intacta, de modo que si Richard Percival va tras el dinero, el hecho de que no haya podido tocar la herencia sugiere que alguien, podría ser Marmaduke Percival, seguramente ayudado por el propio Foley, se está

resistiendo a sus intentos —Adair miró a Thomas—. Si somos capaces de confirmar este extremo, estaremos bien encaminados para apoyar nuestro móvil.

—Y eso también explicaría por qué Percival está tan obsesionado con encontrar a su sobrino desaparecido —Stokes emitió un gruñido—. Si no puede convencer a los demás ejecutores para que liberen los fondos, entonces necesita a William muerto y que su cuerpo sea encontrado.

—Exactamente —Adair asintió.

—Daré instrucciones a mi agente, Drayton, de la calle Threadneedle —Thomas miró a Montague— para que le envíe todos los informes. Será mejor aunar todos nuestros esfuerzos y no trabajar en paralelo y, quizás, perder un tiempo precioso.

—Desde luego —Montague inclinó la cabeza—. Será un honor trabajar con el señor Drayton —miró a los demás—. Tal y como están las cosas, investigar a fondo las finanzas de un caballero como Percival llevará varios días.

Thomas se había fijado en que Rose había estado hablando con Penelope. Por la dirección de las miradas de las dos damas, los niños y su bienestar debía ser el tema de discusión. Y, en efecto, en cuanto los hombres dejaron de hablar, Penelope se volvió hacia ellos.

Rose y yo hemos estado hablando de la dificultad de mantener a los niños constantemente encerrados en estas habitaciones. Si bien es obvio que no podemos arriesgarnos a sacarlos a dar un paseo, me preguntaba si podríamos utilizar mi carruaje.

Mientras hablaba tenía la mirada fija en su esposo.

El cual enarcó las cejas.

—El carruaje, junto con los guardaespaldas, está a tu disposición.

—Espléndido —Penelope sonrió feliz y miró a Rose—. Será completamente seguro, traeré a los tres guardaespaldas. Quizás, si vengo mañana —miró a los niños por encima del hombro—, y sospecho que para entonces esos dos ya se estarán subiendo por las paredes, podríamos llevarlos a dar un paseo por la ciudad, parándonos las veces que nos apetezca cuando algo les llame la atención y luego, simplemente, reanudaremos la marcha —desvió la mirada hacia Thomas—, vigilados constantemente, todo el tiempo.

Thomas no estaba del todo convencido de la conveniencia de la excursión, pero una rápida mirada le confirmó que Stokes, Adair y Montague también, confiaban plenamente en la seguridad mostrada por Penelope.

También había oído suficientes fragmentos de la conversación para darse cuenta de que Rose se mostraba más relajada en la exuberante presencia de Penelope, y solo podía agradecerle a la esposa de Adair su generosa amistad y apoyo... de modo que mantuvo la boca cerrada e ignoró el sentido protector que le oprimía, como unas tenazas, el pecho.

Una sensación que, hasta hacía unas semanas, jamás había experimentado.

Una vez que todos se mostraron satisfechos, todas las preguntas inmediatas respondidas y los siguientes pasos definidos, los demás se levantaron preparados para marcharse.

El inspector fue el primero en irse, seguido de Montague. Mientras Rose se despedía de Penelope, Adair se volvió hacia Thomas y sonrió.

—Son guardaespaldas de verdad. El cochero, el mozo de cuadras y el lacayo. Los investigué personalmente.

Thomas leyó el mensaje emitido por los ojos azules que le sostenían la mirada y rápidamente lo interpretó.

—¿Su esposa corre peligro a menudo?

—Demasiado a menudo para mi gusto —Adair contempló a la dama en cuestión—. Pero si no

lo hiciera, no sería Penelope —se encogió de hombros y mientras volvía a sostener la mirada de Thomas, se despidió—. Le haremos saber lo que hayamos averiguado.

Thomas inclinó la cabeza y observó al hombre despedirse de Rose con una sonrisa, antes de agarrar a su esposa del codo y conducirla hacia la puerta.

Sin dejar de sonreír, Rose la abrió y la cerró a sus espaldas. Volviéndose, clavó su mirada en los ojos de Thomas y suspiró aliviado. La sonrisa se convirtió en una expresión de gratitud.

—Ha ido mejor de lo esperado.

—Esa mujer te ha gustado —él dudó antes de asentir hacia la puerta.

No era una pregunta, al menos no lo había parecido.

—Es la hija de un vizconde, pero se implica en las investigaciones y realiza toda clase de actividades, es traductora de lenguas clásicas, y Adair y ella tienen un hijo, un bebé —Rose hizo una pausa, desviando su atención hacia los niños—. Creo que pasar más tiempo con ella —musitó — solo puede hacernos bien a los niños y a mí.

## Capítulo 10

—Thomas Glendower es una especie de leyenda —aquella noche, sentado a la mesa del comedor de la calle Albemarle, Montague informaba a los demás comensales—. Gestiona incontables fondos, todos los cuales benefician a diversas obras de caridad, pero, aparte de una empresa filantrópica de tamaño envergadura, en lo que destaca es en su especial habilidad para hacer crecer el dinero de esos fondos. Literalmente. No hay nadie como él.

—¿Y cómo lo hace? —preguntó Violet, la esposa de Montague—. Doy por hecho que estamos hablando de transacciones legales...

—Así es, completamente legal y en regla. Sus acciones están abiertas a un escrutinio público y muchos agentes financieros, y todos los inversores aplicados, analizan los negocios que hace, pero no es ahí donde reside su genialidad. Tiene olfato, sabe cuándo invertir en una empresa, y cuándo vender. Nunca conserva mucho tiempo sus inversiones, solo ocasionalmente, y si lo hace es por un buen motivo. Es absolutamente brillante y, lo admito, como sin duda harán muchos de mis pares, gestiono un fondo en mi oficina que opera imitando sus movimientos financieros. Es el fondo de más éxito que he gestionado nunca, pero, como siempre nos movemos cuando él ya lo ha hecho, nunca ganamos tanto como él.

Barnaby intercambió una mirada con Stokes antes de centrarse de nuevo en Montague.

—¿Recuerdas que, hace unos años, me pediste información sobre un tal Malcolm Sinclair? Tenía algo que ver con unas inversiones en ferrocarriles.

—Ah, sí —Montague abrió los ojos desmesuradamente al recordar—. Un inversor muy astuto, pero, si no recuerdo mal, tenía un lado oscuro. Totalmente carente de moralidad, y se le había asociado con varios negocios cuestionables.

—Eso es —Barnaby titubeó antes de continuar—. Thomas Glendower es Malcolm Sinclair.

Montague lo miró perplejo.

—No... —su expresión se quedó en blanco y, pasados unos segundos, murmuró con voz distante—: ¡Claro! —parpadeó y sacudió la cabeza—. Debería haberme dado cuenta, no es exactamente la misma mano, y el contexto es diferente, pero tiene la misma... sensibilidad innata, la misma mente brillantemente incisiva —Montague miró de Barnaby a Stokes—. No estoy seguro de entenderlo —frunció el ceño—. ¿Cómo va a salir todo esto? Me refiero a lo de que le ayudemos.

—No es un asunto completamente claro, pero... —el inspector hizo una mueca y miró a Barnaby—. Nosotros —desvió la mirada hacia Penelope y Griselda, incluyéndolas en la decisión—, hemos llegado a la conclusión de que no se ganaría nada si, básicamente, resucitamos a Malcolm Sinclair junto a sus delitos del pasado, porque solo conseguiríamos provocar una incertidumbre y un alboroto inaudito, y seguramente grandes pérdidas financieras para los que se beneficiaron de su testamento, incluyendo las restituciones que llevamos a cabo cuando murió.



—¿Murió? —Montague seguía perplejo—. ¿Ese hombre murió?

Barnaby se lo explicó, con la ayuda de Stokes y los comentarios de Penelope a la disertación algo escueta de su esposo. Penelope interrumpió para dejar clara la conexión que existía entre Sinclair y Barnaby y los amigos de Penelope, Charles y Sarah Morwellan, convertidos en el conde y la condesa de Meredith, y cómo, por medio de esa asociación, Sinclair había comprendido lo mal que había actuado y había buscado restituir todo, antes de organizar su propia muerte. Barnaby reclamó el protagonismo para describir el puente sobre las cascadas en Will's Neck, Somerset, el lugar que Sinclair había elegido para su fallecimiento.

—Por tanto, como puedes ver, es verdaderamente un milagro que sobreviviera, y mucho más que se recuperara lo suficiente como para poder caminar, hablar y ayudar a alguien.

Después de un rato, Stokes se inclinó hacia delante y reclamó la atención de los demás.

—Malcolm Sinclair está oficialmente muerto —puntualizó tras mirar a todos los presentes—, y el hombre que tenemos ahora ante nosotros es Thomas Glendower. Es a él a quien habrá que juzgar.

—Y tú ya has visto sus heridas —Barnaby miró a Montague a los ojos—. Ha pagado un elevado precio en forma de dolor, y me atrevería a suponer que sigue pagando ese precio simplemente por seguir vivo cada día.

—Realmente es increíble que siga vivo —Penelope miró a los demás.

—Resulta casi un sacrilegio afirmarlo, pero en esta ocasión parece tener a los ángeles de su parte —Stokes asintió—, ¿y quiénes somos nosotros para ir en contra de todo eso?

—Y —continuó Penelope—, está más que claro que no está haciendo esto en su propio beneficio, sino simplemente para ayudar a Rose y a los niños. En esta ocasión su intención es totalmente altruista. Él, personalmente, no tiene nada que ganar —hizo una pausa y su rostro se iluminó—. Al menos nada económico que ganar.

Barnaby le dedicó una mirada cargada de cinismo y dio unos golpecitos en la mesa con el mango del cuchillo. Conseguida la atención de todos, se dispuso a hablar.

—Deberíamos hablar del asunto, y decidir si hay algo más que podamos hacer para ir más allá de lo inicialmente planeado.

Se presentaron y discutieron las debidas apreciaciones, pero, al final, el consenso fue esperar el resultado de las primeras pesquisas que se llevarían a cabo al día siguiente.

Penelope fue la única en añadir algo al programa previsto.

—Las grandes damas, al menos aquellas a las que consulto en general, se han retirado a Somersham para disfrutar de un descanso de mitad de temporada, pero me encargaré de encontrar a alguien que pueda contarme lo que se sepa de Richard Percival —hizo una mueca—. Nunca me interesó demasiado, de manera que, personalmente, no sé nada de él.

—Sí, pregunta —el inspector asintió—. Nunca se sabe, y tú ya has conseguido información de utilidad de esas fuentes en otras ocasiones.

Todos se levantaron para dirigirse al salón. En cuanto estuvieron acomodados tomando el té, Stokes, que llevaba un rato con el ceño fruncido, habló.

—No puedo evitar pensar que, a pesar de lo claro que parece este caso, debemos ejercitar algún grado de ingenuidad para atrapar a Richard Percival de manera que no vuelva a tener la posibilidad de suponer una verdadera amenaza para ese niño.

Barnaby hizo una mueca, aunque no contradijo a su amigo. Los demás, absortos en reflexiones sobre el caso, murmuraron asentimientos.

Tras despedir a todos los invitados, Barnaby entrelazó los dedos de una mano con los de su

esposa y, juntos, subieron las escaleras.

Y, como siempre hacían, se dirigieron al cuarto del niño. Apoyado contra el marco de la puerta, Adair observó a Penelope inclinarse sobre su hijo, que dormía. Tras arroparle con la sábana con delicadeza, le besó su rubia cabecita y, tras erguirse, bajó la intensidad de la luz de la lámpara y regresó junto a su esposo.

Salieron de nuevo al pasillo y él cerró la puerta antes de hacer una pausa y mirar a su esposa, que, sintiendo la mirada, levantó al fin la vista.

Brevemente, buscó sus ojos antes de enarcar una ceja.

—Mañana —comenzó Barnaby con voz suave—, cuando vayas de paseo con Rose y los niños, tendrás mucho cuidado, ¿verdad?

«Cuidado por ti porque, para mí, eres el ser más importante del mundo, y para nuestro hijo también».

Penelope oyó claramente las palabras que su esposo no pronunció. Sonrió, posó una mano sobre su mejilla, se puso de puntillas y lo besó dulcemente. Tomándolo de la mano tiró de él de vuelta a las escaleras, a su dormitorio.

—Por supuesto que lo tendré —ella lo miró de reojo y sonrió, la confianza personificada—. Aparte de la visible presencia de mis guardaespaldas, de los tres, llevo mi encantadora y pequeña derringer conmigo.

Barnaby sonrió, pero para sus adentros sacudió la cabeza, y le permitió que lo arrastrara hasta la cama.

Más tarde, esa misma noche, instalados con seguridad en el comfortable lujo del hotel Pevensy, Rose echó un último vistazo a los niños y, viendo que dormían plácidamente, se dirigió al saloncito, se detuvo para bajar la luz de la lámpara y continuó hasta el dormitorio más grande, que compartía con Thomas.

Él había dejado la puerta abierta y, al entrar, ella la cerró. Thomas ya se estaba desvistiendo, dejando primero el abrigo y luego el chaleco, sobre la repisa a su lado de la cama.

Rose se llevó las manos a los cabellos y comenzó a quitarse las horquillas mientras se dirigía al tocador. Dejó las horquillas y contempló la mata de pelo, que había caído en cascada sobre su espalda. Antes de tomar el cepillo para cepillarse la reluciente mata, titubeó y, como solía hacer, se volvió y, decidida, cruzó la estancia hasta Thomas.

Entretenido desabrochándose los botones de los puños, él la vio acercarse y se detuvo. Bajó las manos y se irguió.

Ella no se detuvo hasta estar prácticamente pecho contra pecho, su corpiño rozando la delicada tela de la camisa de Thomas. Lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Qué hiciste para ganarte el apoyo de Adair, y Stokes, y sus ayudantes?

No habían tenido ocasión de hablar de ello, pero ella lo conocía bien, y tenía una idea bastante precisa de cómo funcionaban las cosas como para dudar de que simplemente hubiera pedido ayuda y se la hubieran concedido.

Thomas la miró a los ojos, el color marrón más intenso que de costumbre. Titubeó, indeciso y, como de costumbre, cuestionándose qué debería hacer, en qué dirección debería encaminarse, cuánto debería contar, pero...

Siempre había sido sincero con ella, había jurado en su altar privado, jamás mentirle ni engañarla.

—Yo... me ofrecí a entregarme, como el hombre que solía ser, para ser juzgado por los crímenes que cometí en el pasado, a cambio de su ayuda para proteger a William y devolverle con seguridad a la posición a la que tiene derecho.

—¿Ya conocías a Stokes de... antes? —ella le sostuvo la mirada mientras asimilaba las palabras.

—Conocía a Adair —él sacudió la cabeza—, entonces no estaba casado. Estuvo en Somerset, Charlie Morwellan le pidió que investigara los extraños sucesos en los que yo había estado implicado. Los que yo provoqué. Adair era, incluso entonces, conocido como una especie de investigador. Posteriormente, supe que durante los años que siguieron, Adair y Stokes habían establecido una relación laboral. Por lo que he conseguido averiguar, Adair, al final le pidió a Stokes que acudiera a Somerset, de modo que el inspector lo sabe todo sobre las andanzas de... el hombre que yo solía ser —clavó su mirada en la de Rose e hizo una pausa antes de continuar—. Stokes comprendió lo que le estaba ofreciendo. Él y Adair aceptaron.

Rose no sabía qué hacer, cómo reaccionar. Tenía la sensación de que se le había parado el corazón. Pero no, aún latía, aunque... debía asegurarse.

—Entonces, en cuanto Richard sea descubierto y desaparezca la amenaza contra William, tú, Thomas Glendower, ¿sencillamente dejarás de existir?

—En pocas palabras, sí —él la miró a los ojos y asintió—. Así será.

Ella lo miró fijamente. Tenía ganas de gritarle, de preguntarle cómo había podido hacer algo así, poner en marcha el contador sobre la existencia del hombre al que había llegado a amar, el hombre que había despertado su corazón, la había conmovido, y a quien se había entregado en cuerpo y alma... pero ya conocía la respuesta.

Él no intentó interrumpir el momento ni evitar su escrutinio.

Por fin, y viendo la verdad con toda claridad en sus ojos, Rose respiró hondo.

—Y ahora vas a decirme que tengo que aceptar esto —«el sacrificio que tú has elegido hacer»—, con naturalidad. ¿A que sí?

La expresión de Thomas había permanecido durante todo el rato impasible, sería aunque inquebrantable, pero el comentario de Rose le llegó al alma y sus labios temblaron ligeramente. Miró a un lado, pero rápidamente volvió a sus ojos mientras agachaba un poco la cabeza.

—Ya supuse que se produciría esta discusión.

De eso no le cabía duda a Rose, que consiguió no fulminarlo con la mirada. Tras otro prolongado momento perdido en sus ojos, volvió a respirar hondo.

—Muy bien. Pero quiero que entiendas una cosa —su voz se hizo más fuerte, su mirada volvió a atrapar la de Thomas—. No renunciaré a ti, ni a lo que ha surgido entre nosotros, sin pelear.

Él frunció el ceño, pero Rose levantó una mano en el aire y no le permitió hablar.

—No. No tienes ningún derecho a discutirlo, ni a intentar influir en mí. Del mismo modo que yo debo aceptar tu decisión, sabiendo como sé que consideras la salvación de William una especie de penitencia final, y por tanto te entregas a las autoridades para lograrlo, y como parte de la misma acción, tú también debes aceptar que yo tengo derecho a tomar mi propia decisión.

Ella le sostuvo la mirada y continuó.

—No hay nada que puedas decir que me evite rezar para que, pase lo que pase, seas salvado. Nada que puedas hacer para impedirme vivir cada día según venga, y amarte cada instante. Nada que puedas decir que me impida esperarte, que me impida ser tuya, aunque tenga que esperar hasta la eternidad para volver a estar contigo.

Thomas no dudó ni un instante en hablar desde el corazón.

—Ojalá hubiera algún modo —sus manos se encontraron y él le apretó delicadamente las suyas—. Por tu bien, es lo que deseo.

—Eso lo puedo aceptar —Rose buscó sus ojos e inclinó la cabeza—. Pero no cambia nada.

—Al parecer somos una pareja —Thomas la observó detenidamente y respiró entrecortadamente.

«Una pareja maldita».

Rose oyó las palabras no pronunciadas, pero no había batallado contra todas las dificultades de su vida para quedar reducida a la trágica heroína.

—Lo somos, y hasta que ruede el último dado, hasta que se detenga, no sabremos qué saldrá, no sabremos cuál será el resultado final.

Él enarcó levemente las cejas, pero no dijo nada.

—Así pues....

Rose no esperó a que se mostrara de acuerdo y se soltó las manos, colocándolas sobre el pecho de Thomas, las deslizó hacia arriba, sintiendo los firmes músculos bajo sus dedos, las cicatrices del hombro derecho contraerse y tensarse. Dio un paso al frente, a sus brazos, pecho contra pecho, y le rodeó la nuca con una mano.

Él la abrazó y le permitió que tirara de su cabeza hacia abajo.

—Solo me queda agradecerte, adecuadamente, tu sacrificio —susurró ella justo antes de que sus labios se fundieran.

Rose lo besó antes de hacerle llegar una inconfundible invitación, una que Thomas aceptó de inmediato, solo para descubrir lo mucho que la necesitaba, que la deseaba.

Los eventos del día también le habían afectado a él. Su mente racional contemplaba su sacrificio, retrasado aunque al fin realizado, como algo inevitable, de lo cual era imposible escapar, pero una parte de él, enterrada más profundamente, esa parte que Rose desenterraba sin ningún esfuerzo, clamaba contra la decisión y todo lo que implicaría.

Ella se apartó de sus brazos, se desnudó, a sí misma y a él... y él se lo permitió.

Rose lo condujo hasta la cama, y él fue, tan hambriento como ella, tan necesitado del calor, el consuelo y la cercanía inexpresable.

Esa cercanía, esa auténtica intimidad, lo conmovió, lo sacudió, lo sujetó, su mente y sus sentidos despiadadamente en el aquí y ahora, y lo convirtió en un cautivo dócil y dispuesto del delicioso acto de amor, de los momentos de deslumbrante y sobrecogedora maravilla.

De la felicidad en estado puro.

Se prodigaron caricias, los labios sorbieron, devoraron, las lenguas barrieron mientras las manos agarraban y los dedos moldeaban.

Mientras se amaban.

Ella se colocó encima, se irguió y lo tomó en su interior. Lo arrojó en su húmedo calor y cabalgó sobre él.

Thomas le agarró las caderas y la sujetó mientras galopaban por el paisaje que tan bien conocían ya, hasta la cima que los llamaba, hasta la cumbre que les aguardaba.

Sus corazones tronaban como uno solo, los cuerpos húmedos de deseo, la carne ardiendo con una llama a la que ambos se lanzaron, bebieron la gloria y siguieron adelante.

Arriba, sobre la cima, saltando de la cumbre, los sentidos fragmentados, ya no hubo nada más tras la cegadora gloria.

El éxtasis brilló, en su infinita verdad, entre ambos.

Y ese sol, en todo su esplendor, se apagó lentamente, dejándolos no despojados sino

consolados.

Rose cayó sobre el pecho de Thomas y él la rodeó con sus brazos.

Para siempre el uno parte del otro, algo que ninguno de los dos podía negar.

Al final se separaron, tumbándose de lado, abrazados.

Thomas los tapó con las mantas y, recostando la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y aguardó a que el sueño lo reclamara.

Acomodada contra él, en la penumbra, Rose observó su rostro, las líneas que el destino había grabado, suavizarse y borrarse a medida que el sueño se aproximaba.

Esperó un rato y luego, pegándose más a él, encajando su cuerpo en el suyo, se relajó en sus brazos. Utilizando el fuerte torso como almohada, besó tiernamente la piel que empezaba a enfriarse.

—Pase lo que pase, Thomas Glendower, te amaré para siempre, hasta el día en que muera.

Las palabras habían sido susurradas, pero, por la momentánea quietud que se apoderó de Thomas, ella supo que las había oído.

Cerró los ojos y se rindió al latente placer contenido en el abrazo.

A lo que les deparara el futuro. A lo que el destino hubiera elegido hacer con sus vidas.

Era casi medianoche cuando Richard Percival entró en su casa de la calle Hertford, y encontró a Curtis sentado en una silla en el vestíbulo principal, esperándolo.

—¿Alguna noticia? —preguntó Percival de inmediato tras cerrar la puerta.

Curtis se puso en pie lentamente. Era casi tan alto como Percival e igual de corpulento.

—Más o menos.

La expresión de Percival dejó claro que no le había gustado la respuesta, pero, arrojando el sombrero, los guantes y el bastón sobre la mesa del vestíbulo, señaló hacia el pasillo.

—Vamos a la biblioteca.

Curtis lo siguió. Había entrado en la casa como de costumbre, por el callejón trasero y la puerta de la cocina. Seguramente en el caso de Percival no le haría falta tomar esas precauciones, pero los viejos hábitos eran difíciles de olvidar.

Apenas un minuto más tarde estaban sentados, el uno frente al otro, a ambos lados del escritorio de Percival. La lámpara que este había encendido bañaba todo con un suave brillo que no se extendía más allá de ellos dos.

Percival intentó interpretar el rostro absolutamente impasible de Curtis, pero desistió.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó con cierta brusquedad.

—Tengo entendido —Curtis clavó su mirada en los ojos azul oscuro de Percival—, y no puedo ofrecer más seguridad, que sé bajo qué identidad se ha estado ocultando la joven dama, y dónde ha estado escondiendo a los niños.

Sin embargo, Percival se había acostumbrado a confiar en las suposiciones de Curtis.

—¿Dónde?

—Creo que ha estado viviendo bajo el nombre de «señora Sheridan», trabajando como ama de llaves en una aislada casa solariega cerca de Breage, en la costa de Cornwall.

—¿Quién es el propietario de esa casa?

—Un tal señor Thomas Glendower, pero, hasta hace poco, no se encontraba en su residencia. Ha estado ausente de sus tierras durante muchos años, pero hace unos meses reapareció y, desde entonces, ha permanecido en la mansión.

—Si sabe dónde están ella y los niños... —Percival frunció el ceño.

—No, lo que yo sé es dónde estaban. Donde creo que estuvieron. El ama de llaves y sus hijos encajaban como un guante en su descripción, pero, cuando dos de mis hombres interpelaron al señor Glendower, él aseguró que pertenecían a una familia de la localidad, sus raíces firmemente asentadas en tierras de Cornwall.

—¿Y por qué cree que son quienes buscamos? —Percival frunció el ceño aún más.

—Porque cuando mis hombres regresaron allí con el ayuda de cámara de su hermano para confirmar que no eran quienes buscábamos, encontraron la casa cerrada, y no había nadie.

—¿Nadie? Pero... aunque ella hubiera huido con los niños, ¿qué pasa con Glendower?

—Por eso estoy aquí. Él tampoco estaba. Mis hombres emplearon un día en comprobarlo, en hacer preguntas, pero nadie lo había visto desde el día anterior, en Helston, donde mis hombres se congregaron, en plena calle principal, para organizar la búsqueda en la península de Lizard. Si los vio, no sabría decirlo.

—Pero cree que regresó a la mansión y... ¿huyó con ella y los niños?

El hombre asintió.

—Nos llevó unos cuantos días, pero al fin encontramos su caballo y el poni de la mansión, en el establo del mejor hostel de Falmouth. Había llegado allí en la madrugada del día en que mis hombres llegaron a la mansión. Y luego averiguamos que, desde allí, reservó pasajes en un barco rumbo a Southampton, y él estaba a bordo, con su esposa y dos niños, cuando zarpó aquella tarde.

Curtis frunció el ceño, profundamente contrariado.

—Mis hombres dedicaron semanas a organizar el plan, pero él se escapó de nuestras redes como si tal cosa —gruñó.

—Supongo que no debe ser como sus presas habituales —Percival observó a Curtis.

—No. Tiene la cabeza fría y la mente ágil —Curtis miró a Percival a los ojos—. Y por eso he venido... para advertirle.

Percival, que había permanecido sentado con la barbilla clavada en el pañuelo del cuello, levantó la vista.

—¿Sobre qué? —frunció el ceño—. Lo que no entiendo es por qué ese Glendower, suponiendo que, en efecto, se trate de él, la está ayudando. Suponiendo que, en efecto, se trate de ella y los niños.

—De momento no sabemos más —Curtis soltó un bufido—. Las descripciones de la joven dama y del niño, así como lo que se insinúa de la niña, esas descripciones encajan. En cuanto a Glendower, ha sufrido un accidente, está cubierto de cicatrices y camina con la ayuda de un bastón, de modo que él, también, resulta fácilmente identificable. Y todas las descripciones encajan con este grupo, el que Glendower llevó a Southampton. Y sí, he enviado hombres allí para ver si pueden recuperar algún rastro, pero dado los días que han pasado, yo diría que con casi total seguridad, Glendower trajo a su «esposa e hijos», a Londres, y ya sabrá lo difícil que resultará encontrarlos aquí.

—Sí, es bastante probable —Percival asintió—, pero sigo sin comprender por qué la está ayudando.

—Por eso he venido a advertirle —Curtis suspiró—. La pregunta que debería estarse haciendo no es *por qué* los está ayudando, sino *si* los está ayudando.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Percival con frialdad mientras lo miraba con expresión impasible.

—Quiero decir que es posible que él, ese Glendower —Curtis se pasó la mano por los

cortísimos cabellos— haya descubierto su secreto y tenga intención de utilizarlo, y utilizarlos a ellos, en su propio beneficio —miró a Curtis a los ojos—. La dama y los niños podrían, o no, estar con él voluntariamente. Creo que es posible que se ponga en contacto con usted él mismo.

—¿Para pedirme un rescate por ellos? —preguntó Percival tras una larga pausa.

—Para vendérselos —Curtis le sostuvo la mirada.

## Capítulo 11

Montague apenas podía esperar a llegar a la oficina al día siguiente. En cuanto lo hizo, convocó a sus empleados en su despacho privado.

Sentándose tras el escritorio, les sonrió a todos.

—Tenemos una nueva investigación que realizar.

En los últimos meses habían colaborado con Adair y Stokes en varias investigaciones, la primera de la cual había llevado a Violet a la vida de Montague. En realidad, a la vida de todos los empleados. Al otro lado de la mesa se encontró con su mirada, ansiosa por oír cómo iba a dar las imprescindibles explicaciones. Violet dedicaba tres días a la semana a trabajar como su secretaria personal, y el resto de la semana a ayudar a Penelope.

Violet asintió para que él comenzara. Aclarándose la garganta, Montague miró a su alrededor, a los rostros ansiosos, y comenzó.

Todos llevaban con él el tiempo suficiente o, como en el caso de Pringle, la más reciente incorporación, tenían la experiencia suficiente para captar rápidamente las implicaciones.

—Entonces... —Frederick Gibbons, el ayudante senior de Montague, se apartó de la estantería contra la que se había apoyado—. Estamos buscando alguna deuda lo bastante importante como para que Percival se sintiera desesperado por actuar... hace cuatro años.

Foster, el ayudante más joven de Montague, soltó un bufido.

—Si hace cuatro años le llevó a asesinar, esa deuda ya debe ser, a estas alturas, pantagruélica.

—Bueno —Montague entornó los ojos y golpeó el secante de la mesa con un dedo—. No estoy seguro de que podamos dar un salto así —miró a Foster y a Gibbons—. Los asuntos de Percival podrían permanecer constantemente bajo la superficie, lo bastante para agujonearlo, para provocarle una sempiterna ansiedad, pero no lo bastante como para que nadie más lo vea como una deuda monumental.

—Una deuda crónica más que aguda —Gibbons asintió y miró a Foster a los ojos— podría ser igual de apremiante, incluso constituir un motivo mayor que una sola y gran deuda.

—Exactamente —Montague miró a los demás: Slocum, su ayudante en jefe desde hacía años, Pringle, otro ayudante experimentado que se había unido a la empresa hacía unos meses, mientras Montague y los demás investigaban el asesinato de su anterior jefe, Slater, el ayudante más joven de Montague, y por último Reginald Roberts, el botones—. ¿Alguien más quiere decir algo?

—Pues lo cierto es que sí —sorprendentemente, fue Violet la que habló—. Hay algo que me resulta confuso —miró a Montague y cuando él asintió apremiante, procedió—. Se sabe que ese Richard Percival ha contratado a profesionales, agentes de investigación, como los llamasteis Stokes, Adair y tú. Si no recuerdo mal, sospechamos que lleva tiempo contratándolos, y hace poco el señor Glendower vio a dos de esos agentes en una ocasión, y al menos a una docena en otra —Violet hizo una pausa e inclinó la cabeza—. ¿No se contradice eso con los supuestos problemas



económicos de Percival? ¿Esos profesionales no cuestan mucho dinero?

Montague abrió los ojos desmesuradamente y, reclinándose en su asiento, asintió.

—Una observación excelente, pero creo que tengo la respuesta —miró a Gibbons y vio la misma sospecha reflejada en su mirada. Volviendo a posar su mirada en Violet, continuó—. Como tantas otras cosas en un mundo no muy legal, sospecho que la tarifa de la búsqueda dependerá del éxito obtenido.

—Entonces... ¿ninguno de esos hombres cobrará hasta que encuentren al niño?

Cada vez más taciturno a medida que repasaba las ramificaciones, Montague asintió.

—No es de extrañar entonces que pongan tanto empeño en encontrarlo —Foster hizo una mueca y se volvió hacia la puerta—. Empezaré por los bancos y veré qué logro averiguar.

—Si llevan años buscándolo con la promesa de lo que recibirán en cuanto pongan las manos sobre ese niño... —Gibbons, que también se mostraba sombrío, sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta del despacho—. En cuanto termine con mis reuniones de hoy, intentaré averiguar algo en la fraternidad —miró a Montague—. ¿Alguna idea de quién es su asesor financiero?

Montague sacudió la cabeza y miró a Slocum.

El cual hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Me ocuparé de averiguarlo mientras el señor Gibbons celebra sus reuniones.

Montague asintió antes de hablar con Pringle, Slater y Reginald para asegurarse de que los asuntos cotidianos siguieran su transcurso. Cuando todos hubieron regresado a sus escritorios, se volvió hacia Violet, que seguía mirándolo con el ceño fruncido, si bien de manera algo ausente.

—¿Qué sucede?

Hacía poco que habían descubierto que esperaban su primer hijo, y cualquier gesto de contrariedad hacía que Montague se sobresaltara.

La mirada de Violet se deslizó al rostro de su esposo y pareció regresar al presente, su ceño fruncido disolviéndose en una dulce sonrisa.

—No es lo que estás pensando. Estoy perfectamente bien, y te lo contaría si no fuera ese el caso —de nuevo frunció el ceño—. Estaba pensando en esta nueva investigación. ¿Quiénes son esos investigadores profesionales? ¿Existe alguna posibilidad de poder... ganarlos para nuestra causa? —agitó una mano en el aire—. ¿De poder convencerles de testificar como testigos contra Percival, al menos en la parte que les incumbe en este asunto?

Tranquilizado al saber que su esposa se encontraba bien, y su hijo también... hijo, una palabra que jamás había pensado poder asociar a sí mismo, Montague reflexionó antes de hacer una mueca.

—No, no lo veo. Si les abordamos con una propuesta así, lo más probable es que le cuenten a Percival que alguien está haciendo preguntas sobre sus asuntos, y eso no nos sería de ninguna utilidad —miró a Violet—. Los investigadores profesionales, ya sean agentes de investigación, cobradores de deudas o sencillos sabuesos, gente que encuentra a otra gente por una determinada cantidad de dinero, basan su éxito en su fama de absoluta discreción. Un desliz en ese aspecto, y nadie más volverá a contratarlos y, tristemente, la mayoría de esos grupos dependen de trabajos en el lado nada legal para mantenerse en el negocio.

—Bueno, solo era una idea —Violet hizo un gesto de contrariedad—. ¡A trabajar! —abrió un cuaderno que descansaba en su regazo—. Hoy tienes por lo menos dos reuniones de las que no te puedes librar.

Montague sonrió, escuchó y le permitió organizarle el día.

Una hora más tarde, Stokes avanzaba con andares desgarbados por la calle Hertford en dirección al este, donde la calle terminaba en un pequeño patio.

Casi al final de la calle, hacia el sur, dos hombres, pordioseros a juzgar por sus ropas, estaban sentados en la acera, las desaliñadas espaldas apoyadas contra la valla delantera de una de las casas adosadas.

Charlaban tranquilamente. Lo único destacable en ellos era que aún no habían sido retirados de allí por la policía local.

Nada sorprendente dado que ellos eran la policía local.

Stokes se detuvo junto a los pies de los dos hombres. Miró las botas reglamentarias y asintió.

—Yo de vosotros quitaría eso de la vista.

Ambos hombres se sonrojaron y encogieron las piernas para esconder las botas bajo el faldón de sus abrigos.

Stokes echó un rápido vistazo a la calle, sin fijarse en ninguna casa en particular, aunque constató que no había nada en la casa de Richard Percival que llamara la atención. Se trataba de la típica casa de ciudad con terraza. Volvió a mirar a sus hombres.

—¿Dónde está Philpott?

—Tomándose un descanso —contestó el sargento O'Donnell—. Volverá enseguida, y entonces seré yo quien me haga a un lado y vuelva a patrullar las calles.

—¿Y qué habéis averiguado? —Stokes asintió.

—Regresó a su casa anoche, justo antes de la medianoche. Estuvo un rato en una de las estancias de la planta baja y luego subió arriba, a la habitación que da a la parte delantera izquierda, encima de la puerta. Al poco las luces se apagaron. Esta mañana las cortinas se descorrieron hacia las diez. No hemos visto ninguna señal de él.

—¿Y qué hay del servicio? —Stokes se volvió hacia el agente más joven.

Morgan lucía carita de niño y un encanto a flor de piel, y tenía una gran aptitud para conseguir que las sirvientas de la cocina, incluso las cocineras, hablaran.

—Pensé que habría un montón, pero no, al parecer el servicio doméstico es reducido, y son muy discretos. Una casa muy tranquila, eso lo obtuve de la fregona de la casa de al lado.

—¿Ningún indicio de una fiesta salvaje, una orgía, o algo similar? —el inspector frunció el ceño.

—Nada de nada —contestó Morgan, más mayor de lo que parecía por su aspecto, sacudiendo la cabeza sin inmutarse—. Para el caso podría tratarse de un vicario.

—No dejéis de vigilar —Stokes se sintió profundamente contrariado—. ¿Sabéis qué hacer si va a alguna parte?

—Sí —O'Donnell se levantó con dificultad—. Dos deben seguirlo y el tercero dar el aviso en comisaría y luego a usted.

—Si no se mueve de aquí a la noche, o solo lo hace por motivos sociales, volveré mañana y nos lo replantearemos.

Los dos hombres tuvieron que esforzarse para no despedir a su jefe con el protocolario saludo.

—Sí, señor —entonaron a coro.

Sin más, Stokes dio la vuelta a la calle y regresó por la acera de enfrente.

Mientras caminaba iba repasando la imagen que sus hombres le habían dibujado de Richard Percival.

Nada que ver con lo que se había esperado.

—Por otro lado, si tiene problemas económicos no podrá hacer mucho, solo sobrevivir. Y hoy estará esperando recibir noticias —era una explicación razonable, perfectamente plausible. Stokes levantó la cabeza, alargó la zancada y se dirigió de regreso a su oficina.

Aquella misma mañana, Thomas subió las escaleras que conducían al despacho de Drayton, situado en la primera planta de un estrecho edificio de la calle Threadneedle.

El despacho daba a la calle. Thomas se detuvo ante la puerta al final del pasillo, la abrió y entró.

Había mandado aviso de su visita. El secretario, sentado a su escritorio, levantó la vista y sonrió resplandeciente. Se puso de pie de un salto, le dio la bienvenida y corrió a avisar a Drayton.

Aunque se mantenían en contacto con regularidad, hacía más de diez años que no se habían visto, y sin embargo el hombre que siguió al secretario fuera del despacho resultaba fácilmente reconocible, al menos para Thomas. Físicamente, Drayton era un tipo medio en todos los aspectos, la clase de hombre que podría situarse junto a otro cinco y no ser recordado. Pero no eran sus atributos físicos los que habían llevado a Thomas a contratarlo. La mente y actitud de Drayton combinaba a la perfección con la suya propia. Sus maneras suaves y buen temperamento, junto con una mente aguda y una meticulosidad casi obsesiva, y una inviolable discreción y voluntad de confiar en su cliente y a cumplir órdenes sin pedir explicaciones, habían convertido hacia mucho a Drayton en el perfecto asesor financiero para Thomas Glendower.

En su honor, Drayton, que sabía que Thomas había sufrido un grave accidente del que llevaba años, literalmente, recuperándose, evaluó su estado de un rápido, aunque exhaustivo, vistazo. A continuación, con una sonrisa que le arrugó toda la cara, extendió una mano.

—¡Señor! Es un placer volver a verlo.

—Lo mismo digo —Thomas sonrió amablemente y tomó la mano que le ofrecía—. Me alegra tener esta oportunidad de reunirme con usted —le sorprendió comprobar lo ciertas que habían sido sus propias palabras. Drayton era una de las pocas constantes en su vida, una asociación que había sobrevivido sin ser contaminada por las acciones de su otra personalidad.

—Pero, pase, pase —Drayton agitó una mano en el aire para que Thomas entrara en su despacho—. Supongo que querrá discutir el asunto que me ha pedido que investigue...

—Sí —Thomas se acomodó en una silla delante del escritorio de Drayton que, tras cerrar la puerta, había tomado asiento también—. Creo que estamos al día, y, en relación a mis propios asuntos, a no ser que tenga algo urgente que contarme, sugiero que nos olvidemos de ese particular.

—No existe nada que requiera nuestra atención en ese aspecto —Drayton asintió—. Todos los fondos están funcionando como era de esperar, y hemos ejecutado sus últimas órdenes y, como de costumbre, han demostrado ser proféticas y oportunas. Sus asuntos están en muy buen estado.

—Desde luego —Thomas correspondió a la sonrisa de Drayton—. De modo que pasemos al otro asunto. Ha habido cambios —la sonrisa se esfumó—. El motivo por el que le pedí que investigara las finanzas de Richard Percival es porque ahí tiene que haber un motivo para asesinar, al menos así opinamos algunas personas. Nuestra idea es que Richard Percival tiene una urgente necesidad económica y debe heredar a su difunto hermano para poder hacerle frente. Y tenemos buenas razones para creer que Percival orquestó las muertes de su hermano y la esposa de este para lograr ese fin. Lo único que se interpone en su camino hoy en día es su sobrino —

Thomas miró a los ojos, cada vez más abiertos, de Drayton—. El muchacho, vizconde de Seddington, está en estos momentos bajo mi protección. Ante la gravedad de la situación, he solicitado la ayuda del señor Barnaby Adair y, a través de él, del inspector Stokes, de Scotland Yard.

Drayton se irguió, la sorpresa dando paso al interés.

Thomas hizo una pausa para reordenar sus ideas antes de continuar.

—Actualmente estamos investigando en varios frentes. Adair y Stokes consideran a Montague, de Montague e hijos, a quien estoy seguro conoce, uno de sus colegas, y él también está activamente implicado. Lo que Montague y su gente, y yo y, a través de mí, usted y sus empleados, debemos definir es el motivo de Percival. ¿Por qué está tan desesperado por heredar? —hizo una pausa—. Ciertamente que podría haber otros motivos aparte del dinero, y también se está investigando esa posibilidad, pero esos motivos no parecen tan probables como para generar una gran necesidad de dinero. Así pues —levantó la vista hacia Drayton—, ya me ha informado de la situación general de Percival, y yo le he pasado la información a Montague. Él, según tengo entendido, utilizará a sus contactos para investigar lo que podría denominarse «el lado oficial», los bancos, el asesor financiero de Percival, la bolsa. Podemos, creo yo, confiarle a Montague la cobertura de esos ángulos y descubrir lo que haya que descubrir.

—Pero puede que no haya nada —Drayton, cada vez más intrigado, se inclinaba hacia delante, los brazos apoyados sobre el escritorio—. La necesidad de Percival podría provenir de una fuente totalmente distinta.

—Así es —Thomas intercambió una significativa mirada con el otro hombre—. Si bien nosotros nunca hemos chapoteado en esos charcos, a menudo hemos tenido la necesidad de investigar las asociaciones en esas esferas de otros con los que hemos pensado aliarnos. Al investigar a Percival, lo que quiero es que haga preguntas en el, digamos, lado más oscuro del negocio. Que intente relacionar su nombre con algún asunto que no sea honrado, alguna inversión más que dudosa, algún juego de alto riesgo. En alguna parte tiene que haber alguna asociación reveladora, pero podría remontarse a cuatro, o más, años. Por otra parte, podría tratarse de algo en constante cambio, creciente, con deudas de inversión acumulándose una tras otra, haciendo que se desespere cada vez más, de modo que hay que lanzar la red a lo ancho y a lo largo, y no desestimar ninguna conexión que pueda surgir.

Drayton asintió con los ojos entornados mientras reflexionaba.

—¿Quiere que empiece de inmediato o esperamos hasta saber lo que haya averiguado Montague?

—No. Empiece de inmediato. Normalmente investigaríamos secuencialmente, pasando de las esferas superiores a las menos visibles, pero, en este caso, no sabemos de cuánto tiempo disponemos. Si Percival estuvo lo bastante desesperado como para asesinar hace cuatro años, y no ha parado de perseguir a su sobrino desde entonces, no podemos perder el tiempo, hay que descubrirlo, cada día que permanece en libertad, ese niño está en peligro —Thomas agarró el bastón y se puso en pie—. Informaré a Montague de la dirección hacia la que vamos a encaminarnos.

—Sí, por supuesto —Drayton también se puso de pie—. Nos pondremos a ello de inmediato.

Rodeó el escritorio y estrechó la mano de Thomas antes de abrir la puerta y acompañarlo fuera del despacho.

—¿Adónde debo enviar mis informes? —preguntó Drayton, deteniéndose ante la puerta de entrada.

—Envíelos directamente a Montague —Thomas lo miró a los ojos—. Lo mejor será que él coordine nuestros esfuerzos. Tengo entendido que sus oficinas están cerca de Chapel Court.

—Sí —Drayton asintió—, lo están. Bueno —hizo una mueca algo tímida—. En el mundo de las finanzas, Montague es casi tan reverenciado como usted.

—No se me había ocurrido... —Thomas soltó una carcajada—, pero supongo que es verdad. Thomas salió del despacho en cuanto Drayton abrió la puerta, pero se detuvo—. Informaré a Montague de que se ha unido a la investigación, para que sepa que debe esperar noticias suyas.

Tras intercambiar más saludos, una reverencia por parte de Drayton y una inclinación de cabeza por la de Thomas, se separaron.

Thomas bajó lentamente las escaleras. Al llegar a la calle, se detuvo en la acera y detuvo un taxi, le indicó la dirección al conductor y entró en el coche.

Acomodándose en el asiento, aprovechó el traqueteante trayecto hacia Lincoln's Inn para reflexionar sobre cómo se habían agudizado sus sentidos, la creciente implicación en todo lo concerniente a su persona. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así, y todo se debía al hecho de tener un verdadero propósito.

De estar dedicado a lograr un fin, y de hacer algo por lograrlo.

Thomas reflexionó durante varios minutos sobre el cambio experimentado antes de centrarse en su destino.

Al igual que Drayton, Marwell, su abogado, se mostraría encantado de verlo, y se alegraría de poder ocuparse de cualquier tarea que él le asignara. Había varios asuntos que quería tratar con Marwell, y no todos estaban relacionados con Richard Percival. Pero, aparte de esas otras cuestiones, todas absolutamente honradas, quería oír de primera mano la opinión que su abogado tenía de Foley, tras lo cual intentaría explicarle la situación con Richard Percival, tal y como la veían ellos, más o menos como había hecho con Drayton, y luego le invitaría a especular con cualquier giro legal que Percival podría pensar en utilizar, ya fuera como obstáculo en el camino para ellos, o como camino hacia la victoria para él.

No estaría mal hacerse una idea de cualquier otro frente abierto en su batalla, para contenerlos y luego sacar a Percival a la luz y restaurar a William en su puesto por derecho de nacimiento.

Poco después del mediodía, Barnaby y Stokes llegaron a las oficinas de Foley en Gray's Inn. La mañana la habían dedicado a convencer a un magistrado para que les entregara una orden que obligaría al abogado a revelar detalles sobre los bienes de Percival de los que necesitaban confirmación. Por todo lo que habían averiguado de él, no tenía ningún sentido acudir a Foley sin ese documento.

El despacho de Foley ocupaba una situación principal en un rincón de uno de los edificios del complejo. Un empleado de aspecto sobrio, que parecía poseer todas las características de estar consagrado a la limpieza y la precisión, accedió a dejarles pasar. Tras pedirles que esperaran en la entrada, al otro lado de la puerta, el empleado desapareció con las tarjetas de Stokes y Adair para informar a su jefe de su deseo de hablar con él.

El empleado llamó a una puerta que se abría a un pasillo en la parte trasera de la zona de recepción y entró. No regresó de inmediato.

—Estará intentando imaginarse a qué hemos venido —Barnaby enarcó las cejas y miró a su alrededor.

—Por el amor de Dios —Stokes soltó un bufido—, no es de los que acostumbra a recibir a la

policía con regularidad, como mínimo debería sentir curiosidad.

—Más bien creo que nos considerará una condenada molestia —Barnaby rio por lo bajo.

La puerta se abrió y el empleado regresó. Frunciendo el ceño hacia las tarjetas que aún sujetaba en la mano, se acercó y, levantando la vista, devolvió ambas tarjetas.

—El señor Foley dice que les puede dedicar unos minutos. Pero solo unos pocos minutos.

—Eso ya lo veremos —Stokes le ofreció una de sus sonrisas más cortantes mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

El empleado lo miró vacilante, pero abrió la puerta y los dejó pasar. A continuación se apresuró a colocarse delante de ellos para guiarlos ante su amo. Abriendo la puerta del abogado de par en par, el hombre entró y, con la espalda contra las hojas hizo el pertinente anuncio.

—El honorable Barnaby Adair y el inspector Stokes de Scotland Yard, señor.

Stokes miró al empleado con resignación mientras pasaba a su lado. Siguiendo al inspector, Barnaby le ofreció una sonrisa mientras evitaba mencionarle que su actuación habría hecho sentirse orgulloso al mayordomo de la madre de Adair.

A fin de cuentas era a Foley al que había ido a fastidiar.

Vestido de negro riguroso, el hombre se levantó de la silla tras el enorme escritorio, también negro. La ventana de arco a su espalda tenía el cristal diamantado, que fraccionaba la luz del sol que entraba a raudales. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías que albergaban innumerables libros de leyes, pero era el escritorio, y el hombre, lo que dominaba la acogedora y tranquila estancia.

A pesar de la intensa luz a su espalda, la mesa de Foley estaba lo bastante arrinconada como para que se distinguieran claramente sus rasgos. Bajo unas pobladas, aunque ligeramente despeinadas cejas blancas, unos ojos oscuros los contemplaban sin el menor rastro de acogimiento. Foley tenía las mejillas hundidas y los labios finos. Tras observarlos durante un silencioso segundo, agitó una mano en dirección a dos sillas dispuestas en ángulo frente al enorme escritorio.

—Caballeros, por favor siéntense.

Foley no ofreció su mano a ninguno de los dos, pero sí asintió a ambos con una reservada y educada inclinación de cabeza para Barnaby, y otra algo más brusca para Stokes.

Los dos visitantes se sentaron y Foley volvió a acomodarse en su silla. Apoyando los brazos sobre la mesa, miró primero al inspector y luego a Barnaby.

—Tengo entendido que desean hablar conmigo, caballeros, ¿podría conocer el motivo?

El tono del abogado era distante, aunque no arrogante, pero cultivando su imagen de estricta corrección.

—Hemos venido para pedirle información sobre la herencia de Percival —contestó Stokes sin inmutarse. Foley abrió la boca, pero el inspector detuvo la evidente protesta levantando una mano en el aire. Hundió la mano en el bolsillo interior del abrigo y continuó—. Entendemos las limitaciones que rodean la confidencialidad hacia el cliente, y por eso hemos conseguido una orden judicial que abarca las cuestiones sobre las que necesitamos interrogarle —sacó la orden del bolsillo, alisó la hoja y, tras echarle un vistazo, se la entregó.

Con las primeras señales de contrariedad en el entrecejo, Foley aceptó el documento. Se puso un par de espejuelos sobre la punta de la nariz patricia y se concentró en la orden formal.

Foley la leyó entera, de principio a fin. Cuando terminó, sus rasgos habían adoptado un gesto de evidente desaprobación. Dejó la orden sobre la mesa, la volvió a estudiar durante varios segundos, y levantó la mirada hacia Stokes.

—Muy bien, inspector. Puede hacer sus preguntas —Foley levantó la cabeza ligeramente, en un sutil desafío—. Sin embargo, por favor comprendan que no ofreceré ninguna información que vaya más allá de los temas detallados en la orden, ni permitiré ninguna especulación sobre la familia Percival, ni la herencia Seddington.

«De confianza, un tanto estricto en su conservadurismo». Barnaby recordó las palabras de Thomas al describir la fama de Foley. Todo lo que había podido apreciar hasta ese momento, desde la oficina hasta el empleado, pasando por el despacho privado y el propio hombre, confirmaba esa opinión.

Stokes no respondió de inmediato a la declaración del abogado, sino que dedicó unos minutos a observarlo atentamente, su mirada gris, firme y penetrante, antes de enarcar lentamente una ceja.

—Tengo entendido que el heredero, William Percival, vizconde de Seddington, está actualmente en paradero desconocido, habiendo desaparecido la noche del entierro de sus padres.

Stokes había conseguido la total atención de Foley. El rostro del hombre no traslucía nada, pero la tensión en sus manos, en su cuerpo, sugería que estaba pendiente de cada palabra del inspector.

—Nuestra investigación —continuó delicadamente Stokes sin apartar la mirada del rostro de Foley— tiene que ver con todo lo que rodeó la desaparición del crío y las fuerzas, si existe alguna, que pudieran estar interponiéndose en el camino de su regreso.

Foley frunció el ceño espontáneamente y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —clavó sus ojos en los de Stokes—. ¿Insinúa que William está vivo y que podría regresar? —la expresión se tornó en una de manifiesta confusión—. Pero ¿que hay alguien que pudiera desear que no lo hiciera?

Stokes asintió a modo de respuesta.

—Le aseguro, inspector —Foley se irguió y su mirada se deslizó brevemente hasta Barnaby—, y a usted también, señor Adair, que todos los empleados de esta oficina, así como la familia Percival, estaríamos encantados de recuperar a William. Más aún, haríamos cualquier cosa que pudiésemos para conseguir que tal cosa sucediera.

Stokes sostuvo la mirada de Foley, ya no tan distante y remota, y, en un gesto de aceptación, inclinó la cabeza.

—En ese caso, señor Foley, dado que la policía está trabajando para resolver la desaparición de William Percival, le sugeriría respetuosamente que lo mejor, tanto para usted como para la familia Percival, sería que nos ayudaran todo lo que pudieran.

Era evidente que Foley se encontraba en un dilema, entre quebrar su rígida convicción contra revelar algo sobre sus clientes y, quizás, ayudar al regreso del joven heredero, o mantenerse firme y...

—¿Se me permite una observación? —intervino Barnaby.

—¿Sí? —Foley lo miró.

—Cuando William regrese, a pesar de ser un menor, será su cliente más importante a tenor de los bienes de la familia Percival y la herencia Seddington.

Se trataba de una sencilla constatación de hechos, pero, dado que William apenas era un niño la última vez que el abogado lo había visto, Foley no lo había considerado seriamente... hasta ese momento. Pasados unos segundos, sus rasgos se relajaron. Lentamente asintió y miró a Barnaby, inclinando la cabeza.

—Gracias, señor Adair. Esa, desde luego, ha sido una buena observación.

Devolviendo la mirada a Stokes, Foley volvió a juntar las manos.

—Entonces, inspector, hágame sus preguntas y le contestaré lo mejor que pueda sin interferir en

la debida confidencialidad hacia mis otros clientes. En esta cuestión estoy limitado, dado que represento a todos los Percival, no solo a la línea principal y el patrimonio.

—Eso no debería suponer ningún problema de momento, las preguntas de hoy giran en torno a William Percival y la herencia Seddington —Stokes consultó su cuaderno antes de dejarlo apoyado sobre las rodillas—. Lo primero que nos gustaría confirmar es que Richard Percival fue nombrado el tutor principal de William, y el tío del difunto vizconde, Marmaduke Percival, cotutor.

—Sí, así es —Foley asintió y miró a Barnaby—. Pero esa es una información pública.

—En efecto —el inspector continuó—, pero nos preguntábamos si podría explicarnos por qué se asignaron un tutor principal y un cotutor.

Foley debatió consigo mismo antes de ofrecer una respuesta.

—El difunto vizconde, Robert Percival, era muy consciente de las flaquezas de ciertos miembros de su familia, y por eso, muy sabiamente en mi opinión, insistió en que hubiera dos tutores.

—Entonces la asignación de dos tutores —intervino Barnaby—, se produjo porque Robert Percival no se fiaba de uno o del otro, al menos no completamente.

—No puedo hacer ningún comentario sobre algo específico que afecte a Richard Percival o a Marmaduke Percival —sin apartar la mirada de Barnaby, Foley apretó lentamente los labios y sacudió la cabeza—. Ambos son clientes particulares míos.

Barnaby asintió en aceptación y miró a Stokes.

—Nuestra segunda pregunta —continuó el inspector—, se refiere al patrimonio. Estamos investigando si la herencia está intacta, nuestros contactos nos han hecho pensar que así es. ¿Podría añadir algo a esa confirmación?

Foley titubeó mientras elegía cuidadosamente sus palabras.

—Hasta donde yo sé, el patrimonio permanece intacto en todos sus aspectos. Sigue igual que en el momento de la muerte de Robert Percival. Y si bien no estoy en posición de revelar nada sobre las personas implicadas, la sabiduría de Robert Percival al asignar dos tutores, necesitándose la aprobación de ambos para realizar cualquier cambio en la herencia, ha demostrado ser crítico a la hora de proteger el patrimonio de una posible depredación.

Barnaby y Stokes intercambiaron una mirada. Esa información era mucho más de lo que habían esperado conseguir.

—Gracias —dijo Stokes—. Y eso me lleva a la última pregunta —levantó la vista y clavó la mirada en los ojos de Foley—. ¿El patrimonio es transmisible?

—Sí —Foley asintió—, tristemente lo es, virtualmente en su totalidad.

—De manera que —confirmó Barnaby—, si William muriese, la heredad, virtualmente en su totalidad, pasaría al pariente más cercano suyo.

—Eso es —Foley asintió mientras a su rostro se asomaba una ligera expresión de disgusto.

Barnaby y Stokes intercambiaron otra significativa mirada antes de levantarse de los asientos y darle las gracias a Foley. Había contestado todas las preguntas que le habían formulado hasta ese momento y, a pesar de las restricciones bajo las que ejercía su trabajo, les había dado más de lo que habían esperado recibir.

Barnaby apenas podía esperar a salir a la calle, al patio bañado en sol, para intercambiar pareceres con Stokes, fijar lo que habían oído, y por tanto aprendido, en sus mentes. Se detuvieron bajo un árbol.

—Veamos si los dos hemos recibido el mismo mensaje.



—La abogacía no aprueba la sencillez y la claridad —Barnaby sonrió—. De modo que —se colgó el abrigo sobre los hombros—, lo principal es que ahora sabemos que Robert Percival desconfiaba de la persona que debería haber sido asignado el tutor único de William, sin duda el hermano de Robert y pariente más cercano del niño, Richard Percival.

—Más aún —el inspector asintió—, ahora sabemos que Foley, por muy conservador y de confianza que sea, y por mucho que conozca a la familia, considera una sabia medida asignar dos tutores, y que los intentos de esquilmar el patrimonio le han dado la razón.

—Lo que nos indica que Richard Percival ha intentado sacar algo, pero, por culpa del otro tutor, y Foley ya nos ha dejado claro que ambos tienen que autorizar una acción como esa, Richard no ha podido hacerlo.

—Impidiéndoselo su tío, Marmaduke Percival —la expresión de Stokes se endureció—. Todo parece claro.

—En efecto. Y para colmo —intervino Barnaby—, Foley acaba de decirnos que, si muere William, Richard Percival heredará todo el patrimonio. Y esa ha sido su intención desde el principio, tal y como sospechaba Rose.

Stokes permaneció a la sombra del árbol y repasó los datos que conocía del caso. Luego se giró y miró a Barnaby.

—Lo que aún desconocemos es su motivo, la razón por la cual Richard Percival necesita heredar y lograr acceso a todos los bienes.

—Cierto —Barnaby hizo una mueca—. Desgraciadamente, no podemos limitarnos a asegurar que quiere ser rico.

—Así es —el inspector soltó un bufido—. Por eso voy a regresar a la casa para averiguar si los hombres que tengo allí vigilando tienen algo nuevo que contar.

—Y yo —contestó Barnaby—, creo que voy a dar una vuelta por los clubes para intentar recoger algún chismorreó concerniente a Richard Percival y su irresistible necesidad de dinero.

Uno al lado del otro salieron del patio y detuvieron sendos taxis. Tras saludarse, se dirigieron cada uno por su camino.

Thomas tenía que concentrarse para atravesar cojeando el exuberante césped de Kew Gardens. Si no tenía cuidado, el bastón se le hundía en la gruesa mata de hierba y la tierra blanda que había debajo, desequilibrándolo por completo.

A pesar de los elogios de Adair con respecto a los guardianes de su esposa, Thomas no había podido calmar su instinto protector y se había invitado a sí mismo a la excursión planeada por Penelope y Rose. Para su tranquilidad, Penelope había cambiado su idea original de dar vueltas en coche por toda la ciudad, deteniéndose cada vez que algo llamara la atención de los niños, por una salida más formal al aire libre en Kew.

Cojeando tras las damas, admirando las vistas, no pudo por menos que aprobar la elección. Era muy improbable que Richard Percival, o alguno de sus secuaces aparecieran entre los macizos florales, césped, o serpenteantes senderos, ni siquiera tras haber estado recorriendo el nuevo invernadero, admirando la exposición que albergaba, junto con docenas de damas y sus hijos.

No solo el lugar era lo bastante seguro, sino que Connor, el mozo de cuadra de Penelope, caminaba varios pasos por delante, y James, el lacayo, permanecía muy cerca de ella, y Phelps, el cochero, les seguía detrás de Thomas, cerrando la comitiva.

Se detuvo bajo la sombra de un árbol. Más adelante, las damas se acomodaron en un banco

vacío, los parasoles abiertos para proteger su delicada piel. Los niños, y no solo Homer y Pippin, sino también el hijo pequeño de Penelope y Barnaby, Oliver, un bebé que acababa de comenzar a caminar sobre sus regordetas e inestables piernas, se sentaron en la hierba delante del banco, alrededor de la niñera de Oliver, Hettie.

Bajo la estrecha vigilancia de Thomas, Hettie sacó cinco tabas del bolsillo de su mandil, cayendo Homer y Pippin sobre ellos. Cuando los niños se dieron cuenta de que Oliver también quería jugar, pusieron rápidamente en marcha un bullicioso juego, con muchas sobreactuaciones y gracias para divertir al bebé.

Con las manos cerradas en torno al pomo del bastón, Thomas observaba de pie, y se dio cuenta de que sonreía.

Phelps se detuvo a su lado. El cochero asintió hacia el grupo.

—Parece que se están divirtiendo.

—Sí, así es —Thomas comprendió de repente que era la primera vez que oía reír a los niños con tanta soltura. Incluso en la cubierta del *Andover* habían exhibido cierta precaución con respecto a las personas que los rodeaban. Allí, rodeados de los guardaespaldas de Penelope, con Hettie tan cerca, Rose y Penelope un poco más alejadas, y nadie más a la vista aparte de otras madres y niños, la pareja al fin se había relajado lo suficiente como para reír abiertamente sin tener que mostrarse vigilantes...

Thomas decidió que le perdonaría a Penelope la mirada, cargada de una excesiva comprensión, que le dedicó cuando, en el hotel él había anunciado que iba a acompañarles.

Después de un buen rato, cuando el juego de las tabas perdió encanto, el grupo se levantó y continuó su camino. Cansado de la compañía del bebé y tantas féminas, Homer se decidió por caminar junto a Thomas.

—Me estaba preguntando —dijo el niño—, cómo mantienen el invernadero tan calentito —miró a Thomas—. No he visto ninguna chimenea.

—Vapor —contestó él con una sonrisa—. Leí en alguna parte que hay un sistema patentado de bobinas de metal que transportan el vapor y calientan la estancia.

Los labios de Homer formaron una «O».

—El edificio parece muy... elegante, no sé si me entiendes —sugirió Homer unos pasos más adelante.

—Tienes buen ojo —Thomas sonrió—. Fue diseñado por Nash, arquitecto real. Era uno de los dos pabellones que Nash diseñó para el complejo de Buckingham, pero el rey dispuso que este fuera colocado aquí, seguramente en honor a su padre, que adoraba caminar por este lugar. Y otro famoso arquitecto, Wyatville, modificó el diseño original de pabellón, transformándolo en invernadero.

Homer lo miró maravillado.

—¿Dónde aprendes esas cosas? Me refiero a lo del vapor y los edificios...

—Sobre todo de los periódicos. Tengo buena memoria.

El niño miró al frente, se acercaban a las puertas de entrada y ya se veía el carruaje que les esperaba en la amplia avenida.

—Yo también tengo buena memoria. Quizás podría empezar a leer los periódicos...

—Si quieres —Thomas miró a Homer a los ojos y titubeó antes de continuar—, después de que yo haya terminado de leerlo cada mañana, te los paso.

—Eso me gustaría —Homer asintió y, agarrando a Thomas del brazo, caminó con él hasta el coche.

Regresaron a Londres a buen ritmo. Sentada junto a Penelope, y teniendo enfrente a Thomas, Homer y Pippin, Rose se sintió más contenta y relajada de lo que se habían sentido en años.

Había pasado una tarde entera sin una sola preocupación. Más aún, la necesidad de preocuparse, la ansiedad que la había acompañado constantemente durante los últimos cuatro años, había desaparecido durante las horas que habían pasado en los jardines.

Pero ese peso sin duda regresaría en cualquier momento, en cuanto se adentraran en las calles de Mayfair, donde a la vuelta de una esquina podría encontrarse de frente con Richard Percival o algunos de sus amigos, o alguien que los conociera lo bastante bien como para reconocerlos e informar a Richard de su ubicación. En cualquier caso había pasado varias horas respirando libremente, abiertamente. Durante las últimas horas había vivido despreocupada.

Y aunque la sugerencia había sido de Penelope, y los guardaespaldas se habían mantenido cerca todo el rato, el agradecimiento por esas horas de sencillo placer se lo concedió a Thomas. El hecho de que los hubiera acompañado, que hubiera estado allí, y de que ella confiaba en que él, más que nadie en el mundo, mantuviera a los niños sanos y salvos, había sido el imprescindible criterio final que le había permitido relajarse y simplemente disfrutar de la contemplación de las flores, las vistas, los olores, y entregarse a la distracción.

Lo miró, sentado frente a ella en el carruaje, y esperó a que él se encontrara con su mirada para sonreírle con gratitud, con reconocimiento.

Por el rabillo del ojo, Penelope captó la sonrisa de Rose y, mirando fugazmente enfrente de ella, vio a Thomas devolverle la sonrisa. Fingió no haberse dado cuenta y permitió que su mirada se deslizara despreocupadamente por el carruaje mientras por dentro se relucía encantada.

Se los veía tan... conectados. Dado que ella también lo estaba, en su caso con Barnaby, reconoció las señales. Las sonrisas compartidas eran muy reveladoras, casi tanto como la insistencia de Thomas de acompañarlos cuando cualquier caballero en su sano juicio preferiría haber hecho cualquier otra cosa antes que eso.

Con cuidado de no mostrar su regocijo, pues se dijo a sí misma que no era una casamentera nata, aunque sí provenía de una larga dinastía de matronas cuyo principal propósito en la vida había sido organizar matrimonios, y por eso su interés innato no resultaba tan sorprendente, cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta del hotel, declinó la invitación de Rose para tomar el té de la tarde.

—Tengo que irme.

Aceptó el agradecimiento de Rose, Homer, Pippin y por último Thomas, con la debida elegancia, y en cuanto los vio entrar sanos y salvos en el hotel, se reclinó en el asiento y frunció el ceño.

—¿Señora? —llamó Phelps asomándose por la trampilla del techo—. ¿Adónde vamos?

Penelope pensó en Oliver, profundamente dormido en brazos de Hettie, y luego levantó la vista hacia el cochero.

—St. Ives House, Phelps. Luego, Connor y tú podéis llevar a Hettie y a Oliver a casa, y James puede esperar y acompañarme a mí a casa después.

—Sí, señora —contestó Phelps tras titubear un momento y antes de cerrar la trampilla.

Penelope se reclinó de nuevo en el asiento con creciente anticipación. St. Ives House estaba a la vuelta de la esquina, y allí, con suerte, no solo conseguiría el té de la tarde sino también información.

Tras ser admitido en St. Ives House por el inestimable Webster y preguntar sobre la posibilidad de acompañar en el té de la tarde a su señora, a Penelope no le sorprendió que la condujeran al salón de la parte trasera de la vivienda.

Allí se encontró con una relajada reunión femenina. Tal y como había esperado, Honoria, duquesa de St. Ives, ejercía de anfitriona de dos de las esposas de los primos de su marido, Patience, esposa de Vane Cynster, y Alatheia, casada con Gabriel Cynster. Con todos los hijos ya en la escuela o la universidad, las tres elegantes damas solían pasar a menudo el día juntas. Tras haberse casado la última de las mujeres Cynster, sin nadie de la siguiente generación con edad para casarse todavía, no había muchos incentivos para participar en los eventos sociales, aunque debían permanecer en la capital para apoyar a sus maridos en sus actividades políticas y empresariales, ejercer como anfitrionas y acompañarlos durante las cenas, veladas y ocasionales fiestas. La vida diurna de esas tres damas ya no era la caótica progresión de sucesos que había sido tiempo atrás.

Al entrar Penelope, las tres cabezas se volvieron hacia ella.

Reconociendo una posibilidad de diversión cuando la veían, las tres matronas sonrieron encantadas.

—Bienvenida, Penelope —Honora le ofreció su mano.

Penelope la tomó y apretó los dedos de la duquesa mientras se inclinaba para besar la mejilla que le ofrecía.

—Gracias —irguiéndose, saludó de idéntica manera a las otras dos mujeres—. Tenía esperanzas de encontraros aquí, al menos a vosotras tres.

—¡Aja! —Patience sonrió mientras soltaba a Penelope—. Tienes una pregunta para nosotras, algo con lo que podemos ayudarte.

Penelope asintió y se acomodó en el diván junto a Alatheia.

—Como seguramente sabéis, los mayores se han marchado todos al campo. Incluso mi madre se ha retirado a Calverton Chase para jugar con los hijos de Luc y Amelia, y Amanda y Martin, juntos con sus pequeños, también están allí. Mamá está empeñada en disfrutar de ellos mientras sean pequeños, al menos eso dice. De modo que sin nadie de más experiencia a quien consultar, he acudido a vosotras.

Penelope se quitó los guantes y observó la selección de pastas dispuestas sobre una bandeja apoyada en la mesita baja frente al diván.

—Intentaremos estar a la altura de las mayores —Alatheia rio—, pero no estoy segura de que ninguna de nosotras sea capaz de reclamar un conocimiento tan exhaustivo.

Inclinándose hacia delante para servirle el té a Penelope, Honoria soltó un bufido.

—Lo cierto es que dudo que ninguna de nosotras pueda nunca igualar a Therese Osbaldestone, o a Helena —levantó la taza y se la entregó a Penelope, deteniéndose y sonriendo tímidamente—, excepto, quizás, tú, Penelope querida.

La aludida enarcó las cejas ante el comentario, provocando la carcajada de Honoria, que se reclinó en el asiento.

—Pero tú pregunta, y haremos lo que podamos para reemplazar a las que no están aquí.

Penelope asintió, tomó un sorbo de té y dejó la taza en el plato.

—La familia Percival. Vizcondes de Seddington, de Seddington Grange, en Lincolnshire. Robert, el difunto vizconde de Seddington, murió en un accidente de barco hace cuatro años, y su

hijo y heredero desapareció la noche del entierro.

—Ah, sí, lo recuerdo —Patience la miró intrigada—. Se armó un buen revuelo, un cuento gótico, pero si no recuerdo mal sucedió en verano, de modo que para cuando la nobleza volvió a reunirse en septiembre, aquello ya era agua pasada.

—Lo que necesito saber —Penelope asintió—, es todo lo que podáis contarme sobre el hermano menor del difunto vizconde, Richard Percival.

—Veamos... —intervino Alatheia, aunque las tres damas fruncieron el ceño pensativas.

Honorina fue la primera en hablar.

—Lo conozco de algún acto social, aunque solo brevemente. Por su edad está entre nosotras y tú, treinta y tantos —Honorina se concentró en Penelope—. Lo cierto es que debe de tener la misma edad que Barnaby. Supongo por tu pregunta que Barnaby no lo conoce.

—No creo que se muevan en los mismos círculos —contestó ella mientras tomaba nota mentalmente para preguntárselo más tarde.

—Eso sin duda —Patience soltó un bufido—. Richard Percival es la clase de hombre contra el que toda madre sensata previene a sus hijas, desaconsejándolas que lo miren, o por lo menos que le entreguen su corazón.

—Así es —Alatheia se giró para mirar de frente a Penelope—. Apenas recuerdo a Robert Percival, era más mayor que nosotras, pero, si no recuerdo mal era un hombre atractivo. Su hermano pequeño, sin embargo, es un hombre peligrosamente atractivo.

—¿Peligrosamente en qué sentido? —Penelope se irguió.

—Pelo negro, ojos azul oscuros, algo más oscuros que los de Richard o los de Alasdair —Honorina agitó una mano en el aire—, un rostro de ángel caído, rasgos alargados y finos, mandíbula cuadrada, con un cuerpo de jinete para acompañar —miró a Penelope a los ojos—. Baila de fábula, sus modales son exquisitos hasta el extremo, siempre se viste de manera elegante, aunque ligeramente descuidada, y posee un encanto capaz de encandilar a cualquiera. A eso me refería por «peligrosamente».

—Y —Patience intervino—, nosotras somos unas expertas en esa clase de «peligrosos».

Las cuatro se echaron a reír, pero, tras tomar otro sorbo de té, Penelope regresó al tema que la había llevado hasta allí.

—Necesito saber, a falta de otro modo mejor de expresarlo, si tiene algún lado oscuro.

—¿Te refieres a si podría ser un villano? —Alatheia entornó los ojos.

—No quiero contaros el motivo por el que pensamos que podría serlo —Penelope asintió—, porque quiero vuestro punto de vista sin contaminar.

Las tres matronas se sumieron en un profundo silencio, visiblemente concentradas en los recuerdos de poseían de Richard Percival. Mientras tanto, Penelope mordisqueaba un pastelito y esperaba pacientemente.

Al fin Honorina respiró hondo, intercambió una mirada con Patience y con Alatheia y contestó:

—No se me ocurre nada que os haya podido hacer pensar que pueda estar implicado en algo... deshonesto, pero, hasta donde yo sé, no. No es de esa clase —Honorina miró a Penelope a los ojos—. Ciertamente es peligroso, pero como lo era Devil, o cualquiera de los otros.

—Como lo era Chillingworth —Alatheia asentía a las palabras de su amiga—, y, si nos ponemos, como era Luc, incluso Martin.

—Estoy de acuerdo —Patience se inclinó hacia delante—. Y acabo de recordar un dato importante. Hace años, era verano, antes de la muerte de Robert Percival, Vane y yo visitamos a los Dearne, Christian y Letitia Allardyce, en su casa de Lincolnshire. Robert Percival y su

esposa... —Patience entornó los ojos—, Corinne creo que se llamaba, también estaban invitados. La fiesta se prolongó durante una semana y, pasados unos días, llegó Richard Percival con un mensaje para Robert desde Londres. Letitia insistió en que se quedara unos días. Por descontado, pasó la mayor parte del tiempo con los caballeros, pero, y ahí voy, tuve mucho tiempo para observar a Richard con nuestros hombres. Y ya sabes cómo son, no se les da muy bien disimular su opinión de los demás, al menos no con nosotras.

—¿Y cómo trataban los demás hombres a Richard? —Penelope se sentía fascinada.

—Como a uno más —Patience le sostuvo la mirada—. Robert y Richard se llevaban unos diez años, pero se les veía muy unidos, realmente unidos. Y en cuanto a los demás, Christian, Vane y los demás hombres allí presentes, recibieron a Richard y lo incluyeron en su círculo sin ninguna reserva —hizo una pausa antes de continuar—. Dado que has planteado la posibilidad de que Richard Percival pudiera ser un villano, echando la vista atrás, solo puedo decir que lo que yo vi allí contradice completamente esa idea.

Tras mirar a Patience durante unos segundos, Honoria se volvió hacia Penelope.

—Puede que nuestros hombres no sean muy intuitivos, pero no les veo capaces de aceptar en su círculo a un hombre que tuviera, como has dicho, un lado oscuro.

—Ni siquiera una inclinación hacia ese lado oscuro —confirmó Alatheia.

Penelope frunció el ceño. Lentamente dejó la taza vacía sobre la mesa y describió una mueca.

—Bueno, pues eso no ayuda a mi tesis.

Las otras rieron.

—Y ya que te hemos ayudado, en la medida de lo posible, con tu problema, ¿no tienes nada más que contarnos? ¿Ningún escándalo en ciernes?

—Bueno —Penelope enarcó las cejas—, puedo contaros que he conocido al esquivo señor Thomas Glendower.

—¿El reservado filántropo? —preguntó Alatheia, recibiendo un asentimiento a modo de respuesta—. ¡Por Dios bendito! Roscoe, Gabriel y Gerrard, y muchos más, harán cola para que se lo presentes. ¿Dónde lo conociste? ¿Está en la ciudad?

—Sí, ahora mismo está en Londres —contestó Penelope tras considerar brevemente la conveniencia de admitirlo—. Pero no acude a ningún acto social —ladeó la cabeza—. Caso de que eso cambiara, os lo comunicaría, aunque lo dudo. Las reuniones sociales no poseen ningún atractivo para él. Es un auténtico ermitaño.

Se levantó y tomó los guantes y el bolso.

—Gracias por ilustrarme —frunció el ceño ligeramente—. No estoy segura de que lo que me habéis contado me sea de utilidad, pero el conocimiento siempre resulta valioso.

Las demás mujeres no se levantaron, aunque sí la despidieron desde sus asientos.

Penelope saludó con la mano y echó a andar hacia la puerta, pero Honoria la llamó.

—Y no lo olvides... si el señor Glendower cambia de opinión y decide obsequiarnos con su presencia, celebraré una cena en su honor, tan privada como él desee.

—Se lo diré —contestó Penelope desde la puerta.

Y se apresuró a marcharse.

## Capítulo 12

Dos días más tarde, por la mañana, Montague se sentaba ante su escritorio y repasaba los resultados acumulados de las investigaciones realizadas sobre las finanzas de Percival.

Desde su asiento al otro lado del escritorio, Violet estudiaba su expresión, impregnándose de la sólida concentración, tan consustancial en ese hombre. Al ver que permanecía en silencio, la expresión contrariada, desvió su mirada hacia los documentos esparcidos sobre la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué hemos averiguado?

—Nada —Montague prácticamente gruñó la respuesta—. Hasta ahora, todo lo que hemos encontrado parece legal —se reclinó en el asiento y agitó una mano hacia los documentos—. Drayton, el agente de Glendower, ha enviado toda la información que ha reunido hasta la fecha. Y Marwell, el abogado de Glendower, también se ha puesto en contacto con nosotros, en su caso para aclarar y ampliar la información que Foley les había proporcionado a Stokes y a Adair, lo que nos ha sido de inestimable ayuda. En casos como este, los aspectos legales pueden ser los más complicados. Sin embargo —Montague respiró hondo antes de continuar—, para resumirlo todo, lo que hemos descubierto hasta el momento nos dibuja a Richard Percival como un caballero que, al menos actualmente, vive mucho más discretamente de lo que uno esperaría de un hombre de su clase social —miró a Violet—. Y eso encaja con lo que han informado los hombres que Stokes tiene apostados frente a la casa de Percival. Apenas sale, y su plantilla de empleados es reducida, y vive una vida muy discreta.

Violet asintió mientras se inclinaba hacia delante para echar un vistazo a los documentos.

—¿Pero no hay nada en todo esto que resulte poco usual?

Montague frunció el ceño y agarró un par de quevedos que llevaba colgando de un cordel alrededor del cuello.

—Hay una cosa rara, pero desconozco su significado —tras colocarse los quevedos sobre el puente de la nariz, eligió unos cuantos documentos, los repasó y señaló algo—. Aquí. Y aquí. Y de nuevo aquí. No son grandes sumas, pero son pagos a un beneficiario desconocido. Lo hemos comprobado, y el banco ha confirmado que los pagos se llevan a cabo mediante giro postal cada mes. Son demasiado regulares para que el destinatario no sea la misma persona, pero, de nuevo, el banco no lo sabe dado que el giro se realiza en metálico, y la suma cambiante sugiere que no se trata del pago de una deuda, aunque... se prolongan desde al menos cuatro años, el periodo que hemos investigado hasta ahora —se reclinó en el asiento—. Sumando todas las cantidades, ascienden a una pequeña fortuna, y han supuesto un constante goteo en la riqueza de Percival, al menos, desde hace cuatro años.

Dejando a un lado los papeles, Montague, tomó otro montón.

—Sin embargo, por otro lado Percival posee una sólida cartera de inversiones, más bien conservadora, pero que le proporciona unos sólidos ingresos. Y, hasta donde hemos podido

averiguar Gibbons, Foster y yo mismo, vive dentro de sus posibilidades. Desde luego no está derrochando.

—Pero ¿adónde va todo ese dinero, esa pequeña fortuna?

—Esa, desde luego, es la cuestión —Montague asintió mientras apretaba los labios.

—¿Podría gastarlo en el juego? —se preguntó Violet en voz alta mientras fruncía el ceño.

Montague abrió la boca para rechazar la sugerencia, pero se detuvo. Tras sopesar las posibilidades durante unos segundos, contestó en el mismo tono inquisitivo.

—Lo había desestimado dado que no sale mucho, pero... su salida una vez por semana o así, sí podría cuadrar —parpadeó y volvió a mirar la información que habían reunido—. Y también podría explicar las diferencias en las cantidades de los pagos. Si juega a crédito, y luego paga sus deudas al día siguiente, o según lo que haya acordado con el salón de juegos...

Clavó su mirada en los ojos de su esposa.

—Es una posibilidad que podríamos comprobar fácilmente.

Montague comenzó a recoger los documentos. Violet se levantó y le ayudó a apilar los papeles a un lado.

Dejándola a ella para que completara la tarea, Montague tomó una hoja de papel en blanco, la depositó sobre el papel secante, y alargó una mano hacia la pluma.

—Y sé exactamente a quién debo pedirle esa información.

Aquella misma tarde, Thomas entró en el despacho de Montague.

El día anterior había acompañado a Rose, Penelope y los niños, junto con los guardaespaldas de Penelope, en una excursión que les había llevado por la calle Fleet, la catedral de San Pablo y la torre de Londres. Después, el carruaje había cruzado el puente y seguido el curso del río hasta Greenwich. Allí, en su parque, habían pasado la tarde. Pippin y Homer se habían divertido mucho. En un momento dado, Thomas se había descubierto a sí mismo admirando la inesperada escena de Connor y James enseñando a Homer y a Pippin diversas maneras de escapar de las garras de cualquiera que intentara llevárselos.

En cuanto hubo dominado la técnica, la niña había insistido en hacerle una demostración a Thomas. Una y otra vez. Le pedía que la sujetara con fuerza contra él, rodeándole los finos hombros con un brazo, y luego ella se relajaba por completo y se escurría de su agarre. El último, y como todos, exitoso intento había desequilibrado a Thomas, que había aterrizado sobre la hierba hecho un torpe amasijo. Rose llegó corriendo con la preocupación reflejada en su mirada y las mejillas acaloradas.

Él se había sobresaltado, pero lo había asumido, superando la vergüenza, y se había esforzado por calmar y asegurar a todo el mundo que se encontraba bien.

Ese mismo día, después de comer, Penelope había aparecido para llevarse a los demás a los jardines de Kensington y luego de compras por la calle Regent, antes de dirigirse al museo Británico donde, al parecer, era bien conocida y tenía acceso a zonas que normalmente no estaban abiertas al público. Thomas había decidido que su presencia no era necesaria y se había mantenido firme ante la insistencia de Penelope, quien a través de sus contactos del museo había averiguado que él era uno de los mayores patrocinadores de la institución y, por tanto había insistido en presentárselo a los directores. Pero Thomas había controlado su instintivo estremecimiento y educadamente, aunque con firmeza, había rechazado su ofrecimiento.

Ante el bufido y la mirada asesina de Penelope, él se había inventado una visita al despacho de



Montague con el pretexto de cotejar alguna información financiera.

Y ella no había tenido más remedio que aceptarlo y, aunque con reticencias, dejarle en paz.

De modo que al entrar por la puerta del despacho de Montague, no tenía ningún argumento claro en su mente. Sin embargo sí sentía curiosidad, en un sentido profesional.

Tras mostrarle al conserje, un hombre sobrio y profesional, su tarjeta de visita, solicitó hablar con Montague. El conserje, que ya se había fijado en las cicatrices, se limitó a echar una ojeada a la tarjeta para confirmar la identidad antes de hacer una reverencia.

—Un momento, señor Glendower —anunció mientras se alejaba, todo lo deprisa que le permitía su dignidad, hacia la puerta que, Thomas supuso, conduciría al despacho privado de Montague.

El hombre regresó casi de inmediato, con el propio Montague pisándole los talones.

—Glendower —Montague cruzó la estancia—. Es un placer verlo, señor.

Thomas extendió una mano con delicadeza.

Montague la tomó y la apretó con fuerza antes de soltarla y señalar hacia la puerta.

—Acompáñeme a mi despacho para que podamos hablar cómodamente.

—Gracias —Thomas no se apresuró a salir de la oficina, había momentos en que sus lesiones le eran de gran ayuda, pues en esos momentos aprovechaba para mirar a su alrededor y observar, estudiar la tranquila y constante vibración de la industria financiera.

El ambiente le resultaba relajante, más de acuerdo con sus verdaderos talentos y habilidades.

Entraron en el despacho interior y Montague señaló un sillón delante del escritorio. Thomas se acercó renqueante y se hundió en el cómodo sillón sin dejar de percatarse de la mirada de Montague.

—Su despacho —ladeó la cabeza hacia la bulliciosa estancia al otro lado de la puerta, puerta que Montague había dejado abierta—, parece tan próspero como yo me lo había imaginado.

—En efecto —Montague sonrió, visiblemente complacido con el cumplido, tal y como Thomas había pretendido—. Trabajamos a toda máquina, pero nos gusta estar ocupados.

—Entonces es muy amable por su parte haber encontrado el tiempo para dedicarlo a esta investigación.

—No, no —Montague agitó una mano en el aire—, estos desafíos me obligan a permanecer en alerta y, aún más, al corriente de todo lo que podría ir mal —su mirada se encontró con la de Thomas—. Prefiero saber cómo se puede meter la gente en un lío financiero sin que esa gente sea un cliente mío.

—Entiendo lo que quiere decir —Thomas rio y contempló el montón de documentos que Montague tomaba de un lado de su mesa—. ¿Eso es nuestro conocimiento acumulado hasta la fecha?

—¿Sobre Richard Percival? Así es, en efecto —Montague dejó el montón sobre el secante y empezó a separar informes—. Y me alegra que haya venido porque me gustaría conocer su opinión sobre lo que tenemos ya que, según lo veo yo, es bastante poco, incluso si lo juntamos con la contribución de Drayton y Marwell.

Tras pasarle una hoja con lo que a Thomas le parecieron resúmenes, Montague juntó las manos.

—Solo hay una partida de gastos que se sale ligeramente de lo normal aunque, si le echa un vistazo de cerca, puede que vea algo que se nos haya escapado a nosotros.

Thomas lo dudaba, pero aun así estudió los papeles. Enseguida identificó los gastos inusuales a los que se había referido Montague y, tras confirmar que se trataba de esos, continuó repasando el resto, que no era más que un consolidado informe sobre el movimiento de fondos que entraban y

salían de las cuentas de Richard Percival.

Tras revisar los informes dos veces, Thomas suspiró, arrojó las hojas sobre el escritorio de Montague y, reclinándose en el asiento, lo miró a los ojos.

—Aparte de esos gastos, aquí no hay nada. Pero esos extraños pagos constituyen una bonita suma, aunque la variación en las cantidades no tiene ningún sentido para mí. Al principio, hace tres o cuatro años, las cantidades son elevadas, y así permanecen durante varios meses, pero luego empiezan a disminuir, prácticamente desapareciendo en un momento dado para luego volver a aumentar, y luego disminuir otra vez.

Montague asintió mientras tomaba el informe.

—Y así siguen, aumentando y disminuyendo para luego volver a aumentar, hasta llegar al pago del mes pasado, que volvió a ser elevado —Montague hizo una mueca—. He analizado las cifras de todas las maneras posibles, he comprobado si hay algún coste unitario oculto en ellas, y he consultado con otras personas por si el patrón les decía algo, lo que fuera, pero no. Esos pagos no siguen ningún patrón familiar, ni para mí ni para mis colegas.

—Para mí tampoco —murmuró Thomas.

—A no ser que —Montague devolvió los informes al montón—, tal y como me ha recordado Violet esta mañana, que Percival juegue a crédito con regularidad y tenga algún acuerdo con un club, o antro de juego, que le permita pagar sus deudas mensualmente. Eso podría explicar el extraño patrón de cantidades.

—Debo admitir que eso nunca fue lo mío —Thomas enarcó las cejas—, perder dinero nunca fue mi estilo.

—El mío tampoco —Montague soltó un bufido—. Sin embargo, sí tengo contactos en ese ambiente y... —el sonido de la puerta de la oficina abriéndose le interrumpió. Tras asomarse para ver quién había entrado, su rostro se iluminó—. Como decía, he avisado a mi contacto esta misma mañana y, a no ser que me equivoque, la respuesta acaba de llegar.

Apartándose del escritorio, Montague se levantó.

Un hombre que, según Thomas, debía rondar los treinta y muchos años, entró por la puerta. Era de elevada estatura, cabellos oscuros y porte elegante, y vestía de manera más bien sobria. No era un caballero, le aseguró el instinto a Thomas, pero la seguridad que mostraba en sí mismo, la expresión franca, y la deslumbrante sonrisa sugerían que estaba acostumbrado a tratar con esa clase social, y que se encontraba totalmente cómodo con sus superiores sociales.

—Montague —el hombre ofreció una mano.

—Jordan —Montague la tomó con evidentes muestras de amistad—. Gracias por venir —hizo un gesto hacia Thomas—. Permítame presentarle al señor Thomas Glendower. Está implicado en esta nueva investigación.

Tras echar un único vistazo a las heridas de Thomas, el hombre asintió y le ofreció la mano.

—Jordan Draper, señor Glendower —estrechó la mano de Thomas sin apartar la mirada de Montague—. Un placer poder ayudar a un amigo de Montague.

Todos tomaron asiento, Jordan en el sillón situado al mismo lado del escritorio que el de Thomas.

—Jordan trabaja para Neville Roscoe —señaló Montague.

—Conozco ese nombre —Thomas parpadeó y ladeó la cabeza.

—Solo para confirmarlo —intervino Jordan—, ya que estamos todos reunidos aquí, doy por hecho que puedo hablar con total libertad delante del señor Glendower.

—Así es —Montague asintió—. Fue el señor Glendower quien nos proporcionó este caso.

—Entiendo.

Esperando que dijera algo más, Thomas miró al joven y se encontró con su mirada fija en él, los ojos cada vez más abiertos.

—Lo siento —Jordan agitó una mano en el aire—, acabo de recordar el nombre. Usted es *ese* señor Glendower, ese al que el jefe siempre le gustaría conocer —Jordan siguió mirando fijamente a Thomas—. Supongo que, dado que se encuentra en la ciudad, se reunirá con él, ¿no? Él, y también Miranda, su esposa, no me permitirán seguir vivo si no consigo convencerle.

Thomas contemplo confuso a Montague.

Quien intentaba sin éxito disimular una sonrisa.

—Su... digamos, generosidad le precede.

—Por supuesto —continuó Jordan—. Supongo que no estará al corriente, pero, aparte de ser el rey del juego en Londres, algo incuestionable, dado que soy yo quien maneja sus libros de cuentas, Roscoe también es uno de los miembros fundadores de la Liga Filantrópica. Él y otros que piensan igual que él han estado financiando proyectos benéficos por todo el país desde hace, más o menos, quince años —de nuevo clavó su mirada en la de Thomas—. Él, y el resto de la Liga, estarían encantados de conocerlo.

—Quizás después de que este asunto haya concluido —contestó Thomas tras dudar un instante—, si aún permanezco en la ciudad, podríamos organizar una reunión.

No estaba seguro de que Thomas Glendower fuera a permanecer en Londres una vez concluido el caso, pero el compromiso le pareció oportuno. Además, le intrigaba ese emperador del juego y filántropo.

—¡Excelente! —exclamó Jordan antes de volverse hacia Montague—. Supongo que será consciente de que puede pedir prácticamente lo que quiera y el jefe se lo concederá.

—Lo tendré en cuenta —Montague sonrió—, pero volviendo al asunto que nos ocupa, ¿puede arrojar algo de luz sobre alguna deuda de juego o línea de crédito de que disponga el tal Richard Percival?

—Sin intención de mostrarme esquivo, sí y no —Jordan se reclinó en el asiento y tamborileó con los dedos mientras una ligera dureza se apoderó de su expresión—. Conocemos a Richard Percival, es uno de nuestros clientes habituales, pero nunca ha tenido problemas. Ciertamente que pierde, como todos, pero tiene buena mano en la mayoría de juegos de cartas y, en conjunto, no suele perder mucho. He preguntado por ahí y nadie me ha contado que juegue grandes cantidades, no es su estilo. En nuestro mundillo es lo que llamamos un aficionado, alguien que juega solo por la interacción social más que por una verdadera adicción, ni siquiera movido por un verdadero deseo de ganar.

—No suena muy esperanzador —murmuró Montague.

—Y solo es el principio —continuó Jordan—, al menos si estaban pensando que Percival tenía un problema relacionado con el juego. Por supuesto le hablé a mi jefe de la investigación que están realizando y él también se mostró extrañado. Dijo que, aunque sabemos que Percival es un hombre de fiar, dado que era usted el que se interesaba por él, debería buscar más a fondo. Me pidió que interrogara a Symonds —Jordan interrumpió su relato para explicarles a Montague y a Thomas—, es el que se hizo cargo del territorio de Gallagher cuando este murió.

—¿Y Gallagher era...? —Thomas enarcó una ceja.

—El hombre al que había que acudir para saber algo del lado más sórdido de la capital, del mundo del hampa, si lo prefiere. Gallagher no era jugador, su negocio era la información —Jordan hizo una pausa antes de continuar—, de modo que acudí a Symonds para preguntarle.

—¿Y? —lo apremió Montague.

—Nada en el momento de preguntarle, pero dado que era yo quien le estaba preguntando, y por tanto mi jefe, Symonds hizo correr la voz, incluso preguntó a sus amigos, los prestamistas. Hace una hora nos hizo llegar una nota. Al parecer nadie tiene nada malo que decir sobre Richard Percival, aunque en ocasiones se le ha visto jugando en los bajos fondos, por así decirlo, y a un nivel mucho más fuerte del que le hemos visto jugar en cualquiera de los locales del jefe. Sin embargo, de nuevo nadie tiene conocimiento de que esté endeudado con alguien. Es más, uno de los antros informó de que hace unas semanas ganó quince mil limpias en un único local.

Jordan miró a Montague.

—De modo que si intentan averiguar dónde consiguió Percival un repentino aumento de efectivo, ese es el lugar. Pero, si lo que están buscando es una deuda pendiente, las mesas de juego no son el lugar para encontrarla.

—Gracias —Montague suspiró—. Por lo menos ahora sabemos que estamos buscando en el lugar equivocado.

Asintiendo, Jordan se levantó y Thomas y Montague hicieron lo mismo.

Tras estrechar manos y desear todo lo mejor, y recordar a Thomas su aceptación a reunirse con la Liga Filantrópica en algún momento, Jordan se marchó.

Tanto Thomas como Montague permanecieron de pie. En cuanto la puerta exterior se cerró tras el hombre más joven, Thomas miró a Montague.

—¿Adónde han ido a parar los quince mil?

—No hay rastro de ellos en ninguna de sus cuentas —Montague lo miró a los ojos.

—Quince mil no es una cantidad que uno guardaría bajo el colchón —Thomas agarró el bastón con más fuerza.

Montague soltó un bufido y tamborileó con los dedos sobre el montón de documentos que contenían los detalles de las finanzas de Percival.

—Me pregunto si esos quince mil, o su desaparición, podrían estar relacionados de algún modo con una irregular, aunque constante, pérdida de su patrimonio.

—Está pagando por algo —añadió Thomas con el ceño fruncido—. ¿Pero el qué?

—Esa es la cuestión —Montague regresó a su silla—. Seguiré buscando. A veces la perseverancia es el único camino.

Thomas asintió distraído. Y de repente recordó algo.

—Por cierto, Penelope nos ha invitado a cenar esta noche en la calle Albemarle. Al parecer su esposa ya habrá recibido una nota.

—Pues allí nos veremos —con expresión de resignación, Montague miró a Thomas a los ojos y asintió.

—Desde luego —Thomas asintió a modo de saludo y echó a andar hacia la puerta.

Pero en cuanto salió a la calle se detuvo, reflexionando sobre todo lo que acababa de averiguar y, con decisión, se dirigió hacia la calle Threadneedle. Estando tan cerca el despacho de Drayton, no podía dejar pasar la oportunidad de realizar un esfuerzo más por intentar identificar la naturaleza de la deuda que Richard Percival debía, de algún modo, estar pagando.

Era de noche temprano cuando Percival subió a su cuarto para cambiarse. Entró en el dormitorio y oyó el sonido de pisadas subiendo las escaleras a sus espaldas. Dejó la puerta abierta.

Un segundo más tarde el ayuda de cámara, Wilkes, entró apresuradamente casi histérico, y cerró la puerta.

Antes de que Percival, con el ceño fruncido, pudiera preguntarle qué demonios le sucedía, el hombre lo miró con el rostro iluminado.

—¡Señor! ¡Los he visto! ¡En la ciudad!

—¿Qué? —él parpadeó.

—Los he visto, en carne y hueso, en la calle Conduit. Había llevado la chaqueta marrón para que la arreglaran, y regresaba a casa y allí estaban, subiéndose a un carruaje con otras personas.

Durante unos segundos, Percival fue incapaz de respirar. «¿Aquí?». Apenas se atrevía a creérselo. Todavía aturdido, y bastante incrédulo, observó atentamente a Wilkes.

—¿Estás seguro? —incluso mientras formulaba la pregunta, recordó que Wilkes lo sabría sin duda alguna.

La eufórica certeza que iluminaba el rostro del hombre no disminuyó mientras asentía con entusiasmo.

—Pude verlos con claridad, señor. Era ella, y el chico. Estoy completamente segura.

Wilkes prácticamente daba saltos en su excitación.

Y Percival le comprendía perfectamente. Él, ellos, habían esperado tanto tiempo... Poco a poco la excitación de Wilkes lo impregnó. Una euforia aún más fuerte floreció dentro de él, recorriendo su cuerpo, y sonrió.

—Vaya, vaya, quién habría pensado que la querida Rosalind fuera tan... osada. Londres, aquí, bajo las mismísimas narices de la familia.

Y justo a tiempo. El motivo por el que necesitaba que William muriera se volvía cada día más apremiante, pero, al parecer, tenía la salvación al alcance de la mano.

—Así es, señor, ¡pero aún hay más! —Wilkes apenas conseguía hablar—. Creo que sé dónde se alojan.

—¿Es eso cierto? —Percival volvió a posar la mirada en el rostro del ayuda de cámara—. Cuéntamelo todo.

En cuanto se reunieron en el salón de la calle Albemarle, empezaron por intercambiar todo lo que habían averiguado sobre Richard Percival. Para cuando se sentaron a cenar, ya habían compartido todo lo que sabían, pero, por común acuerdo, aún no habían empezado a debatirlo. A medida que los platos llegaban y se marchaban, no era únicamente comida lo que allí se estaba digiriendo.

Un comentario de uno de ellos, casi siempre producto de algún pensamiento en voz alta, o para pedir una aclaración sobre alguna cuestión, hacía que sus mentes volvieran a dispararse colectivamente. A Rose le resultaba extraño, a la par que tranquilizador, disponer de un grupo de apoyo, todos ideando y maquinando, buscando activamente el modo de pillar a Richard Percival.

De sacarlo a la luz y liberar a William de cualquier amenaza. Ninguno de los comensales parecía perder ese aspecto de vista, por absortos o distraídos que estuvieran con los detalles específicos.

—De acuerdo entonces —terminado el postre, Penelope dejó la servilleta junto al plato y miró a los demás—. Si los caballeros desean tomar un brandy, pueden dirigirse al saloncito, pero sugiero que nos reunamos todos allí para realizar un resumen de nuestro caso y decidir cómo proseguir.

Nadie puso objeción alguna. Negando cualquier deseo de apaciguar sus mentes con el licor, los caballeros siguieron a las damas.

En cuanto todos se hubieron acomodado, desde el extremo del sofá hasta el sillón en que se sentó Barnaby, Penelope contempló al grupo.

—¿Por dónde empezamos?

—Vamos a repasar brevemente las evidencias de que disponemos —sugirió Stokes antes de reflexionar sobre lo que él sabía antes de continuar—. Primero Robert Percival, vizconde de Seddington, y su esposa fueron encontrados muertos, enredados en las velas del yate del vizconde, frente a Grimsby. Sin embargo, es bien sabido que la vizcondesa jamás se habría subido al yate de manera voluntaria. Esa es la primera pista que nos lleva a pensar que se trató de un crimen, que la pareja podría haber sido asesinada. La segunda pista es lo que Rose oyó —Stokes expuso los hechos tal y como los conocían, continuó con la huida de Rose y terminó con la llegada de los investigadores a la mansión—. Así pues, al parecer nuestro principal sospechoso, Richard Percival, ha estado organizando la búsqueda de Rose y los niños, para lo cual ha contratado a investigadores profesionales —el detective se irguió—. Hoy, la vigilancia de los hombres que tengo apostados frente a la casa de Percival ha dado frutos. Ha permanecido recluido, saliendo solo ocasionalmente para acudir de noche al club, pero regresando al poco a su casa. Pero hoy al mediodía ha ido a la ciudad, al despacho de un hombre llamado Curtis.

—Por tanto los investigadores los ha proporcionado Curtis —Barnaby asintió.

—Yo mismo he utilizado los servicios de Curtis en alguna ocasión —Thomas frunció el ceño—. Tiene fama de ser altamente eficaz sin salirse de los límites que marca la ley.

—Eso mismo tenía entendido yo —Montague también asintió—. Curtis es bien conocido y su empresa sólida.

—En cualquier caso, allí acudió Percival —Stokes agachó la cabeza—. Estuvo allí más de media hora y luego regresó a su casa.

—¿Qué sabemos de ese Curtis? —Penelope hizo un gesto que indicaba que necesitaban más—. ¿Cómo lleva su negocio?

—Su empresa —explicó Barnaby—, se especializa en encontrar personas, nada más. No las detienen. No se implican. Simplemente localizan a la persona. En la mayoría de los casos, esas personas se ocultan de sus acreedores por tener alguna deuda pendiente aunque, por supuesto, hay más motivos por los que una persona puede querer esconderse.

—No recuerdo haber oído que Curtis haya encontrado a alguien que no mereciera ser encontrado, por así decirlo —intervino Stokes.

—Por otra parte —remarcó secamente Thomas—, si Curtis fue contratado para una búsqueda de este calibre, básicamente encontrar a un inocente por encargo de un villano, ¿lo sabríamos?

—Esa es una buena observación —de nuevo el detective hizo una mueca.

—Y no hay que olvidar el hecho de que pocos villanos se encuentran en una posición que les permita abonar las tarifas de Curtis —Montague miró al resto del grupo—. Sus servicios no son baratos.

—Sin embargo —intervino Barnaby—, lo que no sabemos es si Percival ha contratado a Curtis desde el principio, o si su asociación es reciente.

—Cierto —admitió Stokes—. Y no se puede negar que una organización como la de Curtis es la ideal para encontrar a un heredero desaparecido.

—Y —Thomas estiró su dolorida pierna—, como tutor legal de William, a Percival le resultaría sencillo convencer a Curtis de que él estaba actuando legítimamente.

—¿Y qué sabemos del motivo de Percival? —Stokes miró de Thomas a Montague.

Montague hizo una mueca de desagrado. Brevemente resumió las evidencias que había reunido junto con Drayton y Marwell.

—A través de todas las fuentes consultadas, desde las totalmente legales hasta las procedentes del mundo del hampa, hemos podido establecer que Percival posee un patrimonio económico consolidado, no suele jugar fuerte, pero, si lo hace, es en algún antro. Sin embargo, realiza unos pagos periódicos, cuyo destinatario desconocemos, constituyendo una suma considerable, abonados mediante un curioso sistema mensual que se remonta hasta, al menos, el momento de los asesinatos y que podría, posiblemente, responder al pago de alguna deuda contraída antes de los asesinatos. Dicho lo cual, los pagos mensuales son muy irregulares, empezaron siendo bastante elevados durante los meses inmediatamente posteriores a las muertes, luego disminuyeron hasta casi desaparecer, luego volvieron a aumentar, volvieron a disminuir, y así desde hace años. Los pagos más recientes son elevados. Por descontado que no es posible rastrearlos. Además, Percival ganó recientemente quince mil libras en las mesas de juego, y ese dinero no ha aparecido en ninguna de sus cuentas legítimas.

Montague hizo una pausa, visiblemente reflexionando, antes de continuar.

—Solo podemos concluir que Percival podría haber contraído una deuda de grandes proporciones antes de los asesinatos, una deuda lo bastante elevada como para proporcionarle un motivo para matar, pero en cuanto a la existencia específica de esa deuda, o cualquier descripción de su naturaleza... —miró a Stokes a los ojos—. Todavía no sabemos nada de eso.

El detective frunció el ceño antes de inclinarse hacia delante y apoyar los antebrazos sobre los muslos, juntando las manos.

—De modo que existen evidencias de pagos realizados que podrían estar relacionados con una elevada y significativa deuda, pero aún no habéis podido identificar la deuda en sí misma.

—En cuanto a eso —Thomas se removió en el asiento—, le he pedido a mi agente, Drayton, que investigara, con mucha discreción, entre las clases más bajas de los prestamistas locales —su mirada se fundió con la de Montague y continuó—. Los prestamistas que operan bajo un nivel que ni siquiera Symonds conocería.

—Los verdaderos chupasangres —Stokes sonrió.

—Dado el extraño patrón de los pagos que ha estado realizando Percival —Thomas asintió—, se me ocurrió que podría haber caído en sus garras, algunos se sabe que exigen un porcentaje del patrimonio del cliente, mes a mes, en lugar de un único pago.

—Sí, yo he oído lo mismo —Montague asintió—, y desde luego podría tratarse de un pago de esa clase.

—Sin embargo —continuó Thomas—, dado que ni yo ni nadie a quien yo conozca, incluyendo, sospecho, a Symonds, tenemos ningún contacto directo en esa esfera extremadamente turbia, el enfoque deberá ser manejado con cuidado. Las respuestas que consigamos obtener no llegarán rápidamente.

—En cualquier caso —intervino Penelope—, esa investigación debe llevarse a cabo —miró a Stokes—. Si lo he entendido bien, necesitamos encontrar o bien un motivo sólido y creíble, o un intento real, es decir atraparlo en el acto.

—Tal y como se presenta... así es —Stokes asintió y apretó los labios.

—Ya... —Penelope hizo una mueca. Con cierto desánimo contempló los rostros de los demás—. Como he mencionado, después de nuestra excursión del otro día fui a visitar a varias damas más mayores que yo, y que podrían saber algo más sobre Richard Percival. Por desgracia las

grandes damas, a las que suelo acudir para obtener información social están todas en el campo, pero las tres matronas a las que consulté, aunque no conocían de primera mano a Percival, sí sabían algo sobre él —respiró hondo antes de continuar—. Y debo decir que, en su opinión, Percival es... bueno desde luego no es un villano. No posee un lado oscuro. Soy la primera en reconocer que se trata de una opinión muy subjetiva. Por otro lado, las opiniones de esas damas raramente se alejan de la realidad.

—Estás diciendo que no opinan que sea malvado —Barnaby se volvió hacia ella—. Que no posee la necesaria inclinación.

—Eso es exactamente —Penelope suspiró—. Acudí a ellas con la esperanza de descubrir que Richard Percival era un tipo oscuro, alguien en quien no confiarían. En cambio, si bien lo calificaron como «peligroso», en el sentido social, lo consideran similar a sus esposos, y los amigos de sus esposos. Más aún, están bastante convencidas, y poseen evidencias de primera mano que lo confirman, de que sus esposos lo consideran uno de ellos.

—Yo no conseguí mucho de los clubes —Barnaby apretó los labios—. Percival no ha pasado mucho tiempo en esos lugares, no desde la muerte de su hermano, pero lo que he oído apoya esa opinión. La idea de que se trata de un honorable caballero está ampliamente extendida.

Griselda, la esposa de Stokes que, hasta ese momento había permanecido callada, escuchando y observando, pero sin intervenir, habló:

—De modo que la opinión social contradice nuestra teoría de que Percival es el villano.

—Puede que sí —Stokes gruñó—, pero ¿hasta qué punto podemos fiarnos de la opinión social? Los anales del crimen están llenos de caras bonitas y modales refinados que ocultaron muy eficazmente un alma oscura.

—Eso también es cierto —Barnaby asintió—. Si bien, en general, sus observaciones pueden ser sólidas, siempre habrá excepciones —contempló la expresión contrariada de Penelope y sonrió débilmente—. Pero sin esas situaciones habría mucha menos emoción entre las clases altas.

—Y con eso —afirmó Thomas secamente—, estoy completamente de acuerdo.

A nadie se le escapó la referencia a su pasado, pero, efectivamente, era la demostración de que la sociedad no siempre acertaba con su opinión sobre las personas.

Penelope soltó un bufido, pero pareció aceptarlo. En el caso que les ocupaba, su información no era definitiva.

—Hay otra posibilidad que al parecer no hemos considerado —Griselda captó la atención de los demás, miró a Montague y luego a Thomas—. ¿Esos pagos mensuales tan irregulares que ha estado realizando Percival podrían corresponderse con las tarifas de Curtis? —miró de uno a otro—. Habéis dicho que comenzaron poco después de los asesinatos y eso, en mi opinión, coincidió con la huida de Rose con los niños. Si Percival contrató a Curtis de inmediato, habría empezado a cobrar desde ese primer momento.

—Y —añadió Stokes, visiblemente entusiasmado por la idea—, las cuantías mensuales variarían en función de cuántos hombres asignara Curtis al caso, y adónde les enviaba, amén de otros factores.

Rose, junto con los demás, miró fijamente a Griselda.

Imperturbable ante tanta atención, ella se limitó a enarcar una ceja.

—¿Y bien?

—Tiene razón —Thomas soltó una breve carcajada y su mirada se encontró con la de Griselda a la que ofreció una inclinación de cabeza—. Es nuestra observadora al margen, la única que no está inmersa de manera activa en la investigación, y por tanto lo ha visto con más claridad que el



resto de nosotros. Desde luego tiene razón, es una posibilidad. Pero en ese caso —miró a Montague y a Stokes—, eso nos deja sin ningún motivo inicial.

Todos se sumieron en un profundo silencio mientras digerían la información.

—No sé los demás —Barnaby rompió el silencio—, pero a mí me inquieta cada vez más esta falta de progresos. En cuanto a la idea de Griselda, nos estamos adelantando, pues no tenemos ningún motivo para sospechar que Percival contratara a Curtis hace años y no recientemente, poco antes de que los investigadores aparecieran en Cornwall. Esa fue la primera evidencia que tuvimos de que alguien como Curtis estaba implicado. Antes de eso —se encogió de hombros—. ¿Quién sabe?

—Así es, ¿quién? —Violet miró a los demás, deteniéndose finalmente en Montague—. Existe otra posibilidad que no hemos considerado, y dada la evidencia social que sugiere que, si Richard Percival es nuestro villano, se trata de un experto camaleón y que por tanto no podemos prestar atención a las apariencias... ¿y si está, en efecto, fuertemente endeudado, pero esa deuda está a nombre de otro?

Imperturbable, Montague fijó su mirada en la de su esposa durante varios segundos antes de suspirar y, con expresión desolada, mirar a Stokes.

—De ser así, y estoy de acuerdo en que podría serlo, nuestras posibilidades de identificar esa deuda, que podría haberse contraído hace más de una década, son...

—No nulas, pero tan cerca de serlo que no se notaría la diferencia —concluyó el detective.

—Por mucho que duela admitirlo, así es —Montague apretó los labios.

Rose miró a Thomas, pero su expresión era tan sombría como la de Montague y no pronunció palabra alguna.

Contemplando a los demás, ella se aclaró la garganta.

—Reconozco que no se ha producido la menor señal de ataque contra William desde nuestra llegada a Londres, pero debo admitir... —respiró hondo y notó que Thomas se removía en el asiento antes de tomarle una mano. Ella alzó la cabeza y continuó—. Cada vez me siento más nerviosa con respecto a la duración de nuestra buena suerte.

Stokes asintió secamente y Griselda la miró con amabilidad.

—No me quiero ni imaginar la ansiedad que debes sentir —observó Violet mientras se reclinaba en el asiento—, esperando el momento en que suceda...

—Así es —contestó Rose.

Para su sorpresa, Penelope, sentada a su lado, y que había estado mirando fijamente la alfombra con el ceño fruncido, suspiró profundamente. Levantó la cabeza y, tras mirar a todos los demás, hizo un gesto de desagrado.

—En cuanto a eso que suceda... No estoy segura de que no haya sucedido ya.

—¿Qué? —preguntó Stokes, inmediatamente en alerta.

—Fue esta tarde —Penelope alzó una mano para pedir calma—, y no tengo ni idea de hasta qué punto podría ser importante. Sucedió cuando salíamos de la tienda de encajes de la calle Conduit —miró a Rose—. Fue nuestra última parada, y el carruaje nos esperaba allí, junto a la acera —a continuación miró a Stokes—. Un hombre, un ayuda de cámara por su aspecto, dobló la esquina proveniente de la calle Saville. Nos vio, se detuvo bruscamente y se nos quedó mirando. Miró a Rose, y luego a Homer y a Pippin. Estábamos todos allí, esperando subir al coche. Entonces vio a Connor y a James y se dio la vuelta, alejándose apresuradamente —miró de nuevo a Rose—. Apostaría a que reconoció a Rose y a Homer —de nuevo miró al detective—, pero todo sucedió tan deprisa que no estoy segura de poder reconocer a ese hombre si volviera a verlo.

Tras varios minutos de silencio, Stokes soltó un suspiro y se echó hacia atrás.

—Bueno, yo diría que esto ya ha estallado, pero tarde o temprano tenía que suceder, y por lo menos no hubo ningún peligro inmediato.

—Sospecho —intervino Barnaby en un tono mucho más duro—, que a partir de ahora deberíamos asumir que Percival sabe que Rose y los niños están en la ciudad.

—Por lo menos no sabe dónde están —añadió Griselda.

Rose se volvió hacia Penelope y le habló por lo bajo:

—No mencionaste nada esta tarde.

—No quería que reaccionaras delante de los niños —Penelope le devolvió la mirada—, y luego... bueno, ya no tenía sentido. El daño, sea cual sea, ya estaba hecho y dado que sabía que vendrías con los niños esta noche, y por tanto seguiríais a salvo, decírtelo antes... —clavó su mirada en los ojos de Rose—, solo habría conseguido que empezaras a preocuparte antes.

Rose no pudo negar que era verdad. Hizo una mueca de desagrado y aceptó la explicación. Penelope le apretó la mano y ella le devolvió brevemente el gesto antes de que ambas devolvieran la atención a la discusión general que había subido de tono, pero que, al parecer, había llegado a un consenso.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Barnaby—. Nos hemos distraído en nuestras conversaciones y hemos olvidado el sencillo detalle de que Rose oyó a Richard Percival confesar que había asesinado, y afirmar que su siguiente objetivo era William. Fue una confesión inequívoca, que surgió directamente de él, y que inició toda esta secuencia de sucesos. Dado que nos está llevando demasiado tiempo identificar su motivo para los asesinatos iniciales, y puede que jamás lo sepamos, no perdemos nada, y podemos ganarlo todo, si adoptamos la estrategia alternativa de demostrar la culpabilidad de Percival a través de sus intenciones hacia William —Barnaby miró al resto—. En breve vamos a tener que tender una trampa y empujarlo a incriminarse a sí mismo.

Stokes no estuvo en desacuerdo, pero tampoco se mostró feliz.

—Atraparlo pillándolo en un acto revelador, y por tanto demostrar inequívocamente sus intenciones, puede sonar sencillo, pero habrá que hacerlo muy bien para que no tenga ninguna posibilidad de explicar sus actos de un modo que resulte aceptable.

Los ocho se sumieron en un profundo silencio, pensando en los posibles escenarios.

Fue el propio detective quien, con los ojos entornados, aportó al fin una sugerencia.

—Si somos capaces de disponerlo todo de modo que Percival aparezca en un lugar concreto con la idea clara de llevarse al chico de forma ilícita... unido a lo que Rose oyó, debería bastar.

—Así es —habló Thomas en un tono de voz más duro, frío e implacable de lo que Rose le había escuchado jamás. Cuando lo miró a los ojos, comprobó que su mirada igualaba a su voz—. Pero no podemos poner en riesgo a Homer... William, ni siquiera por este motivo. Ni siquiera para conseguir su futura seguridad —nadie lo discutió. Junto con Rose, todos los demás aguardaron.

Thomas parecía estar reflexionando. Sus labios se curvaron en una expresión de cinismo, salió de su ensimismamiento y miró a su alrededor.

—Gracias a mi pasado, se me da realmente bien elaborar estratagemas. Y bien... ¿qué os parece esto?

A continuación les presentó un plan claro y preciso, bastante sencillo de ejecutar. Más aún, hasta Rose comprendió que a Richard le resultaría atractivo, un plan que serviría para atraerlo en lugar de para obligarlo.

Stokes, Barnaby y Montague se sentían cada vez más ansiosos. Violet y Penelope se animaron añadiendo varios toques de verosimilitud al incipiente plan.

Incluso Griselda acabó por asentir en un gesto de aprobación matriarcal.

Por fin Thomas se volvió hacia Rose. Delicadamente, le tomó una mano.

—Podemos elaborar el plan y prepararnos para actuar, pero eres tú quien decide —la miró a los ojos antes de enarcar una ceja—. ¿Nos confiarás la ejecución de este plan?

Ella respiró hondo y miró a los demás, todos la miraban con expresión ansiosa, esperando su respuesta. Por fin se volvió hacia Thomas y sus miradas se fundieron.

—Sí —Rose sonrió tímidamente—. Por supuesto.

La decisión no había sido nada complicada de tomar. Rose confiaba en Thomas con respecto a ella misma, a los niños, a todo y a todos.

Cuando, con el plan plenamente detallado y todo dispuesto, llegó el momento de abandonar la casa de la calle Albemarle, Pippin estaba tan profundamente dormida que fue imposible despertarla, de manera que Thomas la llevó en brazos. Rose no estaba segura de que pudiera hacerlo, pero él acomodó a la niña en el pliegue del codo, la sujetó con fuerza contra el pecho y bajó los tres escalones hasta la acera de la calle. Acostumbrado, al parecer, a la dificultad de los movimientos, consiguió subir al carruaje de Penelope sin siquiera zarandear a Pippin.

Al llegar al hotel, él subió las escaleras con la dormida niña en brazos hasta la suite, llevándola hasta la habitación de los niños. Rose le seguía de cerca empujando a un adormilado Homer.

Ya en el dormitorio, Thomas y ella se intercambiaron a los niños y los acostaron en sus camas. Los dos estaban profundamente dormidos antes de que Rose cerrara la puerta y siguiera a Thomas fuera de la habitación.

Y también lo siguió al interior de su dormitorio. A medida que la distracción que le había generado tener cosas que hacer, cuidar de los niños, hablar con otras personas, se iba apagando, la ansiedad iba creciendo en su interior, mostrándose claramente en su rostro.

La ansiedad no se debía a William, sabía que no estaba en peligro, y que seguiría perfectamente a salvo todo el tiempo. El plan de Thomas así lo aseguraba.

Era el propio Thomas el objeto de su preocupación, su seguridad era la cuestión que ocupaba su mente.

Eso, y la perspectiva de perderlo.

Cuando él se volvió y la miró, Rose sonrió y avanzó. Directamente hasta él, a sus brazos.

Thomas se mostró ligeramente sorprendido, claramente preguntándose por su comportamiento. Normalmente se desvestían por separado, pero él la rodeó con sus brazos y la miró a los ojos.

La observó atentamente y enarcó las cejas.

Ella se hundió en la cristalina mezcla de verde y oro de su mirada, y lo vio, al verdadero Thomas, al hombre dulce, cariñoso y atento en que se había convertido, que le devolvía la mirada.

—No quiero hablar —le dijo Rose.

Soltándose del abrazo, ella tomó el rostro de Thomas entre las manos, apoyando las palmas contra las delgadas mejillas, una perfecta y fresca, la otra surcada de cicatrices. La sensación de ambas le resultaba muy querida, un rasgo distintivo de su persona.

—No quiero hablar de nada.

Estirándose, ella buscó sus labios y lo besó, bebió de sus labios y, a cambio, permitió que el deseo reprimido en su interior, todas las sensaciones que estaban a punto de desbordarse, fluyeran

a través de esa caricia hasta él.

Aunque lo amaba desde hacía tiempo, en esos momentos estaba clara la realidad de lo que ese hombre significaba para ella, la amplitud, la fuerza, el poder.

Thomas representaba la seguridad, la estabilidad. Ese hombre era pasión y sorpresa.

Era felicidad.

El beso se volvió más apasionado y ella lo animó, lo provocó, liberó la magia para que pudiera arrastrarlos a ambos.

Y como siempre, él la acompañó a cada paso, dispuesto y preparado para seguirla hasta el paisaje de pasión y deseo al que ella lo conducía.

Sin moverse, el pecho subiendo y bajando agitadamente, Thomas la contemplaba mientras ella se le mostraba, el dorado de su mirada ardiente como las llamas que crecían bajo su piel.

Desnuda, envuelta en el fulgor de su deseo, junto con el de él, sintiendo fluir en su interior el poder que era suyo, Rose volvió a él, colocó las manos sobre su pecho, se estiró y volvió a pegar sus ardientes labios contra los suyos.

El beso quemaba, sus lenguas enredadas estallaron en llamas, en deseo, ardiente y agudo, atrayente.

Fue Rose la que rompió el hechizo, apartándose, dando un paso atrás.

Thomas produjo un sonido inarticulado y alargó las manos hacia ella, pero Rose le agarró las muñecas y clavó su mirada en él.

—No, déjame a mí.

Él dudó, sin apartar la mirada de la de ella, vaciló, pero al fin respiró hondo y asintió.

Una vez. Como si no pudiera repetir el gesto.

Ella no necesitó más y empezó a desnudarlo con agónica lentitud.

Embebiéndose de él.

Rose no tenía ninguna garantía de que aquella no fuera a ser la última vez, la última oportunidad que le concedía el destino para posar sus manos sobre la piel de Thomas, de rendir homenaje a la innegable fuerza de los fornidos músculos que marcaban su torso. Las lesiones habían distorsionado lo que sin duda había sido pura perfección masculina. Pero su cuerpo ya no era simétrico, salvo a ojos de Rose, para quien él era todo belleza.

Era real. No un dios esculpido, ni un falso icono.

Era auténtico. Templado y fuerte, y siempre haciendo honor a su imagen.

Y eso era lo que ella adorada. Así era él.

Y tal y como Thomas se había entregado, por propia voluntad, a darlo todo: su libertad, su futuro, su vida si fuera necesario, para salvar a William y liberarla también a ella, Rose decidió entregarse a él.

Sin reservas, sin restricciones.

Sin garantías.

Sin pensar en el mañana.

Dejó a un lado todas sus preocupaciones y se entregó al momento, a aquello, a él.

A ellos.

Y tal y como lo había aceptado, él también lo hizo, guiado, al parecer, más por un instinto, por el destino, que por cualquier pensamiento lógico o deliberado.

Thomas, demasiado abrumado por los sentimientos, era incapaz de pensar. Unos sentimientos que no tenían nada que ver con las pasiones, con los deseos, por poderosos que fueran.

Era una fuerza más profunda, una a la que aún se resistía a darle nombre, que aún se resistía a

reconocer porque era incapaz de convencerse a sí mismo de que fuera a poder conservarla, una fuerza que lo recorría por dentro y desbordaba su mente, privándole de otra opción que no fuera seguirla a ella, permitirle tomarlo de la mano y conducirlo hasta la cama.

Cayeron el uno en brazos del otro, los ojos muy abiertos, las miradas clavadas. Se acariciaron, y se rindieron al acto de amarse.

Conocieron de nuevo la felicidad que ya habían encontrado con anterioridad, la disfrutaron. Con pasión y abandono, con creciente hambre y necesidad, dieron y tomaron. Y compartieron.

Llegaron juntos en un torbellino de salvaje placer, en un torbellino de pasión tan intenso que él apenas conseguía respirar.

Thomas agachó la cabeza y sus labios se fundieron. Se alzó y su cuerpo se hundió sobre ella mientras el de Rose florecía acogedor, aferrándose a él.

Cabalgaron salvajemente hacia el corazón de la tormenta de pasión, ascendiendo hasta la cima que les conduciría al éxtasis.

Hacia el sol de esa ineludible gloria, donde sus sentidos se fragmentaban y sus almas se fracturaban, y se fundieron en uno solo.

Hacia donde el éxtasis les aguardaba para acunarlos y calmarlos, para llenar el dolorosamente vacío hueco.

Hacia donde la unión y la cercanía brotaban y se desbordaban, y erradicaban la soledad de dos corazones anteriormente separados.

Más tarde, mucho después de que sus cuerpos se hubieran despegado, de que hubiera bajado la intensidad de la luz de la lámpara y cubierto sus cuerpos con las mantas, Rose permaneció tumbada en brazos de Thomas, atenta a la lenta cadencia de su corazón durmiente.

Durante largo rato se limitó a deleitarse.

Guiadas por una vida propia, como si instintivamente quisieran grabar cada detalle de él en sus sentidos, las manos de Rose se deslizaron delicadamente por el lado dañado de Thomas, las puntas de los dedos dibujando la línea de las cicatrices, los nudos, giros y bordes que tan bien había llegado a conocer.

Esas cicatrices lo marcaban más de lo que él creía. Eran las señales físicas de lo mucho que había cambiado con respecto al hombre que había sido. Eran los indicadores de su viaje, silencioso testimonio de lo lejos que había llegado partiendo de esa identidad que amenazaba con aparecer y reclamarlo, y hacerle pagar por los pecados de su pasado.

¿Y ella qué?

¿También ella tendría que pagar?

Si lo perdía, lo haría. Y si era necesario, lo haría.

Si el destino la obligaba a renunciar a él, lo haría.

No por el destino sino por él.

Porque Rose sabía lo que Thomas pensaba, sabía cómo se veía a sí mismo. Sabía que tenía que dejarle caminar hacia la oscuridad de lo que le aguardara... para poder descubrir lo que había más allá.

Y por eso lo haría.

Pero hasta que no tuviera la certeza de que no había esperanza, ninguna posibilidad, ni siquiera una diminuta oportunidad, se mantendría firme y pelearía. Por la oportunidad, por la promesa.

Por su amor.

## Capítulo 13

Pusieron en marcha el plan a la mañana siguiente. Independientemente de lo que pudiera haber contado el hombre que había reconocido a Rose y a William, el riesgo de que Percival ya hubiera sido informado de la presencia de William en Londres, y seguramente en Mayfair, no les dejaba casi ninguna opción, no les dejaba más tiempo para investigar.

Siendo el tutor principal de William, si Percival conseguía poner sus manos sobre el niño, en ese caso volver a liberarlo... ninguno de ellos confiaba en que eso pudiera suceder. El testimonio de Rose podía ser fácilmente desestimado como la histérica imaginación de una mente femenina debilitada por un comprensible dolor.

Stokes llegó a la calle Hertford antes de que las campanas dieran las ocho de la mañana y se reunió con su hombre apostado en la esquina de la calle Audley. Vestido con un viejo abrigo para confundirse mejor con sus hombres, el detective asintió a O'Donnell.

—¿Algún movimiento?

—No, señor. Todavía no —O'Donnell, nuevamente vestido con el atuendo de un barrendero, se apoyó en su escoba—. Pero Morgan deslizó poco antes del amanecer una nota bajo la puerta principal, tal y como ordenó. Las doncellas ya la habrán encontrado.

Stokes asintió. El plan para provocar en Percival una reacción lo bastante incriminatoria se basaba en la simplicidad. La nota en cuestión, cortesía de Phelps, el cochero de Barnaby, escrita con caligrafía masculina y poco refinada decía:

*Hemos oído que quiere hacer desaparecer al chico, William Percival. Si es así, traiga mil libras a Salisbury Stairs a las once de la mañana de hoy y hable con el hombre con gorra de cuadros escoceses y quizás podamos ayudarle.*

Thomas había redactado la nota siguiendo los consejos de Barnaby y Montague. Cuando, al leerla, Stokes había mostrado sus dudas, Thomas había señalado que, si Richard Percival era inocente, al leer una nota así, acudiría de inmediato a Scotland Yard. Pero, en cambio, si elegía acudir a la cita en Salisbury Stairs, y pagaba la cantidad exigida, ¿qué diría eso de sus motivos?

Al detective no le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo. Si Percival abandonaba su casa y se dirigía a Salisbury Stairs, una parada de barqueros en las orillas del Támesis, y le pagaba al hombre de la gorra a cuadros mil libras... junto con el testimonio de Rose, bastaría para que, al menos, Percival acabara detenido. Así ganarían tiempo para sacarle más información, y también a sus empleados, a Curtis y a cualquiera con quien se hubiera estado relacionando.

Thomas. De repente Stokes fue consciente de que había pensado en el hombre por su nombre de pila, no por el más distante Glendower. No sabría decir exactamente cuándo se había producido el cambio, cuándo había empezado a aceptar a ese hombre a un nivel más personal, pero tras la

última noche, cuando lo había visto llevar en brazos a Pippin hasta el carruaje, cuando había visto su sonrisa mientras animaba a Homer... William a seguirlo con Rose, Stokes ya no había podido dudar de la sinceridad de los sentimientos de ese hombre hacia su carga, una carga que no tenía por qué asumir, pero que había asumido y, al parecer, sin dudar.

Los sentimientos que se habían reflejado claramente en el rostro de Thomas eran unos sentimientos con los que Stokes estaba muy familiarizado. El hecho de que Griselda, que no era nada fácil de engañar y que, como bien sabía el detective, había contemplado inicialmente a Thomas con ojo muy crítico, hubiera pasado a otorgarle su aprobación sin reservas —no su posición, sus acciones, sino al hombre en sí mismo— había contribuido al cambio y la consolidación de la opinión de Stokes.

No sabía cómo acabaría aquello, pero ya no deseaba ningún mal a Thomas. Ese hombre había pagado, evidentemente y a varios niveles, sus errores del pasado. Si el destino consentía en ofrecerle una segunda oportunidad, Stokes, por lo menos, no se interpondría en su camino.

—Yo diría que no veremos ningún movimiento hasta que se digne a salir de la cama — O'Donnell se removió a su lado.

Stokes reflexionó antes de hacer una mueca.

—Escribamos, «urgente», en la nota. Con suerte, el servicio considerará oportuno dejarla sobre la bandeja del desayuno, que le subirán pronto a la cama —sacó el reloj de su bolsillo y consultó la hora. Pasaban quince minutos de las ocho de la mañana—. Tendrá que ponerse en marcha a las diez y media como muy tarde si quiere llegar a tiempo a Salisbury Stairs.

—Hablando del rey de Roma —O'Donnell, que tenía la mirada puesta al otro lado de la calle, se irguió—. Esa es la señal de Morgan para avisar de que han descornado las cortinas de la ventana de Percival.

—Excelente —Stokes guardó el reloj en el bolsillo y miró calle abajo, pero no consiguió ver a su hombre—. ¿Dónde está Morgan?

—En la acera de enfrente, dos puertas más abajo. Nos dimos cuenta de que esa casa está cerrada y que la zona de escaleras que conducen hasta la puerta de servicio es el lugar ideal para vigilar la casa de Percival. El servicio de las casas de alrededor cree que somos pordioseros buscando un lugar en el que guarecernos.

—Creo —observó Stokes— que voy a reunirme con Morgan. ¿Dónde está Philpott?

O'Donnell volvió la cabeza hacia la calle Audley.

—Está vigilando el callejón que pasa por detrás de la casa, por si a Percival se le ocurre salir por allí.

—Bien. ¿Y los demás? —Stokes había enviado a Yard la orden de que le proporcionaran dos hombres más, un agente y un mensajero.

—Philpott se dejó caer por comisaría central a primera hora y el recepcionista le confirmó que los dos hombres que solicitó se presentarán ante mí a las ocho y media.

—Mantenlos contigo de momento —Stokes asintió—. Sin embargo, si Percival abandona la casa, todos lo seguiremos, aunque tendremos que mantenernos a distancia.

—Sí, señor.

El detective dejó a O'Donnell en su puesto y cruzó la calle Hertford, siguiendo su camino, aparentemente desocupado aunque, en realidad, no perdía de vista la casa. Al fin llegó al refugio de Morgan, bastante seguro de que nadie lo estaba observando, y se dirigió a la zona de la entrada de servicio, bajando los escalones hasta donde se apostaba Morgan, la cabeza apenas sobresaliendo del nivel de la acera y sin perder de vista la casa de Percival.

—Señor —Morgan sonrió expectante a su jefe—. Parece que pronto veremos algo de acción.

—Esperemos que sea así —Stokes se agachó, recordando por qué la vigilancia era uno de los aspectos que menos le gustaban de su trabajo.

La posición de Morgan les proporcionaba una visión clara de la ventana del dormitorio de Percival. En poco tiempo quedó patente que se estaba produciendo un considerable movimiento dentro de la habitación, con gente apresurándose de un lado a otro, interfiriendo con el juego de la luz sobre el cristal.

—Bueno, bueno —murmuró Stokes—. Parece que nuestra nota, en efecto, le ha hecho entrar en acción —hizo una pausa antes de continuar—. Ahora habrá que ver en qué dirección se dirige —por el camino de un hombre inocente, hacia Yard, o por el de un asesino, hacia el Támesis.

Pero Percival le sorprendió haciendo algo completamente distinto. Cuando, poco después de las nueve de la mañana, se abrió la puerta principal y Percival, vestido con pantalones y botas, chaqueta y un pañuelo atado, los oscuros cabellos con aspecto de haber sido peinados con la mano, el rostro sombrío y serio, bajó los escalones, se dirigió hacia la derecha, con paso decidido y rápido hacia la intersección con la calle Audley.

—Un poco pronto para dirigirse al río, ¿no, señor? —Morgan frunció el ceño.

—Así es —murmuró el detective. Aunque no lo era para dirigirse a Scotland Yard.

Mientras la idea aún se estaba formando en la mente de Stokes, Percival llegó al sur de la calle Audley. Pasó entre los edificios y un grupo de tres hombres reunidos en una esquina... O'Donnell y los dos últimos efectivos en incorporarse, y giró hacia el norte.

Alejándose de Scotland Yard. Alejándose también del río.

—¿Adónde demonios va? —Stokes miró a Morgan—. Vamos.

Llegaron a la esquina a tiempo para ver a Percival, calle abajo, detener un taxi. No estaban lo bastante cerca como para oír la dirección que le proporcionó al cochero, pero señaló con la mano en dirección noreste.

—Morgan y Davies, conmigo —Stokes detuvo un taxi. Davies era el joven mensajero, ansioso y tenso por echar a correr con algún mensaje que entregar—. O'Donnell, que Philpott pare otro coche y seguidnos lo más deprisa que podáis.

Morgan ya se había subido al asiento del cochero y le estaba llamando la atención sobre el coche que llevaba a Percival hacia el norte. Stokes saltó al interior del coche y Davies lo siguió apresuradamente, cerrando la portezuela con fuerza. El coche echó a andar.

Confianza en que Morgan no perdiera de vista a Percival, y que el coche lo siguiera sin problemas, Stokes se acomodó y observó pasar las calles ante sus ojos mientras dibujaba la ruta en su cabeza.

Cuando el coche giró a la derecha en la calle Oxford y continuó con paso constante hacia el este, Davies se inclinó hacia delante y echó un vistazo a la fachada de los edificios ante los que pasaban.

—¿Adónde cree que van, señor?

Esa era la pregunta que el detective se estaba haciendo a sí mismo.

—Podría tener un cómplice. No hemos considerado esa posibilidad, pero ahí está.

Cuando, quince minutos después, el coche pasó por St. Giles Circus hacia High Holborn, y continuó por Chancery Lane y Gray's Inn, Stokes lo comprendió de repente.

—Se dirige al despacho de Curtis —se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla al frente—. Está ahí delante, a este lado de Holborn Circus.

Y, efectivamente, el coche perdió velocidad antes de detenerse junto a la acera. Stokes y Davies



se bajaron del taxi, tras pagar al cochero, y Morgan se reunió con ellos.

—Le he visto entrar en ese edificio —Morgan señaló con la cabeza a su derecha.

—Ese es el despacho de Curtis —el detective recorrió la zona con la mirada, seleccionando algunos puntos desde donde sus hombres podrían vigilar el edificio. Luego se dirigió a Morgan—. Llévate a Davies y echa un vistazo a la parte de atrás, comprobad si hay alguna salida por ahí. Yo me quedaré aquí esperando a los demás, luego trazaremos un plan para cubrir todas las entradas. Informadme de inmediato.

Morgan asintió y le hizo un gesto con la cabeza a Davies para que lo siguiera antes de mezclarse con el flujo de transeúntes.

Al cabo de un rato, el detective consultó su reloj. Acababan de dar las nueve y media. Guardándolo de nuevo, miró hacia la oficina de Curtis. Si Percival había acudido en busca de apoyo para su reunión en el río, tardaría un buen rato en volver a ponerse en marcha. Stokes y sus hombres tendrían tiempo de tomar posiciones.

Llegó otro pequeño carruaje del que salió el resto de sus hombres. Les habían seguido de cerca y no los habían perdido de vista, pero el tráfico los había retrasado.

Morgan y Davies reaparecieron.

—No hay ninguna salida por allí, señor —Morgan sacudió la cabeza—. La parte trasera del edificio da a otro edificio, un almacén según hemos podido comprobar. No hay acceso por allí.

De no tratarse de Morgan, Stokes se habría mostrado escéptico, pues le costaba creer que Curtis no tuviera otra salida, pero a fin de cuentas a quien seguían era a Percival, y el hombre no tenía motivo alguno para imaginarse que lo estuvieran vigilando.

—De acuerdo entonces —Stokes miró calle abajo—. Cubriremos solo la parte delantera, pero tenemos que asegurarnos de no llamar la atención. Curtis no es tonto, y sus hombres tampoco lo son, de modo que debemos asegurarnos de que no noten nuestra presencia. ¿Entendido?

Todos asintieron. Stokes había elegido personalmente al grupo entre los hombres más capaces que tenía Yard para trabajos de vigilancia. Davies era nuevo y se mostraba demasiado ansioso como para que lo dejaran solo, pero sabía que en los demás podía confiar plenamente.

Cada uno eligió su punto de observación y se situó en su puesto.

Reculando bajo el alero de un estanco, Stokes apoyó los hombros contra el rugoso muro de ladrillo, como si estuviera esperando a algún amigo. Davies se colocó, estremeciéndose de los nervios, pegado a él.

—El chico que acaba de salir del despacho de Curtis es un mensajero —murmuró Davies tras varios minutos de silencio.

Stokes miró hacia la calle y vio a otro joven salir corriendo del despacho de Curtis y dirigirse a toda prisa hacia ellos. Pasó por delante de Stokes y Davies y siguió su camino.

—De manera —murmuró el detective— que llega Percival y diez minutos después, Curtis envía mensajeros.

La carrera endiablada pareció insuflar a Davies de una urgencia similar. Basculaba el peso del cuerpo de un pie a otro sin parar.

—Podría echar a correr y advertir a los del río que nuestro objetivo está aquí —se ofreció unos minutos más tarde—. Estaría de vuelta antes de que pueda suceder algo.

—No —contestó Stokes en un susurro—. No sabemos lo que puede pasar. Necesitamos saber si Percival va a dirigirse al río, y si tiene algún compinche, antes de que eches a correr.

También tenía idea de ordenarle a Davies, en cuanto hubiese advertido a los de Salisbury Stairs, que se dirigiera a Yard y les hiciera saber que el plan había dado sus frutos, para que se

prepararan... Stokes agachó la cabeza justo cuando un hombre corpulento, junto con su compinche, más menudo, pasaban caminando a buen paso.

Mirando hacia un lado sin levantar la cabeza, Stokes vio cómo los dos llegaban a la entrada del despacho de Curtis y desaparecían en el interior.

Davies, en su honor había que decirlo, tuvo el buen sentido de adoptar una expresión ausente.

—Los hombres de Curtis, ¿eran investigadores? —murmuró.

Stokes asintió. Al igual que Thomas, sería capaz de reconocer a esos tipos de un solo vistazo. Algo en su gesto siempre alerta hacía que saltaran de inmediato todas las alarmas.

En general, los investigadores que trabajaban para hombres como Curtis no eran peligrosos o, por lo menos, no solían serlo. Al menos no por la experiencia que tenía Stokes.

A medida que más agentes, sin duda avisados por los mensajeros que habían salido del despacho, entraron en la oficina de Curtis, Stokes se preguntó si su experiencia se impondría tras los sucesos del día. Seis hombres habían acudido a la llamada de Curtis.

Stokes volvió a echar mano del reloj. Pasaban veinte minutos de las diez de la mañana. Miró hacia la oficina de Curtis. Si Percival tenía intención de estar en Salisbury Stairs a las once, iba a tener que ponerse en marcha pronto.

Diez minutos más tarde, la puerta de la oficina de Curtis se abrió y Percival salió. Se detuvo en la acera, hizo una pausa y esperó a que Curtis se reuniera con él. Tras mirar por encima de su hombro, Percival echó a andar, cruzando la calle cuando el tráfico se lo permitió, seguido de Curtis.

Los seis agentes que habían respondido a la llamada de Curtis salieron también del edificio y se repartieron en dos grupos de tres para seguir a Percival y a Curtis.

—¿Salgo ya? —preguntó Davies.

—No —Stokes se apartó de la fachada—. Antes debemos estar seguros —con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza agachada, Stokes echó a andar tras el último de los agentes.

Se mantuvo a cierta distancia, protegido por los numerosos peatones de la zona, por si alguno de los hombres de Curtis tuviera un instinto especialmente agudo.

Los hombres de Stokes se fueron agrupando poco a poco, siguiendo a su jefe a varios pasos de distancia, en una pequeña red dispuesta para atrapar a cualquiera del grupo al que perseguían que pudiera quedarse rezagado. Ninguno lo hizo y, mientras se dirigían hacia el sur y ligeramente hacia el oeste, pronto resultó evidente que Percival y Curtis se encaminaban hacia Salisbury Stairs.

Su presa alcanzó la calle Fleet, al este de The Temple, y giró al oeste. Stokes continuó cerca de ellos. Los hombres que lo precedían parecían caminar con calma, pero se notaba un firme propósito en sus pasos, una concentración. Percival, en concreto, se movía con una determinación fija, apenas capaz de ver a la gente a su alrededor, siempre mirando al frente.

Pisándole los talones a Percival, Curtis parecía algo más lacónico, o quizás algo más taciturno. O quizás simplemente disimulaba mejor.

Al fin se aproximaron a Strand. Davies parecía que estuviera sujeto por una correa invisible de la que deseaba escaparse. Cuando el grupo llegó al punto en que la calle se bifurcaba en dos alrededor de la iglesia de St. Clements, y Percival tomó el camino hacia el sur, Stokes asintió hacia el camino del norte.

—Si te diriges por ahí, los adelantarás sin que se den cuenta. Primero contacta con Adair, infórmale a él, y también al sargento Wilkes, que la operación está en marcha, luego dirígete a Yard e informa a Ferguson. Te está esperando.

—¡Sí, señor!

Davies arrancó veloz, volando por la calle, esquivando a la gente. En pocos segundos lo perdieron de vista.

Stokes reprimió una sonrisa y siguió tras Richard Percival.

Salisbury Stairs era el primer grupo de paradas de barqueros al oeste de las que había bajo el puente de Waterloo. Las escaleras se situaban al final de la calle Salisbury, una calle de tamaño medio llena de casas viejas. Las piedras del muelle, en el lugar donde la calle se encontraba con la orilla del río, eran de color gris oscuro, la superficie que quedaba por encima del nivel del agua llena de líquenes. Por debajo del nivel del agua, las piedras estaban cubiertas de limo.

Sentado en una barca de remos, sujetándola junto a las escaleras con ocasionales golpes de remo, Thomas tuvo mucho tiempo para observar las vistas y percibir los olores. Había olvidado ese particular encanto de la capital.

Iba vestido como un barquero, sus ropas habituales ocultas bajo una capa impermeable, los rasgos ocultos por la capucha que le tapaba la cabeza. La capa le cubría todo el cuerpo, ocultando la extraña posición en que estaba apoyada su pierna izquierda, así como el bastón.

Frente a él, en medio de la barca de remos había un montón de cojines que pretendían simular el cuerpo de William. Penelope y Rose habían, literalmente, igualado el montón a la altura y peso del niño.

Los niños estaban a salvo y bajo constante vigilancia, mientras que tanto Penelope como Rose esperaban, sin duda impacientes, con Montague, en Scotland Yard, preparadas para colaborar en el consiguiente interrogatorio, suponiendo que Percival mordiese el anzuelo.

Violet formaba parte de la plantilla del despacho de Montague, en guardia por si les llegaba alguna información de última hora. Griselda, para su fastidio, se había tenido que quedar en casa con la hija pequeña de los Stokes, que parecía haber agarrado un catarro.

Un repentino repiqueteo de pasos sobre los adoquines precedió a un joven que salió como un rayo de las sombras de la calle Salisbury. Corrió directamente hasta Barnaby, que representaba el papel del hombre con gorra a cuadros, y que vestía un viejo abrigo y unos bastos pantalones de trabajador. Merodeaba en lo alto de las escaleras, claramente esperando a alguien.

El joven se detuvo bruscamente y sin aliento.

—Vienen de camino —anunció—. El jefe dijo que está en marcha —miró a su alrededor—. ¿Dónde está el sargento Wilkes?

—Aquí, muchacho.

El joven miró hacia un estrecho callejón detrás de Barnaby y vio al canoso sargento agachado y vestido como un borracho. Tras asentir, alzó fugazmente los pulgares y se dio media vuelta.

—Tengo que dar el aviso en Yard —le dijo a Barnaby mientras volvía a echar a correr, sus largas piernas estirándose mientras corría por la orilla del río antes de meterse por los callejones hacia el oeste.

Barnaby miró al sargento, que levantó una mano a modo de saludo y volvió a retirarse a las sombras.

—¿Preparado? —preguntó Barnaby, volviéndose hacia Thomas.

Thomas se limitó a asentir. A esas horas del día no había muchos barqueros en el río. Miró a derecha y a izquierda a lo largo del río, y después fuera del río, confirmando que no había ninguna otra barca acercándose a las escaleras. Se apoyó sobre un remo y acercó un poco más la barca, hasta que la proa rozó el lateral de la estrecha plataforma de piedra a los pies de la escalera.

A lo lejos, pero acercándose cada vez más, se oían pisadas de botas. No eran los pasos de un único hombre, sino de varios.

Thomas entornó los ojos y miró a Barnaby, de pie inmóvil y en silencio, mirando hacia el comienzo de la calle Salisbury. Pasados unos segundos, Barnaby miró hacia Thomas y movió los dedos. Cinco, y luego tres más. En total había ocho hombres.

No habían esperado que fueran tantos.

Thomas sintió una repentina sacudida de emociones. La excitación, el entusiasmo, era algo que reconocía de su lejano pasado, la anticipación de la satisfacción inminente cuando conseguía cerrar un trato complicado, o cuando lograba una ganancia económica sin precedentes. Pero en esa ocasión otros sentimientos, sorprendentemente fuertes y poderosos, se habían añadido a la tumultuosa mezcla. La más fuerte, la más poderosa, era una forma de ira, una rabia latente que ascendía como la mecha acariciada por la llama, ante la perspectiva de ver por fin cara a cara al hombre que estaba tras el asesinato a sangre fría de la madre de Rose y los niños, del padre de William y la pequeña Alice, que tanto les había robado a los tres. Al hombre que había obligado a Rose a renunciar a la vida que habría merecido tener, para mantener a sus hermanastros sanos y salvos.

Para sobrevivir ella misma. Pues Thomas no tenía dudas acerca de lo que Percival habría hecho con Rose si la hubiese atrapado.

La comprensible ira ardía y Thomas la agradeció, la acogió, sorprendido al comprender que ya la había sentido en otra ocasión, ante el rechazo de Charlie Morwellan a aceptar el amor de su esposa, ofrecido a cambio de nada, y admitirlo abiertamente ante ella.

Pero en aquella ocasión, la ira había sido provocada en gran parte por la frustración. En esa ocasión, sin embargo, era por otra emoción, una que despertaba Rose y, en otra versión, los niños también.

Eso era lo que hacía que la ira ardiera con mucha más fuerza que aquella otra del pasado.

Las campanas de la ciudad empezaron a dar la hora y Thomas tuvo un destello de comprensión... sentía algo auténtico por ellos.

Esas tres personas eran muy importantes para él.

Sentía amor.

Un caballero salió de la calle Salisbury. A su espalda, el sonido de pisadas de bota se ralentizó. Desde su posición en el agua, Thomas vio a seis hombres, todos investigadores, distribuyéndose en forma de abanico para bloquear el final de la calle.

Richard Percival, solo podía ser él, se adelantó atrevido, los ojos entornados mientras estudiaba a Barnaby, fijándose en su gorra de cuadros. A continuación su mirada se desvió hasta la barca y Thomas y, por último, se posó en el montón de cojines a los pies de Thomas.

Percival se detuvo a un brazo de distancia de Barnaby, su mirada clavada en los cojines que representaban a William.

A Thomas le pareció que la mirada de Percival era hambrienta, demacrada.

Pegado a Percival, un hombre corpulento con los cabellos muy cortos y el cuerpo de un camorrista, vestido con un traje sencillo, aunque de buena calidad, se detuvo con engañosa delicadeza.

Curtis. Thomas mantuvo la cabeza inclinada para que la capucha ocultara sus rasgos. Había tratado con Curtis en varias ocasiones y, si bien aquello había sucedido años atrás, había motivos razonables para pensar que ese hombre, muy observador, recordaría su cara si lo viera, a pesar de las cicatrices.

Curtis lo estudio detenidamente, calculando la distancia hasta la barca, pero enseguida posó su mirada en Barnaby.

Y Thomas hizo lo propio, fijándose en Percival. El canalla parecía...

La primera palabra que surgió en su mente fue «torturado», aunque Thomas no albergaba ninguna simpatía hacia él en su alma. Su ira brotaba, pura y ardiente, y tuvo que esforzarse por contener un gruñido.

Percival había estado evaluando a Barnaby, a quien Thomas no habría podido reconocer. Ese hombre era un camaleón. Parecía más bajo de estatura, más encogido, decididamente más desastrado.

Percival clavó la mirada en la gorra de cuadros que cubrían los rizos de aspecto sucio gracias a un buen puñado de hollín.

—Y bien —habló con voz dura, tensamente bajo control—. Dices que tienes al muchacho.

—Eso es, y un estupendo pordiosero que es —Barnaby desvió brevemente la mirada al bulto a los pies de Thomas.

—¿Está vivo?

Thomas parpadeó ante la desesperación en la voz de Percival.

—Y tanto que lo está —Barnaby asintió—. ¿Tiene el dinero? Mil libras o mi amigo zarpará —concluyó con una fea carcajada más parecida a un gorgoteo.

Percival escupió un juramento y se volvió hacia Curtis, que hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un taco y se lo pasó a Percival, pero sin apartar en ningún momento la mirada de Barnaby.

—Aquí tienes tu dinero —Percival arrojó el taco a Barnaby—. Y ahora —se volvió hacia la barca, la mirada de nuevo fija en el bulto —, dame al chico. Y más te vale que esté vivo.

El tono de Percival y su expresión hizo que Thomas frunciera el ceño, pero Barnaby, metido en su papel y muy ocupado contando los billetes, se limitó a asentir de nuevo.

—Ahora mismo lo traemos, jefe. En cuanto me asegure de que no nos ha engañado.

Girándose ligeramente mientras seguía contando, Barnaby deslizó la mano izquierda en el bolsillo del horrible abrigo y sacó un silbato de plata. Tras mirar a Thomas, se llevó el silbato a los labios y sopló.

El agudo sonido rasgó el aire de la mañana.

—¿Qué demo...? —Percival dio un salto como si le hubiesen propinado un latigazo.

Curtis se volvió hacia la calle Salisbury, pero cuando vio al sargento Wilkes salir a toda velocidad del callejón, directo hacia Percival, se volvió de nuevo e interceptó con destreza al corpulento sargento, lo enganchó y le hizo retroceder.

Los hombres de Curtis no esperaron recibir la señal y se lanzaron hacia el muelle.

Y al mismo tiempo lo hicieron el resto de los hombres de Stokes, todos disfrazados, surgiendo de los diversos callejones y callejuelas.

Los hombres de Curtis se giraron y los esperaron, iniciándose una bronca pelea a puñetazos.

Con alas en los pies, Barnaby corrió escaleras abajo y saltó a la barca mientras Thomas empujaba con un remo para apartarla del muelle.

Richard Percival, momentáneamente distraído por el ataque del sargento Wilkes, y luego por la pelea, se volvió, vio... y soltó un grito mientras corría escaleras abajo.

Thomas blandió un remo y apartó a Percival antes de que la barca se alejara flotando, fuera de su alcance.

—¡Tráelo de vuelta! —exclamó Percival—. ¿Qué demonios pretendes hacer con el muchacho?

—su mirada se posó de nuevo sobre el bulto, pero su expresión cambió—. ¿Acaso lo has tenido alguna vez?

Se oyó otro silbato, dos tonos breves y agudos, seguidos del rugido de Stokes.

—¡Policía!

—¿Qué?

—¿Policía?

Los hombres de Curtis dejaron inmediatamente de pelear y dieron un paso atrás. Lentamente, visiblemente confundidos ante el grupo de pordioseros frente a ellos, bajaron los brazos.

Tras unos segundos de absoluto aturdimiento, todos a una, los seis hombres miraron a Curtis, el cual también había dejado de pelear con Wilkes. Aunque el sargento no soltaba el brazo de Curtis, este lo ignoró, buscando con la mirada a Stokes, al otro lado del muelle. A continuación, Curtis miró a Thomas y a Barnaby en la barca de remos y, por último, se volvió hacia Richard Percival.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó con una expresión de total confusión.

Richard Percival le devolvió la mirada con otra que reflejaba idéntica incompreensión.

Stokes se abrió paso entre los corpulentos hombres que abarrotaban el muelle. Miró a Barnaby y a Thomas y bajó los resbaladizos peldaños hasta donde Richard Percival permanecía sobre la estrecha plataforma.

—Soy el inspector Stokes, de Scotland Yard —su mirada se clavó en la de Percival mientras cerraba una mano sobre su hombro—. Richard Wyman Percival, queda detenido por conspirar para asesinar a su pupilo, William Percival, vizconde de Seddington, y por haber causado, o conspirado con otras personas, para causar las muertes del difunto Robert Percival, vizconde de Seddington, y su esposa, Corinne.

—¿Qué? —la expresión de Percival eran el reflejo del puro aturdimiento, la mandíbula desencajada, la voz apenas un hilillo—. ¡No! Se equivocan.

Intentó zafarse de la sujeción de Stokes, pero otro agente ya estaba a su lado y aguardaba, esposas en mano, para asistir a Stokes.

Percival lo vio, se tensó, pero desistió en su lucha.

—De acuerdo —las palabras fueron pronunciadas con dureza mientras contemplaba con los ojos entornados a Barnaby y a Thomas—. No sé quiénes son, ni qué pretenden, pero, si creen que soy culpable de alguno de esos cargos, están más que equivocados.

—Todos los villanos dicen lo mismo —Barnaby lo miró y sacudió la cabeza.

—Así es —intervino Stokes—. De manera que ¿por qué no nos acompaña tranquilamente, con su pequeño ejército, y nos explica en Scotland Yard por qué estamos equivocados?

Percival fulminó con la mirada a Barnaby y a Thomas antes de encajar la mandíbula, apretar los labios y permitir que lo condujeran escaleras arriba.

## Capítulo 14

A Thomas aquello no le gustaba, y así se lo expuso a Barnaby mientras seguían al grupo de policías que conducía a Percival, a Curtis y a sus seis investigadores hacia el oeste, atravesando las callejuelas que llevaban a Scotland Yard.

—Hay demasiadas cosas que no encajan.

Se había desprendido de la vieja capa impermeable, que llevaba colgada de un brazo. Habían devuelto la barca a su dueño, junto a las escaleras de Adelphi, y Barnaby cargaba con el montón de cojines.

Tras quitarse la gorra de cuadros y metérsela en el bolsillo, Barnaby se revolvió los cabellos para sacudirse el hollín e hizo una mueca de desagrado.

—Ojalá pudiera mostrarme en desacuerdo. Todo fue a la perfección. Pero algo está mal —miró hacia los hombres que caminaban por delante de ellos—. Para empezar, el modo en que Curtis y sus hombres dejaron de pelear en cuanto oyeron la palabra «policía».

—Imposible no darse cuenta —observó Thomas secamente— de que parecían convencidos de estar peleando en el lado correcto de la ley y que nosotros éramos los villanos.

—Pudiera ser que Percival resulte tan convincente que haya conseguido colocar una venda ante los ojos de Curtis —Barnaby asintió.

—Así es —contestó Thomas—. Y también puede ser que los cerdos vuelen.

Barnaby soltó un gruñido, la mirada fija en el suelo.

—Nunca he empleado los servicios de Curtis, pero al surgir su nombre lo comprobé, y su reputación no ha variado desde la última vez que tuve tratos con él. Es conocido por ser duro, pero implacablemente honesto, honrado a carta cabal.

—Yo he oído lo mismo, pero, en mi opinión, las reacciones de Percival han sido aún más reveladoras, estaba desesperado por encontrar vivo a William. No muerto, sino vivo. Ya oyó la desesperación en su voz al final.

Barnaby asintió y miró hacia delante.

—Tengo la clara impresión de que nos hemos equivocado y mucho con nuestra hipótesis, pero juro por mi vida que no sé dónde, mucho menos en qué.

El desfile de detenidos y policía por fin llegó a Great Scotland Yard y entró en el edificio que albergaba el cuartel general de la policía metropolitana. El sargento de recepción, Ferguson, advertido por Davies, tenía preparados varios calabozos y una sala de interrogatorios. Thomas y Barnaby se hicieron a un lado mientras Stokes se encargaba de las diligencias y enviaba a los hombres de Curtis a uno de los calabozos, y al propio Curtis a otro más pequeño. A continuación, hizo un gesto para llamar a Thomas y a Barnaby, que siguieron a Stokes mientras este conducía a un silencioso, aunque condescendiente, Richard Percival, esposado, por un pasillo hasta una amplia sala de interrogatorios.

Conducido al interior de la sala por Stokes, la mirada de Percival hizo un barrido por los presentes: Penelope, Rose y Montague, sentados en sillas a lo largo de la pared a un lado de la sencilla mesa de interrogatorios. La mirada era de simple curiosidad, hasta que se detuvo bruscamente y sorprendido, en el rostro de Rose.

Percival se detuvo. Incluso mientras se rendía a la presión de las manos de Stokes y se dejaba caer en un silla a un lado de la mesa, continuó mirando fijamente, con creciente perplejidad, a Rose.

—¿Rosalind...?

El tono sugería completo estupor. Miró a Rose y ella le devolvió la mirada.

—Ya conoce a la señorita Heffernan —dijo Stokes mientras rodeaba la mesa—. A su lado están el señor Montague y la señora Adair, que nos han estado ayudando en la investigación, junto con la señorita Heffernan —el detective tomó la silla central de las tres que había frente a Percival y luego les hizo un gesto a Thomas mientras sacaba la silla a su derecha—. Y estos caballeros son el señor Glendower y —señaló a Barnaby, que se dejó caer en la silla a la izquierda—, el señor Adair, que también nos ha estado ayudando.

Percival se volvió hacia Stokes, que también tomó asiento.

—Mi sobrino, William Percival, y su hermana, Alice, ¿están bien?

Stokes sostuvo la mirada de Percival.

Thomas también analizó la expresión del detenido, pero lo único que consiguió descifrar fue una genuina preocupación, incluso ansiedad.

—William y Alice están a salvo y protegidos —contestó al fin Stokes.

La tensión en los hombros de Percival se relajó visiblemente. Observó atentamente a Stokes, Barnaby y a Thomas, la expresión cada vez más dura.

—Entonces, ¿dónde están y qué está pasando aquí?

La pregunta encerraba un tono autoritario, más de lo que se esperaría de un vástago de la nobleza.

Imperturbable, Stokes comprobó que O'Donnell había llegado, colocándose junto a la pared, libreta en mano, y que Morgan lo había seguido al interior de la sala antes de cerrar la puerta. Apoyó los brazos sobre la mesa, las manos entrelazadas, y posó una vez más su mirada gris sobre Richard Percival.

—Empecemos por el principio. Hace cuatro años, el día en que su hermano mayor, Robert Percival, y su esposa, Corinne, desaparecieron. ¿Dónde estaba ese día?

—Yo estaba en Londres —Percival parpadeó y miró de Stokes a Barnaby y luego a Thomas, la expresión de creciente confusión—. No comprendo. ¿Qué...?

—Señor Percival. Tenemos muchas cosas de qué hablar. Si nos permite formular las preguntas en un orden que tenga sentido para nosotros, acabaremos mucho antes.

La expresión endurecida, Percival sostuvo la mirada del detective antes de mirar a Rose y asentir bruscamente.

—Muy bien, inspector —acomodándose en la silla, Percival devolvió su atención a Stokes—. ¿Qué quiere saber?

—Usted, en Londres, ese día hace cuatro años. ¿Hay algún testigo que pueda corroborar que, en efecto, estuvo ese día en la capital, todo el día?

—Varias personas —Percival asintió tras reflexionar unos segundos y empezó a enumerar a una serie de personas, todos caballeros de la alta sociedad—. También hubo otras personas. Celebramos una comida privada en Kings, en St. James. Ninguno de nosotros se marchó hasta casi



las seis de la tarde, y yo me dirigí a cenar con Ffyfe Montgomery, y también Swincombe en casa de lady Hammond. Estuvimos allí hasta después de medianoche.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de su hermano, y qué hizo cuando lo descubrió? —Stokes prosiguió.

—Me avisaron de la muerte de mi hermano al día siguiente —Percival frunció el ceño—, a última hora de la tarde. Le envié un mensaje a Foley, el abogado de la familia, para asegurarme de que estuviera informado. Ya estaba enterado, y me contestó que viajaría hasta allí al día siguiente. También envié un mensaje a mi tío y a mi primo, Marmaduke Percival y su hijo, Roger, pero no esperé su respuesta. Conduje hasta Grange en mi calesa, salí de la calle Hertford hacia las seis, de modo que acabé conduciendo toda la noche.

—¿Y qué hizo cuando llegó a Seddington Grange? —preguntó Stokes.

—El servicio estaba en un lógico caos —Percival frunció el ceño con la mirada puesta en las manos esposadas y apoyadas sobre la mesa—. Vi brevemente a Rosalind y a los niños, pero estaban... rotos de dolor —hizo una pausa como si estuviera recordando antes de que su rostro se endureciera nuevamente—. No era capaz de encontrarle ningún sentido a lo que el servicio me contaba acerca de lo que, supuestamente, había sucedido, de modo que me dirigí a Grimsby.

Miró fugazmente a Stokes.

—Todos los hombres de la familia Percival navegamos, incluso mi tío, Marmaduke, y eso que es lo menos atlético que uno podría imaginarse. Lo llevamos en la sangre, y por eso todos los marineros de Grimsby nos conocen —Percival se removió en el asiento antes de continuar—. Empecé a hacer preguntas, pero ninguno de los marineros comprendía qué podría haber sucedido, no más de lo que lo comprendía yo —sostuvo con firmeza la mirada de Stokes—. Robert era un experto navegante, y muy capaz de manejar su propio yate él solo. El día que salieron a navegar... el mar estaba en calma. No hubo ninguna tempestad repentina, nada. No chocaron contra ninguna roca —hizo una pausa antes de continuar—. Hablé con los que encontraron el yate. Los cuerpos estaban enredados en las velas, prácticamente envueltos en ellas, lo que ya de por sí es difícil de entender. Para sacar los cadáveres tuvieron que cortar las velas y, en cuanto lo hicieron, el casco del yate se hundió. De lo contrario lo habrían remolcado hasta la orilla y quizás así habríamos logrado determinar lo sucedido.

Percival levantó las manos en un aparente intento de tirarse de los cabellos, pero al darse cuenta de que las llevaba esposadas y que no podía, las volvió a bajar.

—Por tanto no nos quedó más remedio que aceptar que Robert, por muy experto marinero que fuera, en unas aguas en las que había crecido, en un barco de su propiedad y que conocía al milímetro, había hecho zozobrar el yate en un día despejado y un mar en calma —de nuevo se encontró con la mirada de Stokes, y luego con la de Barnaby y la de Thomas—. También me resultó extraño que nadie les hubiera visto salir. Nadie sabía que habían zarpado. Y, sin embargo, Robert era muy sociable. De haber bajado al muelle donde estaba amarrado su yate, habría hablado con cualquiera con quien se hubiera encontrado, y en el muelle siempre hay alguien. Pregunté, pero nadie sabía nada. Nadie se dio cuenta siquiera de que el yate no estaba en su punto de amarre hasta que lo encontraron zozobrado.

Thomas advirtió que Stokes también fruncía el ceño como si, al igual que el propio Thomas, percibiera la franqueza, la sencilla honestidad, en el relato de Percival.

—Gracias a la señorita Hefferman, poseemos nueva información —anunció Stokes tras unos segundos de silencio—, y sabemos que es muy poco probable que el accidente, suponiendo que fuera un accidente, pudiera haber sucedido tal y como se hizo que pareciera.

—¿Qué información? —Percival fijó su mirada en Rose—. ¿Y por qué demonios no me lo contaste entonces? —preguntó sin ninguna vehemencia.

—Como bien sabes —Rose entornó los ojos, en un gesto que evidenciaba la desconfianza que sentía hacia ese hombre—, mamá no estaba bien. Y sufría terriblemente de mal de mar. Jamás habría puesto un pie en el yate.

—Pues más a mi favor —contestó Percival con delicadeza—. Robert jamás se lo habría propuesto, mucho menos lo habría permitido, no estando la salud de Corinne como estaba —se volvió hacia Stokes, pero rápidamente se hundió en la silla e hizo una mueca de desagrado—. Ojalá lo hubiera sabido, aunque, en realidad, no habría cambiado nada. Durante el entierro hablé con el lugarteniente, insistí en que se llevara a cabo una investigación, pero él era de la firme opinión de que no había pruebas de ningún crimen, y que investigarlo más solo generaría un innecesario escándalo para la familia —la siguiente mueca de Percival fue de profundo desagrado—. A mí el escándalo me daba igual, pero el resto de la familia, incluso Foley, se mostró horrorizado ante la sugerencia —respiró hondo y dejó escapar lentamente el aire—. Por tanto, Robert y Corinne fueron enterrados y todo se acabó.

El ceño fruncido de Stokes era cada vez más marcado.

—Eso nos lleva a las horas siguientes al entierro. ¿Quién se quedó a cenar aquella noche?

—Aparte de yo mismo —Percival reflexionó en un intento de recordar—, estaba Marmaduke y Roger, algunos amigos de mi primo, tanto de Londres como de lugares más próximos. Los amigos de Robert, Corinne y algunos míos de Londres ya se habían marchado para regresar a la ciudad, pero dos caballeros locales, amigos míos, se quedaron a cenar. También había algunos primos lejanos, pero su idea era marcharse poco después. Y Foley también estaba.

—La señorita Heffernan nos ha contado que solo usted y su tío pasaron la noche en la casa —Stokes buscó la confirmación de Percival.

—Sí —él asintió—, solo nosotros dos. Habíamos sido designados cotutores de William y Alice, y por tanto éramos los custodios de la herencia. Los dos sabíamos que Robert lo había dejado escrito así en su testamento, de manera que decidimos quedarnos varios días para... arreglar los asuntos —miró a Rose y su mirada se endureció—. Pero entonces Rosalind huyó con los niños, y desbarató los meticulosos planes de Robert —su voz estaba teñida de desaprobación.

Rose sostuvo la acusadora mirada de Percival y se la devolvió, los ojos entornados, en la misma medida.

—Te oí —le aseguró y, al recibir una mirada perpleja, levantó la barbilla y continuó con firmeza—. Esa noche, después de la cena. Cuando los demás se habían ido. Estabas en el estudio, hablando con uno de tus amigos. Presumías de cómo habías matado a Robert y a mamá, y preparado sus muertes para que pareciera un accidente, y que William era lo único que se interponía entre tú y la herencia, y que tenías pensado eliminarlo lo antes posible.

Percival miró boquiabierto a Rose y se mantuvo en silencio durante varios minutos de absoluto silencio.

—Eso es... —sacudió la cabeza y se volvió hacia Stokes, aparentemente sin palabras— absurdo —consiguió decir al fin—. Aparte de que no es verdad, yo ni siquiera estaba en la casa en ese momento.

—¿No estaba? —Stokes parpadeó perplejo.

—No —Percival lo fulminó con la mirada—. Justo después de cenar, una cena servida temprano, sobre las seis, llevé a Foley hasta Newark-on-Trent para que pudiera tomar el correo de regreso a Londres.

El detective se volvió hacia O'Donnell para asegurarse de que su sargento lo estuviera anotando todo con detalle, sin perderse nada. Volviéndose de nuevo hacia Stokes, hizo una pausa antes de preguntar.

—Foley es el abogado de la familia, y también el suyo personal, ¿correcto?

Percival asintió secamente.

—¿Y alguien en Newark-on-Trent le vio? ¿Se detuvo en el camino, en algún lugar en que alguien podría haberlo visto?

—No nos detuvimos de camino. Foley tenía prisa por tomar ese correo, y yo quería regresar lo antes posible, se tardan unas cuatro horas en ir y volver. No regresé hasta medianoche, lo que podrían confirmar los mozos de cuadra... —la expresión de Percival se iluminó bruscamente—. Un momento, sí que hay alguien que, aparte de Foley, puede situarme aquella noche en Newark-on-Trent. Cuando llegamos a la posta había un coche privado, enganchando unos caballos. El dueño era un juez... Hennessey. El juez Hennessey. Reconoció a Foley y se ofreció a llevarlo de vuelta a Londres, y Foley aceptó encantado —Percival miró a Stokes, y luego a Barnaby y a Thomas—. Foley me presentó al juez, de modo que el juez Hennessey podrá confirmar que yo estaba en Newark-on-Trent sobre las diez.

Percival miró fugazmente a Rose.

—Y eso significa que yo no pude ser el hombre al que Rosalind oyó hablar en el despacho — tras observarla durante unos segundos, se volvió hacia ella, mirándola de frente—. ¿Dónde estabas cuando oíste a alguien en el estudio? ¿En el saloncito anexo?

Rose asintió, sin dejar de fruncir el ceño y Percival miró de refilón a Stokes.

—Crecí en esa casa —le explicó—. Sabía, tan bien como Robert, que no se podía hablar en privado en ese despacho. De haber sido tan estúpido como para querer presumir delante de un amigo de haber cometido un doble asesinato, no habría elegido esa habitación para hacerlo.

—Pero... —Rose no conseguía entenderlo— conozco tu voz. Te oí pronunciar esas palabras, y desde luego no se trataba de Marmaduke. Pero, en cualquier caso —buscó la mirada de Percival—, ¿quién, aparte de ti, podría afirmar que solo William se interponía entre la herencia y tú?

Percival miró a Rose con una expresión vacía, como si no la estuviese viendo.

—Ya entiendo —de repente se irguió, miró al detective y luego a Thomas y a Barnaby—. De modo que de esto se trataba —se señaló a sí mismo con los dedos de una mano—. De ahí vienen las sospechas contra mí. Todos piensan que soy el heredero de William.

—¿Y no lo es? —fue Barnaby quien formuló la pregunta evidente.

—Robert Percival no era mi hermano —contestó Percival tras sostenerle la mirada—. Era mi hermanastro. Soy hijo ilegítimo, por eso nos llevamos tantos años, nuestro padre tuvo escarceos con mi madre mucho después de que la madre de Robert muriera. Mi madre era viuda y no quería volverse a casar, pero murió poco después de que yo naciera. A mi padre y a Robert no les importaba. Para ellos yo siempre fui el hijo de mi padre, el hermano de Robert —miró a Rose—. Por eso Rosalind nunca lo supo y, además, muy pocos fuera del círculo familiar más íntimo lo saben —volvió a mirar a Stokes—. Pero mi origen ilegítimo significa que no puedo heredar ni el título ni el patrimonio. Si William muere, la herencia pasará a Marmaduke, y por eso Robert insistió en nombrarme el tutor principal de William, por él me habría nombrado único tutor, pero Marmaduke se sintió ofendido. Para apaciguarlo bastó con nombrarle cotutor, y así lo hizo Robert, sabiendo que contaba conmigo y con Foley para conservar la herencia de William a salvo mientras el niño fuese menor de edad.

Percival hizo una pausa antes de continuar.

—Robert y yo estábamos muy unidos, y él sabía que yo protegería a William y a Alice, y también a Rosalind, si algo le sucediera. De hecho le hice ese juramento —volvió a mirar a Rose—. Y ese juramento es el que me ha llevado a buscar a William, Alice y Rosalind desde hace cuatro años.

Rose le sostuvo la mirada. La de Percival permaneció fija, imperturbable... sincera.

—Pero entonces, ¿a quién oí yo? —ella frunció el ceño—. Juraré sobre cualquier biblia que oí las palabras que os he repetido.

—Por eso huiste —Percival entornó los ojos antes de asentir—. Porque pensaste... que yo iba a matar a William —concluyó encajando la mandíbula.

—No tenía ni idea de que hubieses pronunciado el juramento ante mamá y Robert de protegerlos —Rose hizo una pausa—. Mamá me había pedido que le prometiera mantenerlos siempre a salvo, y aquella noche sentí que debía actuar de inmediato —añadió.

—Viéndolo en retrospectiva —Percival hizo una mueca—, aquello fue un error por parte de Corinne y de Robert —miró fugazmente a Thomas, Stokes y Barnaby—. Ellos temían que yo, sin ninguna intención, pero solo por ser yo mismo, enamorara a una jovencita impresionable, de modo que me pidieron que guardara las distancias con ella, lo cual hice respetuosamente. Pero tras su muerte... —Percival volvió a posar la mirada en Rose—, lo cierto era que yo no conocía bien a Rosalind. No sabía por qué había huido con los niños tan precipitadamente, sin razón aparente. Y al revés, ella no tenía ninguna base sobre la que juzgarme, ninguno de los dos nos conocíamos bien, desde luego no lo suficiente como para confiar el uno en el otro.

—Volvamos a la cuestión —Stokes dio una palmada sobre la mesa—. Si Rose no le oyó a usted, ¿quién era?

—No pudo haber sido Marmaduke —Percival clavó su mirada en Rose—, no habrías confundido su voz con la mía, ni siquiera teniendo en cuenta la distorsión que produce la chimenea —se volvió hacia Stokes—. La voz de Marmaduke es atronadora.

—Desde luego no era Marmaduke —Rose sacudió la cabeza.

Percival buscó la respuesta en los ojos de Rosalind... y su gesto se endureció.

—Roger —anunció con brusquedad mientras se volvía hacia Stokes—. Tuvo que ser él. Nuestras voces son lo bastante parecidas como para confundirse, y mucho más a través de esa chimenea. Y, aunque sea Marmaduke el heredero de William, mi tío no posee una personalidad... fuerte, y se deja llevar fácilmente. Durante toda la vida ha sido manipulado por su único hijo, Roger. Ese es uno de los principales motivos por el que Robert me nombró el tutor principal de William.

—Y —Penelope intervino por primera vez, aunque no se había perdido ni una palabra de la historia relatada— solo por eso sería muy posible que Roger hubiese afirmado que únicamente William se interponía entre él y la herencia —miró a los demás—. A Roger no le hacía falta heredar él mismo. Le bastaba con que lo hiciera su padre para lograr el mismo propósito, para conseguir el mismo acceso al patrimonio.

—Cuando interrogamos a Foley —Barnaby se irguió—, nos confesó que uno de los cotutores había intentado sacar fondos de la herencia. ¿No fue usted?

—Fue Marmaduke —Percival sacudió la cabeza—, casi seguro a instancias de Roger. Foley podrá confirmarlo. Eso era precisamente lo que Foley y yo debíamos impedir, y lo hicimos.

—También averiguamos —intervino Thomas— que alguien puso en marcha el reloj legal sobre la presumida muerte de William, poco después de su desaparición —enarcó una ceja hacia Percival.

—Marmaduke de nuevo —Percival sonrió—. Foley y yo lo impedimos todo el tiempo posible, pero Marmaduke era el heredero legal, y podía forzar la situación, de modo que al final tuvimos que desistir.

—Nuestras investigaciones han abarcado un amplio espectro —Montague se aclaró la garganta—, y hemos podido constatar que sufre una constante pérdida de ingresos. Más aún, hace poco ganó quince mil libras jugando a las cartas y esa cantidad, al parecer, ha desaparecido.

Percival se quedó mirando fijamente a Montague durante unos segundos antes de, casi a regañadientes, con resignada aceptación, inclinar la cabeza.

—Curtis y sus hombres no son baratos.

—¡Maldición! —murmuró Stokes por lo bajo—. Griselda tenía razón.

Cuando Percival lo miró con expresión inquisitiva, Stokes agitó una mano en el aire.

—Pero, hablando de Curtis, y de toda esta búsqueda por la que le ha estado pagando, ¿por qué no acudió a nosotros, la policía, cuando Rose y los niños desaparecieron?

Percival hizo una mueca de disgusto y miró de reojo a Rose.

—Como he dicho, yo no conocía bien a Rosalind. No sabía nada de las palabras que ella había oído por accidente, lo único que sabía era que estaba rota de dolor tanto por la pérdida de su madre como por la de Robert, y que amaba a esos niños, eso sí lo sabía. Pero a la mañana siguiente, los niños y ella habían desaparecido. Sabíamos que se los había llevado, pues era lo obvio, pero por el juramento que había pronunciado ante Robert y Corinne, lo último que quería hacer era entregar la cabeza de Rosalind a la ley.

Suspiró prolongadamente y levantó la vista hacia el techo.

—Nosotros, Foley, Marmaduke y yo, dedujimos que Rosalind había sufrido una especie de ataque de nervios y que, por algún motivo producto de su imaginación, por alguna razón irreal y, por tanto, incomprensible, había secuestrado a los niños. Sabíamos que no les haría daño, y yo supuse que al contratar a Curtis podríamos encontrarla pronto, y rescatar a los niños, además de a ella. Pensábamos que necesitaba ayuda profesional —de nuevo miró a Rose, pero en esa ocasión con cierto grado de respeto—. Pero no conseguimos dar con ella, no hasta recientemente, cuando obtuvimos algunas pistas fiables en Cornwall.

Rose había seguido las revelaciones, aunque manteniéndose distante. Pero en esos momentos asintió, todavía con el ceño fruncido.

—Todavía no entiendo cómo pude haber oído a Roger —miró a Richard a los ojos—. No se quedó a pasar la noche.

—No —confirmó Percival—, pero seguía en Grange cuando Foley y yo nos marchamos. Y estaba con un amigo, su intención era marcharse juntos a la ciudad más tarde. Atwood... no, Atwell. Ambrose Atwell —miró al detective—. Ese era el nombre del amigo de Roger. Eran uña y carne desde sus días de colegio. No me sorprende nada que Roger hubiera presumido descaradamente delante de Atwell.

Stokes se quedó inmóvil. Luego parpadeó y se volvió hacia el sargento O'Donnell.

—Ambrose Atwell —repetió—. ¿Estoy pensando en el mismo hombre, O'Donnell?

—Si se refiere a ese incidente de hará unos dos años, entonces sí, señor, ese es el nombre que recuerdo.

Con expresión cada vez más sombría, Stokes se volvió hacia Percival.

—Ambrose Atwell fue encontrado golpeado hasta la muerte en un bosque de Exeter hará unos dos años. Se trata de un asesinato sin resolver. Fue uno de mis casos. Atwell estaba de capa caída y debía grandes cantidades a personas de todas clases. Jamás tuvimos la menor idea de quién lo

hizo y achacamos su muerte a que se equivocó de prestamista.

Percival permaneció callado varios segundos y luego soltó un profundo suspiro.

—Si Atwell era el amigo delante del que Rosalind oyó presumir a Roger, pudiera ser que en algún momento, presionado por sus deudas, intentara chantajear a Roger.

—En su opinión, ¿podría su primo haber golpeado a un amigo hasta la muerte? —preguntó el detective.

—Si estamos en lo cierto —contestó Percival tras reflexionar—, y, por fin parecemos estar a punto de descubrir la verdad, quiere decir que Roger mató a Robert y a Corinne, dos personas que no le habían hecho ningún mal en toda su vida. ¿Me pregunta si podría haber vuelto a matar para ocultar ese hecho? —con gesto severo asintió—. Sí, creo que podría haberlo hecho.

—Quítale esas esposas —ordenó Stokes haciéndole un gesto a Morgan.

Morgan se acercó con la llave en la mano. Percival levantó las manos y, mientras Morgan le abría las esposas y se las quitaba, Rose, sin dejar de estudiar a Percival, dijo:

—Llevo cuatro años pensando que habías asesinado a mi madre y a Robert, y que tenías planeado matar a William, pero eres inocente.

—Llevo cuatro años pensando que te habías vuelto loca y que habías secuestrado a los niños, pero está claro que no es así —contestó Percival.

Rose apenas podía creerse el alivio que sentía y se descubrió devolviéndole tímidamente la sonrisa a Richard.

Un repentino golpe de nudillos en la puerta llamó la atención de todos. Regresando a su puesto junto a la puerta, con las esposas colgando en una mano, Morgan abrió.

—Tengo un mensaje para el inspector Stokes y debo entregárselo de inmediato.

Todos oyeron claramente la voz de Violet.

—Déjela pasar, ordenó Stokes.

Violet entró en la sala. Miró a todos y se detuvo en Percival. Tras estudiarlo durante un segundo, mientras él le devolvía la mirada sin ninguna reacción, respiró hondo, miró a su esposo, y luego a Stokes.

—Si este hombre es Richard Percival, no es él el que está fuertemente endeudado. Es su primo, Roger Percival el que vive bajo la amenaza de sus acreedores —Violet le entregó una nota a Thomas—. Su hombre, Drayton, envió esto hace una hora. Pensé que deberían verlo de inmediato.

Thomas desplegó la nota y la leyó.

—Drayton nos informa de que Roger Percival está sometido a una creciente presión para que empiece a pagar las considerables deudas que tiene... con el peor de los peores prestamistas que operan en los bajos fondos, alrededor de los tugurios cercanos a Seven Dials.

—Gracias —Thomas sonrió a Violet—, y le entregó la nota a Stokes.

Que la recibió con una sonrisa de tiburón. Tras verificar su contenido, Stokes se la pasó a Barnaby, se volvió hacia Percival, y luego hacia Rose.

—A pesar de equivocarnos en nuestro juicio, y de haber seguido unas pistas falsas, al final hemos desvelado la verdad. Eso —señaló la nota, que ya estaba en manos de Montague, con la cabeza, es el último clavo que cierra el caso contra Roger Percival.

Empujó la silla hacia atrás, provocando un ruido de arrastre en el suelo de madera y se levantó.

—Y ahora —miró a Richard Percival—. ¿Dónde podemos encontrar a su primo?

—Dado que aún no es la una del mediodía —Percival sacó un reloj de cadena del bolsillo y consultó la hora—, si se dan prisa, deberían poder pillarlo antes de que salga de su casa.

—¿Y dónde se encuentra su casa? —preguntó el detective mientras los demás se ponían en pie.

—Vive en la casa adosada que tiene mi tío en Mayfair —contestó Percival, también de pie—. Número cinco de la calle Albemarle.

El espanto que se dibujó en todos los rostros hizo que Percival los mirara estupefacto.

—¡Oh, no! —exclamó Penelope.

Todos la miraron, estaba muy pálida y visiblemente conmovida.

—¿Qué? —exigió saber Barnaby con tono cortante.

—Ese ayuda de cámara que nos vio en la calle Conduit —Penelope miró a su esposo—, el que reconoció a Rose y a William. Acabo de darme cuenta... ¡También me reconoció a mí!

Barnaby la miró fijamente, al igual que todos los demás.

—¿Tiene su primo, o su tío, un ayuda de cámara?

—El de mi tío es muy mayor y apenas sale de casa —Richard Percival asintió—. El ayuda de cámara de Roger, por el contrario, es un tipo sibilino —miró a Penelope—, de estatura más baja que la media, algo grueso, ligeramente calvo con cabello castaño, cara redonda de compleción pálida, y un dudoso gusto por los chalecos de cachemira.

—Ese es —Penelope tragó con dificultad y asintió con los ojos muy abiertos.

A medida que todos comprendían el alcance de lo que acababan de descubrir, el silencio se hacía cada vez más profundo.

Richard Percival estaba cada vez más inquieto. Tras mirar de uno a otro, ya no pudo contenerse.

—¿Dónde están los niños?

Stokes lo miró a los ojos mientras acercaba la silla a la mesa y se volvía hacia la puerta.

—Los dejamos a buen recaudo en casa de Adair. En la calle Albemarle... número veintiuno.

Rose profirió una exclamación ahogada y corrió hacia la puerta, pero Thomas llegó primero y la abrió para ella antes de seguirla con expresión sombría y la mandíbula encajada.

## Capítulo 15

Todos salieron a la carrera de la comisaría y corrieron escaleras abajo, cruzando la calle hasta la fila de taxis. La gente entraba y salía constantemente de ese edificio y siempre había taxis esperando un cliente al que llevar.

Thomas llegó al primer coche de la fila y abrió la puerta de golpe.

—Calle Albemarle, lo más deprisa que pueda —gritó al cochero al tiempo que Rose lo alcanzaba, se recogía las faldas y subía al interior.

Thomas la siguió y, a punto estaba de cerrar la puerta cuando Richard Percival agarró la manilla exterior.

Los dos hombres se miraron a los ojos antes de que Percival se volviera hacia Rose.

—Por favor. Necesito asegurarme de que William está bien.

—Penelope solo necesitó un instante para decidirse... y asentir.

Thomas soltó la portezuela y Percival la abrió del todo para subirse al coche, y luego la cerró.

El conductor hizo restallar el látigo y el coche se apartó de la acera tomando rápidamente velocidad.

Richard se sentó frente a Thomas y a Rose. Se reclinó en el asiento y la miró a los ojos antes de hacer una mueca y apartar la mirada... aunque al poco rato se obligó a mirarla de nuevo.

—Lo siento. Tengo la sensación de haber fallado a los niños, y a ti, y sobre todo a Robert y a Corinne —sacudió la cabeza—. Sabía que Roger siempre estaba necesitado de dinero, siempre intentando conseguir más, pero nunca me pude imaginar... —hizo un gesto de desesperación y apartó de nuevo la mirada.

—Las acciones de Roger —Rose se removió en el asiento—, y las repercusiones que han tenido hasta la fecha no son culpa tuya, ni mía —esperó a que Percival la mirara para continuar—. Tal y como yo lo veo, lo que ha sucedido hasta ahora es una concatenación de sucesos originados por el impacto que tuvo el asesinato de Robert y mamá, cometido por Roger siguiendo un plan cuidadosamente elaborado. Si no me hubiesen prevenido contra ti, si no me hubiesen ocultado tu condición de ilegítimo, yo jamás habría pensado que eras tú a quien oí hablar sobre matar a William para heredar su patrimonio. Pero yo no lo sabía y por eso actué como lo hice.

—Y gracias a Dios que lo hiciste —Percival prácticamente se estremeció—. Llevo años acumulando resentimiento contra ti, pero si no te los hubieses llevado y huido con ellos... quién sabe qué podría haber sucedido, quizás esa misma noche. Nunca lo sabremos.

—Cierto. Pero lo que yo intento decir es que tanto tú como yo actuamos siguiendo nuestros más puros instintos, para proteger a los niños. Ninguno de los dos, a mi entender, necesita disculparse por ello.

—Gracias —Percival hizo una inclinación de cabeza—. A cambio, permíteme afirmar que no te considero de ninguna manera responsable por las *dificultades* de los últimos cuatro años.



Rose asintió.

Thomas posó su mirada sobre las fachadas que dejaban atrás a su paso. El cochero le había tomado la palabra y serpenteaba entre el tráfico de la calle Cockspur. Cuando tomó la curva para entrar en Waterloo Place con bastante entusiasmo, Thomas y Rose se desequilibraron y sus hombros se rozaron.

Percival se irguió mientras el coche enfilaba por la calle Regent y contempló a Rose con una cierta severidad.

—No puedo evitar recordar cómo se esforzaba Roger en encandilar a los niños. ¿Te acuerdas tú?

Thomas se volvió hacia Rose a tiempo para verla estremecerse.

—Sí —ella hizo una pausa y, sintiendo la mirada de Thomas sobre ella, elaboró más la respuesta—. Roger solía subir a la habitación de juegos de los niños para jugar un rato con ellos, a juegos tontos, solo por hacerles reír. Esa clase de cosas.

Thomas dudó antes de aportar su opinión.

—De modo que lo más probable es que lo vean como a un amigo.

—A poco que se acuerden de él —Rose asintió—, y William sin duda lo hará, lo recordarán como a un miembro de la familia, uno de los que les gusta —respiró temblorosa y contuvo el aire durante un segundo—. Si les propone irse con ellos... es muy probable que lo hagan. Cuando quiere, puede resultar tremendamente encantador.

Percival se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre los muslos. Su rostro quedó iluminado por la luz, revelando arrugas producto de una creciente ansiedad.

—Juro —anunció en un tono bajo cargado de ira— que, si Roger les ha lastimado de algún modo, le retorceré el cuello, literalmente.

Thomas estudió el rostro del otro hombre antes de mirar por la ventana. Si Roger Percival había hecho algo para lastimar a William o a Alice, los demás iban a tener que esperar su turno.

A pesar de la creciente sensación de protección, más fuerte, más precisa, más poderosa que cualquier compulsión que hubiera sentido jamás, su mente estaba centrada, y se negaba a permitir que se fragmentara, en determinar todos los posibles escenarios. No tenía ningún sentido. Primero necesitaban descubrir si les había sucedido algo a los niños y, de ser así, el qué, antes de perder energías en hacer planes demasiado pronto.

Con los ojos puestos en las vistas que ofrecían las calles esperó... a que el destino revelara su jugada.

Los demás seguían en otros dos taxis que se detuvieron frente a la casa de Adair justo detrás del suyo. Percival se bajó el primero y pagó al cochero. Thomas lo siguió y le ofreció una mano a Rose.

Para cuando ella hubo posado los pies sobre la acera, Barnaby ya estaba subiendo las escaleras que conducían a la puerta. La abrió con su llave y todos se sumieron en un profundo silencio, formando un grupo cerrado, cada vez más nerviosos ante lo que podrían encontrarse. Cruzaron el umbral y de ahí se dirigieron al pasillo principal.

Todos permanecieron quietos, atentos al menor ruido, pero lo único que se percibía era el ruido amortiguado de las tareas llevadas a cabo por el servicio en la parte trasera de la casa.

Montague cerró despacio la puerta.

Barnaby les hizo un gesto para que permanecieran en silencio y se quedaron donde estaban.

Entró en el saloncito, pero regresó casi de inmediato.

Un segundo después, Mostyn salió corriendo por la puerta al fondo del vestíbulo, respondiendo a la llamada hecha con el timbre del saloncito. El mayordomo prácticamente derrapó al detenerse cuando vio a todo el grupo.

—Señor, señora —el hombre rápidamente recuperó su dignidad e hizo una reverencia—, les pido disculpas. No les oí llegar.

—¿Está todo en orden, Mostyn? —preguntó Penelope con calma.

—Eso creo, señora —el mayordomo frunció el ceño y miró a Barnaby.

La tensión latente se disipó visiblemente.

—¿Dónde están los niños? —Rose casi se había desmayado de alivio—. Homer y Pippin.

—Han ido a dar un paseo en coche con el señor Roger Percival —contestó Mostyn con expresión imperturbable—. Me explicó que es primo del señor Richard Percival, y el señorito Homer lo reconoció...

Viendo los rostros de alarma que lo contemplaban, el mayordomo se interrumpió y miró a su señor.

—El villano es el señor Richard Percival, ¿verdad?

Barnaby suspiró ruidosamente y señaló a Richard.

—Este es Richard Percival. Y no. Por desgracia hemos cometido un tremendo error. El villano ha resultado ser Roger Percival.

—Debe haber puesto a su ayuda de cámara a vigilar la casa —rugió Stokes—. Habrá visto llegar a los niños esta mañana y, poco después, habrá visto salir a todos, dejando a William y Alice aquí con el servicio.

—Y ahora los tiene —la angustia en la voz de Rose conmovió a todos.

Thomas le tomó una mano y la apretó.

—Bueno —intervino Mostyn—, no exactamente.

Todas las miradas se posaron bruscamente sobre el rostro del mayordomo.

—¿Y eso qué significa? —lo apremió Barnaby.

—Bueno, cuando vino a la casa y el señorito Homer se alegró tanto de verlo, y la señorita Pippin también, no vimos motivo alguno para que no pudiera jugar un rato con ellos en el salón, aunque James permaneció todo el rato con ellos, por supuesto.

—¿Estás diciendo que nuestros guardaespaldas están con los niños? —preguntó Penelope.

—En efecto, señora —Mostyn asintió—. Los niños han ido a dar un paseo en coche con el señor Percival, pero en nuestra carroza, con Phelps y Connor vigilándolos. Y, debo decir, el paseo no fue idea del señor Percival sino de los niños. Se les metió en la cabeza ir a tomar un helado a Gunter's, y el señor Percival preguntó si podían ir, ya que él estaba dispuesto a acompañarlos. El plan consistía en ir a Gunter's, luego, quizás, dar un paseo en coche por el parque antes de volver a casa —consultó la hora en el reloj que descansaba sobre la mesa del pasillo—. Deberían estar aquí en menos de una hora.

Todos se miraron entre ellos. Nadie estaba muy seguro de qué hacer.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos? —por fin fue Violet la que pronunció en voz alta la pregunta que todos se hacían—. ¿Esperar en el saloncito a que regresen, o...?

—No —interrumpió Richard Percival—. Tenemos que encontrarlos —buscó la mirada de Rose, y luego la de Thomas—. Esa idea de ir a Gunter's... puede que parezca haber surgido de los niños, pero Roger sin duda la habrá sembrado en sus cabezas. Es un experto manipulando a la gente para que hagan lo que él quiere, y plantar ideas en las cabecitas de esos críos será como un

juego de niños para él.

—Pero ¿para qué los quiere fuera de la casa? —en cuanto las palabras salieron de su boca, Penelope agitó una mano en el aire—. No, claro, eso es evidente. Lo que quiero decir es, ¿para qué llevarse a los niños en nuestra carroza y con dos corpulentos hombres custodiándolos?

Barnaby se volvió hacia Mostyn.

—¿Intentó Roger Percival convencerte para que les dejaras ir a solas con él, sin los hombres? ¿En un taxi quizás?

—No exactamente —el mayordomo parecía preocupado—, aunque... —miró a Penelope— tuve la impresión de que su idea era esa, llevárselos en un taxi, pero cuando James y yo le explicamos lo del carruaje y los guardaespaldas, que no dejaríamos salir a los niños sin ellos, el señor Percival accedió sin protestar.

Thomas se encontró con la mirada de Stokes.

—Reconsideremos una cosa, al planear las muertes de Robert y Corinne Percival, Roger no podía saber que iban a salir a navegar hasta que lo hicieron. Esos asesinatos fueron minuciosamente ejecutados, sin dejar ninguna pista que lo relacionaran con él y, sin embargo, tuvo que ir organizando y cambiando su plan sobre la marcha. El asesinato de Atwell, en el cual estoy seguro de que tampoco habrá ninguna pista, seguramente sucedió del mismo modo. En ambos casos Roger Percival reaccionó a una situación que iba evolucionando ante él —Thomas se volvió hacia Richard Percival—. Y como bien dijo Richard, Roger seguirá manipulando la situación para que se ajuste a sus deseos, modificando el plan paso a paso, hasta que consiga lo que quiere.

Rose asintió con fuerza. Agarró a Thomas del brazo y clavó su mirada en Stokes.

—Thomas y Richard tienen razón. Quizás parezca que los niños están a salvo, pero no lo están. Están con un hombre que quiere matarlos, al menos a William. Y encontrará el modo de hacerlo, una oportunidad, con o sin guardaespaldas.

—Seguramente para él será como un desafío —Richard se atusó bruscamente los cabellos—, él ante el destino. Él consiguiendo doblegar la situación para ajustarla a sus deseos.

Thomas se quedó inmóvil, las palabras de Richard resonando en su interior, un toque de clarín, y lo supo. Buscó a Barnaby.

—Tenemos que encontrar a los niños.

Barnaby le sostuvo la mirada sin objetar.

—Me gustaría ir corriendo hasta Gunter's —Stokes rugió—, pero lo más probable es que no estén allí.

—¿Cuánto tiempo hace que se marcharon? —preguntó Barnaby a Mostyn.

—Salieron de aquí sobre las doce y veinte —respondió el mayordomo mientras volvía a consultar el reloj—, de modo que llevarán casi una hora fuera.

—Tiempo suficiente para haber ido a Gunter's y marcharse de allí —Penelope entornó los ojos—. Aunque sospecho que ninguno nos creemos que estarán dando un paseo por la avenida —miró a su esposo y luego a Stokes, a Richard y, por último, a Thomas—. ¿Adónde se los llevará? ¿Cómo va a agenciarse la oportunidad que desea?

—Si en su mente está la idea de asesinar a William —fue Richard quien habló tras varios minutos de silencio—, y hoy ha venido aquí y ha conseguido sacar a los niños de la casa... no se detendrá. No dejará pasar la oportunidad.

El color abandonó el rostro de Rose.

Dándose cuenta de inmediato, Thomas posó una mano sobre la de ella, que ya se aferraba a la

manga de la camisa de Thomas. Miró a los demás.

—Debemos empezar a pensar como él. Debemos contemplar todas las dificultades, los obstáculos que debe superar, desde su punto de vista —algo para lo que el propio Thomas poseía unas cualidades excepcionales—. Haga lo que haga, tiene que asegurarse de poder disfrazarlo de accidente o, como lo sucedido con Atwell, y con Robert y Corinne, que nadie lo identifique estando en compañía de la víctima en el momento de su muerte.

—Tiene razón —Barnaby asintió con expresión sombría—. De modo que en este caso, dado que se sabe que está con los niños, tendrá que hacer que la muerte de William parezca un accidente y, para eso, necesitará deshacerse de algún modo de los guardaespaldas.

—O —intervino Thomas de nuevo—, encontrar un lugar al que Phelps, un cochero, y Connor, un mozo de cuadra, no puedan entrar con facilidad.

—Y que sea un lugar que no parezca peligroso —añadió Violet—, y que por tanto no disuada a los niños de acompañar a Roger.

—Exactamente —Thomas miró a los demás—. De modo que ¿adónde puede habérselos llevado?

Todos se estrujaron el cerebro.

—¿A la bolsa de Londres? —propuso Penelope.

—No, demasiado público —lo desestimó Thomas tras considerarlo unos segundos—. Podría servir, pero habrá demasiada gente por todas partes y, si no recuerdo mal, solo hay una entrada —hizo una pausa—. Podemos añadir la condición de que debe tratarse de un lugar desierto, o casi, y preferiblemente adonde les apetezca ir a los niños —miró a Rose y luego a Richard—. Roger consiguió que los niños sugiriesen ir a Gunter's, y volverá a hacer lo mismo, llevará a William y a Alice por donde él quiera, haciéndoles creer que son ellos los que quieren ir allí y no que ha sido idea de él. Solo si responden adecuadamente se ofrecerá a llevarlos allí, y así le ayudarán a deshacerse de Phelps y Connor.

Barnaby, Stokes, Penelope, Violet y Montague, todos asentían, todos seguían la lógica.

Thomas miró de Richard a Rose y apretó un poco más su mano.

—¿Adónde? Pensad, ¿a qué lugar podrían querer ir los niños, algún edificio, desierto o algo parecido, algún lugar al que los guardaespaldas les dejarían ir solos con Roger? —Thomas hizo una pausa—. Y tiene que estar razonablemente cerca, en el mismo Mayfair o cerca.

—Porque —añadió Barnaby—, Phelps y Connor no consentirían que los niños se alejaran de aquí más de unas pocas horas, y ya llevan...

—¡Seddington House! —interrumpió Richard Percival con su exclamación mientras miraba a Rose y luego alzaba la vista hacia Thomas—. Está en la calle Tilney, bastante cerca. Lleva cerrado los últimos cuatro años, pero Roger seguramente tiene llave, Marmaduke la tiene, de modo que Roger también la tendrá.

—¡Eso es! —Rose apretó con más fuerza el brazo de Thomas y lo miró a los ojos—. William se acordará de la casa, tenía cinco años la última vez que estuvo allí.

—Y ahora le pertenece —Richard levantó las manos—. Para alguien como Roger será muy fácil encender la curiosidad del niño, y luego darle aire para que prenda la llama.

—Desde luego —Thomas miró a Barnaby—. Me resulta muy fácil de imaginar.

Sin embargo, Penelope frunció el ceño.

—¿Permitirán Phelps y Connor que los niños vayan con otra persona al interior de una casa abandonada?

—¿Acaso sabrán que está abandonada? —preguntó Thomas tras clavar su mirada en la mujer y

luego en Richard.

—No —Richard sacudió la cabeza y apretó los labios—. Ni los guardaespaldas ni los niños podrían saberlo, a no ser que Roger se lo cuente, lo que, por supuesto, no hará. Debido al riesgo de que se produzca un robo, hemos tenido cuidado de mantener la casa con el mismo aspecto que tendría si estuviera ocupada. Los jardineros acuden con regularidad, y las cortinas no están todas echadas. De vez en cuando, envío a mis sirvientes para que limpien las habitaciones principales... —Richard miró a Rose—. Siempre pensé que, a lo mejor, en algún momento buscarías refugio allí.

—Está diciendo —Stokes habló con voz dura—, ¡ que no hay nada allí que pueda alertar a Phelps y a Connor sobre el hecho de que Roger Percival está metiendo a los niños en una casa abandonada, ¿es así?

—Así es —Richard asintió, la expresión endurecida—. Tenemos que ir allí —se volvió hacia la puerta.

—¡No, espere! —el detective agarró a Richard de un brazo y tiró de él hacia atrás—. No podemos irrumpir allí sin más. Si estamos en lo cierto, y Roger se encuentra allí, tendrá a William con él y no sabemos cómo podría reaccionar. No podemos predecir lo que podría hacer si aparecemos de repente.

—Efectivamente —Penelope asintió—. Roger parece la clase de persona que podría aprovechar la ocasión para, en medio de todo el jaleo, empujar a Homer... William por las escaleras y luego asegurar que el niño se asustó y se tropezó —tras las lentes de sus gafas, Penelope sostuvo la mirada de Richard—. Y ese no es el final que buscamos.

La tensión que se había apoderado de Richard, preparándolo para la batalla, disminuyó, aunque solo una fracción. Asintió secamente y, cuando Stokes lo soltó, se colocó el abrigo y contempló a todos los miembros del grupo, deteniéndose en Rose. Tras mirarla un segundo, se volvió hacia Thomas.

—No podemos quedarnos a esperar a ver qué sucede, tenemos que ir allí y apartar a William y a Alice de Roger. No podemos correr el riesgo de dejarlos con él un segundo más de lo necesario.

—No, no podemos —Thomas asintió, consciente del tono más incisivo y duro que había adquirido su propia voz—, pero necesitamos hacerlo con un plan, uno que tenga suficientes posibilidades de tener éxito, de permitirnos sacar a William y a Alice de esa casa —respiró hondo y pensó en el juego. Se centró únicamente en eso, bloqueando todo lo demás de su mente—. Roger no sabe que sospechamos de él. No tiene ningún motivo para imaginar que sabemos algo sobre los otros asesinatos, mucho menos sobre sus intenciones actuales de matar.

Thomas permitió que la escena se desarrollara en su mente y respiró hondo de nuevo, antes de mirar a Rose.

—Roger no tiene ni idea de qué papel juega Rose a ojos de Richard, Foley, incluso de su padre... podrían haberse reunido todos esta mañana para esclarecerlo todo. Lo que Roger sí sabe es que Rose y los niños llevan varios días en Londres, viviendo abiertamente, y que son bienvenidos en esta casa. No le resultará extraño si, habiendo salido a dar un paseo y viendo el carruaje de los Adair parado junto a la acera frente a Seddington House, y tras hablar con Phelps y Connor, Rose entra en la casa con la intención de reunirse con Roger y los niños para volver a tomar contacto con su antigua casa —Thomas miró a Richard con expresión inquisitiva.

—Es verdad —Richard asintió—. Yo podría ir con Rose y...

—No —la respuesta de Thomas no admitía discusión. Clavó su mirada en la de Richard y habló con firmeza, cada vez más deprisa, pues el tiempo se les agotaba—. No puede acompañar a Rose

porque su presencia será vista por Roger como una amenaza. No sabemos cuál será la situación que encontraremos al entrar en la casa, dónde estará Roger con respecto a Homer y a Pippin... William y Alice, en ese momento. No podemos correr el riesgo de que Roger decida actuar primero y luego inventar una explicación.

Thomas miró a los demás, Penelope, Barnaby, Stokes, Montague y Violet.

—Rose debe entrar, pero el único hombre que puede acompañarla ahí dentro soy yo. Roger me verá como una especie de tullido sin relación con la familia Percival, y ningún motivo para sospechar nada de él. Me despreciará como a alguien insignificante y se centrará en engatusar a Rose.

De todos los presentes fue Penelope la que, con crítico desapego, lo estudió más de cerca antes de asentir con decisión.

—Estoy de acuerdo. Es la mejor posibilidad que tienen William y Alice para salir vivos de esa casa.

—Es verdad —se unió Barnaby un segundo más tarde mientras rebuscaba en los bolsillo del abrigo que todavía llevaba puesto—. Hoy, de momento, así se hará. No hace falta atrapar a Roger hoy mismo, solo necesitamos entorpecerlo —él también hablaba muy deprisa, con creciente urgencia—. Lo que debemos hacer ahora es impedir que Roger mate a William, y recuperar a los niños.

—Sí —Stokes también asintió—. Ya nos ocuparemos de Roger Percival después. Los demás estaremos alrededor de la casa, fuera de la vista de Roger, y vigilaremos, pero no podemos entrar, no hasta que los niños estén a salvo.

—Toma —Barnaby le entregó a Rose el silbato de la policía—. Si soplas, llegaremos corriendo.

—Pero no lo utilices hasta asegurarte de que William esté a salvo —le advirtió Stokes—. Hasta que William y Alice estén contigo.

Rose tomó el silbato y lo guardó en el bolsillo.

Al igual que su esposo, Penelope también había estado rebuscando, en su caso en el bolso. Sacó una pequeña pistola y la inspeccionó con habilidad antes de entregársela a Thomas.

—Está cargada —le advirtió.

Él la tomó y la guardó en su bolsillo.

Con aspecto perdido y ligeramente desesperado, Richard miró de Rose a Thomas, y luego a los demás.

—No me puedo creer que participe en esto, pero... —le entregó a Rose una llave que había soltado del llavero—. Es la llave de Seddington House, por si Roger ha cerrado la puerta. No hay ningún motivo para que no pudieras conservar esta llave desde hace años.

—Gracias —Rose tomó la llave y miró a Richard a los ojos—. Haremos todo lo que podamos para traerlos de vuelta.

—No —intervino Thomas, tomándole una mano mientras todos se volvían hacia la puerta—. Les traeremos de vuelta, sanos y salvos.

—De acuerdo —Stokes abrió la puerta—. Los taxis, que se dirijan a la esquina de la calle Tilney con South Audley, a partir de ahí iremos andando.

Thomas paseaba por la calle Tilney del brazo de Rose, el bastón balanceándose delicadamente, una expresión relajada en el rostro, como si Rose y él hubieran salido a tomar el aire, su objetivo

con casi toda seguridad las grandes explanadas de hierba de Hyde Park, cruzando Park Lane. El coche de Penelope llamó su atención, estaba parado delante de una de las enormes y viejas casas al sur de la calle.

Señaló el edificio con su bastón y, tras intercambiar un comentario con Rose, cruzaron la calle para investigar.

Tal y como les había informado Richard, Seddington House tenía un aspecto cuidado, y todo indicaba que alguien vivía allí. Las ventanas estaban limpias y no se veía suciedad, telarañas ni ninguna otra señal de descuido que pudiera afean la fachada que presentaba al mundo. Una verja de hierro forjado separaba el bien cuidado jardín del camino. La casa estaba compuesta de dos plantas, la de arriba con un voladizo pronunciado bajo las ventanas de las buhardillas, situadas en el inclinado tejado de pizarra. La planta baja estaba elevada y las pequeñas ventanas inferiores sugerían la existencia de un sótano de faena debajo.

Desde el punto de vista arquitectónico, la casa era una mezcla de estilos más anticuados. Un amplio saledizo en la planta baja, a un lado de la puerta principal, sujetaba un balcón, siendo la pared que rodeaba el balcón idéntica al voladizo.

Al llegar al carruaje, donde aguardaba Phelps, Thomas sonrió ante la reverencia del hombre a Rose y luego a él.

—¿Algo interesante? —preguntó Thomas con una inocente sonrisa.

Alertado por Barnaby, que, vestido con su disfraz de obrero de casta baja había pasado por delante del coche, deteniéndose para intercambiar unas palabras con Phelps, que a continuación había comunicado la noticia a Connor, el hombre presentaba un aspecto comprensiblemente tenso, aunque se esforzaba por disimularlo.

—No, señor —Phelps se llevó un dedo a la frente—. Nada de nada. No se han acercado a ninguna ventana, al menos a ninguna que se vea desde aquí.

—Gracias —Thomas miró a Rose, que había estado inspeccionando la casa. No se le estaba dando mal ocultar sus nervios. Capturando su mirada, él siguió sonriendo—. ¿Entramos? —el gesto que acompañó a sus palabras sería, o eso esperaba, lo bastante elocuente caso de que Roger Percival estuviera observándolos desde alguna parte de la casa.

Rose siguió mirando hacia la casa y forzó una deslumbrante sonrisa mientras asentía. Levantó la vista y buscó la mirada de Thomas, su mano agarrándole la manga con más fuerza.

—Sí, entremos.

Con todo el aspecto de haber decidido embarcarse en una agradable diversión, franquearon la entrada de la propiedad entrando por la puerta que Phelps sostenía abierta, y continuaron por el camino de grava hasta las escaleras que conducían al porche delantero. Apostado de pie, aparentemente cómodo, junto al escalón inferior, Connor les saludó con una inclinación de la cabeza.

—Señor, señora —solo su mirada delataba la tensión.

—¿Has oído algo? —preguntó Thomas con calma.

—Estoy casi seguro de que subieron a la planta de arriba, y no les he oído bajar, los niños iban corriendo y por eso oí sus pisadas.

—¿Hace cuánto tiempo que subieron? —Thomas procuró mantener la calma y evitó entornar los ojos.

—Hará unos diez minutos —Connor encajó la mandíbula—. Si nos necesitan, griten.

—Lo haremos —Thomas empujó a Rose para continuar. La urgencia que la invadía era cada vez más evidente, al menos para él.

Se detuvieron ante la puerta, y la encontraron abierta. Lejos de tranquilizarse, Thomas encontró la descarada confianza de Roger Percival más bien alarmante. Había dejado la puerta abierta para que, si, o cuando, se oyera un grito o ruido raro, Connor pudiera entrar corriendo sin toparse con la extrañeza de una puerta cerrada, una puerta que solo Roger podría haber cerrado, y para lo que tendría que dar una explicación.

Desde luego ese hombre pensaba con rapidez, y era incuestionablemente, manifiestamente, muy minucioso con los detalles, una minuciosidad que habría supuesto un obstáculo para un hombre menos hábil.

Urgió a Rose a que entrara en la casa y agachó la cabeza para susurrarle al oído.

—No olvides tu papel.

Debía ceñirse a él, mantener la fachada de una total falta de sospecha contra Roger.

Siguiéndola al interior, Thomas miró a su alrededor con cierto interés mientras cerraba la puerta lentamente.

Rose se detuvo en medio del vestíbulo principal. Se esforzó por oír algo, pero no tuvo suerte. No se oían las risitas de Pippin, ni el ruido de arrastrar de los pies de Homer. Tenía la sensación de que todo en el interior de su cuerpo se había detenido, cerrado, expectante. Se volvió hacia Thomas, que se acercaba a ella.

Sus miradas se fundieron.

—Me pregunto dónde se habrán metido —observó él con una sonrisa y un tono de voz normal.

Su mirada le infundió fuerzas, la animó. La urgió a mantenerse fiel al guion que habían improvisado rápidamente mientras caminaban hacia la casa.

—¿William? —ella se volvió hacia las escaleras y llamó de nuevo—. ¿Alice? ¿Roger? ¿Estáis ahí? —hizo una pausa de un segundo antes de continuar—. Soy Rose... Rosalind. Thomas y yo pasábamos por aquí y hemos pensado en reunirnos con vosotros. No había estado aquí desde... bueno, desde que vosotros dos estuvisteis por última vez. Hace muchos años. Pero bueno... ¿Dónde estáis?

Casi sin respirar, Thomas y ella agudizaron el oído y, ciertamente, les pareció oír unos pies arrastrándose.

Rose miró a Thomas a los ojos y su mirada le confirmó que él también lo había oído. Asintió para animarla a continuar.

Rose respiró hondo y procuró poner en su voz la mayor alegría de que era capaz.

—¿Qué es esto, un juego? ¿Estáis jugando al escondite y se supone que debemos encontraros? Muy bien, pero ya sabéis que Thomas no puede correr, así que no iremos muy deprisa, aunque... ¡allá vamos!

Thomas asintió en un gesto de aprobación y sin dejar de sonreír.

—Arriba —murmuró—, pero no te apresures. Pase lo que pase, no corras.

Empezaron a subir los peldaños, que Thomas debía subir de uno en uno.

Al llegar al descansillo, continuaron con el segundo tramo de escaleras.

—Mantente fiel a tu papel todo lo que puedas —murmuró Thomas cuando casi habían alcanzado el final de la escalera—, no muestres tus cartas hasta que los tengamos en nuestros brazos y tú hayas soplado ese silbato.

Ella se limitó a apretarle el brazo a modo de confirmación.

Dirigiéndose a la galería de la primera planta, miraron a su alrededor.

No era la primera vez que Thomas estaba en una casa abandonada. Sus sentidos permanecían alerta, mucho más después del accidente, y ese instinto le advertía de que la casa no estaba vacía,



desprovista de vida, aunque no creía que el ruido que habían oído proviniese de esa planta.

—¿Hay un cuarto para los niños? —preguntó en un susurro al captar la ansiedad en la mirada de Rose.

Ella asintió y, volviéndose, apuntó hacia un estrecho arco al otro lado de la galería. Al otro lado del arco, oculto entre las sombras, había otra escalera.

—Describeme lo que hay ahí arriba —volvió a susurrar él, acercándose más a Rose.

—La escalera posee tres cortos tramos —contestó Rose, también en un susurro, y mirándolo a los ojos—. Termina prácticamente encima de nosotros —levantó la mirada hacia el techo. Hay un pasillo que discurre justo encima de este en el que estamos, que va desde la parte delantera hasta la trasera de la casa. Si continúas hacia delante —hizo un gesto con las manos—, las primeras habitaciones que encuentras son las de las doncellas y las niñeras. Las cuatro últimas habitaciones, dos a cada lado, son las de los niños, William y Alice dormían en las que estaban más próximas a la sala de estudios. Es la habitación que hay al final del pasillo, a lo largo de la parte delantera de esa planta.

—Empieza a hablar —Thomas asintió—. Diles que los estás buscando, no dejes de hablar ni de moverte hacia la parte delantera de la casa —señaló hacia delante—. Finge buscar en los dormitorios de la parte delantera de esta planta.

—¿Tú qué...? —la expresión de Rose era de angustia.

—No tenemos tiempo —él le apretó la mano con fuerza—. Están arriba, y hay demasiado silencio allí. Voy a subir, pero necesito que los distraigas, que les hagas creer que estamos buscando aquí abajo.

Ella lo miró durante un segundo antes de acercarse, tomarle el rostro entre las manos y besarlo. Brevemente.

—Ten cuidado —susurró mientras se apartaba, los ojos clavados en los suyos.

Tras soltarlo, se dio la vuelta y empezó a avanzar por el pasillo.

—Vamos a empezar a buscaros por aquí —anunció elevando la voz—. ¿Pippin? ¿Dónde estás? ¿Te has escondido en la habitación de mamá?

Thomas avanzó cojeando hacia el arco, echó un último vistazo por encima del hombro y oyó a Rose continuar con su cháchara. A continuación, agarró el bastón con fuerza y subió las escaleras lo más rápido que pudo sin hacer ruido. Lo más rápido que se atrevió.

Aun así le llevó demasiado tiempo aunque, al fin, se detuvo en el último escalón. Rose seguía anunciando su itinerario a ratos, señalando sus progresos en los dormitorios de la planta inferior. Aprovechando la siguiente pausa, Thomas aguzó el oído y detectó un extraño sonido de deslizamiento, de arañazos y luego unas voces sofocadas.

Provenientes de la sala de estudios.

Saliendo del cobijo del descansillo, sin apoyar el bastón sobre la fina alfombra que cubría el suelo, avanzó rápidamente, silenciosamente, hacia la puerta de la sala de estudios.

Estaba medio abierta. El interior era una estancia brillante, llena de luz. Al parecer, las ventanas de la buhardilla no tenían cortinas.

Las voces se oían más cerca, claramente más altas. Aunque Thomas no fue capaz de identificar ninguna palabra, sí identificó el tono añorado de la voz de Homer y, sintiendo un enorme alivio, el agudo grito sofocado de Pippin, ahogado de inmediato por una voz más grave, profunda, seductoramente letal y masculina.

Roger, Homer y Pippin estaban juntos, en algún lugar al otro lado de esa puerta.

Protegido por la sombra que dibujaba la puerta, Thomas examinó lo que pudo de la habitación,

pero no vio a nadie, ni nada que llamara su atención. Alargó una mano y, muy despacio, abrió un poco más la puerta.

Una parte de su mente dio gracias en silencio porque la puerta no había chirriado, el resto registró y analizó rápidamente lo que veían sus ojos.

Una de las ventanas de la buhardilla estaba abierta de par en par. Roger se había llevado, no, había obligado a Homer y a Pippin a salir al tejado. A punta de pistola.

A unos pocos metros de la ventana abierta, el canalla sujetaba a Pippin, sin apretar, contra su cuerpo. La niña no se resistía porque Roger tenía una pistola en la mano derecha, y apoyaba el cañón bajo su pequeña barbilla. Estaba aterrorizada.

Sin duda valiéndose de la amenaza contra su hermana, Roger había obligado a Homer a salir él primero al tejado. De pie, desgarradoramente erguido y alto, los puños apretados a los costados, la barbilla alzada desafiante, el niño estaba más apartado de la ventana, unos cinco pasos de su asesino.

La sección del tejado en la que se encontraban era un saliente plano, de no más de sesenta centímetros de ancho, que discurría entre el voladizo y el plano inclinado en el que se situaba la ventana.

Connor estaba demasiado pegado a la casa para apercibirse de lo que estaba sucediendo dos plantas más arriba. Thomas miró hacia donde aguardaba Phelps junto al carruaje, y comprendió que un árbol bloqueaba la vista del cochero.

La atención de Roger estaba puesta en Homer, y Homer lo miraba fijamente.

—No olvides —murmuró Roger—, que si alguno de los dos eleva la voz, mucho menos si intentas gritar a tu hermana, o a los demás, pidiendo ayuda, lo más seguro es que me sobresalte y apriete el gatillo... y no querrás que eso suceda, ¿verdad?

Tras un momento de tenso silencio, Roger sonrió.

—Excelente. De modo que os diré los que vais a hacer —continuó hablando en el mismo tono bajo, murmurando, con esa voz casi seductora que conseguía que todos hicieran lo que él quería...

Thomas estuvo a punto de saltar sobre ellos.

Pero se contuvo.

Respiró hondo, sin apartar la mirada de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y despiadadamente aplastó las emociones que hervían en su interior, pidiendo a gritos una acción inmediata, impulsiva y, tras buscar en su interior, más y más profundamente, arrastró a la superficie a su antigua persona.

Y se envolvió con ella, como si fuera una vieja y desgastada capa.

Malcolm Sinclair jamás había sentido emoción alguna. Jamás había tenido que enfrentarse a las distracciones que producían.

Malcolm Sinclair era la persona que necesitaba ser para rescatar a Homer y a Pippin.

Su visión se aclaró y se agudizó.

Todo, comprendió de inmediato, dependía de lo cerca que pudiera situarse de la ventana abierta sin que Roger lo descubriera, sin que lo viera ninguno de los niños y reaccionara.

Apoyó el bastón contra el quicio de la puerta y se deslizó hacia delante. Un paso. Dos. Su necesidad de cojear seguía allí, pero la ignoró y bloqueó el dolor que le producía caminar sin cojear.

Él no importaba. Homer y Pippin sí.

—¡No lo haré! —espetó Homer, apretando los puños, tranquilo, pero implacable—. Pensábamos que eras bueno, nos gustabas. Pero eres un monstruo —Homer señaló a Pippin con la

barbilla—. ¡Suéltala!

—La soltaré después de que saltes. Tienes mi palabra —Roger sonrió, puro encanto y mortífera calma.

—¿Tu palabra? —a pesar de tener nueve años, Homer consiguió impregnar sus palabras de un considerable desprecio—. ¿Y qué valor tiene tu palabra? Sé que no la dejarás marchar... la arrojarás al vacío detrás de mí, porque si no lo contará todo.

—De acuerdo —la sonrisa de Roger pasó a ser burlona y abiertamente malvada—. En ese caso, ¿qué tal si la lanzo a ella primero?

Homer se quedó lívido.

Malcolm llegó a la ventana.

Homer lo vio, su mirada fija en él. Y su expresión cambió.

Roger se dio cuenta y miró hacia la ventana.

Entró en pánico y se giró, apartando la pistola de la barbilla de Pippin.

Malcolm no miró la pistola. Miró a Pippin, atrapó su mirada.

—Pippin, ¡déjate caer!

La niña abrió los ojos desmesuradamente.

Y lo hizo.

Roger intentó agarrar el repentinamente flácido cuerpecillo, pero ella se deslizó de su brazo.

Soltando un juramento él miró a Malcolm. Sus labios dibujaron una mueca y renunció a Pippin, que gateó hasta Homer. El niño la agarró y la colocó detrás de él.

Roger sostuvo la mirada de Malcolm durante un segundo, antes de erguirse, volverse de nuevo, y apuntar a Homer con el arma.

No hacía falta pensar.

Malcolm se sujetó a ambos lados de la ventana y se impulsó, lanzándose contra Roger Percival.

Chocó contra el hombre y, sujetándole el brazo con fuerza, desvió el cañón de la pistola hacia arriba y hacia atrás.

Forcejearon. Percival soltaba juramentos. Malcolm lo agarraba con más fuerza y levantaba más el brazo de Percival.

La pistola se disparó inofensivamente contra el cielo.

Percival rugió y, con su mano libre, apartó a Malcolm de un empujón.

Y se impulsó él mismo hacia atrás.

Y golpeó la parte superior del bajo voladizo con la parte de atrás de las rodillas.

Con los ojos muy abiertos, agitando los brazos, Percival empezó a caer hacia atrás.

Sin ningún apoyo ni equilibrio, Malcolm se tambaleó hacia delante.

En un acto desesperado, Percival estiró los brazos, y atrapó un lado del abrigo de Malcolm.

Y cayó.

Llevándose a Malcolm con él.

Estaba cayendo.

Otra vez.

Y, como en la primera ocasión, el tiempo se ralentizó.

Pero, en esa ocasión, en lugar de miles de destellos de su vida, sus sentidos recrearon aquella primera vez, el ensordecedor rugido del agua, el estremecedor frío al quedar sumergido. Y lo que más recordó fue el salvaje terror que lo asaltó, en cuerpo y alma, mientras caía en picado hacia

las dentadas rocas negras...

La imagen se borró.

En esa ocasión solo había paz.

Una sensación de terminación.

De completitud.

De final.

Un grito rasgó el envolvente silencio.

Rose. Su Rose.

Su adorada Rose.

Su camino hacia la paz, su salvación.

Algo golpeó sus costillas y se oyó un agudo crujido.

No veía. Su visión había desaparecido.

Su cuerpo chocó. El dolor lo invadió todo.

Lo superó.

Aterrizó con un golpe sordo.

Sobre la blanda tierra oscura, no sobre las dentadas rocas.

Pero daba igual. Había terminado.

Cerró los ojos y dejó que el destino dispusiera de él.

De pie en el balcón semicircular de la parte delantera de la casa, con las lágrimas nublándole la visión y el corazón en la garganta, Rose sopló y sopló el silbato.

## Capítulo 16

Oyó murmullos, susurros, pero no era capaz de distinguir quién hablaba ni lo que decían.

Quizás fuera San Pedro que estaba decidiendo hacia dónde debía dirigirse. ¿Arriba o abajo? El problema era que él no creía en Dios... quizás fuera el destino decidiendo el suyo.

En cualquier caso había hecho todo lo que había podido. Su vida ya había concluido.

Empezó a desvanecerse. El dolor allí no le afectaba, en ese lugar donde nada existía.

Y sin embargo estaba allí, ¿no? Era real, ¿no?

Las preguntas eran demasiado complicadas, la neblina que lo envolvía demasiado densa para ser penetrada.

Se dejó ir, dejó de preguntarse, simplemente se dejó llevar.

Recuperó el sentido y comprendió que ellos, los sentidos, y su mente, estaban de nuevo al mando.

De su cuerpo, no estaba seguro.

Antes de comprobarlo, dejó que sus sentidos se expandieran, les permitió contarle lo que quisieran.

Estaba... tumbado en una cama, la cabeza apoyada sobre mullidos almohadones, tapado con mantas suaves y cálidas, bien arropado.

No era lo que se había esperado.

Necesitó realizar bastante esfuerzo para abrir los ojos, pero, al fin, lo consiguió. Y parpadeó.

Rose estaba sentada en una silla junto a la cama, la cabeza inclinada, ocupada cosiendo.

Había visto la misma escena tan a menudo en la cocina de la mansión que, durante varios segundos, no se atrevió a creer que pudiera ser algo más que un recuerdo...

Y entonces, como si sintiera su mirada, Rose levantó la vista... y lo miró a los ojos.

—Gracias a Dios —susurró mientras la felicidad invadía su expresión. La sonrisa que iluminaba su rostro estaba cargada de amor y gratitud.

Dejó a un lado la costura, se levantó y se acercó un poco más.

Posó su mano sobre la de Thomas, apoyada sobre la colcha, y le sostuvo la mirada.

—Te amo.

La sonrisa no desfalleció, la mirada permaneció serena y confiada.

Estaba vivo.

Las emociones azotaban con fuerza a Thomas, lo mareaban, lo sacudían, lo embriagaban con una desbordante felicidad. Estudió el rostro de Rose, se embebió de los adorados rasgos, se empapó de las emociones que se reflejaban en su mirada. Permitted que sus labios se curvaran.

—Entonces no estoy de nuevo en el monasterio.

Las palabras surgieron de su boca como un áspero murmullo. Sentía la lengua espesa, la garganta seca.

Rose rio, casi enloquecida de alivio y felicidad. Tomó un vaso de agua de la mesilla de noche y lo sujetó ante él mientras le urgía a tomar un sorbo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en cuanto él hubo bebido.

Thomas frunció el ceño, claramente haciendo balance.

Ella soltó el vaso y se sentó en la cama, a su lado, tomando una mano entre las suyas, incapaz de no tocarlo, aferrándose a él.

—No estoy seguro —tras unos segundos, él alzó la mirada y se encontró con la de ella—. Estaba seguro de que moriría.

La respuesta llevaba implícita una pregunta para que ella contestara.

—No, según el médico, nunca estuviste en peligro de muerte. Al caer te golpeaste con el árbol, varias veces, y eso frenó tu caída, y también te volteó de modo que caíste sobre el jardín y no sobre la grava ni sobre el bordillo de piedra. Te rompiste varias costillas, pero ya están colocadas y se están curando, y el doctor cree que te torciste la cadera que ya tenías lastimada, y también la pierna, y sufriste una herida importante en la espalda al golpearte con una rama grande, pero —hizo una pausa para respirar—, con el tiempo, el médico cree que lo único que te quedará para presumir del accidente será la cicatriz de la espalda.

Rose lo vio intentando asimilar toda la información.

—El doctor aseguró que, en cierto modo, tus heridas anteriores te protegieron en esta ocasión, dijo que tus articulaciones y músculos se han vuelto inusualmente fuertes, tras haberse reforzado para compensar tus anteriores lesiones. Aguantaron mejor el estrés que las de alguien sin lesiones.

Eso sí pareció ayudar.

Thomas giró la mano y agarró la de ella, concentrándose de nuevo en su mirada.

—Homer y Pippin... William y Alice. ¿Cómo están?

Rose sonrió y le apretó la mano.

—Mejor que nadie. Se asustaron tanto como los adultos, pero en cuanto escucharon el pronóstico del doctor sobre ti... —hizo un gesto con la mano libre—. Su conmoción se convirtió en ilusión. Han estado muy ocupados explicándole a todo el mundo cómo escaparon de las garras del villano Roger. Ahora se le conoce como «ese hombre muy malo».

—Desde el punto de vista de los niños, sí que era un hombre muy malo —Thomas, pues ya había comprendido que volvía a ser Thomas, recordó la voz de Roger sobre el tejado. Oyó de nuevo su cadencia, recordó la oscuridad que emanaba de cada sílaba, y reprimió un estremecimiento. Levantó la mirada hacia los ojos de Rose—. He conocido hombres malvados, unos cuantos, de diferente calaña. Roger no estaba ni en el nivel más alto, ni en el más bajo. Pero era el peor.

Cambió de postura en la cama.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó.

—Está en el hospital, bajo custodia, pero no creen que sobreviva.

En la voz de Rose, Thomas no percibió el menor rastro de amabilidad ni compasión. Para ella, Roger estaba muerto, pasara lo que pasara.

Y no se le ocurrió ningún motivo para pensar él mismo otra cosa.

Dejó caer la cabeza sobre las almohadas y miró a su alrededor, fijándose en los muebles y los adornos típicos de un dormitorio. Al otro lado de la ventana se veía el cielo azul, y el verdor de la copa de los árboles que se movían al ritmo de la caprichosa brisa.

—¿Dónde estamos?

Volvió la mirada hacia Rose a tiempo de verla sonreír.

—En casa de Barnaby y Penelope. Insistieron en que nos quedásemos aquí hasta que estuvieras lo bastante recuperado como para que nosotros decidamos qué queremos hacer, adónde queremos ir.

Thomas le sostuvo la mirada largo rato.

—¿Nosotros?

—Nosotros —ella asintió con convicción mientras entornaba los ojos, como si le estuviese retando a que intentara protestar.

«Nosotros». Sin apartar la mirada de ella, Thomas titubeó, intentando encontrar el camino lógico hacia delante, de darle forma a las palabras para convertirlas en una realidad. Pero al final se rindió y agachó la cabeza ante el momento, ante la abrumadora compulsión emocional que desbordaba de su interior, y no dijo nada.

No estaba seguro de qué debería decir. De qué podría decir.

Sabía que necesitaba reflexionar, pero... suspiró consciente de que aún estaba muy débil.

Sintió un enorme peso en los párpados, que empezaban a cerrarse. Intentó resistirse, intentó quedarse con ella, pero de repente sintió su mano acariciándole el dorso de la suya antes de que Rose se inclinara hacia delante y rozara fugazmente su frente con los labios.

—Duerme —susurró—. Estaremos aquí cuando despiertes.

Tranquilizado a un nivel primario, Thomas se dejó ir, y se durmió.

Pasó más de una semana antes de que Thomas pudiera bajar las escaleras. Al día siguiente de haberlo logrado, Penelope organizó una fiesta.

—Vamos —tomándolo del brazo, ella lo sujetó cuando él se detuvo en lo alto de las escaleras—. Todo el mundo está esperando en el saloncito.

Necesitó otros cinco minutos para bajar con sumo cuidado, peldaño a peldaño, pero, al fin, posó los pies sobre las baldosas del vestíbulo principal y se irguió.

Rose sonreía, animándolo. Tomados del brazo, se volvieron hacia la puerta que un resplandeciente Mostyn sujetaba abierta.

Mientras se acercaban, Thomas todavía resistiéndose de sus costillas fracturadas y apoyándose pesadamente en el bastón, el mayordomo abrió la puerta del todo y se unieron a la celebración.

Todos los demás estaban allí, Barnaby y Penelope, Stokes y Griselda, Montague y Violet, y Richard Percival, las personas a las que Thomas había conocido a lo largo de las últimas semanas, junto a las que había trabajado para salvar a William, Alice y Rose.

Los niños también estaban, y no solo William y Alice, que poco a poco se iban acostumbrando a responder a sus nombres verdaderos, sino también el hijo de Barnaby y Penelope, Oliver, y la niña de Stokes y Griselda, Megan, ambos traviosos bebés de pañales. También resultaba cada vez más aparente que Violet y Montague esperaban un hijo, aunque todavía faltaban meses para su nacimiento.

Todos los adultos estaban de pie, esperando a Thomas, las copas en la mano y unas enormes sonrisas en sus caras.

Él se detuvo, desconcertado. Había supuesto que se trataba de una cena de celebración ordinaria, no se había imaginado...

—Por nuestro héroe rescatador —Barnaby alzó su copa.

—¡Por nuestro héroe rescatador! —repitieron los demás, también alzando sus copas hacia Thomas y antes de beber a su salud.

Thomas parpadeó con rapidez. En efecto, volvía a ser Thomas, junto con sus inconvenientes emociones y consecuentes distracciones.

Alguien le puso una copa en la mano.

Miró a Rose, y vio que ella ya tenía una y que bebía a sorbos en su honor, junto con los demás.

En sus ojos él vio la más absoluta felicidad, y dudó, y miró en su interior, como había hecho tantas veces, en busca de guía. Y como Thomas, gracias a ella, supo qué hacer.

Alzó la cabeza, junto con su copa, hacia los demás.

—Gracias —hizo una pausa—, no podría haber salvado a los niños sin el apoyo y la ayuda de todos los presentes.

Todos sonrieron, rieron, inclinaron la cabeza en reconocimiento, y luego se volvieron para sentarse y así poder hablar y compartir las últimas noticias.

Cojeando hacia el pequeño sofá que, al parecer, le habían reservado, Thomas se sentó con cuidado y se acomodó antes de que Rose se sentara a su lado. La miró y sintió fluir en su interior alegría, y una sensación de gratitud, de sencilla felicidad por estar vivo y bien.

La conversación, como era de esperar, giró en torno a los críticos momentos vividos en Seddington House.

Stokes, Barnaby y Penelope, y Montague y Violet, y Richard Percival, apostados en distintos puntos a lo largo de la calle, habían tenido una clara visión de lo que sucedía en el tejado.

—Pero no te veíamos —explicó Richard—. No hasta que te arrojaste sobre Roger.

—No sabíamos qué hacer —intervino Violet—. Si gritarle a Phelps y a Connor para que miraran...

—O correr al interior —Stokes sacudió la cabeza—. Fueron unos minutos horribles.

—Unos minutos que jamás querría volver a vivir —la firme declaración llegó de Penelope.

Griselda enarcó las cejas, como si no pudiese creer lo que estaba oyendo.

—Bueno, al menos que no pueda evitarlo —Penelope se encogió de hombros.

Griselda rio y Barnaby sonrió a su esposa.

Todos pasaron al comedor, donde prosiguió la conversación.

Penelope había dispuesto que Richard Percival, el único desaparejado de la velada, se sentara junto a Thomas. Richard aprovechó un descanso entre plato y plato para llamar la atención de Thomas.

—He hablado con Rose, y con William también, por supuesto. Dado que el verano se acerca y los colegios cerrarán sus puertas, hemos pensado, si estás de acuerdo, que lo mejor para William sería que estuviera a tu cargo para continuar sus estudios bajo tu supervisión, al menos durante los próximos meses. Tenemos mucho tiempo para valorar distintos colegios y elegir el que consideremos sea el mejor para él y, por supuesto, hay que empezar a mostrarle su patrimonio, sus tierras, que pase más tiempo allí.

A Thomas no se le había ocurrido...

Richard intentó descifrar la repentinamente impasible expresión de Thomas, pero no lo consiguió.

—Por supuesto —insistió con delicadeza—, comprendemos que se trata de una imposición, y si no te sientes inclinado a aceptar la responsabilidad, estaré encantado de disponerlo todo para que Rose y los niños puedan vivir en Seddington House. Podemos contratar tutores, y...

—No —las palabras salieron de la boca de Thomas impulsadas únicamente por la emoción.



Por una pura reacción. Pero aún no sabía qué iba a suceder. Miró al otro lado de la mesa, donde se sentaba Stokes. En animada conversación con Montague, el detective no daba ninguna muestra de recordar su acuerdo, aunque Thomas sabía que no lo habría olvidado—. Quizás lo mejor —contestó con calma, devolviendo su atención al rostro de Richard— sería que dejásemos las cosas como están, por el momento. Hasta que haya tenido tiempo de evaluar la situación.

La mirada de Richard se deslizó hasta Rose, sentada al otro lado de Thomas.

—Sí, por supuesto —Richard sonrió—. Como he dicho, aún disponemos de varios meses antes de que llegue el momento de tener que tomar cualquier decisión concerniente a la vida personal de William.

Además, la relación de Thomas con Rose era otra cuestión colocada sobre la balanza. Una balanza que, por lo que él sabía, se inclinaba claramente en contra.

—¿Y qué pasa con Marmaduke? —ansioso por cambiar de tema, Thomas preguntó—. ¿Sigue siendo el cotutor de William?

—Sí —Richard asintió—. Sin embargo, lo cierto es que Marmaduke nunca ha mostrado un sincero interés por dirigir la hacienda, y ni Foley ni yo suponemos que vaya a implicarse más en los detalles de la vida personal de William ahora que ha aparecido. Por cierto, Foley ha informado a la justicia de que William está fuerte y sano, y muy vivo.

Richard hizo una pausa antes de continuar.

—En cuanto a Marmaduke, está en un estado lamentable. De momento está velando a Roger junto a su cama. Al saber lo que había hecho su hijo, Marmaduke se mostró perplejo, en realidad conmocionado, más que horrorizado. Al principio le resultó muy difícil de aceptar, pero ahora que sabe la verdad está destrozado. Dudo que nosotros, o William, vayamos a sufrir más interferencias de su parte.

Thomas buscó con la mirada a William, sentado al otro lado de la mesa, junto a Alice. Los niños estaban encantados de cenar con los adultos.

—¿Y la sociedad? —preguntó Thomas—. ¿Cuánto sabe la clase alta?

Richard siguió su mirada y comprendió el sentido de la pregunta. La clase alta tenía por costumbre contemplar con recelo a las familias de canallas como Roger.

—Hemos procurado tratar el asunto con la máxima discreción y, gracias en gran parte a los Adair, lo hemos logrado con bastante éxito. Muchos lo saben, por supuesto, eso es inevitable, pero son de los que suelen apreciar la necesidad de discreción.

—Bien —Thomas asintió aliviado.

Rose reclamó su atención y, junto con Richard, fue arrastrado a la conversación más general.

Cuando la comida hubo finalizado, el postre terminado y los higos desaparecidos, regresaron al saloncito. La conversación pasó a temas más generales a medida que, a petición de Thomas, Adair y Montague lo ponían al día con respecto a todo lo sucedido durante su reciente convalecencia.

Los niños empezaron a bostezar y Rose los animó a que se fueran a dormir.

Con unas somnolientas sonrisas, una inclinación y una torpe reverencia, los dos hermanos se retiraron en busca de sus camas, cruzándose con Mostyn, que empujaba el carrito con el té.

—No quería hablar de esto hasta que los niños se hubieran marchado —Stokes se removió en el asiento—, los pobres ya han oído bastante, y a su debido tiempo recibirán toda la información, caso que alguna vez necesiten saberlo —levantó la vista hacia el grupo—. Roger Percival exhaló su último suspiro hoy al mediodía, pero, antes de hacerlo, realizó una completa confesión.

—¡Un momento! —Penelope levantó una mano—. Voy a pasar las tazas para que nos sentemos y tú puedas disponer de todo el escenario.

Thomas aceptó la taza y el platito, tomó un pequeño sorbo, y llamó la atención del detective.

—Antes de empezar, me gustaría saber qué sucedió realmente cuando Roger y yo caímos. Todo lo sucedido tras saltar del tejado está un poco borroso en mi mente.

—Roger tiró de ti —Stokes lo miró antes de proseguir su relato, pasando a tutear a Thomas—, y tú caíste hacia delante, más o menos de cabeza, pegado a la casa y a un lado de donde cayó él. Golpeaste varias gruesas ramas de un árbol y aterrizaste sobre el macizo de flores plantadas en la parte delantera de la casa. Roger, sin embargo, cayó hacia atrás, más alejado de la casa, apartado del árbol. Aterrizó sobre el camino de grava, con medio cuerpo sobre las flores. El bordillo elevado de piedra le rompió la espalda y le perforó un pulmón. Su recuperación era imposible, pero ha aguantado hasta hoy.

—Gracias —Thomas asintió.

El detective tomó la taza y el platito que le ofrecía Griselda, tomó un sorbo, y contempló los rostros expectantes de los demás.

—Nosotros, la policía, creemos que Marmaduke Percival no tenía ni idea de las andanzas de su hijo, y que no la tuvo en ningún momento. Tal y como ha mencionado Richard, Marmaduke es... no exactamente simple, pero sí muy fácil de convencer. Su hijo lo sabía y se aprovechaba en todo lo posible de ello.

Stokes hizo una pausa para tomar otro sorbo de té antes de continuar.

—Roger estaba ahogado por las deudas. Empezó por pedir dinero prestado cuando aún estaba en la escuela, él y su amigo, Atwell. A los dos les encantaba aparentar que eran mucho más ricos de lo que eran, y vivían por encima de sus posibilidades. Se animaba el uno al otro y, desde el principio, pedían prestado a los prestamistas con menos escrúpulos, los que estaban dispuestos a prestar dinero a estudiantes de buena familia. Roger jamás le pidió dinero a su padre porque, para cuando se dio cuenta de lo endeudado que estaba y quiso devolver la deuda, descubrió que Marmaduke tenía muy pocos fondos, desde luego no los suficientes para reducir significativamente su deuda. De modo que se hundió más y más en el lodo. Siempre había jugado con su acceso futuro al patrimonio Seddington, pero con el tiempo, y el nacimiento de William, para Roger la situación se fue complicando cada vez más. Llegó un momento en que se vio obligado a hacer algo para apaciguar a sus cada vez más agresivos acreedores, de modo que con mucha calma y sangre fría, planeó la muerte de su primo Robert y de la esposa de este, Corinne, y a continuación decidió deshacerse de William. Cumplida su misión, el padre de Roger heredaría todo el patrimonio, y con eso bastaría para salvarse.

Consciente de la tensión en su audiencia, Stokes hizo una pausa antes de continuar.

—Roger se hizo con un potente somnífero, lo bastante como para matar a Robert y a Corinne, y con el que también quería matar a William. Se dirigió a Seddington Grange, pero, mientras hacía su entrada en el camino, vio salir a Robert, con Corinne a su lado. Al verlos girar hacia el norte, en dirección opuesta a él, este decidió seguirlos. Los vio detenerse en un promontorio de hierba que dominaba Grimsby, y prepararse para celebrar un picnic. Le llevó muy poco encontrar una posada, donde adquirió una botella de vino y luego se reunió con ellos. Les echó el somnífero en las copas, pero fue lo bastante hábil para no pasarse con la cantidad. Se quedaron dormidos, pero no murieron.

El detective continuó hablando con voz cada vez más grave.

—Roger esperó a que se hiciera de noche antes de llevarlos en su calesa hasta el muelle. Los subió al yate de Robert y, no olvidemos que todos los hombres Percival son expertos navegantes, llevó el yate a mar abierta, envolvió los cuerpos, aún vivos, con las velas e hizo zozobrar la nave.

Se aseguró de que las velas no se soltaran y que el yate flotara y, estando el mar en calma, nadó de vuelta a la orilla y condujo de regreso a Londres.

Stokes miró a Rose.

—A quien oíste aquella noche tras el entierro fue a Roger presumiendo ante Atwell, contándole cómo había logrado salir del fango. Atwell aún no lo había logrado, seguía hundiéndose. Y lo mejor que pudiste hacer fue reaccionar como lo hiciste, pues Roger tenía planeado administrarle el somnífero a William al día siguiente. Cuando los niños y tú desaparecisteis, Roger decidió que realmente no importaba. Su primo y la esposa de este estaban muertos, y la única persona que se interponía entre él, o más bien su padre, y la herencia, era un niño de cinco años que, además, había desaparecido. Roger hábilmente hizo creer a sus acreedores que William jamás aparecería, que era una simple cuestión de esperar siete años para tener acceso ilimitado al patrimonio familiar. Sus acreedores se mostraron conformes con seguir prestándole dinero bajo esa premisa. Para Roger, la desaparición de William no era más que un retraso temporal.

El detective posó su mirada en Richard.

—Y de repente Roger descubre que estás buscando a William, y eso hizo que, a sus ojos, todo fuera mucho más sencillo. Por medio de Marmaduke, supo de tus progresos, y mantuvo una discreta vigilancia sobre Curtis y sus hombres. Además, Roger estaba convencido de que, cuando encontraras a William, si lo encontrabas, aún dispondría de tiempo de sobra para actuar. Eso no le preocupaba. Pero, por supuesto, a medida que pasaba el tiempo y las deudas seguían creciendo, los acreedores se volvieron más y más exigentes. Eso sucedió recientemente. Sin embargo, hace dos años Atwell, su confidente y compañero de estudios, llegó al límite y, como bien pensamos, sintiéndose poderoso por conocer el secreto del asesinato del primo y la esposa del primo de Roger, intentó sacarle algo de dinero. Atwell murió a manos de Roger. Y así queda resuelto ese asesinato también.

Stokes hizo una nueva pausa, claramente reordenando sus pensamientos.

—Pero volviendo al presente, para Roger la presión era cada vez mayor. Tenía que encontrar a William, asesinarlo, y que su cuerpo fuera hallado. Necesitaba asegurar a sus acreedores que, algún día, iba a poder pagar sus deudas. Roger empezó a vigilar a los hombres de Curtis. Sabía que Richard, por medio de Curtis, estaba estrechando el cerco alrededor de Rose, y se estaba preparando para actuar... justo cuando su ayuda de cámara vio a William, Rose y Alice subirse al carruaje de Penelope. Roger apenas pudo contenerse. Necesitaba que William muriese lo antes posible, y estaba dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad —se interrumpió, miró a Thomas e inclinó la cabeza—. Estuvo a punto de lograrlo, pero no lo consiguió.

—Y ahora está muerto —Richard Percival no añadió «por suerte», pero las palabras sobrevolaron por todo el salón.

—Los comisarios —Stokes asintió— están felices de que hayamos cerrado varios casos con claridad y limpieza, sin que hayan quedado flecos colgando.

Thomas miró a Stokes, pero el detective estaba apurando su taza. Supuso que no había querido decir nada concreto con su comentario.

Penelope, Griselda y Violet aprovecharon el momento para intervenir, aportando detalles y noticias que los alejaron gradualmente a todos de la negrura de Roger Percival, una oscuridad emanada de él y sus actos.

Poco a poco, y gracias a la influencia de las damas, la atmósfera se aligeró y, uno a uno, todos fueron capaces de volver a reír y a sonreír.

Thomas miró al resto, atento a los planes de futuro de todos ellos, tanto los más inmediatos

como a largo plazo, y se descubrió deseando un futuro también para sí mismo, un futuro al que pudiera aspirar, que pudiera compartir con amigos como esos. Pero se limitó a escuchar y a evitar hábilmente responder a cualquier pregunta dirigida hacia él. En cuanto a los demás, supusieron que aún estaba convaleciente y que no había tenido tiempo para reflexionar sobre el futuro, de modo que ninguno, ni siquiera Penelope, presionó para conseguir respuestas.

Thomas permitió que el calor y la atmósfera amistosa lo envolvieran. Miró a cada uno de los rostros, y no tuvo duda alguna de que su amistad seguiría allí, siempre, a su disposición si alguna vez la reclamara. Había llegado a conocer a esas personas lo bastante bien como para interpretarlos correctamente, apreciarlos y comprenderlos.

Como para sentir su sinceridad cuando la velada llegó a su fin y todos se dirigieron al vestíbulo principal para despedirse, y cada uno de ellos se volvió hacia él para desearle todo lo mejor, una rápida y buena recuperación, le estrecharon la mano o besaron la mejilla, y se despidieron hasta la siguiente ocasión.

Ocasión que no tenía ni idea de cuándo se produciría.

Pues eso dependía de Stokes y de la policía. Su futuro estaba en sus manos.

Y eran ellos quienes decidirían qué futuro le aguardaba.

Había hecho un trato, y no iba a romperlo. Stokes, y también Adair, habían cumplido con creces su parte del trato. Ahora le tocaba a Thomas pagar el precio acordado.

Stokes y Griselda fueron los últimos en marcharse.

Tras despedirse de Barnaby, Penelope y Rose, Stokes se volvió hacia Thomas y le ofreció su mano. Cuando Thomas la tomó, el detective lo miró a los ojos. Y asintió.

—Vendré mañana por la mañana. Ya es hora de que te ponga al día sobre la ficha policial de Malcolm Sinclair.

Thomas sintió un escalofrío que le llegó hasta el alma, pero, sin permitir que su semblante cambiara lo más mínimo, sostuvo la mirada de Stokes e hizo una inclinación de cabeza.

—Aquí estaré, esperando.

El detective asintió y soltó la mano de Thomas antes de tomar a Megan de brazos de Griselda. Un minuto después estaban sentados en su carruaje y se marcharon.

Mostyn cerró la puerta. Volviéndose, Rose y Penelope encabezaron la comitiva escaleras arriba, las cabezas pegadas mientras planeaban alguna excursión. Barnaby sonrió y se situó al lado de Thomas y, juntos, siguieron a las damas.

Sabía que ella acudiría aquella noche. Pero, sin ninguna fe en su futuro, ya había dispuesto lo necesario. Hacía semanas que había hecho testamento para que, caso de que le sucediera algo, Rose y cualquier hijo que pudiera llevar en sus entrañas, vivieran una vida de lujo. No sabía qué le depararía la mañana siguiente y no estaba dispuesto a correr ningún riesgo con el futuro bienestar de Rose. No era de los que corrían riesgos.

Ya estaba en la cama, tumbado boca arriba, los brazos cruzados bajo la nuca, cuando ella entró por la puerta. El camisón blanco brillaba, la bata rosa se fundió con la suave luz de la vela que solía llevar para alumbrarse.

Se acercó hasta la cama y comprobó que él estaba despierto. Y sonrió.

Alegría, y algo más, brilló en su mirada y, aunque él aún era de la opinión de que debería decir algo para disuadirla, cuando ella dejó el candelabro sobre la mesita de noche, y dejó caer la bata al suelo, permaneció mudo.

Y se limitó a observar. Permitió que sus ojos se llenaran de ella mientras se inclinaba y, sujetándose la larga melena a un lado, soplaba la llama.

La oscuridad descendió sobre ellos, pero la luz de la luna era lo bastante fuerte como para ver la emoción, la expectativa de felicidad y placer, que iluminó el rostro de Rose mientras se deslizaba bajo las mantas que él sujetaba en alto, y se acomodaba en el pedazo de colchón que le había dejado junto a él.

Volviéndose, ella apoyó las manos sobre su pecho, lo miró a los ojos, buscando su expresión, y ladeó la cabeza.

—¿Cómo? ¿No vas a intentar explicarme que no tienes futuro y que no debería, que no deberíamos, hacer esto?

Al igual que él mismo, ella no lo había olvidado.

Thomas le tomó una mano, le flexionó los dedos hacia atrás y, delicadamente, besó las yemas de cada uno, sin abandonar jamás el contacto visual, para terminar con un beso más ardiente e intenso en la palma.

—He renunciado a fingir —a través de la penumbra le sostuvo la mirada antes de deslizarla hacia los cabellos que dejó caer en cascada sobre su rostro, sobre sus hombros, y más allá—. A fingir que no te deseo —volvió a mirarla a los ojos—, que no te amo. Que no eres tan imprescindible para mí como el sol y la luna, como el viento y la lluvia.

Rose lo miró antes de deslizar una mano hasta su nuca y acercar su cabeza a ella.

—Me alegro. Entonces permíteme amarte.

Y él le permitió actuar a su antojo, o al menos creer que lo estaba haciendo. Le permitió arrastrarlo a un beso que rápidamente subió de temperatura, volviéndose ardiente, hambriento y exigente, hasta envolverlos a ambos, consumirlos, empujarlos hacia adelante.

Hacia una tormentosa espiral de pasiones, de deseos contenidos, negados ante las circunstancias de las últimas semanas, pero de repente liberados, sueltos.

Las manos se deslizaban a la aventura, acariciaban, poseían. El camisón de Rose desapareció, arrojado sobre el suelo. Ella se sumergió entre los brazos de Thomas y, con su cuerpo, sus manos, sus labios y lengua, osadamente, descaradamente, exigió más.

Y en esa ocasión fue Thomas quien dio. Fue él el que la amó sin reservas, sin restricciones.

Para mostrárselo.

Todo. Todo lo que había en su interior. Todo lo que reclamaba su corazón.

Lo expuso todo, todo, a sus pies, abiertamente, sin reservas.

No tenía ni idea de qué le tendría reservado el mañana, pero esa noche sí sabía lo que tenía.

Se tenían el uno al otro.

Y su amor.

Ella se retorció, desnuda, las manos entrelazadas sobre las de él, que le sujetaban las caderas, inmovilizándola. Thomas lamió y saboreó, volviéndola loca.

Completamente desnudo, él se despojó del último escudo, la última pantalla, y le permitió comprobar la profundidad de sus sentimientos. Le permitió tocar, saborear y conocer su vulnerabilidad.

La profundidad de todo lo que sentía.

Por ella.

Adorable Rose.

Que se había convertido en mucho más que su salvación.

Lo era todo para él, y él se lo entregó sin escatimar esfuerzos.

Allí, esa noche, era el momento que había elegido para revelarse ante ella.

Pero al intentar erguirse y acoplarse a ella, Rose lo empujó y lo mantuvo tumbado de espaldas.

—No —murmuró, la voz cargada de pasión—. Todavía te duele.

Cómo lo había sabido, Thomas lo desconocía, pero mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él y, con suprema confianza, lo acogía en su interior, lo tomaba y lo sujetaba, él le entregó incluso eso... su rendición.

Rose cabalgó sobre él por el paisaje que juntos habían creado, un paisaje de pasión y calor, de deseo y hambre, y él la acompañó, compartiendo alegremente cada tórrido momento, hasta que la inevitable cima se alzó ante ellos y ascendieron, subieron, creciendo con fuerza en su sensual sol particular.

Durante ese momento brillante, resplandeciente, el éxtasis los sostuvo, afilado como un cristal, centelleante como un diamante.

Hasta que estalló. Ellos, el momento, todo imploró en una estrella de dorado placer.

La alegría, felicidad y resplandeciente amor los atravesó, el placer vibrando profundamente en sus venas.

Y de repente todo había acabado, y se dejaron caer envueltos en una sensación de satisfacción.

Rodeándola con sus brazos, sujetándola muy cerca, Thomas se entregó a la alegría de ambos, a la felicidad.

Y, sobre todo, a su amor.

## Capítulo 17

Thomas estaba de pie junto a la ventana del salón trasero, mirando a Rose, Penelope y Griselda jugar con los cuatro niños en el jardín, cuando Stokes entró en la habitación.

Tras mirar a su alrededor se volvió, dando por hecho que el detective quería hablar con él en un sitio más formal. Pero Stokes se acercó a él y, con la mirada fija en la escena que se desarrollaba en el jardín, se acomodó a su lado.

No viendo ningún motivo para discutir, Thomas también se volvió a observar a las damas con los niños.

Y esperó.

—Solo para que quede constancia —comenzó Stokes al fin—, esto no ha sido únicamente decisión mía. Lo he hablado con Adair, ya que él también estuvo implicado. Su padre y el comandante en jefe también han considerado la cuestión en profundidad. La situación no es sencilla.

Thomas no respondió. No había nada que decir.

Esperó.

Pero Stokes no añadió nada más.

Con la impresión creciente de que el detective tenía dificultades para encontrar las palabras adecuadas, Thomas se atrevió a hacer una sugerencia.

—Supongo que has venido para arrestarme.

—No —Stokes juntó las manos sobre la nuca y respiró hondo. Hizo una pausa y, sin apartar la mirada del jardín, continuó—. He venido para comunicarte que por lo que respecta a la policía metropolitana y a las demás personas implicadas, Malcolm Sinclair falleció hace cinco años, cuando el puente sobre las cataratas de Will's Neck, en Somerset, en el que se encontraba, se derrumbó, poco después de que Sinclair hubiera ayudado a Charles Morwellan, conde de Meredith, a escapar de un destino similar.

—Pero yo no lo hice —Thomas parpadeó perplejo.

—¿Morir? Tú, el hombre, puede que no, pero, te aseguro que Sinclair sí. Fue declarado muerto, siguiendo mis recomendaciones, debo añadir, y su testamento validado, y el patrimonio repartido bajo la supervisión de varios de los más importantes profesionales en la materia... ¿tienes idea de lo difícil que sería resucitar a Malcolm Sinclair? —Stokes encajó la mandíbula y sacudió la cabeza—. ¿Y para qué? ¿Solo para colgarte, o más probablemente deportarte, gracias a esa vieja confesión? —soltó un bufido—. El tribunal, la policía y yo tenemos mejores cosas que hacer con nuestro tiempo.

Thomas frunció el ceño. Aquello no estaba saliendo como lo había esperado y no sabía muy bien qué hacer, cómo reaccionar, no sabía si el impulso a, sencillamente, aceptar y seguir adelante era lo correcto o solo un pusilánime anhelo.

Tras una pausa, Stokes lo miró, interpretó el dilema que se reflejaba en su rostro y, asombrosamente, pareció comprender.

—Debes considerarlo desde la perspectiva del conjunto de la sociedad. Esa fue nuestra perspectiva, siempre lo es, cuando decidimos sobre una cuestión como esta. Si bien las acciones de Malcolm Sinclair pudieron haber conducido indirectamente a crímenes, incluso tragedias, su muerte hizo mucho bien a muchas almas necesitadas. Su testamento lo garantiza y, tal y como he mencionado, muchas personas dedicaron su tiempo y esfuerzos, y utilizaron su posición, para asegurarse de que el testamento fuera ejecutado adecuadamente —Stokes hizo una pausa antes de continuar—. Si contemplas la verdadera justicia como el equilibrio de una balanza, los detalles que rodean la muerte de Malcolm Sinclair, y el impacto de su testamento, compensan los pecados cometidos a lo largo de su vida. Pagó su indemnización, y su cuenta está saldada.

Stokes hizo una nueva pausa.

—Lo que nos lleva a ti, Thomas Glendower. El hombre que eres ahora no representa ninguna amenaza para nadie. Más aún, eres un activo para la sociedad, y a muchos niveles. A través de los fondos que gestionas, apoyas a una gran variedad de instituciones, desde las que ayudan a los más necesitados hasta las de mayor amplitud —Stokes soltó un bufido—. Si la policía fuera tan estúpida como para emprender acciones contra ti, tendríamos a la mitad de las damas de Mayfair, y unos cuantos caballeros también, llamando a la puerta del comisario, exigiendo una explicación.

El detective bajó la mirada y, en esa ocasión, la pausa fue más reflexiva, más contundente.

Thomas esperó, presintiendo que había algo más, pero consciente de que no debía interrumpir. A pesar de la dirección hacia la que avanzaba la disertación de Stokes, todavía no se atrevía a creer... a esperar.

—Hay momentos —continuó Stokes, en voz baja—, pocos momentos en la vida de un policía en los que se enfrenta a la elección entre adherirse a la ley al pie de la letra o actuar por el bien de la comunidad a la que ha jurado servir. Adair, su padre, el comisario en jefe, y todas las demás personas implicadas en este caso, saben que, en esta ocasión, esa es la elección a la que nos enfrentamos, y todos sabemos cuál debería ser esa elección —el detective levantó la vista y, por primera vez desde que entrara en la habitación, su mirada se clavó en la de Thomas. Y en los ojos grises había compasión y comprensión, en grandes cantidades—. Malcolm Sinclair está muerto, Thomas Glendower vive, y es un miembro respetado de la sociedad.

Thomas sostuvo la mirada de Stokes, y se sintió débil, repentinamente distanciado, ligero, como si su alma flotara...

Era una sensación de alivio, comprendió, más profunda y extensa de lo que había sentido jamás. La verdad era que no había creído seriamente que ese momento, el perdón, la libertad, le fuera concedido jamás.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

Los labios de Stokes se curvaron ligeramente hacia arriba y, una vez más, se volvió hacia la escena que se desarrollaba en el jardín.

—No es a mí a quien tienes que agradecerse —con la cabeza señaló hacia fuera—, pero si deseas compensar, no solo a mí sino al mundo, ahí tienes tu camino. Rose, William y Alice, te necesitan. No a cualquier otro sino específicamente a ti, alguien que está al tanto, que sabe cómo hacer las cosas. Alguien que sabe cómo cuidarlos.

Thomas había seguido la mirada de Stokes hasta donde Rose, William y Alice saltaban con los demás en un ruidoso juego.

—Tienen a Richard Percival, él es su familia, su pariente más próximo.



—Quizás, pero no confían en él, no como confían en ti, y nunca lo harán. Rose, en particular, jamás se sentirá tan a salvo con él como se siente contigo. Y en cuanto a William... es condenadamente inteligente para su propio bien, pero tú ya tienes experiencia con eso. Sabes cómo manejarlo, como solo unos pocos saben.

Thomas intentó asimilar, comprender y aceptar plenamente las implicaciones de las palabras de Stokes. La perspectiva era mucho mayor de lo que nunca se había imaginado que podría ser. Tanto que tenía dificultades para poderlo asimilar. Se sentía como un niño al que le ofrecen su sueño más querido por Navidad y, temeroso de alargar una mano y tocarlo, por si no fuera más que una ilusión... respiró hondo y se obligó a sí mismo a poner palabras a ese temor.

—¿Entonces yo... qué? Sigo viviendo como Thomas Glendower y...

En esa ocasión Stokes no pareció darse cuenta del estado de Thomas, de su desgarradora incertidumbre. Con la mirada puesta en el grupo que jugaba en el jardín, el detective se encogió de hombros.

—Y vives una vida normal —asintió de nuevo hacia el grupo—. Te casas con Rose y la ayudas a criar a William y a Alice, y tienes tus propios hijos —los labios de Stokes se curvaron en un gesto apreciativo—. Créeme, tener tus propios hijos cambia más a un hombre que cualquier otra cosa en la vida... y siempre para bien. Y, hablando de niños —Stokes lo miró—, creo que voy a reunirme con ellos.

Thomas se descubrió asintiendo para mostrar su acuerdo. Respiró hondo y sujetó el bastón con más fuerza.

—Tu propuesta —murmuró mientras seguía al detective fuera de la casa—... me va a llevar un poco de tiempo acostumbrarme a ella.

—Pues no tardes mucho —Stokes soltó un bufido—, ya no eres ningún chaval.

Tras salir a la terraza trasera, Stokes esperó a que Thomas lo alcanzara.

—Por cierto, hay algo que yo, nosotros... nuestro equipo de investigadores, incluyendo los comisarios, nos gustaría, y es poder acudir a ti para disfrutar de tu particular habilidad para ganar dinero si nos enfrentamos a algún caso de esas características en el futuro.

—Todos mis conocimientos están a vuestra disposición —Thomas hizo una inclinación de cabeza—, no tienes más que pedirlo.

—Excelente —Stokes se frotó las manos—. Y ahora... ¿cuál es el sentido de ese juego que están jugando? —bajó desde la terraza al jardín—. ¿Acaso tiene algún sentido?

Una buena pregunta, reflexionó Thomas a medida que, más lentamente, se acercaba al grupo.

Su mente aún no se había recuperado. Aún estaba luchando con la realidad de que todo aquello que más deseaba en la vida estaba a su alcance. Mientras cojeaba por el cuidado césped, se sentía tembloroso, inestable, como si diera sus primeros pasos en una nueva vida... y eso supuso que era lo que estaba haciendo.

Stokes se había detenido a corta distancia del parlanchín grupo de damas y niños, las mujeres sentadas en el césped, las faldas desplegadas a su alrededor, y los niños gateando de un lado a otro, entrando y saliendo del círculo que formaban las mujeres.

Thomas se detuvo junto al detective y observó el juego, aunque su mente aún intentaba hallar la perspectiva.

—Mirando hacia atrás —murmuró—, ojalá en mi juventud hubiese conocido a hombres como Montague, Barnaby, o incluso tú, cualquiera que me hubiese introducido al desafío de llevar a los malhechores ante la justicia, o simplemente al desafío de ganar dinero para ayudar a los demás, en lugar de hacerlo por interés propio, tal y como me enseñó mi difunto y nada añorado tutor.

Con la mirada puesta en las mujeres y los niños, respiró hondo y dejó escapar el aire... y se sintió como si se liberara del pasado, soltándolo y permitiendo que regresara al pasado, al lugar al que pertenecía.

—Por otra parte, de haber sucedido así, ¿estaría ahora aquí? —señaló con la cabeza hacia Rose y los niños—. ¿Estaría observándolos, planeando una vida con ellos, teniendo la oportunidad de vivir una vida con ellos?

—El destino se mueve, desde luego, por misteriosos caminos —Stokes sonrió y miró a Thomas a los ojos.

A continuación el detective se volvió hacia el grupo y, con una sonrisa más amplia, se acercó y preguntó si podía unirse al círculo.

Siendo recibido con absoluta alegría.

Moviéndose a un lado para hacerle sitio a Stokes, Rose levantó la vista, se cruzó con la mirada de Thomas y enarcó las cejas.

Él sonrió, dudó tan solo un instante, y avanzó cojeando, preparado, dispuesto y, al fin, libre para ocupar su lugar.

Malcolm Sinclair estaba muerto, desaparecido. Thomas Glendower vivía.

Y era Thomas el que amaba a Rose, el que, una suave mañana de agosto se había casado con ella en la capilla de la propiedad de los Seddington, con William y Alice, plenamente recuperados sus rangos y nombres verdaderos, a su lado, con los amigos de Londres, Richard Percival, y todos los empleados de Seddington Grange, todos resplandecientes. Roland había viajado desde Somerset para bendecir la unión con su gracia. Incluso Foley había asistido.

Pero, a pesar de la multitud congregada, Thomas solo tenía ojos para Rose, y ella para él.

Thomas había pronunciado sus votos claramente, sintiendo cada palabra... amar, honrar y atesorar.

Para siempre. Hasta que la muerte los separara.

E incluso después.

El día había resultado resplandeciente, y las celebraciones se habían prolongado durante días. El calor que tantas personas le habían ofrecido permaneció con él, un potente recordatorio de que, en efecto, ya no era el hombre que había sido.

El otoño llenaba el aire con su punzante olor el día en que regresaron a Londres, más de dos meses después y, ante la insistencia de Thomas, él, Rose, William y Alice, recorrieron a pie la calle South Audley, para girar al pasar la capilla Audley, y dirigirse al cementerio.

Del brazo de Thomas, Rose caminaba a su lado por el camino adoquinado que atravesaba el camposanto. Su esposo se había recuperado de las heridas sufridas en la caída del tejado de Seddington House y, de nuevo portaba el bastón más por una cuestión de seguridad que por necesidad.

William y Alice caminaban por delante, uno a cada lado del camino, leyendo los nombres grabados sobre las lápidas y llamando la atención sobre los más extraños y divertidos.

Rose, de nuevo Rosalind, aunque para Thomas siempre sería su Rose, se abrazó a su brazo y lo miró a los ojos en el mismo instante en que él bajaba la mirada a los suyos.

—¿Qué hacemos aquí?

Rose no había insistido en conocer su destino al abandonar Seddington House, de nuevo equipada con el servicio necesario y en pleno funcionamiento, cuando él les había propuesto dar

un paseo. Al preguntar adónde iban, Thomas había contestado que solo había un lugar que necesitara visitar antes de dirigirse a Cornwall para recuperar las pertenencias que habían dejado en la mansión, contratar nuevo personal y dejarlo todo en orden para su regreso a Seddington House en Navidad. En esos momentos, rodeados de las tumbas de la gente bien, Rose se preguntaba qué aspecto en particular de su complejo pasado intentaba Thomas enterrar allí.

—¿Hemos venido para visitar alguna tumba? —preguntó ella mientras miraba a su alrededor.

—Sí, a eso hemos venido. O —él miró al frente—, al menos yo sí —tras unos segundos, el tiempo que solía tomarse cuando intentaba decidir cuánto revelar, la miró a los ojos—. Su nombre seguramente no significará nada para ti, ya era una anciana dama cuando la conocí, y de eso hará algo más de veinte años. Pero quería presentar mis respetos... antes de pasar página.

Alzó la cabeza y, de nuevo, miró al frente. Intrigada, Rose miró a su alrededor mientras continuaban su camino.

—Su tumba, si no recuerdo mal, debería estar por ahí —Thomas señaló con el bastón.

Se dirigieron en esa dirección, tomando los caminos más estrechos entre las filas de tumbas.

—Ahí está —él agitó el bastón ante una tumba limpia, elegante, aunque no ostentosa, cubierta de mármol. La lápida coronada por un ángel tocando el laúd, estaba limpia y la parcela bien cuidada.

Agarrándolo del brazo, Rose se detuvo a su lado a los pies de la tumba.

—«Edith Balmain» —leyó.

Levantó la mirada hacia Thomas, su esposo, y sintió la felicidad que todavía la embargaba cada vez que comprendía que ya era un hecho, que era verdad. El rostro de Thomas reflejaba calma, su habitual expresión menos impasible que de costumbre, pero aparte del hecho de que la anciana dama era alguien querida por él, no fue capaz de leer nada más en su expresión.

—¿Quién era?

«Sobre todo, ¿qué relación tuvo contigo?».

Como de costumbre, Thomas respondió a la pregunta no formulada, la más importante para ella.

—Era una anciana dama que, desde el primer momento, me vio tal y como soy en realidad. Ella me dio unos consejos que no seguí en su momento, cuando yo era lo bastante joven y arrogante para creer que lo sabía todo. Pero, con el tiempo, he llegado a valorar sus palabras. Ella vio mis debilidades y mis fortalezas, así como mi potencial. Ella me comprendió de un modo que nadie hizo jamás.

Él bajó la mirada hacia su esposa.

—Hasta que llegaste tú.

Rose se sumergió en los ojos color avellana y vio la devoción que siempre sería el mejor regalo para ella brillando fuerte y segura. Después de unos segundos, respiró hondo y, juntos, contemplaron la tumba.

—¡Rosalind!

Era William. Rose miró a su alrededor.

—Adelante —Thomas apretó delicadamente la mano de Rose—. No tardaré mucho —sus miradas se fundieron—. Os alcanzaré y podremos salir por la puerta al final del camino.

Tras unos segundos ella asintió. Soltando su brazo, su manga, se volvió para dirigirse hacia donde William y Alice estaban investigando una tumba en particular.

Thomas la observó alejarse. El destino había considerado el consejo de Stokes como sabio, y Rose ya estaba esperando su primer hijo, una perspectiva de futuro que, solo con pensar en ello, hacía que Thomas se sintiera débil.

De pura felicidad.

Y que le hacía sentir una inmensa alegría en el corazón, como nunca antes había sentido, hasta llegar a la mansión de Breage, llamar a la puerta de su propia casa, y conocer a Rose.

Contemplando de nuevo la última morada de Edith Balmain, con la desbordante felicidad todavía aligerando su alma, Thomas sonrió.

—Creo que te gustaría ver cómo ha terminado todo —las palabras murmuradas salieron de sus labios sin la habitual contención, la distancia que instintivamente mantenía entre él y casi todo el mundo—. Hace muchos años me contaste la verdad sobre mí mismo, fuiste la única que lo hizo jamás. Fuiste la única que intentó llegar hasta mí, que comprendió lo suficiente sobre mí para intentarlo. Pero, por aquel entonces, yo era demasiado joven e inmaduro, demasiado pagado de mí mismo para concederle a tus palabras el valor que merecían —hizo una pausa antes de continuar—. Aun así, incluso entonces, yo sabía que tenías razón, pero me llevó mucho tiempo, y necesité el ejemplo de otro de tus descendientes, Sarah, actualmente condesa de Meredith, para poder ver y, por fin, reconocerlo. Y para cambiar.

Sin apartar la mirada de la tumba, Thomas posó ambas manos sobre la empuñadura del bastón, y continuó.

—Cambié, y pensé que ese era el final, pero no lo fue. El cambio, al parecer, no fue más que el principio que, a pesar de mi edad, hace muy poco que he empezado a vivir, a vivir la vida que se supone debo llevar. El hecho de que siga aquí... sin duda me dirías que es una señal de más arriba sobre cómo deben ser las cosas. De modo que... durante el tiempo que se me haya concedido, llevaré tus palabras en el corazón e intentaré vivir sabiamente.

Hizo una pausa para recordar a la anciana de mirada penetrante, para oír de nuevo sus proféticas palabras, y luego volvió a concentrarse en la lápida. Y sonrió.

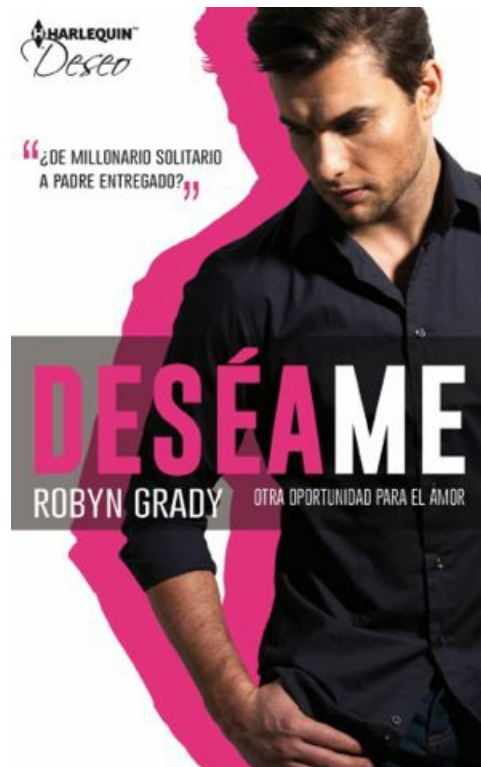
—De muchas maneras, todo el bien que hago, y pueda hacer a lo largo de mi vida, surge de esas palabras tuyas. Nunca te lo agradecí mientras aún vivías, pero he pensado que podría gustarte saber que el impacto de esas palabras, de tu influencia, ha continuado, y continúa, presente, mucho después de tu muerte.

Después de una pausa, Thomas agarró con fuerza el bastón y se volvió para marcharse, pero de inmediato se volvió.

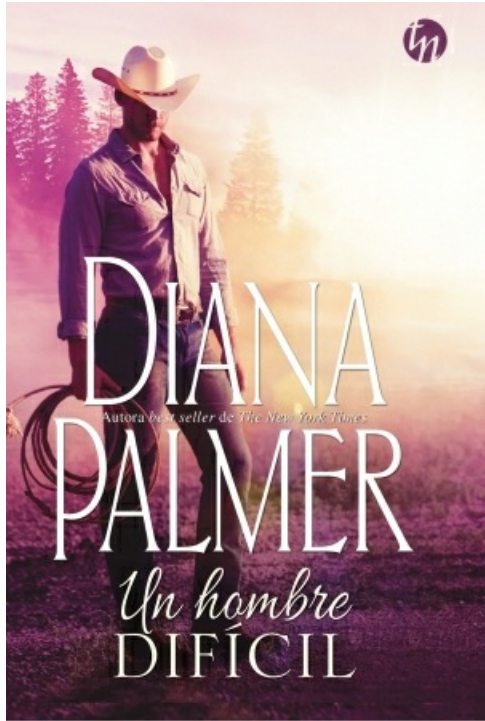
—Una cosa que nunca me dijiste, aunque estoy seguro de que lo sabías, es que el amor es sin duda el poder transformador más grande que existe entre el cielo y la tierra.

Volviéndose, miró a su alrededor, localizó la reluciente cabellera de Rose, se concentró en ella, en su futuro, y echó a andar hacia él.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana  
9788413075334  
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>





# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

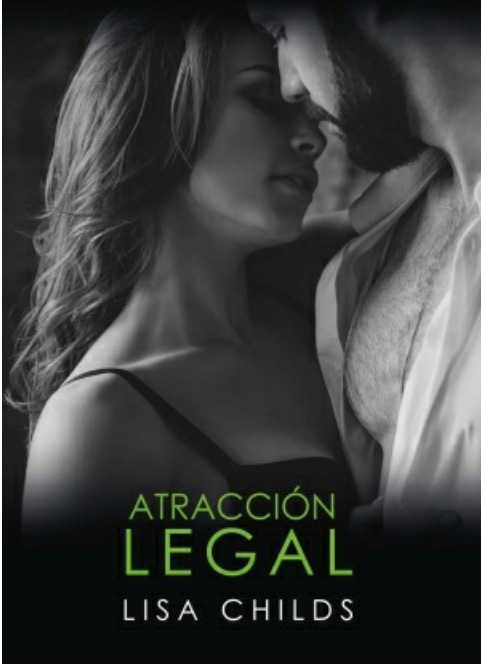
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL

LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

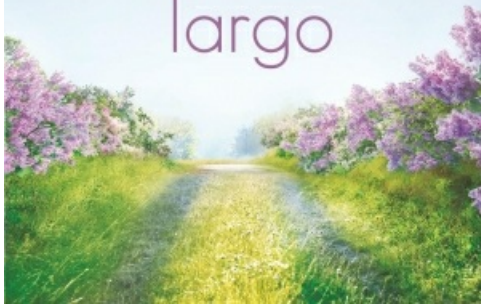
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



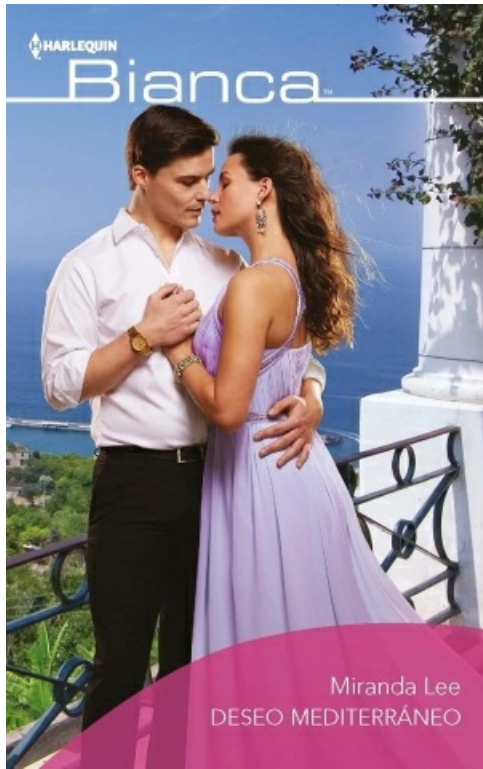
# El viaje más largo

Woods, Sherryl  
9788413075235  
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)